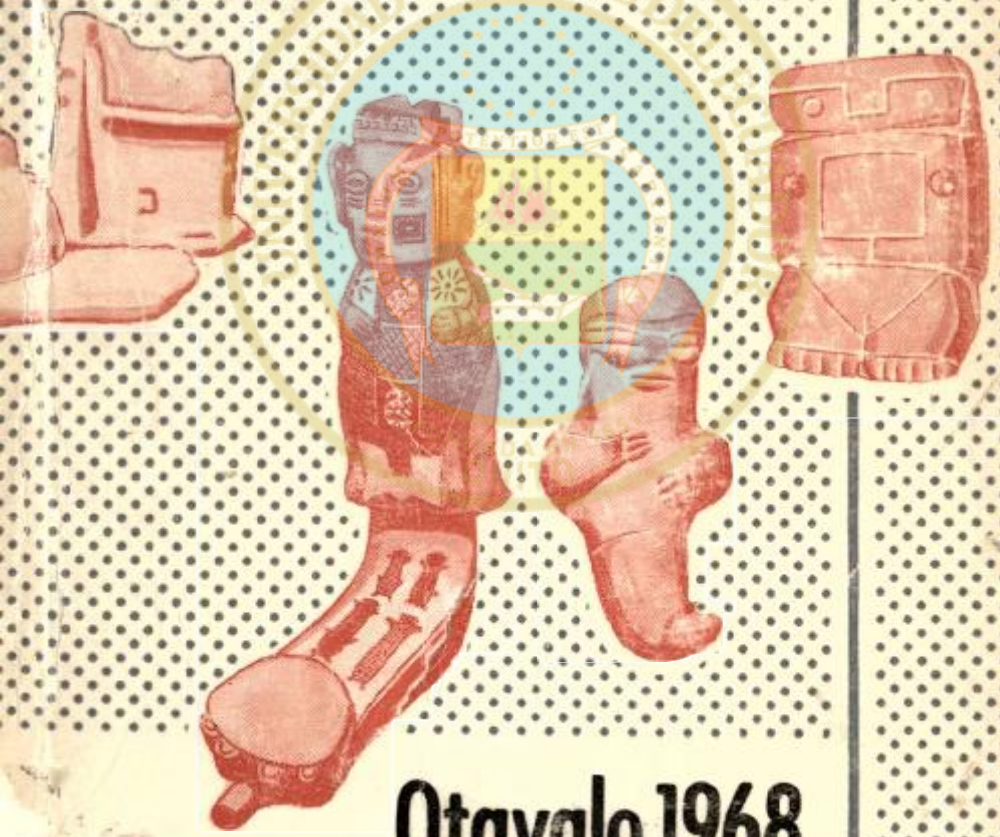
Víctor Alejandro JARAMILLO

REPERTORIO ARQUEOLOGICO IMBAYA



Otavalo 1968



Esta obra está sujeta a licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivadas, 3.0 Ecuador (https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/ec/). Se permite la reproducción total o parcial y la comunicación pública de la obra, siempre que no sea con finalidades comerciales y siempre que se reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1826
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1826
QUITO

Para Srta. María Angélica Larrea de Santiana, eximia e infatigable investigadora de las culturas aborígenes ecuatorianas, con el respetuoso aprecio

D. A. Jaramillo

Quito, Abril de 1968

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO
REPERTORIO ARQUEOLOGICO IMBAYA

OTAVALO, 1.968

Publicación del Instituto del Hombre Americano.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1807
QUITO

Imprimió Editorial "CULTURA" - 1.968

VICTOR ALEJANDRO JARAMILLO P.

REPERTORIO ARQUEOLOGICO IMBAYA

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1651
QUITO

INTRODUCCION

Los estudios de Arqueología sudamericana son relativamente modernos; pues antes de mediados del pasado siglo sólo se encuentran las cortas pero admirables anotaciones debidas al sabio Alejandro von Humboldt, múltiple genio investigador de todas las ciencias. De Panamá y de Venezuela apenas había una que otra referencia sobre sus primeros pobladores en los libros de historia. La obra de Ternaux-Compans, "Ensayo sobre la antigua Cundinamarca", publicada en París en 1842, podemos considerar como el primer libro de Prehistoria colombiana; acerca de la cual también se encuentran algunos interesantes datos en el "Compendio" escrito por el Coronel Joaquín Acosta, publicado en Bogotá en 1848 y en la "Memoria sobre las antigüedades neogranadinas" de Uricoechea, dada a luz en Berlín en 1854. Cuatro años más tarde, William Bollaert imprimía en Nueva York su interesante estudio "Antiquarian ethnological and other researches in New Granada". Este Autor, Alcides d'Orbigny, De Castelnau, Rivero y Tschudi, Squier, Marcham y algún otro sabio europeo investigaron, por aquella época, sobre Antropología y antigüedades del Perú. Este país había llamado de modo especial la atención de los arqueólogos por las culturas que florecieron en el altiplano de Bolivia y en la costa central del Pacífico; así como México y Centro

América habían sido el campo de numerosos estudios, en la misma época, por haberse desarrollado importantísimas civilizaciones en el antiguo Anahuac, en Yucatán y Guatemala. En los demás países de Sud América, la notable investigación y producción arqueológica se inicia únicamente a fines del siglo décimonono.

En el Ecuador, la primera obra de Prehistoria, después de las anotaciones de los Cronistas, de Jorge Juan, de Antonio de Ulloa y de Humboldt, se debe a la áurea pluma del insigne polígrafo, príncipe de nuestros historiadores y fundador de la Arqueología en nuestro País, Ilmo. Señor Don Federico González Suárez. El "Estudio Histórico sobre los Cañaris, antiguos habitantes de la Provincia del Azuay", que se publicó en Quito en 1878, es la semilla veneranda de la ciencia arqueológica y etnográfica, que en nuestro país en el presente siglo se ha desarrollado como árbol frondoso y ha dado tantos frutos de verdadero valor científico.

Tanto en la Sierra como en la Costa ecuatoriana, después de los luminosos escritos del sabio Arzobispo de Quito, nuestro inolvidable Maestro, se han verificado exploraciones de campo, se han excavado antiguas sepulturas, se han formado ricas colecciones arqueológicos, se ha intensificado el estudio de documentos, buscando en antiguos textos de cronistas, viajeros e historiadores, noticias antropológi-

cas y datos de valor arqueológico. Y se han publicado por especialistas nacionales y extranjeros, valiosas obras de Arqueología, Antropología, Etnografía y Lingüística que han contribuído grandemente al progreso de la Ciencia, al mejor conocimiento de las nebulosas épocas de nuestra Prehistoria y han hecho que el Ecuador figure ya en honroso sitio, en el gran movimiento científico que se halla en marcha en nuestro Continente.

Uno de los libros que consideramos como sazonado fruto de este marcado y benéfico afán por descubrir los secretos del pasado de nuestro pueblo, investigar su origen, reconstruir sus costumbres atávicas y tratar de vislumbrar sus ideas religiosas y su organización social, es el que acabamos de leer con suma complacencia, y del que vamos a ocuparnos brevemente en estas páginas.

REPERTORIO ARQUEOLOGICO IMBAYA es el título de esta magnífica obra del distinguido escritor imbabureño Sr. Don Víctor A. Jaramillo P., fundador del Instituto del Hombre Americano, de la Ciudad de Otavalo y autor de varios interesantes libros consagrados a su nativa Provincia, como el titulado "Imbabura, Agua y Paisaje". A Don Víctor Alejandro Jaramillo se debe también el oportuno trabajo de haber reproducido la "Relación y Descripción de los Pueblos del Partido de Otavalo" de Sancho Paz Ponce de León; rarísimo y precioso documento para la historia de Im-

babura, que el sabio americanista Don Marcos Jiménez de la Espada publicó por primera vez en el tomo tercero de las "Relaciones Geográficas de Indias". (Madrid, 1897).

El Repertorio Arqueológico Imbaya de Don Víctor Alejandro Jaramillo es una síntesis, magistralmente hecha, de cuanto hasta ahora se ha escrito sobre la Prehistoria del territorio comprendido entre la Cordillera Occidental y la Central de los Andes ecuatorianos, limitado al Norte por el río Chota y al Sur por el Guayllabamba, en la actual Provincia de Pichincha.

Comienza el Autor por describir, en el capítulo titulado "El Marco Geográfico", el territorio que en tiempos prehistóricos ocupó el pueblo aborigen Imbaya; y lo pinta en forma tan patética, elegante y clara, que con su lectura se adquiere una idea cabal de los puntos culminantes de las dos cordilleras y del nudo de Mojanda-Cajas que enmarcan esta zona; así como de los maravillosos valles encerrados entre las abruptas montañas andinas, todo descrito hermosamente, con los contrastes de vegetación y color entre las moles de origen volcánico y las fecundas tierras regadas por ríos y torrentes o asentadas en la orilla de los bellísimos lagos de Imbabura. La tierra fértil y exuberante; la espléndida y variada riqueza de sus frutos; la dulzura del clima; la extensión de los bosques, todo bajo un cielo de azul esplendoroso, constituye esta paradisíaca región,

en la que el hombre primitivo debía vivir feliz y profundamente arraigado.

Luego, para dar idea más completa del territorio, trata de manera muy clara y precisa de la constitución geológica del suelo imbabureño, sin duda por estudios propios y citando a todos los hombres de ciencia que han investigado la Geología ecuatoriana; y anotando la variedad inmensa de rocas y minerales que sirvieron a los aborígenes para la fabricación de sus armas, instrumentos de labranza, idolillos, fetiches y adornos personales, proporciona interesantes datos arqueológicos.

Al estudiar el "Horizonte Paleontológico" y abordar el problema de la antigüedad del hombre en Imbabura, el Autor expone, con gran mesura y tino lo que hasta ahora sabemos acerca de la época en que apareció el hombre en nuestro Continente. Y, después, en el capítulo titulado "La Obsidiana, un hito en la ruta", expone los hechos observados en América, estudiando los utensilios de obsidiana encontrados en Imbabura, así como el importante yacimiento arqueológico del Inga, al Oriente del Ilaló; sin lanzarse a hipótesis atrevidas, con prudente cuidado en el análisis, tratando de indagar el tiempo en el que debieron llegar los primeros habitantes y los posibles caminos que recorrieron; contentándose —como verdadero investigador científico—, con plantear interrogantes que sólo el avance de los conoci-

mientos y el perfeccionamiento de la técnica, podrán capacitarnos para responder.

El señor Jaramillo extiende este sugestivo estudio a todo el Ecuador; y hace un recuento de los objetos de obsidiana existentes en los museos de Imbabura, particularmente en la propia colección, señalando los espejos, las puntas de flecha y lanza; refiriéndose también a prendas de obsidiana desconocidas hasta ahora aquí y que tienen gran valor para indagar la ruta seguida por las primeras olas migratorias. También nosotros nos ocupamos en este estudio; pero mientras no se amplíen las investigaciones en los países vecinos y en todos los del Continente; se establezcan mejor las semejanzas con análogos objetos hallados en el Japón y en la costa septentrional de Asia; y mientras los sistemas de análisis por la hidratación de la obsidiana, no se pongan más a nuestro alcance, no serán seguras las deducciones cronológicas que podamos hacer.

Al estudiar el señor Jaramillo las "condiciones en que trabajaba el hombre "primitivo", déjanos admirar la imaginación del Autor y su sentido poético de la vida autóctona.

El estudio más detallado y el que representa el aporte más valioso para la Arqueología ecuatoriana se inicia con el capítulo "Sepulcros y su clasificación"; pues con mucha razón escribe Jaramillo:

"Paradójicamente los sepulcros, fosas o túmulos de la muerte, son, para el historiador, una fuente viva de enseñanzas... Cada sepulcro prehistórico imbaya, es, a su modo, un emporio de vida levantado en torno de la ceniza helada de los muertos!"

Cinco clases de sepulturas señala el Autor del Repertorio Arqueológico Imbaya, distinguiéndolas por las características propias de cada una; y da cuenta de un enterramiento que llama "sepulcro megalítico" muy interesante y que nos parece desconocido por los arqueólogos antes de ahora. Ciertamente Imbabura —lo sabemos por experiencia propia— es campo interesantísimo para las investigaciones antropológicas y ofrece incalculables recursos todavía no explotados íntegramente para el avance de la Arqueología ecuatoriana, con sus numerosos y variados túmulos llamados tolas *y sus diferentes sepulturas en pozos. Varias son las noticias que el Autor nos da de objetos desconocidos antes, como aquel instrumento musical de oro, hallado en la hacienda "La Esperanza", que prueba el alto grado de cultura artística alcanzado por los aborígenes de la Provincia de Imbabura.*

El Repertorio Arqueológico Imbaya no es la escueta enumeración de sepulcros y de objetos en ellos encontrados; ni el sólo complemento de inventarios antes publicados por otros arqueólogos; es un conjunto de datos de

valor científico como los que nos proporciona el capítulo "Formas de enterramiento"; en donde señala la diferente posición de los cadáveres en las tolas, en los sepulcros en pozos, en hornacinas y en grandes cántaros de barro; como también los depósitos de huesos en desorden e incompletos o incinerados previamente a la inhumación definitiva. Al tratar esta materia, el Autor del Repertorio demuestra amplio conocimiento de todas las exploraciones llevadas a cabo tanto por científicos nacionales como extranjeros; y da también noticias interesantes sobre los llamados huaqueros *y sus grandes hallazgos, principalmente de objetos de oro. Y todo redactado en forma bella y atractiva, que revela la hermosura de la naturaleza imbabureña.*

En el magnífico estudio sobre la cerámica, cuando hace el inventario de los objetos extraídos de una tola, habríamos deseado que se indicara la ubicación precisa de cada objeto, en relación con las coordenadas del plano, la profundidad desde la superficie y otros detalles que, aunque parezcan superfluos, sirven al estudioso para comparaciones y hacen posible llegar a deducciones de valor arqueológico. Pero, sin embargo, en esta obra del señor Jaramillo hay muy apreciables anotaciones conducentes a reconstruir el pasado del pueblo imbabureño; y las conclusiones a que llega, después de sintetizar las características de la cerámica encontrada en las tolas y las dife-

rencias con la cerámica de los pozos: mucho más fina, de pasta escogida y depurada, con ornamentaciones pintadas y en relieve; así como las peculiaridades de las representaciones antropomorfas y zoomorfas, que en ellos se encuentran, nos parecen muy justas y explican que el Autor escriba:

> *..."La riqueza interior de ideas se plasmaba en la producción de artefactos nobles, de líneas y formas clásicas, modelados con metódica justeza y enlucidos con lacas de matices bellos. Estos balanceamientos de la masa o forma, y el esmalte o color, producen una armonía que se traduce en regalo de los ojos y gozo del espíritu".*

Clasifica el Autor los diversos métodos de decoración de la cerámica; y la enumeración que hace de los vegetales de los que los indios extraían las sustancias colorantes para la decoración de la cerámica, revela los muy apreciables conocimientos botánicos del Autor.

En el capítulo de "Piedras Prehistóricas" resplandece el orden y el método descriptivo. Nos muestra la gran variedad de formas, la diversidad de materia prima empleada, la difusión de los instrumentos líticos, en su mayor parte guardados en el rico museo arqueológico formado por el autor de este libro con actividad y conocimientos, que revelan su amor a las cosas bellas y su contracción para reunir material científico para sus estudios predilectos.

Quizás esta colección de objetos prehistóricos de piedra es la más grande que existe en el país. En ella se encuentran, a más de multitud de hachas, rompecabezas estrellados, cabezas de tiradera de estólicas, amuletos, ídolos, reproducción de mazorcas de maíz, copas, morteros, espejos, anillos, cuentas de collares, etc.

En cada serie de objetos estudia el Autor la evolución de las formas, partiendo de las más primitivas hasta las más perfectas y mejor dotadas de cualidades estéticas y prácticas. Sus atinadas consideraciones y deducciones llevan a esbozar con fundamento el estado de cultura que alcanzaron los Imbayas.

Acerca del utilaje de hueso, tal vez ninguna región del Ecuador presenta mayor diversidad e importancia. El día en que tengamos comprobaciones, por la aplicación del carbono 14, de la antigüedad de muchos de esos instrumentos óseos, será posible establecer una cronología de las culturas que se han sucedido en Imbabura.

El importante capítulo sobre la metalurgia da a conocer el tesoro arqueológico de muchos museos de Imbabura, especialmente el formado por el Autor del Repertorio para el Instituto del Hombre Americano que se halla en la ciudad de Otavalo. El inventario demuestra la riqueza de la región y la habilidad y gusto estético de los habitantes prehistóricos de Imbabura. Lo mismo puede decirse del acabado estudio que el señor Jaramillo ha-

ce del vestido y de la diversa clase de tejidos, comparándolos con los encontrados en otras naciones de América.

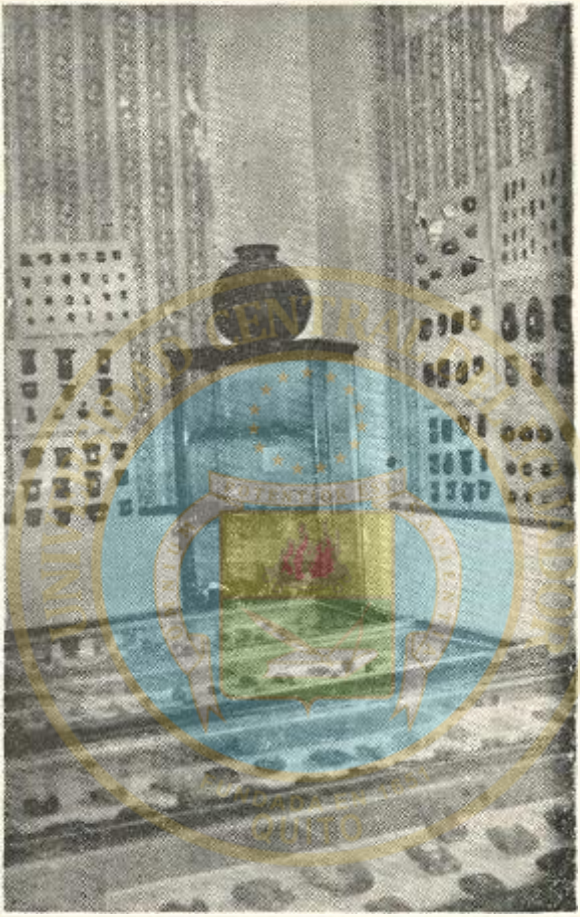
En las investigaciones de Prehistoria, acaso ningún terreno más deleznable, más expuesto a errores que el de la Filología. Al mismo tiempo, sus datos, cuando son reales, tienen inmenso valor para las fundadas conjeturas acerca del origen de los pueblos, y de la extensión del territorio que ocuparon. El señor Jaramillo se muestra prudente y cauto al darnos sus importantísimas anotaciones de topónimos, antropónimos y al hacer el análisis de los tradicionales nombres de las tribus que ocuparon el territorio septentrional del Ecuador. El material que nos suministra con sus catálogos de nombres en los que se repiten ciertas sílabas y desinencias es verdaderamente precioso. Convendría emprender en una sistemática recolección de onomásticos y antropónimos en los documentos antiguos de notarías y archivos públicos y privados; este sería un material valioso para conocer la difusión racial, el origen remoto, conexiones con otros pueblos de México y Centro América, en que aparecen similitudes filológicas.

Por los conocimientos hasta ahora adquiridos, creemos —y estamos de acuerdo con el Autor del Repertorio Arqueológico Imbaya— que el territorio de la actual Provincia de Imbabura y de Pichincha recibió diversas oleadas de inmigrantes prehistóricos: Los Caras que

tal vez llegaron desde Manabí y Esmeraldas; antes se habían establecido los Quitus y los Imbas. Finalmente ya a los comienzos de la época histórica, sobrevino la conquista de los Incas que avanzaron desde el Sur. Probablemente hubo también en remotos tiempos oleadas humanas venidas del Oriente trasmontando la Cordillera Central. La ocupación de los Incas fue de corta duración. Cuando conozcamos los resultados de las excavaciones realizadas en Cochasquí, al pie del Nudo de Mojanda-Cajas, quizás tengamos nuevos datos que nos permitan disipar algo más las tinieblas de la Prehistoria ecuatoriana.

CARLOS MANUEL LARREA

Quito, 21 de agosto de 1968.



VISTA PARCIAL DEL MUSEO ARQUEOLOGICO

DEL

INSTITUTO DEL HOMBRE AMERICANO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

EL MARCO GEOGRAFICO

Entre el río de Coangue, modernamente llamado Chota, en el límite boreal, y el Guayllabamba, en el austral, en el espacio comprendido en dirección de los meridianos, entre la viejísima y despedazada cordillera Oriental, denominada en esa latitud cordillera del Dué, por donde se abren paso en su curso alto varios afluentes de los ríos Coca y Aguarico, tributarios a su vez del Napo, y éste del Amazonas, y las estribaciones que en el frente opuesto caen al poniente de la cordillera Occidental, se extiende el amplio territorio que ocupó el pueblo aborigen imbaya.

El territorio no es plano, sino irregular, con muchas elevaciones y rugosidades. Cinco cordilleras paralelas, tres mayores y dos menores, y una transversal que enlaza dos de ellas, constituyen la nota más saliente del relieve. Aparte de

este juego de sierras y montañas, la cordillera Occidental emite varios ramales de cierta altitud en dirección al Pacífico.

Por el trazo enérgico que define su continuidad y altura se destacan la cordillera Central y la Occidental. Aquella luce la soberbia cima del Cayambe, a 5.789 metros, formidable basílica de nieve, a cuyo pie, en Puntachil, prosternados, adoraban al sol naciente sacerdotes de la milenaria cultura Cara. Las lluvias invernales y las esporádicas del estío, que reciben el nombre de nevadas, amplían sobre la misma línea ecuatorial el espacio de por lo menos cincuenta kilómetros cuadrados perennemente cubierto por los bloques de nieve, hasta el momento en que se produce la fusión de los hielos superficiales adicionados, por efecto del calor solar.

En la cordillera Occidental se levanta el Cotacachi, a 4.996 metros de altitud absoluta, mostrando su cima nevada, si bien de proporciones mucho menores que las del gigante andino situado en la banda opuesta.

Entre la cordillera Central y la Occidental corre transversalmente el nudo de Mojanda y Cajas, uno de los más anchurosos de la Sierra ecuatoriana. Esta elevación alcanza una altitud de 4.294 metros en la cúspide norte del Fuya-Fuya, y 4.279 metros en la cúspide sur; 4.145 metros en el Golongal, y 3.825 metros en la cima de la prominencia que divide las aguas de las

lagunas de Huarmicocha y Caricocha situadas en el Mojanda. El observador que acierta a encontrarse en este rincón montañoso, abrupto y solitario, aprecia un cuadro sublime de la naturaleza, cuyo recuerdo no podrá borrarse.

Hacia el Norte, el Mojanda Cajas emite dos macizos montañosos, paralelos entre sí; el de menor desarrollo longitudinal alcanza unos 30 kilómetros y ocupa el centro de la hoya, mostrando, sobre una formación de rocas efusivas, un juego de volcanes grises, todos apagados: Cusín, Cunrro, Cochaloma, Cubilche e Imbabura, cuya altitud de 4.630 metros le señala como el prominente de la hilera. Lavas y basaltos le dan un color negruzco que contrasta con la luz, clara y pura, del cielo ecuatorial, y con el azul intenso del hermoso lago de San Pablo en que se mira.

La otra ramificación, llamada cordillera de Angochagua, tiene mayor desarrollo en el sentido longitudinal, aproximadamente 40 kilómetros, pero no es tan elevada como aquella. Las cimas mayores, de S. a N., son: Yuracruz grande, con magnífica vista sobre el risueño valle de Ibarra, las Ventanillas y el Pinllar, especie de mojón final, pues inmediatamente se abate este macizo en el corte profundo por donde corre el río Chota.

Hacia el mar, ya del otro lado de la cordillera Occidental, sobre una perspectiva de sel-

vas profundas, se extienden numerosos cordales que declinan gradualmente en la planicie esmeraldeña. De sur a norte, los principales son: el de Intag, en la margen derecha o setentrional del Guayllabamba; el de Toisán, entre los ríos Llurimagua o Grande de Intag y Santiago; el de Lachas y cerros de Cachabí, entre el Santiago y el Lita; y el de Chilluri, fuera de la provincia de Imbabura, entre el Lita y el Mira.

Dentro del sistema orográfico descrito someramente en estas líneas, la tierra se muestra, de modo general, suavemente doblada, formando valles y altiplanicies o mesetas de diferente altitud y clima, tan llenos de encanto, de gracia y de riqueza, que realmente dan a esta provincia un cariz propicio al desarrollo de la poesía eglógica.

A trechos, con caprichosa irregularidad, cortan las mesetas colinas y lomeríos de escasa altitud, encerrando vallecitos recoletos que parecen una versión andina de los jardines orientales.

Apoyaron los imbayas, en estos valles y mesetas, su rudimentaria civilización, desde hace millares de años; aquí levantaron sus cabañas las primeras comunidades humanas de que tenemos noticia, para no abandonarles jamás; aquí dejaron nuestros antepasados aborígenes sus restos y reliquias culturales, de las que vamos a tomar nota pormenorizada en las páginas

subsiguientes.

Por supuesto, el imbaya supo apreciar la categoría de la tierra que le inyectó en el alma la dulzura de su paisaje. Las planicies, los recuestos de las cordilleras, los altozanos no solamente son bellos sino tan fértiles que cinco mil años de labranza no han producido en ellos signo alguno de agotamiento. La única transformación cierta experimentada en este fantástico proscenio de la vida vegetal, es el cambio de unas especies por otras: donde antes dictó ley la floresta hoy levanta la tierra su seno henchido de ricas mieses. Maíz, trigo, centeno y otros cereales; patatas y otros tubérculos; caña de azúcar, café, algodón, maní, variados frutales, constituyen apenas renglones de la producción equilibrada de esta tierra magnífica.

Explicable por lo mismo que el hombre haya elegido este marco decorativo para dar expansión a su alma, y un suelo como para consubstanciarse con él, echando raíces y prendiéndose en su último fundamento.

En el cuerpo de la hoya de Ibarra la nota más saliente del relieve constituye el Imbabura, miembro de una estirpe de gigantes, montaña fosca y macisa en su pletórica musculatura. Su cumbre almenada, aunque no alcanza a revestirse de nieves perpetuas, sólo ocasionalmente se muestra blanca, cuando coincide un período de lluvias con bajas acentuadas de la

temperatura. Entonces la montaña luce hermosísima, aparentando mayor altura de la que en realidad tiene. Al derretirse la nieve por acción de los rayos solares, desde las mesetas inmediatas se advierte el precipitado descenso de hilos de agua cristalina, que al reunirse unos con otros en el dédalo de las fracturas del terreno, forman ágiles torrentes tributarios de lo riachuelos que riegan esta región.

Las mañanas luminosas y las tardes serenas, en que el aire parece mostrarse más delgado y sutil que de costumbre, son propicias para la contemplación de las cordilleras que enmarcan las hoyas con su colosal arquitectura de granitos y basaltos.

En el espacio que trunca la montaña de los imbayas, aquella a la que le impusieron su propio nombre, desarróllase el valle de Ibarra, con el que forman un bloque homogéneo, por la gran semejanza de rasgos físicos o congruencia de elementos que les caracteriza, los valles de Atuntaqui y Otavalo. El conjunto ofrece un aspecto de indescriptible belleza, apreciada y sentida con cierto estupor panteísta, no sólo por el hombre culto sino por los mismos aborígenes prehistóricos, como lo demostraremos en el desarrollo del presente estudio.

El valle de Ibarra, por su origen y estructura, es típicamente orográfico; por su ubicación ocupa el sector septentrional de la explanada.

Su horizonte dilatado; el color verdeoscuro de sus campos en permanente germinación primaveral; el hervor del río de vegas generosas, obstinado en su pugilato con las rocas y los cantos que arrastra en sus crecidas; el resplandor azulado de los montes; la majestuosa perspectiva de las cordilleras; el alto y límpido cielo que le cobija, todo hace de este valle un reflejo, una síntesis de los caracteres de esta provincia en que la naturaleza registró algunos de sus mejores dones.

Colinda por el sur con el valle de Ibarra el de Atuntaqui, enmarcado entre la falda del Imbabura y el río Ambi, que se desliza abajo, en el fondo de la rompiente. La tierra es fecunda y los cultivos van al encuentro de las nubes que bajan de la cima del viejo volcán.

El valle de Otavalo, situado entre el Mojanda y el mismo Imbabura que le cierra del lado por donde sale el sol, es de una frescura y colorido inigualables. Altas montañas, fascinadores lagos, escondidas y rumorosas vertientes le dan un matiz geórgico. En el cuerpo de las sierras, de los lomeríos, en el valle, en las cañadas, por doquiera se aprecia en Otavalo el tenaz testimonio del trabajo del hombre, ya en parcelas diminutas, geométricas, ya en cuerpos de terreno, significativos por su extensión. Arriba de los 3.500 metros deja de asomar el trabajo humano; sólo alguna floresta natural, los pajo-

nales y ciertos líquenes pregonan en tan inhóspitos parajes la fuerza eterna de la vida.

Referencia específica merece la cañada del Itambi, en el ángulo que forman las faldas del Imbabura, el Cubilche y el Cusín. Un ambiente telúrico de gran densidad se respira en ese recinto: tres montañas, y con el Mojanda, cuatro, le circundan apretadamente; varias vertientes caudalosas brotan de su seno; un riachuelo desata en el aire su rumor agreste; le sonríe un lago, espejo que refleja al vivo el sol, que nace, para el valle de Otavalo, precisamente del lado por donde corre el Itambi fecundando las dehesas de Cusín. Este es, realmente, un gran ambiente telúrico. Allí está la población de San Pablo del Lago, circundada de fragantes dehesas, junto al Chicapán que deja ver, nítidamente, el color del cielo.

Del lado oriental del Imbabura, entre las faldas que extienden esta montaña, el Cubilche y el Cunrro, y las correspondientes a la cordillera de Angochagua, corre el río Taguando. En sus vegas pobladas de sembríos no se advierte un punto muerto de la naturaleza; más aún, grandes haciendas ganaderas muestran la potencialidad económica de esta zona.

En el frente opuesto de la hoya de Ibarra, en el andamio del primer tercio de la cordillera Occidental, entre ésta y el valle del río Ambi, hállase la meseta de Cotacachi. El terreno es ge-

neralmente ondulado, aunque a trechos se suaviza el plegamiento, formándose llanuras o valles de consideración, como el que corresponde a la ciudad de Cotacachi y a la población de Quiroga, y el que le sirve de asiento al pueblo de Imantag.

Al pie del poblado antedicho, corta la meseta una depresión profunda, tanto que a tres kilómetros de la plaza de Imantag, hacia el norte y el oriente, baja la altitud 300 y 500 metros, respectivamente, con lo que cambia en forma sensible la temperatura.

En los declives meridionales del Cotacachi, en un opresivo estuche de rocas de cortes abruptos, tajantes, a modo de herradura plutónica, se muestra un lago que centellea como piedra preciosa: Cuicocha. Su belleza pura exalta los valores estéticos de la región de Cotacachi, donde es tan armoniosa la concordancia de los elementos de la naturaleza, que realmente constituye un trazo esencial del lujo decorativo que muestra esta provincia.

Siguiendo la depresión de Imantag, al norte, sobre llanos ardientes se ven plantas espinosas, achaparradas, entre cultivos de maíz, caña de azúcar y algodón. Bajo el sol, las aguas del Alambi, y las más caudalosas del Cariyaco, brillan como plata azulada. La cordillera sigue en este sector una línea continua, de sur a norte, pues entre los extensos páramos de Piñán que

tienen alrededor de 4.000 metros de elevación, se alza el Yanaurco, de 4.438 metros; pero más adelante, la masa inmensa de la cordillera parece haber sido barrenada por el río Mira, el más caudaloso de la hoya, que, siguiendo su curso de oriente a occidente, abate el obstáculo que se le interpusiera, y una vez libre de los peñascales y barrancos que pretenden aprisionarle, corre mansamente en dirección al mar.

En el bajío, en el espacio comprendido entre el Cotacachi y el Yanaurco, están los pueblos de Urcuquí, San Blas y Tumbaviro; más al norte, en los últimos pliegues de la cordillera, Pablo Arenas y Cahuasquí, y al pie de de éstos, en una llanura arenosa, Salinas, bajo un sol que tuesta sin contemplación ninguna. Sin embargo, en amplias brozas de la raquítica vegetación natural, el semidesierto ha sido transformado por el esfuerzo del hombre en tierra de pan llevar.

El valle de Salinas tiene conexión directa con el del Chota, del que le separa solamente el río que le da su nombre. Los dos valles parecen salir al encuentro uno del otro, en el ángulo noroccidental de la hoya. Registran similitudes: ambos tienen vegetación xerófila; ambos se hallan inundados por tal cantidad de arena que no permite desplazarse con facilidad de un lado a otro; en invierno uno y otro cobran un tono de frescura bastante grato, pues la vegetación arbustácea parece resucitar de su an-

quilosamiento, con savia nueva y retoños florecidos. Sin embargo, huelga señalar una diferencia: el primeramente nombrado cuenta en su estructura geológica con una capa salina; el otro, no. El estrato salino es rico en esqueletos de moluscos, de peces y otras especies marinas, lo que nos hace suponer que el valle de esta referencia, allá por la época terciaria, constituyó el fondo de un lago salino, o quizá entraba, hasta allí, una escotadura, un golfo.

El río Chota nace en la cordillera Central y recorre en dirección sureste-noroeste un considerable trayecto. A poco de su origen adquiere un caudal apreciable, por recoger en su lecho varias líneas fluviales que bajan de las vertientes de la cordillera. Una de éstas, el río Blanco, se alimenta de las nieves del Cayambe, corre en matemática dirección S – N, bañando la altiplanicie de Puetaquí-Guanupamba, al pie de ésta se junta con él, entre otros, el río Pisco, desde donde toma el nombre de Mataquí; varios kilómetros adelante, luego de haber sobrepasado el valle de Pimampiro, pierde el nombre anterior por el de Chota.

En el valle de Pimampiro, aprovechando las favorables condiciones de suelo y clima, los PP. Jesuítas de Quito cultivaron con mucho éxito la uva, durante todo el período colonial. Realmente este valle es una canastilla de verdura, un marco adecuado para que allí sea cele-

brada la fiesta dionisíaca de la uva.

La heredad de los imbayas no se circunscribió al territorio someramente descrito, sino que le sobrepasó, por el sur, tramontando el nudo de Mojanda - Cajas. Del otro lado de este valladar se encuentran el valle de Cayambe, la meseta de Tabacundo que, aunque cortada por profundas abras que caen del Mojanda al cauce del río Pisque, se extiende hasta la planicie de Cochasquí y la extensa llanura de Malchinguí que descuelga sus azulosos arenales hasta el río Guayllabamba.

En la vega setentrional de este río o en sus cercanías del mismo lado, los valles de Perucho, Puéllaro, Pataquí y San José de Minas fueron también poblados por los imbayas.

Hacia el oriente y el sur, avanza la etnia objeto de este estudio, sin sentir el desaliento del regreso, sino más bien, afirmándose y aquerenciándose en el nuevo medio, por donde le fué posible hallar sin interferencias hostiles, una greda acogedora, semejante a la del viejo y querido monte tutelar.

Mientras cobraban desarrollo las primeras expresiones culturales en el sector interandino de la provincia, deambuló el hombre, durante milenios, en plena selva virgen trasandina, de vegetación densa y hostil. El testimonio arqueológico de este hecho es irrefragable. En todas partes se hallan huellas que atestiguan la per-

manencia de enjambres humanos, de incipiente cultura, entregados a la primaria tarea de defenderse de la inhóspita naturaleza que, con sus ríos, torrenteras, lluvias diluviales, humedad concentrada, árboles abatidos, altas hierbas, hoscas raíces flotantes, toda una poderosa malla vegetal a ras del suelo, y su alucinante reino animal constituído por una abigarrada muchedumbre de hormigas, abejorros, sanguijuelas, inmundos reptiles, plantígrados y felinos feroces, monos aulladores y otras especies, al proclamar los derechos de la naturaleza, realmente se conjuraban para frustrarle la vida en esta inescrutable región.

Excluyendo la zona selvática, regida por ley dura de la madre naturaleza, el territorio imbabureño se muestra arcádico del valle a la cordillera. Este territorio en que los elementos decorativos y utilitarios pugnan por sobrepasar los unos a los otros para beneficio del hombre, sirvió de fondo al devenir humano, a la escena característica, propia del pueblo imbaya.

Quien recorre la provincia viendo las cosas y no simplemente mirándolas, encuentra algunas ruinas de poblaciones prehistóricas, cementerios colectivos, pequeñas y grandes tolas, caracoles y fortalezas, sitios religiosos ubicados donde el marco cósmico es propicio al arrobamiento estático del espíritu, terrazas de culti-

vo, rastro de caminos y acueductos, inscripciones petroglíficas, en fin, todo un acervo de riqueza cultural que impele a la investigación científica, en la que, en distinto grado de intensidad, ha emprendido en el decurso de los dos últimos siglos, un linaje de sabios: Jorge Juan, Antonio de Ulloa, Caldas, Humboldt, Wimper, González Suárez, Rivet, Verneau, Jijón y Camaño, Uhle, Sauer, y con mérito notable, unánimemente reconocido, Carlos Manuel Larrea, Carlos Emilio Grijalva, Monseñor Silvio Luis Haro, Alvear, Antonio Santiana, María Angélica Carluci, Alfredo Costales y otros.

Para consignar nuestras personales referencias sobre este inmenso venero cultural, actualmente quebrantado y deshecho en parte por las atentatorias depredaciones de huaqueros y buscadores de tesoros, se publica el presente estudio, con el que aspiramos contribuir al conocimiento de las manifestaciones culturales de los grupos étnicos que, en el decurso de miles de años, demoraron junto al Mojanda, al Imbabura, al Cotacachi, al Yanaurco, al Cayambe, en una comarca ubicada astronómicamente entre 0º 52' de latitud Norte y 0º 12' de latitud Sur y entre los 78º y 79º 18' de longitud Oeste, comarca que debe ser objeto, por muchos respectos, de investigaciones más amplias en el vasto campo arqueológico.

18 ERRATA SUSTANCIAL

En el reglón 8, de la pág. 8, donde se lee «fuera» debe decir «al borde noroccidental».

DATOS GEOLOGICOS

En los Andes ecuatorianos existen, en proporciones variadas, todas las rocas primarias que han sido descubiertas en las demás regiones del globo terrestre. Alguna que otra que escapara a la observación de Humboldt, allá por el año de 1.802, han sido descubiertas más tarde, sucesivamente, por Wimper, Wagner, Reiss y Stübel, Wolf, Meyer y otros.

La alquimia de la naturaleza que elaborara estos elementos a partir del móvil y fluído magma primigenio, nada ha dejado que desear, en su proceso constructivo, en el ámbito andino.

La cordillera Central, a la que más comúnmente se le da el nombre de cordillera Oriental, está constituída por rocas arcaicas que denuncian una antigüedad inconmensurable. Sobre esta espina dorsal se levantó, posteriormente, en eras, períodos y épocas que cubren millo-

nes de años, todo el territorio de nuestro país. Las rocas intrusivas y plutónicas, cristalinas y profundas, dominantes èn este primer estrato son los granitos, las micalcitas, talquitas, anfibólicas y otras. No lejos de la hoya, en la misma cordillera Central, hacia el sur, se levanta el Saraurco, montaña de 4.676 m., un emporio de esquistas cristalinas, la Meca a donde llegaban los lapidarios prehistóricos a proveerse del material semiprecioso en que trabajaban las joyas líticas, a las que nos referimos detenidamente, en capítulo aparte, de este estudio.

Toda la base de la cordillera Occidental muestra formaciones mesozoicas del cretácco inferior; no así las cumbres, construídas por formaciones modernas del pleistoceno, en que la actividad volcánica cobró inusitada violencia en todo el Norte andino ecuatoriano. Cuando se producen desgarramientos que alcanzan a la estructura interna de los bloques cretáceos, afloran restos fósiles de origen vegetal, únos, y animal, ótros, propios de las especies que vivieron en aquel período.

El cuerpo central territorial de la provincia etnológica, que va de cordillera a cordillera, y del Chota al Guayllabamba, está virtualmente recubierto de tobas y conglomerados volcánicos. La serranía ecuatoriana, en general, señállase como una de las zonas volcánicas activas del mundo. Los volcanes se localizan en áreas

de gran sismicidad por tener mediante sus chimeneas conexión directa con las cámaras de magma que encierra la corteza terrestre; cuando éstas, por cualquier razón, especialmente por las dislocaciones o fracturas de la referida corteza, entran en actividad, las chimeneas volcánicas constituyen la vía de más fácil escape del peligroso fluído. De ahí que su mismo cráter esté constituído por formaciones magmáticas, desde los más grandes bloques de lava hasta las más imperceptibles cenizas.

El volcanismo ha sido el artífice que ha conformado, a su capricho, las capas estratigráficas más modernas de la provincia de Imbabura. Para tener una impresión viva del espasmo volcánico que sacudió a esta zona en el cuaternario, basta con apreciar, en el cantón Otavalo, la meseta de Gualsaquí. Corrientes compactas de lava que debieron de haber procedido del Cotacachi, rocas andesíticas, eruptivas y sedimentarias, bombas volcánicas y tobas eólicas, endurecidas, llamadas cangagua, arena y ceniza por doquiera, estos son los elementos del cuadro geológico de esta región. Las erosiones y sedimentaciones han conformado el resto, así de esta pequeña meseta como de toda la provincia.

Hecho este diseño pasemos al señalamiento de ciertos detalles. Rocas graníticas de tipo puro forman el basamento de las cordilleras. Estas rocas no han aflorado. Solamente varian-

tes de dicha familia, como ser el pórfido, el gneis o granito foliáceo, el jade, la serpentina, la diorita -piedra de color verde de muchísimas variedades, muy común en los Andes-, la obsidiana, aparecen en intercalaciones, que no llegan a constituir vetas y menos aún macizos de alguna significación, ni en el zócalo ni en las cimas de las cordilleras.

La sienita señálase también muy discretamente en la contextura geológica de nuestro marco geográfico. Sin embargo, han sido localizadas ciertas variedades de esta esquista, tales, por ejemplo, la traquita y la fonolita. La cumbre del Cotacachi luce esta última piedra, juntatamente con otras de color verde e igualmente cristalinas, las que, vistas a la luz del sol, desde la línea de las nieves eternas que encasquetan su hermosa cima, ofrecen magníficos reflejos iridiscentes.

Los basaltos de grano fino obscuro aparecen en lo alto de las cordilleras, formando bastiones compactos, como en el Imbabura, o columnas de líneas caprichosas en grado inverosímil, como en el Mojanda. El inmenso anfiteatro que encierra a las lagunas de este nombre, constituye un magnífico laboratorio para el estudio de Historia Natural, en sus distintos reinos. Ese laboratorio, además, por su belleza impresionante en el apartamiento en que está ubicado, a 3.600m. de altitud, columpiándose entre gráci-

les nubes, se indica como un maravilloso centro de atracción turística.

Entre las rocas gábricas, a más del basalto, existe la diabasa, de fuerte contextura, muy utilizada por la industria aborigen en tiempos prehistóricos.

Tampoco son ajenas al cuadro geológico imbabureño las esquistas cristalinas que contienen oro en alguna cantidad. Toda la vertiente oriental de la cordillera Real se halla regada por ríos auríferos, afluentes del Napo. «Casi todos los ríos que nacen en el terreno de las esquistas cristalinas-afirma Wolf-, llevan oro en mayor o menor cantidad.»

El volcanismo ha distorsionado los estratos geológicos de la región imbaya. Por el cuaternario estos trastornos parecen haber sido sumamente violentos. Las fracturas que ha sufrido la corteza terrestre como consecuencia de los mismos permiten ver, dentro de un evidente desorden estratigráfico, a poca profundidad, capas de toba o cangagua lacustre, fluvio-lacustre y eólica; morenas glaciales, lava, ceniza y arenas volcánicas, piedras pómez, piedras areniscas de base caliza etc., etc., que estratigráficamente corresponden a la época cuaternaria. Más aún, acumulados en las planicies aparecen depósitos volcánicos que llenan amplias áreas de Imbabura, como puede apreciarse por la gran cantidad de lavas andesíticas, relativamente modernas; co-

rrientes de lodo y de ceniza que por dondequiera se extienden en forma de mantos. En todo el cuerpo de la provincia -según observación de Wolf-, el material de este origen forma una cubierta continua, que se prolonga al occidente por las brechas del Mira y del Guayllabamba.

Sin embargo, el valle de Ibarra constituye una excepción. Caldas enseña que la plataforma en que descansa la ciudad de Ibarra es el fondo de un antiguo lago, hoy desecado. El valle de Salinas, al noroeste de la provincia, tiene igualmente todas las trazas de haber sido el asiento de un mar interior. La más superficial evaluación geológica establece la existencia de una capa de cinco a seis pulgadas de profundidad, en la que aflora la sal. Esta capa cubre una extensión muy grande, nada menos que toda la formación aluvial del Mira y descansa -según Boussingault-, «sobre una traquita de pasta piroxénica y cristales de feldespato vidrioso como puede observarse distintivamente en el álveo profundo del torrente del Ambi». Boussingault supone que en la base traquítica sobre la que se extiende el arenal de Salinas se originan fuentes saladas que mantienen permanentemente en afloración el respectivo cloruro. Sólo un estudio geológico-estratigráfico que permita hallar los manantiales interiores o hacer nuevos descubrimientos de fósiles marinos, confirmaría esta hipótesis.

Al verificar un estudio geológico – estratigráfico del lugar donde apareció, en el año de 1957, un esqueleto humano, completamente fosilizado, al que se le ha dado el nombre de HOMO OTAVALUS, reparóse en su cubertura la existencia de varios estratos de origen volcánico, en el orden que se determina a continuación: del lado norte del foco geológico, en la base, aparece un conglomerado aluvional sobre el cual descansa una capa lacustre, de un metro de espesor, con material morenaico de origen volcánico, que allá, en una de las fases del cuaternario, debió de haber sido fondo de un lago; cubre a éste un manto de carbón no totalmente mineralizado, pues aún apareceu vestigios de vegetación acuática; sobre la capa carbonífera se extiende un mantillo de ceniza y arena volcánicas, y a continuación descansa un gran banco lacustre, de tres metros de espesor, con material morenaico. Por todas las apariencias, este es el piso de un lago de formación más moderna que aquel al que nos referimos en las líneas inmediatamente anteriores.

Los estratos del lado sur se aprecian así, geológicamente: 1º- Un banco aluvional; 2º Una discordancia erosiva, producida por la entrada de un torrente de agua; en esta discordancia aparecieron los restos fósiles que son objeto de la presente referencia; 3º- Toba volcánica morenaica, cuajada de material calcáreo; 4º- De-

pósito lacustre cementado con precipitaciones de cal; exteriormente presenta un color amarillento por obra del hidróxido de hierro; 5º- Capa de ceniza volcánica, cubriente de vegetación lacustre en proceso de carbonización; 6º- Una capa de caliche o toba calcárea, formada como consecuencia del recubrimiento de aguas incrustantes, cargadas de carbonato de calcio; 7º Nueva toba volcánica; en la parte superior de esta capa aparece una segunda discordancia erosiva rellenada con la piedra que arrastró un aluvión; 8º- Una capa de tierra calcárea que sirviera de fondo lacustre; 9º- Tierra reciente, vegetal.

Según la ciencia ha establecido de un modo inconcuso, la laguna de Cuicocha – un alarde de originalidad, con su belleza serena y pensativa, en el juego lacustre de la provincia –, constituye una de las demostraciones palmarias de la vigorosa actividad volcánica del cuaternario, que devastara estas regiones, inmediatamente antes del establecimiento del hombre en las mismas. En vista de tantas revelaciones del convulsionismo volcánico, Humbolt presumió que la laguna de Cuicocha está aprisionada en el cráter de un milenario volcán ya extinguido o, quién sabe, tan sólo durmiente. Los pintorescos islotes que emergen en el centro de la laguna son acumulaciones de lava, es de cir, conos de erupción.

Dos fenómenos más, correspondientes al

cuaternario, crearon y embrollaron las capas terrestres, produciendo una aguda discordancia litológica: las glaciaciones pleistocénicas llamadas por los científicos alemanes diluviales, que se desencadenaron, con amplios intervalos, en el decurso de un período que se calcula aproximadamente en un millón de años, y los levantamientos y hundimientos epirogenéticos de los Andes, a merced de fuerzas y presiones descomunales. Estos hechos acabaron por conformar así el perfil geográfico como la estructura morfológica de la sierra ecuatoriana.

En los tiempos que corren, el Cotacachi, el Yanaurco, el Mojanda, el Cusín, el Cubilche, el Cunru muestran cráteres apagados. En el Cayambe ni siquiera se distinguen las formas exteriores de la boca de su chimenea volcánica, según la observación de Wymper, quien escaló la altísima cumbre de 5789 m. allá por el año de 1.880. El cráter del Cubilche, dormido desde hace muchos siglos, sirve de lecho a una pequeña laguna de aguas dulces y cristalinas que retratan el azul del cielo. El del Imbabura ofrece una visión apocalíptica, no obstante hallarse completamente apagado, desde hace milenios. Caldas vio en dicho cráter una «naturaleza espantosa». «Bocas quemadas y destrozadas, piedras pómez, arena, azufre, nieve, greda, precipicios y confusión eran los objetos -dice el sabio-, que se presentaban a mis ojos». No otra cosa reproduce el

pincel de Rafael Troya en uno de sus cuadros magistrales. Nosotros hemos estado varias veces al pie del dantesco precipicio, que un día lejano fué una boca rugiente de llamas, y en este momento en que pasa por nuestra mente la imagen de tantas rocas torturadas, mas aún de toda una pared del cráter aventada al espacio por el espasmo vulcanológico, en un día de furia plutónica, no podemos menos de justificar así la descripción del sabio neogranadino, como el arrebato telúrico que agitó el pincel del artista ibarreño.

Humbolt atribuye al Imbabura una erupción de lodo, por el año de 1691, ateniéndose a la información que le diera D. Juan de Larrea. Las erupciones de lodo de esta montaña no se verifican por el cráter, situado hacia el lado oriental, a más de 4.000 m. de altitud, e inactivo de milenios, como lo establece Wolf, luego de una prolija observación hecha en diciembre de 1.872, sino por unas abras, llamadas en el lenguaje popular reventazones, que deben de corresponder a los puntos más débiles de la estructura de la montañas volcánicas, por donde emiten éstas grandes cantidades de una substancia viscosa de color negro, que arrasa los campos. Una de estas reventazones se produjo hace tres decenios, a media altura de la pared occidental del volcán, que mira al distrito de Antonio Ante, cuya cabecera cantonal a la sazón era

parroquia – se salvó providencialmente de la terrible arremetida del fango que borbotaba la desgarradura, abierta de modo súbito en el cuerpo del titán.

Como consecuencia del terremoto de 1.868, que arrasó a la provincia de Imbabura, se flexionó en muchas partes la corteza terrestre, y en el Imbabura, en el Cotacachi y en todo el sistema montañoso de la circunscripción, se abrieron grandes grietas. Una de éstas, de la montaña primeramente nombrada, inundó de piedra la hermosa llanura de Chilcapamba, que se extiende en la falda SSO., junto al lago San Pablo. Otra en el Cotacachi, como efecto de dicho terremoto, cubrió de piedra una superficie de cien hectáreas, aproximadamente, sepultando bajo su dura loza las edificaciones de la hacienda de Quitumba grande.

Walter Sauer verificó un estudio geológico de la zona comprendida entre el Yanaurco y el cerro Cotacahi, en cuyos declives se recuesta el lago de Cuicocha, volcán parásito que apareció mucho después de la extinción del volcán Cotacachi; el investigador llegó a establecer la existencia de inmensos bloques cortados por fallas y sistemas de grietas o rupturas longitudinales que siguen la dirección N – S, es decir, la misma de la cordillera Occidental, entre Yanaurco y Cotacachi.

Otro grupo de fallas sigue la dirección de

la cadena montañosa de Angochagua, al oriente del valle de Ibarra, cuyos puntos extremos constituyen las faldas del Cayambe y las laderas declinantes del Pinllar.

Una tercera línea de fracturas corre paralelamente a la cordillera Central, llamada también de Pimampiro, donde se abren los valles de los ríos Mataquí y Pisque, que conforman el Chota.

Una más aparece, asímismo longitudinalmente, entre el Pinllar y el Cusín; ésta afecta al centro de la hoya de Ibarra.

Hacia el sur de esta depresión, existe ótra, que corre en dirección transversal, desde el Cayambe, pasando junto a los cerros de Cusín y Mojanda, y remata en los páramos del Escalera, elevación del mismo sistema del Mojanda, donde se verifica el enlace de éste con la cordillera Occidental.

Sauer afirma que todos los cerros y montañas mencionados, remotamente fueron volcanes muy potentes que en sus erupciones arrojaron en derredor grandes mantos de lava.

El mapa sísmico y tectónico del Ecuador, levantado por el Observatorio Astronómico de Quito, con oportunidad de la celebración del año geofísico internacional, confirma y amplía los estudios de Sauer, pues señala en el subsuelo de la provincia de Imbabura, seis líneas de fallas en dirección N – S y una más de SE a NO.

Superando él período convulsivo que parece llegó a su clímax en el terciario o principios del cuaternario, la acción disolvente del viento, la lluvia, los ríos, los glaciares, los procesos de la vida vegetal y animal, más la acumulativa del volcanismo, han creado en los valles y mesetas una tierra franca, en la que comparecen en proporciones equilibradas, arena, limo y arcilla. Junto a ella, en zonas reducidas, se ven suelos arenosos como los de Malchinguí, los que constituyen la gorguera del Cotacachi, exactamente al pie de las nieves, etc.; de migajón arenoso, en la meseta de Cotacachi y en algunas áreas de Otavalo, Atuntaqui, Ibarra, Urcuquí; arcillosos, en casi todas las laderas de los páramos; cangaguosos, en la zona que precisamente lleva su nombre y que actualmente pertenece al cantón Cayambe; en las prominencias contiguas al cañón del Chota, donde contrasta con los arenales, y en muchísimos otros lugares; pedregosos en ciertas franjas situadas en los flancos del Imbabura, particularmente en las vertientes oriental y sur, donde aparecen quebradas secas, repletas de este material; areno-salitrosas, de formación reciente, en el valle de Salinas.

Por lo que dice relación con los minerales metálicos y no metálicos utilizables en la industria, huelga reconocer que no se han hecho evaluaciones geológicas por ingenieros metalúrgicos competentes, ni siquiera se han recogido

muestras significativas que podrían haber sido sometidas a análisis de laboratorio.

Wolf habla de la existencia de una capa potente de hierro palustre, de magnífica calidad para la fundición, en una meseta circular, rodeada por tobas volcánicas, en las laderas setentrionales del Mojanda, correspondientes a la hacienda de Sigsicunga, en el cantón Otavalo. Este mineral parece abundar en toda la provincia a juzgar por la profusión de aguas ferruginosas y capas de ocre de hierro que brotan en esta circunscripción.

En los valles de Cahuasquí, que corresponden al pie de la cordillera occidental, se encuentran rocas notablemente metalíferas, gracias a la incrustación de marcasitas de cobre y hierro.

Capas intrayacentes de mineral ferrífero aparecen en todas partes, en la provincia; la misma ceniza volcánica que forma vetas de variable espesor, contiene un 7% de mineral de hierro inaprovechable para la industria, pues ésta necesita contar con bloques en los que la evaluación del hierro no sea inferior al 70%.

En el cañón del Chota hacia la vertiente de Pimampiro, y en la hacienda de Pugarán, de la jurisdicción de Cahuasquí, hay minas de sulfato de cal (yeso); igualmente, en la quebrada de Cotabo, entre Pimán y Tababuela, así como en Gualaquí, en el Pinllar.

Existen formaciones de cal (hidráulica) en capas geológicas del grupo Jurásico y del Cretáceo, y más particularmente en el Cretáceo inferior. Es raro encontrar una cámara cuyos diversos bancos sean regulares y homogéneos; pero los que se hallan actualmente en explotación son propicios a la fabricación de una buena cal hidráulica. Los mencionamos: los de Pantabí, en las caídas de la hacienda de Tababuela al río Chota; en la hacienda «La Graciela», entre los ríos Ambi y Chorlabí; en San Antonio de Purapuche, en San José, en Santa Isabel y en la Victoria de Pichimbuela, todas estas haciendas correspondientes a la parroquia de Urcuquí, en la vertiente del Ambi; en la misma región, en la quebrada de Pigunchuela hay bancos de cal y de alumbre, éste se emplea como mordiente en tintorería, y fué muy utilizado por los aborígenes precolombinos imbayas; existen también minas de cal en terrenos de las haciendas de Conrraquí, Santiago de Monjas y Cobuendo, sobre el cauce del río Ambi. En Otavalo hay ricos filones de cal en La Banda, junto al río Tejar; en San Vicente, sobre el río Jatunyaco; en Pataquí, en el declive austral del nudo de Mojanda y Cajas.

Se ha denunciado la existencia de minas de hierro en la vertiente del Chota, en el Chirimoyal; de pizarra, en el mismo Chota; de carbón de piedra, en Nangulbí, zona de Intag; de cobre y

plata, en Selva Alegre, de la jurisdicción de Otavalo; de caolín, en varios lugares.

La longitud, anchura y profundidad de los filones en referencia. es variable; y su explotación comercial se circunscribe a dos líneas.

Faltan estudios geológicos de esta provincia, no digamos exhaustivos, sino relativamente amplios; en consecuencia, es poco lo que se conoce así en el campo de la mineralogía como en el de la petrografía.

Excepción hecha de los estudios de Wolf, a quien debe el país el reconocimiento de las líneas fundamentales de su estructura geológica, con lo que sentó las bases y abrió el camino para investigaciones más completas, los trabajos subsiguientes han sido parciales.

Comisiones científicas extranjeras, y geólogos ecuatorianos y foráneos han dado referencias de la composición mineralógica de algunos estratos, de la ubicación de ciertos yacimientos metalíferos, de tales o cuales asociaciones de estos elementos, de su génesis, forma, rumbo, distribución, posibilidades de laboreo, etc.; hasta se han levantado cartas geológicas, pero como nadie ha hecho un estudio medular que permita penetrar los secretos de la naturaleza y dar a conocer la plenitud de la realidad en materia geológica, el avance de la investigación científica, en esta disciplina, en el Ecuador, a un siglo de los estudios de Wolf, es muy pequeño.

HORIZONTE PALEONTOLOGICO

El suelo de Imbabura encierra vestigios de la vida animal correspondiente a remotas edades. Algunas especies a que pertenecen los fósiles descombrados se extinguieron sin dejar descendientes que alcanzaran el mundo moderno, a tal punto que ahora apenas podríamos suponer la presencia, en estas tierras que habitamos, de una fauna de talla gigantesca, aspecto feroz, elasticidad y fuerza incontrastables: pesados mastodontes y mamuts, caballos de cascos ágiles, tigres de «dientes de sable», como aquellos que tomaban el sol en épocas inmemoriales a orillas del Támesis; tapires, bizontes, osos, lobos, camellos. La intensidad de la vida vegetal, en una tierra cuajada de pasmosos bosques milenarios, hacía posible la coexistencia de una fauna rica, en perpetuo trance de evolución.

Aún ahora, en que estas mesetas, valles y

cañadas señalan profundas transformaciones en sus aspectos geológicos y orográficos, la comarca imbabureña, generosa a raudales, está señalada entre las más fértiles del país, por el vigor conque surgen en su suelo las especies vivas, en tan profusa variedad que, enriqueciendo los respectivos reinos de la naturaleza, ofrecen infinitas posibilidades de investigación al estudioso en estas materias. Caldas, Humbolt, Wolf, Sodfro, Sauer, y otros sabios que consagraron su vida a dialogar con los misterios del universo en los planos superiores de la ciencia, demandan continuadores en la obra por ellos comenzada, de investigación y estudio.

Entre los especímenes paleontológicos que hemos visto o de los que tenemos noticia cierta, mencionemos el molar de un mastodonte (Mastodon Andium Humb.) que encontró Humbolt, en una toba, al pie del Imbabura; éste es por añadidura, el primer hallazgo paleontológico conocido, verificado en el Ecuador; un fragmento de colmillo de mamut (E. primogénius), hallado en un sitio aledaño con la misma montaña; huesos redondos y largos de grandes proporciones, al parecer, de las especies ya mencionadas, descombrados en terrenos de aluvión de la hacienda Peguche, junto a la cañada del río Jatunyaco, que tiene su origen en la laguna de San Pablo; una concha marina que representa centenas de miles de años, y obra en nuestra colec-

ción; dientes de caballo (Equus fossilis andium), descubiertos al derruir una de las gigantescas tolas de «El Recreo», al norte de la ciudad de Otavalo; estos dientes, que enriquecen nuestra colección paleontológica, corresponden a épocas antidiluvianas, de modo que los indígenas que los depositaron en aquel montículo, no fueron contemporáneos del caballo primitivo al que pertenecieron las mencionadas unidades dentales.

En la exploración de la tola del Aguacate, en San José de Urcuquí, el señor Jacinto Jijón y Caamaño halló huesos de llama (Protauchenia Reissi, Branco); de perro, (Canis familiaris) y de animales indeterminados.

Uno de los hallazgos paleontológicos más interesantes hízose en las orillas del Tahuando, junto a la ciudad de Ibarra. Esa tierra prodigiosamente rica debió de haber estado revestida de opulento tapiz vegetal en la época en que deambulaban, por el paisaje botánico de nuestra serranía, los grandes paquidermos. Restos fósiles de un mastodonte aparecieron en terrenos terciarios o cenozoicos, en el referido sitio. Igual hallazgo hizo el señor Carlos Calisto, en Cochasquí, hacia el S. del páramo de Mojanda.

Caracoles marinos asoman por doquiera en los sepulcros aborígenes imbabureños, debido, sin duda alguna, al aprecio que merecía a los indígenas su estructura caliza, revuelta en espiral,

el color rosáceo de su cavidad, las caprichosas ondulaciones y protuberancias que caracterizan su conformación. ¿Qué grado de antigüedad tienen estos caracoles? ¿De dónde los tomaron los aborígenes? ¿Corresponden a la fauna contemporánea que puebla los mares? ¿Fueron extraídos de capas terrestres correspondientes al fondo de mares geológicos?

Los restos antropológicos son muchísimo más abundantes. En el museo del señor Jijón y Caamaño se congregan, en su mineralizada rigidez, cráneos, fémures, tibias, vértebras, costillas. El insigne antropólogo los estudió con arreglo a pautas científicas que establecieron la estación arqueológica de que provenían, la posición en que fueron hallados, el grado de antigüedad, la característica de los sepulcros, el tipo o estilo de enterramiento, los materiales empleados para su clausura, el ajuar funeral, las perturbaciones que sufrieron algunos sepulcros en los mismos tiempos prehistóricos, por obra de otros enterramientos o construcciones posteriores. Cuánta razón tuvo González Suárez para celebrar el resultado de estas investigaciones rigurosamente científicas, particularmente por el conocimiento que nos han dejado de los caracteres antropológicos de los pueblos que duermen, al pie de la sacra montaña que da el nombre a la provincia, en el fondo de sus respectivas clausuras sepulcrales.

Además, hemos visto en los estantes del mencionado museo, y en muchos otros, inclusive el que nosotros hemos organizado, cráneos con deformaciones intencionadas, cráneos trepanados, cráneos con roturas producidas por armas cortantes y contundentes, mandíbulas dotadas de dientes supernumerarios. Especímenes, todos, muy valiosos. Pero hay algo en paleontología que no tenga un alto valor científico?

Sin embargo, ningún descubrimiento de los realizados hasta la fecha, tiene la importancia del que se efectuara en el año de 1957, en la cuenca del río Ambi, en una breña profunda, por donde parten límites los cantones de Otavalo y Cotacachi, exactamente en la cimentación del edificio de la casa de máquinas de la II central hidroeléctrica de Otavalo. La ciencia ha puesto el nombre de HOMO OTAVALUS, al especimen totalmente fosilizado, cuyo cráneo conserva la Escuela Politécnica de Quito, y el resto del esqueleto, en cuatro grandes fragmentos, el Colegio «Otavalo». Verdad que la fosilización de los huesos no se produce única y exclusivamente por la edad de los mismos, sino también por la calidad del terreno en que descansan dichos elementos. Si los terrenos que envuelven restos orgánicos son calcáreos, la impregnación del respectivo óxido de calcio no se deja esperar, produciéndose así, más o menos a corto plazo, la sustitución de las sustancias or-

gánicas, oseína, albuminoides. nucleína y ótras que entran en la composición de los huesos, por elementos minerales, que le petrifican. El caso contrario se produce cuando los cadáveres han quedado sepultados en tuberas, esto es, en capas formadas por residuos vegetales; aquí el proceso químico-biológico principia por la descomposición de los elementos inorgánicos, tales como el fosfato y carbonato cálcico, el cloro, el fosfato de magnesio, el flúorocalcio, etc., mientras se conservan las substancias orgánicas.

Amplias referencias de las condiciones geológicas de los estratos en que se halló el HOMO OTAVALUS, hemos dado en páginas anteriores. Estas condiciones y las paleontológicas permitirán datar el hallazgo, siquiera sea en forma aproximada.

Varios científicos han reconocido el cráneo, potencialmente cargado de mucho valor, y que actualmente se halla en la Politécnica, de Quito. Entre otros, el Dr. Antonio Santiana, notable antropólogo, profesor de la Universidad de Quito; el profesor Pedro Armillas, arqueólogo español en servicio de la Misión Unesco; el Ingeniero Vsevolod Krochin, finlandés, graduado en Mineralogía, Petrografía y Geología, en la Sorbona y en el Instituto Católico de Francia, profesor de la Universidad Central y de la Escuela Politécnica de Quito, el coronel Jorge Rivadeneira y el Mayor de Ingeniería Pedro Salazar, geólogos y

petrógrafos, profesores de la Politécnica.

Los mencionados geólogos verificaron un estudio estratigráfico del lugar en que fuera hallado el extraño esqueleto, estableciéndose dentro del área en que queda comprendida la cueva, la existencia de tobas volcánicas, cemento calcáreo, hierro y caliza propios de los pantanos, ceniza, barro turboso, estalactitas, emanaciones de gas carbónico y sulfídrico, y agua mineralizada en alto grado.

El «HOMBRE DE OTAVALO» adviene en un momento en que se despierta en la provincia un vivo interés por los problemas científicos concernientes a la Antropología Física, la Paleontología y la Arqueología. Las observaciones y estudios verificados hasta este momento no permiten determininar el grado de antigüedad de los restos rescatados del seno de la tierra, a impresionante profundidad, entre las breñas del Ambi, en un paraje actualmente poco frecuentado por el hombre; pero como han tomado cartas en el asunto, Instituciones valiosas como Unesco y la Politécnica, llegará a determinarse la edad de estos fósiles, sea por el procedimiento del carbono 14, o por cualquier otro arbitrio de la ciencia.

En las investigaciones previas al levantamiento del mapa geológico de Quito, el Dr. Walter Sauer halló algunos restos fósiles de vertebrados en sedimentos que corresponden a la IV

glaciación, «pero solamente en la declinación de este período -afirma el sabio alemán-, tropezamos con los vestigios del hombre prehistórico, el cual, consiguientemente avanzó relativamente tarde a las comarcas, en este tiempo todavía poco hospitalarias, de la región interandina de Quito». (1)

Más adelante indica que en las formaciopoco potentes del post-glacial es donde halló «restos fósiles de huesos de los grandes mamíferos, y también los artefactos del hombre, quién después del retroceso de los glaciares y en la iniciación de un clima mas cálido, se esparció rápidamente en la región interandina». (2)

Estas referencias de estricto rigor científico, no sólo que tienen alcance a la provincia de Imbabura, situada junto a la de Pichincha, al norte, sino que han sido confirmadas luego de la exploración del subsuelo, que ha permitido solamente descubrimientos de restos humanos correspondientes a sepulcros prehistóricos: y el más antiguo, probablemente, el de la cueva natural de la cañada del Ambi, parece corresponder, más que al pleistoceno superior, a la época psicozoica, la más reciente de todas en la cronología geológica.

(1) Memoria explicativa del Mapa Geológico de Quito – Anales de la Universidad Central del Ecuador-Nos. 319 – 320]

(2) Ib.

Ningún artefacto de la industria humana se halló junto a este fósil, ni en su vecindad inmediata, lo que acrecienta el interés por señalar, con fundamento científico, y alguna aproximación, el grado de antigüedad de estos valiosos restos de la paleontología imbabureña.

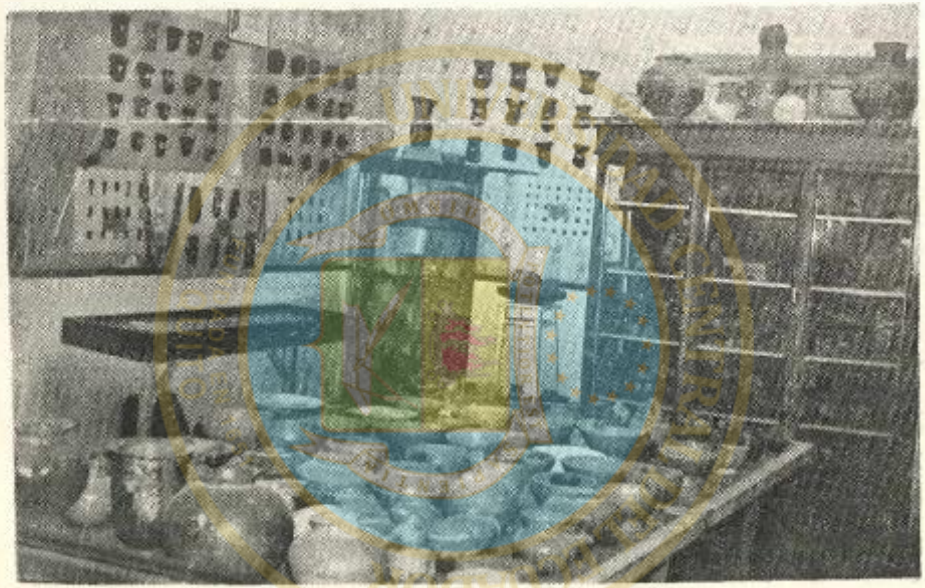
Parece necesario insistir, y por eso lo hacemos, en que el Dr. Wolf, después de haber reconocido restos fósiles de mamíferos de varias especies, en tobas cuaternarias, no llegó a encontrar ni huesos humanos ni artefactos en las formaciones correspondientes a este período de la meseta andina ecuatoriana.

Observacionss más amplias, realizadas en el escenario americano, confirman la hipótesis de que este Continente se pobló sólo después del retroceso de las grandes glaciares y cuando ya América había adquirido los contornos actuales.

PRESENCIA DEL HOMBRE

Es incuestionable que el hombre vive en el territorio imbaya, como en todo el Ecuador, desde hace muchos miles de años. El rastro arqueológico lo denuncia con evidencia, al tenor de los estudios cumplidos. Sin embargo, este mismo rastro y el aporte que dan de consuno las Ciencias del Hombre, necesitan de mayor esclarecimiento hasta llegar a obtener conclusiones definitivas.

Ante el criterio de la ciencia ha quedado descartado el Continente Americano de la historia paleontológica del hombre, por no haberse hallado en ninguna parte fósiles de especies «humanoides» anteriores al «homo sapiens»; de igual manera, casi nadie admite actualmente las hipótesis que atribuyen al hombre una procedencia de los monos antropomorfos, o de alguna rama paralela, afirmación prejuiciosa a la



Vista Parcial del Museo del Instituto del Hombre Americano


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

que llegaran ciertos naturalistas que quieren dar a la evolución fuerzas y poderes hasta ahora no descubiertos ni precisados.

Realmente nadie puede desconocer la verdad relativa que comporta la teoría de la evolución de las especies, según los descubrimientos de Darwin, Haechel y otros. Leyes incontrovertibles han demostrado la existencia de un principio vital, que constituye el origen de la vida y que permite alguna evolución entre las especies de la misma naturaleza, sin que por esto sea dable inferir que la evolución comporta una fuerza capaz de cambiar las esencias específicas de los seres, como quieren sostener los materialistas, energetistas y evolucionistas. Según la teoría por ellos sustentada, la evolución tiene un carácter integral y, en consecuencia, el hombre queda involucrado dentro de la regla y clasificado entre los animales, dándosele un escaño en el orden de los primates. «Es obvio -dice el profesor Hoffsteter-, que ninguno de los monos actuales puede haber sido nuestro antepasado, pero no cabe duda que tenemos junto con ellos, en un pasado remoto, un abuelo común». (1)

La hipótesis cientificista del profesor Offsteter, que pretende vincular vital y paleontológicamente al hombre con las especies prima-

(1) El problema del origen del hombre.- Pág 12.- Publicaciones de la Escuela Politécnica.- Quito.

tes, sin el apoyo de un encadenamiento firme de conceptos que emerjan de una labor exploradora de la realidad, y que hayan sido comprobados por los recursos de la ciencia y aceptados por la razón, en su intacta plenitud, es frágil, deleznable, y en cuanto carece de la certeza, que no deja subsistir duda alguna, fácilmente rebatible.

El hombre representa la más alta cifra de la naturaleza, y su misma razón, propia de un ser que piensa, siente y quiere, se rebela contra la savia confusa de las teorías que pretenden involucrarle, graduando la perspectiva y alejándole indefinidamente en el tiempo, en el orden inferior de las especies creadas para su servicio.

En cambio, cómo nos traspasa, con íntima persuasión, la verdad sencilla, y bella como la luz, de la enseñanza bíblica: «Formó, pues, el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra, e inspiróle en el rostro un soplo o espíritu de vida y quedó hecho el hombre viviente con alma racional».

* *
*

En decenas de millares de años el hombre se expandió, saliendo de su punto de origen, por todos los continentes. Sucesivas migraciones procedentes de Asia, cuna del género humano, Australia e Indonesia, alcanzaron los puntos habita-

bles de nuestro planeta, llegando también a nuestra América, previa una fantástica epopeya, cumplida en distintos períodos a través de rutas marítimas y terrestres.

Ninguna de las primitivas corrientes migratorias debió de haberse estratificado, acomodándose de asiento en un determinado lugar, ya porque la vida era insegura en vastas áreas del planeta conmovidas por recios cataclismos geológicos, con los cuales no se podrían comparar los más violentos maremotos, terremotos y erupciones volcánicas de los tiempos actuales, ya porque en épocas de tan agudo nomadismo en que para poder subsistir había que emigrar, los desplazamientos de las hordas bárbaras debían de obedecer a la presión que sobre ellas ejercían ótras más poderosas, por el número de miembros, o mejor dotadas, en su designio de acogerse desesperadamente a los recursos vitales de una comarca, para no desaparecer.

En fuerza de las circunstancias que someramente apuntamos, sobre el cambiante escenario del Ecuador prehistórico, debieron haber pasado tribus ignotas, acarreando lastres de incipiente cultura, que el tiempo afirmaría, sin embargo, permitiendo la fijación de clanes y familias que emergían de la tiniebla, con algún matiz distintivo en los caracteres somáticos, en las condiciones sanguíneas, en la lengua en que intercambiaban su pensamiento, en los instrumen-

tos que manejaban para los menesteres de la vida, así como también en los símbolos que adoptaron como manifestación de su espiritualidad. Al paso del tiempo «elemento necesario de todo acontecimiento», en la apreciación de Scütz, evoluciona la vida y toma nuevas proyecciones la cultura, en cuanto constituyen faces orgánicas de un proceso previsto sabiamente en el gobierno de la Providencia divina, mediante la regulación que corresponde al hombre, en el ejercicio de su inteligencia y su libertad.

Merced a este trabajo paciente de exploración, ordenamiento e interpretación de los hechos humanos en la sucesión del tiempo, el historiador levanta eruditos inventarios arqueológicos, compulsa sus observaciones estratigráficas, anota, compara y establece deducciones de los elementos lingüísticos, señala períodos, épocas y fechas dentro de los cuales ubica los elementos históricos, y luego de interpretarlos a la luz de la filosofía, establece su criterio subordinado a la verdad, que el hombre busca afanosamente para dar satisfacción a una necesidad de su espíritu. Entonces, sí, puede decirnos el investigador con referencia a tiempos carentes de anales escritos, qué razas poblaron determinados lugares, cuál su origen y procedencia y el tiempo de aparición, cuáles las vicisitudes de su historia y las manifestaciones de su cultura, en lo concerniente a religión, ciencias, artes, costumbres, moral.

Este es el camino que han recorrido los hombres de ciencia, González Suárez, Rivet, Verneau, Jijón y Caamaño, Max Uhle, Grijalva, entrándose del conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura, y aunque las concluciones alcanzadas no son definitivas, representan el mayor esfuerzo científico que se ha hecho en el país, en punto a este género de estudios, circunstancia que honra a los notables investigadores de la prehistoria imbabureña, y no menos a esta provincia que recatadamente abriera su entraña para dar ciertas referencias del más remoto pasado, en los restos fósiles y de la industria humana que guardan los sepulcros, en la nomenclatura de los montes, valles y ríos, en los caracteres antropológicos de la raza autóctona que en ella habita, en el idioma, religión y costumbres que aún subsisten.

Queremos suponer que entre las incitaciones que recibe el espíritu de investigación en la rama de la referencia, en tratándose de la provincia de Imbabura, cuenta en primer término la profusión de sepulcros, muchísimos de los cuales son tolas o montículos artificiales, de diferentes formas y volúmenes, construídos por una de las naciones indígenas que pobló la comarca, de la cuenca del Chota a la del Guayllabamba, antes de la invasión incásica. Dichas tolas están constituídas por materiales de agregación, fácilmente removibles con el empleo de herramientas

usuales a mano, y dado que algunas de éstas sirvieron a sus constructores de viviendas o de sepulcros, y ótras fueron destinadas a ambos usos, generalmente contienen restos humanos y, más ampliamente, restos fósiles, así como algún acopio del simplicísimo ajuar indígena, que los deudos depositaban solícitamente junto a los cadáveres, con arreglo a determinadas costumbres funerales.

La colocación de los restos humanos, unas veces al nivel del suelo que sirve de base de las tolas, ótras en distinta altura de las capas de tierra que constituyen la prominencia, y ótras en sepulcros en pozo, bajo el nivel básico de las mismas tolas; así como la posición en que se inhumaban los cadáveres, ya en cuclillas, ya horizontalmente con el rostro a la superficie, en posición supina, ya también en dirección vertical, de pie o con la cabeza hacia abajo (1); o ya dentro de grandes vasijas funerales; el tamaño y proporciones de los huesos, la configuración craneana, las deformaciones intencionales y otras particularidades, no pueden ser indiferentes al arqueólogo, que tomará de ello prolija nota para sus estudios comparativos.

---

(1) El Dr. Mariano Acosta al hacer una excavación en su quinta denominada «Olguita», al sur del pueblo de Caranqui, encontró restos humanos en la posición mencionada.

Igualmente, reviste excepcional interés para el conocimiento de las características culturales de un pueblo, la determinación de sus entronques raciales y de su procedencia, el estudio del ajuar funerario, desde el cofre que encierra los restos al último utensilio colocado por la amorosa solicitud de los parientes del muerto, para que éste no echase de menos aquello de que había menester, según sus creencias, en el viaje sin retorno.

Las tolas, lo mismo que los sepulcros en pozo, son depósitos de colecciones de objetos de uso doméstico, herramientas de trabajo, armas de cacería y de guerra y otros arreos militares, prendas de arte; de algunas de ellas se han extraído ídolos de barro, piedra, cobre, plata y oro; joyas del tocado femenino; artefactos distintivos de los reyes, etc. Sabios y huaqueros han competido en el registro de los sepulcros: aquéllos movidos por un interés científico; éstos, acuciados únicamente por la codicia, en búsqueda de tesoros.

La provincia de Imbabura señálase en el Ecuador, para los efectos de la investigación histórica, además de la razón ya anotada, por ser una de las pocas en que se ha conservado la raza autóctona al margen de la influencia de ciertos signos de la cultura hispana. Mientras el indio de otras provincias se despersonalizó al influjo de sus conquistadores, perdiendo lengua

y vestido, costumbres y creencias, en términos tales que sólo una muy prolija observación podría advertir en él ciertos vestigios de las civilizaciones precolombinas de las cuales procede, el indio imbabureño sustenta orgullosamente las modalidades de su cultura, como puede apreciarse en el amor que profesa a su lengua, a la que es adicto aun sabiendo español; en la conservación de su típica indumentaria; en el mantenimiento de sus costumbres vernáculas, creencias, ritos y hasta supersticiones. Esta reliquia histórica tan afecta a su tradición, no obstante el hecho de vivir cercada por elementos étnicos diferentes, constituye un islote racial al que habrán de referirse, necesariamente, los etnógrafos y etnólogos que aboquen conocimiento de la Prehistoria imbabureña.

Sin embargo, algo hay que no ha podido establecerse con precisión: es el tiempo que ha transcurrido desde la presencia del hombre en tierras de América hasta nuestros días. Cualquier cálculo al respecto, determinado en siglos, se recibiría con escepticismo en el mundo de la ciencia. Y es que nadie, que sepamos, a la altura actual de los conocimientos paleontológicos y estratigráficos y prehistóricos, en general, está en condiciones de señalar, en el ángulo del tiempo, con nuestros registros de su medida y con cierta aproximación, la comparecencia de los primeros pobladores de este Continente. En esta

materia nebulosa lo sensato es guardar prudencia.

Exploraciones verificadas en el Ecuador han entregado a la ciencia un cierto indicio sobre tan intrincada materia: en el seno de las capas milenarias de los Andes, entre rocas al parecer pleistocénicas, se halló el cráneo de Punín. Este extraño resto fósil, indudablemente corresponde a un ser humano, que anduvo por las silenciosas selvas andinas, desnudo de todo elemento cultural.

¿Qué antigüedad representa ese venerable hallazgo? ¿Las capas en que se durmió tan remoto antepasado son, en verdad, pleistocénicas, es decir, de comienzos del cuaternario? ¿Existe o no una correspondencia absoluta entre la antigüedad del lecho geológico donde se encontró el cráneo de Punín y la del hombre a quién corresponde tan inquietante reliquia? La Geología, la Paleontología, la Estratigrafía, las Ciencias del Hombre, en general, una vez que lleguen a establecer los hechos esenciales y la sucesión correspondiente de los mismos en el tiempo, dictarán el veredicto definitivo.

En tanto esto ocurra, tratemos de encender una luz mediante el pensamiento de ilustres personalidades, en el caos de la Prehistoria imbaburena. No sobran las hipótesis, pero las que cuentan en esta materia, por provenir de especialistas en diversos órdenes de la ciencia, son de in-

discutible valor.

Ya nos hemos referido al criterio del Dr. Walter Sahuer, en la memoria explicativa del Mapa Geológico de Quito, región situada a pocos minutos de latitud sur del área geográfica de Imbabura.

Un descubrimiento de restos humanos, en Tepexpan, México, según estudios estratigráficos y glaceológicos pleistocénicos, permite fecharlos como contemporáneos de la glaciación wisconsiniana.

De la cuarta y última glaciación nos separa un período que se calcula en más de diez mil años: en este período, al parecer, se puebla la serranía ecuatoriana, gracias a que ya le es posible vivir al hombre, juntamente con los grandes mamíferos, bajo un clima post-glacial, ajeno a la inhóspita rigidez de los diluvios de hielo que le precedieron.

Restos esqueléticos hallados en diferentes lugares del Continente, en capas de ese período, y con ellos alguna industria sumamente rudimentaria, constituyen indicios que vigorizan la tesis de Sauer. El profesor Hoffstetter ha dicho que el más antiguo artefacto humano encontrado en la América del Norte tiene poco más de nueve mil años, mientras otros datarían, según su cálculo, de diez a once mil años. El mismo profesor conjetura un nivel de antigüedad, un poco menor que el ya anotado, para el arribo de los

primeros pobladores a la América del Sur, en tanto llega a fijar, con seguridad, en 4.500 años el establecimiento de los primeros agricultores en el Perú, país cuyos ceramistas hicieron, según Hoffstetter, vasijas rudimentarias hace unos 3.200 años, aproximadamente.

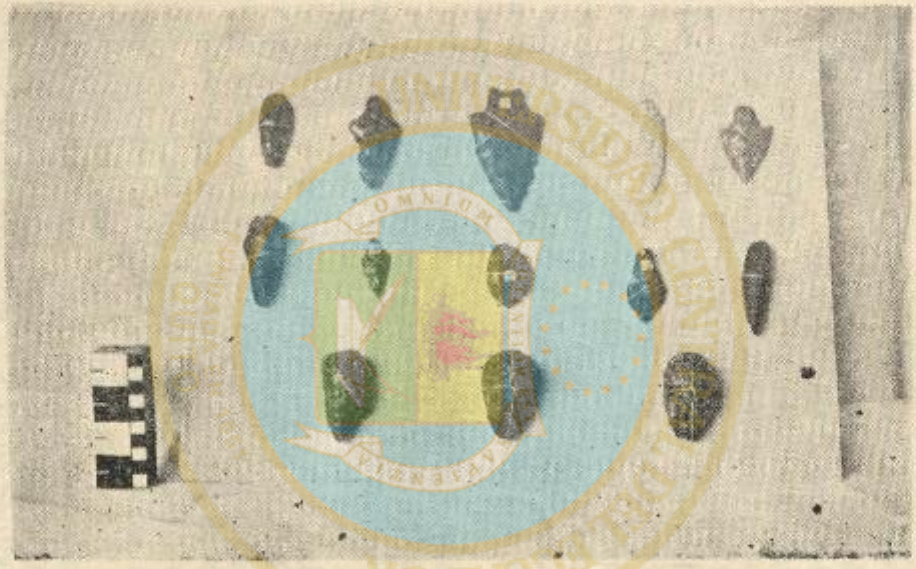
Los cálculos mencionados no marean al estudioso de estos problemas con referencia de tiempos de incalculable duración. Por ello se ha oído que no existe la verdadera prehistoria en las regiones del Nuevo Continente. Hace 3.500 años el Egipto era ya viejo: Menes había fundado a Menfis y muchísimos faraones dormían el sueño eterno en el silencio de las capillas funerales que guardan, en sus entrañas, las inmensas pirámides; en Caldea y Asiria se habían levantado ciudades prodigiosas, de legendaria grandeza, como Babilonia y Nínive; los griegos habían perdido la memoria de Homero, y los chinos, indúes, persas y otros pueblos de Oriente vivían bajo un clima de civilización, propicio al desenvolvimiento de las artes, las letras, la religión, el derecho, la moral. Nuevas referencias daremos en el capítulo subsiguiente.

LA OBSIDIANA, UN HITO EN LA RUTA

La obsidiana es un mineral hialino, de proyección volcánica, que se rompe al golpe formando lonjas delgadísimas y núcleos limitados por aristas cortantes, que terminan en puntas. Conocemos fragmentos de color negro brillante nítido, ahumado, claro o lechoso y ahumado oscuro, por el matiz de las alas de mosca, negro claro y obscuro con vetas cafés, rosadas, etc.

El hombre del paleoindio no fué extraño al aprecio de la variación del color, característica de este hermoso vidrio natural, pues en todos los niveles de la cultura, aún en los más elementales, el matiz ha sido utilizado con fines decorativos. Así ha demostrado el hombre el sentido innato del valor estético.

En la estimación del arqueólogo, la obsidiana vale tanto como cualquiera de los minerales semipreciosos con los que el hombre pre-



Puntas de flecha y de lanza y representaciones en obsidiana de la mazorca de maiz


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

histórico puso en juego su imaginación creadora y la habilidad de sus manos; tales son el ónix, el cristal de roca, el jaspe, la nefrita verde, etc.

En los declives del Antisana que miran a la hoya de Quito y en el Guamaní, que delimita por el sur con este volcán y constituye parte de su grupo, formando horizontes amplios se hallan los bloques y corrientes de obsidiana conocidos y explotados desde hace unos diez mil años, por un especimen humano que aprovechó este material en la fabricación de varios utensilios, herramientas y armas de caza, como ser: cuchillos, navajas, raspadores o raederas, punzones, buriles, formones, tajadores, hendidores y puntas de lanza, dardo y flecha.

El conjunto de estos artefactos constituye la más incipiente manifestación de la cultura material en las antiplanicies interandinas del Ecuador.

Millares de estas piezas han sido halladas por los geólogos norteamericanos A. Allen Graffman y William J. Meyer – Oakes, y el arqueólogo Robert E. Bell, de la universidad de Oklahoma, al pie del Ilaló, montículo de 3.161 m. de altitud sobre el nivel del mar, y de 600 m. sobre el valle del río San Pedro.

En las dos fases que comprende esta exploración que llamaríamos precursora, participó la señora María Angélica Carluci de Santiana, a quien se debe un erudito estudio monográfico

de la talla de la obsidiana en nuestro país, estudio notable y de gran eco por la claridad del método expositivo, el análisis minucioso concerniente a la técnica empleada en el trabajo y otras características que han sido debidamente apreciadas por científicos nacionales y extranjeros.

Ningún hallazgo de la magnitud de los descubrimientos del Ilaló se ha hecho en otra región del país.

En Imbabura se ven por doquiera dispersos fragmentos de obsidiana, así a flor de tierra, como en las capas superficiales sometidas a periódicos volteamientos por el arado. Son tantos los fragmentos que se ofrecen a la vista que dan la impresión que la tierra rebosara de ellos. Los más son amorfos, vale decir, simples núcleos o lascas producidos por el rompimiento de un nódulo de mayores proporciones, pero alternan, entre ellos, ciertos utensilios o armas, elaborados, unos por percusión y ótros, por percusión y fricación. Entre los que han sido tratados por la mano humana, los más comunes tienen forma de hojas, con un eje longitudinal bien pronunciado, desde donde la lonja se deprime hasta llegar a los bordes afilados.

Al sur de la provincia, la arenosa llanura de Malchinguí, que se dilata en una extensión de varios kilómetros cuadrados, entre los declives australes del Mojanda, y el cañón del río Guayllabamba, está realmente sembrada de fragmen-

tos de obsidiana, que alternan con una profusión de pedazos de cerámica antigua y no pocos huesos fósiles. El profesor W. Branco reconoció hace algunos decenios este hecho, que nosotros hemos constatado en nuestras frecuentes visitas a tan interesante zona arqueológico - paleontológica.

En los sepulcros aborígenes de la provincia objeto del presente estudio, aparecen también prendas de este material, juntamente con artefactos de barro, piedra, hueso, conchas marinas, cobre, tumbaga, oro, plata, tejidos de totora, restos de madera y de telas de algodón y de lana.

En la tola que se había erigido en un pastizal denominado «El Aguacate» de la hacienda «San José», en la parroquia de Urcuquí, del cantón Ibarra, el notable investigador señor Jijón, recogió «ocho pedazos de obsidiana labrada a grandes estallidos». El mencionado arqueólogo identifica la técnica de la talla de estos objetos en Imbabura, con la musterniense, tan conocida en varios países del occidente europeo.

El descubrimiento de los talleres de obsidiana en el paradero de Ilaló, algo como un pequeño centro industrial instalado en un medio geofísico de altiplano, de constitución netamente volcánica, donde para entonces sólo podía vivir un hombre extremadamente activo, señor de esos dominios silvestres, y el consiguiente es-

tudio de millares de artefactos de este material, nos llevan a la suposición, con cierto fundamento, que dichas prendas culturales constituyen la génesis o primera manifestación de la artesanía o industria humana, la del paleoindio, industria con la que emparejan, tipológicamente, por tener estructura semejante, algunas puntas de proyectil y otros pequeños artefactos tallados en basalto, pedernal, ágata, granito, jaspe, sílex.

No obstante el avance tecnológico en la elaboración de artefactos mediante el aprovechamiento de materias primas distintas de la obsidiana, el hombre prehistórico, al parecer, siguió utilizando este mineral volcánico en la fabricación de sus herramientas de trabajo esenciales. Los arqueólogos admiten la continuidad en la manufactura de estas prendas de tipo arcaico, usadas en los varios períodos que precedieron al advenimiento de los tiempos históricos.

Deductivamente, el arsenal del Ilaló indica también cuál fué el modo de vida y cuáles los hábitos de la horda que hizo de ese paraje bravío, ubicado en el corazón de la hoya del Guayllabamba, un campo provisional para sus actividades. No se necesita de mucha imaginación para ver al hombre del Ilaló orillando abismos, vadeando ríos, trepando cuestas, flanqueando montañas, rompiendo selvas, ahuyentando a las bestias salvajes, para obtener parvos elementos de vida, precisamente donde la muerte debía de ace-

char por todas partes.

Por lo pronto, ese caudaloso arsenal ha permitido que los científicos establezcan sobre bases que podemos considerar como firmes, las rutas que el hombre prehistórico marcara con su paso en el territorio americano, desde el inhóspito Estrecho de Béring, al norte, hasta los confines del continente, al sur. Presuntivamente, una de las derrotas seguidas desde Alaska, por el Canadá y los EE. UU. de América, es ésta, por la gran cordillera que recorre en la totalidad de su extensión el continente americano, formando parte del Círculo de Fuego del Pacífico.

Descubrimientos casi recientes de herramientas típicas en México y Centro América, muy semejantes a las que fueron descombradas más al norte, en EE. UU. y el Canadá, confirman la ruta.

Otros hallazgos se hicieron mediante excavaciones en Palli Aike y en la Cueva de Fell; y éstos demostraron tal analogía con las puntas de Folson y las de Clovis, encontradas en el N y SO de los EE. UU. de América, que la hipótesis de una oleada migratoria de cazadores - recolectores que había avanzado de N a S, sin seguir camino alguno, por las desoladas travesías de la cordillera, realizando una proesa única, cobraba buenas bases de sustentación.

Sin embargo, la huella que terminaba en Centro América, carente de hitos de enlace, a lo

largo de los territorios correspondientes a Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, dejaba aparentemente rota la línea de avance de N. a S.

Por los descubrimientos del Ilaló sabemos que la continuidad hasta el Ecuador realmente ha existido. La huella se halla viva en las seis mil quinientas herramientas funcionales, clasificadas, que recogiera la Comisión Científica que exploró el venero cultural del Ilaló, entre las que hay que señalar, particularmente, buriles hasta entonces desconocidos en Sudamérica, si bien trabajados de acuerdo a un modelo, estilo o ley, si no enteramente igual, por lo menos semejante a aquellos que emplearon para la talla de estos artefactos en los EE. UU. de América.

Como bien anota Meyer-Oakes, los descubrimientos de El Inga, Ilaló, aparte de ser en sí mismos de un valor excepcional, estimularán nuevas exploraciones en el Ecuador y en otros países sudamericanos, hasta sacar a plena luz los hitos todos de la ruta recorrida.

De momento hay que registrar los hallazgos del Dr. Federico Engel en la quebrada de Chilca, en el Perú, de restos humanos que tienen 7.000 años de antigüedad, y que «corresponden a un pueblo que posiblemente cultivaba calabaza y pallar y que confeccionaba los vestidos de un tejido primitivo, a base de fibras de junco y cacto». Mas en la misma sierra peruana, en la laguna de Lauricocha, y en la costa de dicho país,

en Ancón, a siete kilómetros al norte de Lima, se descubrieron restos que, fechados por el carbono radiactivo, tienen cerca de 10.000 años de antigüedad.

Una vez establecida la contemporaneidad de los artefactos palcolíticos de El Inga (Ecuador) con los de Lauricocha y Ancón (Perú), los arqueólogos tendrán que decir si existe o no correlación técnica en el tallado de los utensilios y armas correspondientes a dichos veneros; de haberla, la ciencia dispondría de un nuevo dato, claro y cierto, para discurrir sobre la erranza de una horda prehistórica que, como es de suponer, dominada por una profunda inquietud, cambiaba continuamente de sitio, sin más recurso que el pie humano, y avanzaba por entre montes y precipicios, cañadas y barrancos, altiplanicies y montañas, selvas, pantanos y desiertos, ríos y torrentes, en veces sin ver la salida ni la puesta del sol, luchando constantemente contra los elementos hostiles de la naturaleza, desde Alaska hasta el extremo merional del continente.

¿Habría sido esta horda precedida por otra u otras en el recorrido de tan inconmensurables distancias, donde se extienden, alternativamente, la pradera, la selva, la puna, el desierto, conjugando múltiples dificultades como para agotar y consumir al hombre? ¿Fueron los exploradores de hace diez mil años que, empujados por las necesidades premiosas de la vida, llegaron

a El Inga, e hicieron de este paraje un campamento, los pioneros en adelantar del Ecuador hacia el sur por una naturaleza fantástica, prepotente y virginal? No habría habido movimientos simultáneos de otras hordas, por el litoral del Pacífico, por el del Atlántico o por el interior del continente?

Muy poco es lo que se sabe sobre estos tópicos, que la ciencia averiguará detenidamente a su tiempo. Sin embargo, el mestizaje aborigen que establecen de consuno la antropología física y la cultural, permite suponer un constante movimiento de pueblos inmigrantes que, originalmente, fueron de físico variado, lenguas distintas, modos de vida peculiares, civilizaciones, en fin, diferentes no obstante su elementalidad. Las conclusiones hasta el momento obtenidas, como resultado que son de investigaciones incompletas, tienen que ser consideradas como precarias o provisorias.

En todo caso, el Ilaló, como sitio arqueológico, tiene una importancia excepcional para las Ciencias Auxiliares de la Historia. Mientras no se descubra en el territorio ecuatoriano otro paradero más antiguo, debidamente fechado, habrá que considerar el Ilaló como el primer habitad del hombre en nuestro territorio. Una ubicación bien determinada en el espacio y una fijación muy aproximada en el tiempo, como lo permiten los procedimientos de la deshidrata-

ción de obsidiana, de una horda, grupo o asociación humana, ofrecen maravillosas perspectivas a la investigación científica, que ha comenzado a raíz de estos descubrimientos, pero cuyos alcances quizá no llegamos a vislumbrar.

PROFUSION DEL ARTEFACTO DE OBSIDIANA EN EL ECUADOR.- Por lo demás, la profusión de ciertos artefactos de obsidiana en el Ecuador da una idea del uso muy generalizado de esta materia prima.

El notable historiógrafo carchense Carlos Emilio Grijalva, en su obra «La expedición de Max Uhle a Cuasmal o sea la Prehistoria de Imbabura y Carchi», afirma que en las tumbas del período del oro en El Angel hay tal cantidad de fragmentos de obsidiana que han servido para tapar aquellas sepulturas» y que los huaqueros cuando hallan esas piezas en abundancia «tienen por indicio de encontrar oro». Concluye, luego, con la aseveración de que los habitantes del pueblo de «Las tres tolas» en la zona de El Angel, un sitio arqueológico que conociera González Suárez, «explotaban abundantemente la obsidiana.»

Al norte del Carchi, ya en la república de Colombia, en la región de San Agustín, poblada de criptas en las que hombres antiquísimos enterraron a sus muertos, junto a las estatuas líticas que tan bien caracterizan a ese enigmático foco cultural y que han sido detenidamente es-

tudiadas, en sus representaciones y en su simbolismo, el profesor Pérez Barradas halló centenares de herramientas de obsidiana, que tan ilustre arqueólogo identificó como machucadores, raspadores y hendedores.

La obsidiana fué también conocida en la costa del Ecuador. Wolf encontró gran copia de estos artefactos en las orillas del río Daule, particularmente cerca de Balzar.

Obsidianas elaboradas que recogiera el eminente arqueólogo Emilio Estrada Icaza, en determinadas zonas del Litoral ecuatoriano, correspondientes a culturas del Desarrollo Regional -Bahía, Chorrera, Machalilla-, previo riguroso estudio estratigráfico y sometidas luego al método de la hidratación para la determinación de la antigüedad, señalaban fechas coincidentes en los distintos focos de 1500 a 500 años A. C., entre el principio y el fin del período al que pertenecen.

Con excepción de Estrada, los arqueólogos más notables del Ecuador, González Suárez y Jijón y Caamaño, no pararon mientes en el artefacto de obsidiana. En prueba de ello, discurriendo con su característica erudición de sabio, el señor González Suárez en su obra intitulada «Atlas Arqueológico», tan rica en datos positivos y, por lo mismo, tan valiosa para la ciencia, no menciona siquiera la existencia de utilería de este mineral. Su aventajado discípulo Jijón y Caamaño,

en su monografía «Contribución al conocimiento de los aborígenes de Imbabura», sólo de paso se refiere a la existencia de raspadores de obsidiana en esta provincia, una de cuyas piezas, de factura distinta, por ser punta de lanza hecha de un núcleo estallado, figuraba por el año de 1913 en su rica colección arqueológica, que hace poco fué gentilmente obsequiada por sus herederos a la Universidad Católica de Quito.

El Padre Velasco, que trazó con vivo fulgor la historia del Reino de Quito, nos da una desteñida referencia de la obsidiana, a la que llama «piedra de gallinazo», añadiendo que «aunque durísima, diáfana y lustrosa, de color casi negro, es de ningún uso ni precio».

Sobrepasando por vía evolutiva el paleoindio dominado por hordas de cazadores recolectores, en el formativo agrícola, primeramente, y más tarde en el período de la piedra pulimentada, en que asoman tantos trazos caprichosos e imaginativos, el hombre siguió utilizando la obsidiana con sentido artístico y utilitario, en la fabricación de pulidos espejos y preciosas puntas de proyectil a los que los mismos artífices debían de mirarlos quizá como a una deidad, pues aún ahora los indios suelen dar a los primeros aplicaciones mágicas; en todo caso, estas prendas figuran entre los artefactos que constituyen una de las expresiones artísticas de su cultura material.

ESPEJOS DE OBSIDIANA.- Los espejos de procedencia imbabureña, que hemos visto, son cuatro, y dos más de los que tenemos referencia. De éstos, uno es rectangular, fracturado, procedente de una tola de Atuntaqui; forma parte de la colección de la Sra. Dory de Mantilla; otro, elipsoidal, que tuvo en su poder el señor Antonio Fuentes, de Bellavista, jurisdicción de San Antonio de Ibarra. De los cuatro que conocemos, un pequeño, oblongo, es de propiedad del señor César Vásquez Fúller, quien informa haberlo encontrado en una excavación parcial de una de las tolas ubicadas en la finca «El Recreo», al norte de la ciudad de Otavalo, en la linde urbana; los otros tres enriquecen nuestra colección particular.

Uno de los tres es de forma casi circular, de 0,75 mm. de diámetro mayor por 0,70 mm. de diámetro menor, y de 0,12 mm. de espesor, en el centro. Se lo halló en un sepulcro aborigen, en pozo, explorado en la casa de la familia Mena Montenegro, contigua al edificio de la fábrica de tejidos «La Joya», a 2 kms. del centro de la ciudad de Otavalo, hacia el SO. Otro es elíptico, de 0,80 mm. en el eje mayor y 0,68 mm. en el menor, y de 0,30 mm. de espesor. Proviene de Zuleta, en la parroquia de Angochagua del cantón Ibarra. El último es de forma asimétrica, aproximadamente elíptica, de 0,76 mm. x 0,66 mm. x 0,25 mm., en el orden ya

enunciado. Procede de un sepulcro en pozo, donde estuvo asociado a otros artefactos, y colocado virtualmente sobre el cráneo de un esqueleto extraordinariamente gigantesco, que debió de haber correspondido a un hombre de 2,20 m. de estatura.

La talla de núcleos grandes de obsidiana, en el Ecuador, parece no haber sido operación corriente, pues son contadísimos los afortunados hallazgos de artefactos vítreos que exceden del tamaño de la palma de la mano humana, como p. ej., el gran espejo rectangular -por las dimensiones diríamos de pared- de propiedad del geólogo Coronel Jorge Ribadeneira, y el fragmento, de espejo también, pulido en las dos caras y biselado en una de ellas, que existe en el Museo arqueológico del Banco Central y que antes fuera de propiedad del señor Max Konanz.

Enock (C. Reginal) nos habla del hallazgo de un gran espejo o disco de obsidiana, de forma circular, de siete pulgadas de diámetro y de una pulgada de espesor, en el centro, hallado en Cerro Jaboncillio, provincia de Manabí. Por la coincidencia de las medidas, nos parece que este espejo es el que hemos descrito, de propiedad del Banco Central del Ecuador.

El mismo científico refiere que estos artefactos son rarísimos en América, y que «en la misma Costa ecuatoriana sólo se han encontrado tres ejemplares más, de menor tamaño, en

la Tolita, y otro en La Piedra, cerca de Esmeraldas.»

El Museo Etnográfico de la Universidad Central del Ecuador, rico en sus colecciones cerámicas y líticas, tiene sólo un fragmento de un pequeño espejo de obsidiana.

Los espejos de nuestra referencia son objeto de gran estimación como prendas de los museos arqueológicos. El vidrio obscuro vuélvese enigmático y profundo al reflejar la figura que se asoma a la superficie maravillosamente pulida. Del aprecio que por este artefacto demostraba el Dr. Teodoro Wolf hay un testimonio en su magistral «Geología y Geografía del Ecudor», al dar referencias del hallazgo de un pequeño espejo redondo en las cercanías de Colonche. Hans Meyer tiene una alusión específica del hallazgo de un espejo de igual factura, asímismo en las inmediaciones de Colonche.

Al contemplar un espejo de obsidiana hemos pensado en el hombre prehistórico que, con el sentido de su oficio, talló y pulimentó esmeradamente tan precioso utensilio en el frágil material volcánico, ya no en el silencio y soledad de las cavernas, sino bajo el estímulo social, entregando un legado de su arte a la cultura universal.

PUNTAS DE FLECHA Y DE LANZA.- A pesar de las muchas excavaciones realizadas por Jijón, Rivet, Verneau, Max Uhle, con estricta aplicación de una metodología científica; César Vás-

quez Fuller, y otros arqueólogos amateur, y las nuestras, así como las verificadas por algunos huaqueros, no se ha encontrado en la zona imbaya sino muy pocas puntas de flecha y de lanza, labradas en obsidiana. ¿No eran éstas las armas con que el hombre prehistórico abatía a grandes y pequeños animales, en la despiadada lucha que debió de haber mantenido durante muchos milenios, para poder subsistir?

El hallazgo más rico del que nosotros sepamos, de puntas de lanza, se verificó hace unos 15 años, en la zona de El Tejar, al SSE de la ciudad de Ibarra, donde un excavador de barro encontró, de modo casual, nada menos que doce puntas de lanza, lanceoladas, grandes como de 0,18 m. de longitud y anchura y grosor proporcionados y maravillosamente talladas. Se nos ha dicho que este tesoro salió del país, por haber adquirido por compra un extranjero.

Nuestro conterráneo César Vásquez Fúller tiene dos hermosas puntas de lanza, casi de la misma forma, triangulares, alargadas, con pedúnculo y escotadura en la base, por lo que es de suponer que fueron esculpidas para enmangarlas. Tiene 0,18 m. de longitud una ellas y 0,16 m. la ótra. Provienen, según referencia del señor Vásquez, de una capa aluvial de la zona de Peguche, muy cerca de la pintoresca cascada del mismo nombre, a 3 kms. de Otavalo. Por la finura de la talla o labra, estas puntas de obsidiana

pueden equipararse con las hermosísimas prendas europeas, de la fase solutrense y técnica auriñaciense.

Otras dos puntas de flecha ha encontrado también la persona citada, en los alrededores de Otavalo.

De los hallazgos hechos en el Ecuador, sin duda ninguna, el más rico es el del Ilaló, que arroja la cifra de 23 puntas completas, bifaciales, y 204 fragmentos, unas y ótros de diferentes estilos.

En nuestra colección se aprecian dos puntas de flecha, una de lanza y centenares de cuchillos, navajas, punzones, raspadores, destajadores y otras prendas, todas de obsidiana. De las tres puntas de flecha, dos son labradas y muestran un magnífico acabado. La pequeña tiene apenas 0,06 m. de longitud, inclusive el pedúnculo. Proviene de Tabacundo, circunscripción que perteneció al corregimiento de Otavalo y estuvo poblada en los tiempos precolombinos por aborígenes de la etnia imbaya. La más grande fue extraída de un sepulcro en pozo, ubicado en la parroquia de San Rafael, a 6 kms. de la ciudad de Otavalo. Las dimensiones de esta hoja son las siguientes: longitud: 0,105 m.; anchura máxima de las aletas: 0,06m.; pedúnculo: 0,02 m; escotadura del pedúnculo: 0,005 m.; espesor en el centro: 0,008. El color es negro brillante.

Con sensibilidad de mujer inteligente e ilus-

trada y sabiendo cuánto enriquecía su apreciable colección arqueológica, la Sra. Lola Gangotena de Ponce Enríquez compró al excavador carchense Salvador Puedman, cuatro puntas de flecha, es decir, algo que bien merece se considere como un tesoro.

En un sepulcro aborigen, en el pueblo de Patate, jurisdicción de Tungurahua, la Sra. Eladina de Sánchez halló cinco puntas de flecha, pequeñas, de 0,05 m. de longitud, asociadas a otros artefactos, cuyo conjunto -se nos ha informado- conserva dándole la debida valoración.

Cerca de la población de Balzar, junto al río Daule, el geólogo Hans Mayer descubrió un depósito cultural que contenía una apreciable cantidad de flechas de obsidiana.

El tallador de la obsidiana debió de haberse aplicado al ejercicio de su arte, con decisión y exquisita delicadeza, como para haber entregado al futuro un testimonio fehaciente de las ideas, de las imágenes y quizá del sentido que daba a su propia vida, dentro de la división social del trabajo, que apunta ya en la aurora de la civilización.

PRENDAS DE OBSIDIANA DESCONOCIDAS EN EL ECUADOR.- No se ha hallado en ninguna región, provincia o zona del Ecuador -que sepamos nosotros- adornos de barba, orejeras, superficies policromadas, mosaicos, escudos, atavíos calados y otros artefactos suntua-

rios, tallados en obsidiana. No así en México y Guatemala, Bolivia y Perú. Algunos de estos hermosos artefactos llevan incrustaciones de oro y turquesa. La figuración del cráneo humano, que guarda el museo Británico de Londres, cubierto artísticamente con mosaicos de obsidiana; el precioso vaso de Texcoco y la figura parturiente del Museo de Antropología de México, cuyo maravilloso acabado deslumbra, parecen ser las obras maestras del arte prehispánico, cinceladas en este material.

CONDICIONES EN QUE TRABAJABA EL HOMBRE PRIMITIVO.- Teniendo a nuestra vista algunos de los utensillos y armas ligeramente descritos, hemos intentado reconstruir, mentalmente, el escenario que rodeaba al artífice -un Adán semidesnudo-, rescatándolo de las sombras que envolvían al hombre americano hace más o menos diez mil años.

El taller, una cueva espantosamente sórdida; las herramientas, cuchillas y fragmentos aguzados de basalto, pedernal, sílex y de la misma obsidiana. Junto a la caverna, unos leños ardiendo que, acaso, daban al operario, frente a los ataques eventuales de las bestias salvajes, una cierta sensación de seguridad. Y en torno, la naturaleza en su potencia virginal: bosques donde se pudrían maderas y helechos gigantescos; pantanos en que blanqueaban esqueletos descomuna-

les de especies desaparecidas; ríos caudalosos, invadeables; torrentes frecuentemente acrecidos, ora por las lluvias, ora por los elementos deyectados de los espasmos volcánicos, a saber, bombas ígneas, lavas, cenizas.

Para decir poco, es justificada nuestra admiración al pensar que en esas condiciones de ambiente, el hombre llegó a tallar las puntas de lanza y de flecha. Del fúlgido mineral que cristaliza al momento en que los volcanes ponen en contacto con el aire determinadas substancias elaboradas por desconocida alquimia, en edades inescrutables, en su corazón incandescente, brota por obra del genio artístico, una hoja vegetal cristalizada, una llama de vidrio a la que da aparente movilidad el juego de la luz, un artefacto, flecha o lanza, que hiere como el rayo, y por esta circunstancia brinda al hombre, pese a la limitación de su fuerza física, un evidente signo de superioridad sobre todas las especies zoológicas.

Hoy en día las puntas de obsidiana y todos los artefactos tallados en este vidrio son muy estimados por los guardadores de museos, coleccionistas y personas cultas en general.

SEPULCROS Y SU CLASIFICACION

Los aborígenes de esta provincia sepultábanse en fosas y en túmulos conocidos con el nombre de tolas. En uno y otro caso, los restos mortuorios quedaban piadosamente resguardados por capas de tierra, a la que nutren con lo mejor de su substancia, en cumplimiento de leyes inexorables de la vida.

Paradójicamente, los sepulcros, fosas o túmulos de la muerte, son, para el historiador, una fuente viva de enseñanzas: allí se guardan los restos humanos con los que discurre la antropología física; allí, los cacharros conque cuenta, de modo casi seguro, la cronología, para establecer épocas y períodos; allí, las herramientas de trabajo y las armas de guerra y de caza; allí, los vestidos, prendas de adorno, joyas, instrumentos musicales, quirúrgicos, etc.; allí, los objetos empleados en las ceremonias mágicas y reli-

giosas; allí el testimonio fehaciente de las extrañas costumbres funerales de nuestros remotos aborígenes. Cada sepulcro prehistórico imbaya, es, a su modo, un emporio de vida levantado en torno de la ceniza helada de los muertos...!

Los estudios hasta este momento realizadas, especialmente por Jijón y Caamaño, son valiosos, y las conclusiones, aunque parciales, a que llegara el erudito etnólogo, dignas de ser tomadas en cuenta. Gracias a estos estudios se puede hablar de ciertos tipos de sepulcros, quizás comunes a una organización tribal, en un determinado período de tiempo que la ciencia establece mediante las coordenadas históricas; sin embargo, de ninguna manera se podría aseverar a esta altura de las investigaciones, que se haya llegado a tener un conocimiento exhaustivo, de la arquitectura funeral ni tampoco de los modos de colocación de los cadáveres, o de sus restos, según se registran en el extenso período prehistórico imbabureño.

Al parecer el hombre que llegara en las primeras migraciones a este ámbito, no había superado la primaria determinación de acogerse al abrigo de cuevas naturales para morir. En unos pocos lugares, y particularmente en la zona oriental de Pimampiro se encuentran rocas ahuecadas, que contenían restos óseos de esos seres humanos, que atestiguan su carácter de cámaras sepulcrales. Sin embargo, la mayor par-

te de los restos humanos que hemos visto, a lo largo de varios años y en casi toda la extensión de la provincia, o de la que tenemos información cierta, por los estudios de Jijón y Caamaño, de González Suárez y otros científicos; y por un sinnúmero de descubrimientos casuales, corresponden a monumentos sencillos construídos por la mano del hombre, cuyos paralelos en Europa serían los dólmenes y los sepulcros megalíticos.

La primera advertencia que se establece en la arquitectura de los sarcófagos es la de una limitada variedad de tipos o formas. Unos son tan sencillos que no consisten sino en una ligera excavación del suelo, seguida de un sumarísimo revestimiento de piedras, sobre las cuales fueron colocados, directamente y de espaldas, los cadáveres, y otros, relativamente complejos, aunque no artísticos, caracterizados por una profusión de hornacinas dispuestas geométricamente, en círculo concéntrico, con relación a un sarcófago central, cilíndrico.

Adviértese también que varias formas sepulcrales son comunes a toda la provincia y parece que sus constructores dominaron en épocas más o menos prolongadas, en tanto otras son rarísimas y, acaso, únicas en el área que comprende el presente estudio, conforme puntualizamos más adelante.

Los tipos comunes hasta este momento descubiertos, son los siguientes:

a)- El de cista o fosa superficial, que lleva un revestimiento de grandes piedras, ora aplicadas al suelo para que sirvieran de fondo en el que se depositaba el cadáver, ora constituyendo paredes laterales, como para delimitarlo;

b)-El de fosa profunda, generalmente protegido por piedras de regulares dimensiones que delimitan el cuerpo difunto, y por bloquecitos de cangahua que se han asentado en arena o en barro, y que lo rodean en toda dirección;

c)- El de hornacinas, de geométrica disposición radiada, con respecto a una fosa central cilíndrica, de aproximadamente un metro de diámetro y dos o más metros de profundidad;

d)- El de pozo con túmulo o tola, siendo ésta, en algunos casos, de apreciables proporciones, y

e)- El que forma estratos, en el cuerpo de las tolas.

Aunque rarísimo, se ha descubierto también el sepulcro megalítico, formado por tres grandes piedras sin tallar, de las cuales dos están colocadas verticalmente, a modo de paredes paralelas entre sí, y la tercera, horizontalmente, uniéndolas en la parte más alta, sin argamaza ninguna, para constituir la cubierta funeral.

Ciertos sepulcros se apartan del todo de estas formas corrientes. El más extraño de los hasta aquí descubiertos es uno en el que reparara el excavador señor Norberto Sumárraga, en las ve-

cindades de la población de Andrade Marín, en un terreno de propiedad del indígena José Morocho.

Morocho había advertido la frecuencia con que se descargaban tempestades eléctricas en un montículo natural, aparentemente, un conglomerado de piedra, de diez metros de altura. A impulsos del temor que le producían las muy repetidas descargas eléctricas, reveló este particular a Sumárraga, quien hizo una observación empírica de las características exteriores de la pequeña elevación, resolviendo excavarla.

Levantada la cubierta pétrea, el operario encontró a sólo un metro de profundidad un esqueleto, y junto a los huesos, algunas argollas y narigueras de cobre, éstas de forma de media luna.

El interesante hallazgo incitóle a proseguir la exploración del sepulcro, habiendo encontrado, a mayor profundidad, en tierra removida, una enorme cantidad de esqueletos, quizás alrededor de ciento, en capas sucesivas, todos acostados por la espalda y en posición extendida. Cuando la excavación había alcanzado una hondura de seis metros, dió con una estacada circular, de aspecto macabro: entre postes colocados a igual distancia, quizás de sesenta centímetros, de uno a otro, y enlazados por alambre de cobre, halló sendos esqueletos que, al parecer, habían sido colocados en posición vertical (algunos

eran un simple amontonamiento de huesos) en número de diez, más o menos, igual al de los espacios comprendidos entre las estacas; al pie de los esqueletos se extendía una lámina circular, de cobre, en cuyo centro encontró huesos correspondientes a un nuevo cadáver. En las paredes del fondo de este extraño sarcófago se recortaba un buen número de absidiolas u hornacinas, que contenían sendas piezas óseas, humanas, en desorden.

El excavador buscaba únicamente tesoros. No le interesó recoger los huesos, ni siquiera los cráneos, que habrían abierto atisbos a la ciencia. Halló varios artefactos de cobre y sacó fragmentos de madera de cedro que -según dijo-, vendió a coleccionistas de Ibarra y Otavalo. Y con sólo esto se perdió uno de los monumentos funerarios más intrigantes de cuantos han sido reparados, ora por el ojo avizor del científico, ora por la mirada escudriñadora de tesoros materiales, del huaquero. De no haberse perdido casi totalmente el sepulcro, con la brusca remoción y dispersión de sus materiales, habría sido conveniente volver a excavarlo. A pesar de esto, esperamos hacerlo en búsqueda de algunas reliquias.

En ningún otro lugar de la provincia se ha encontrado nada semejante.

Tumbas colectivas descubiertas, es decir, cementerios, hay muchísimos; pero ninguno de ellos

tiene las características del de «La Esperanza», finca situada en un risco de los Andes, poblado de robusta vegetación paramera, hacia el flanco de la cordillera Central, al suroeste del pueblo de San Francisco de Sigsipamba.

El señor Ramón Chávez Leytón, propietario de la referida finca, en la que explotaba maderas finas para ebanistería, al despejar el terreno encontró una gigantesca losa de piedra, de forma más o menos de visera, de unos 15 metros de vuelo, y debajo de esa impresionante cobertura, alrededor de un millar de cráneos, revueltos entre huesos que debieron de haber correspondido a un número al parecer menor de esqueletos, y con tan abundante osamenta, varias urnas funerarias grandes, vasijas enteras y despedazadas, bases y manos de moler, de piedra, en su mayor parte rotas.

Según los datos que hemos recibido, un número no exactamente determinado de columnas de piedra labrada, cilíndricas, de más o menos 1,70 m. de altura y 0,60 m. de diámetro sostenía, aparentemente, la formidable cúpula.

Bajo el nivel del piso, según la referencia,(1)

(1) La profesora de la escuela de ese lugar, señora Colombia Valverde de Leytón, a quien debemos la presente información, dice haber contado hasta trece columnas y cree que, probablemente, algunas más estaban cubiertas por capas de tierra, en las que había prendido cierta vegetación.

había cinco cámaras funerarias, visibles, cada una de las cuales tenía 4 m2. de superficie y, poco más o menos, 1 m. de profundidad.

La densa vegetación que se advertía dentro y fuera de esta inmensa y lóbrega cripta, cuyo frente daba hacia el lado oriental, interceptaba casi completamente la luz del sol, impidiendo a cuantas personas habían alcanzado ese lugar el lograr una idea cabal de las construcciones que encerraba.

El señor Chávez y toda una falange de huaqueros han realizado excavaciones en el fondo de esa necrópolis, habiendo obtenido el primeramente nombrado, sorprendentes hallazgos de artefactos de oro, tales como un instrumento musical de poco más o menos 0,30 m. de largo y una libra de peso, algo semejante a una bandurria, especialmente por la forma de la caja central y del mástil, en el cual, en vez de llevar cuerdas y trastes, se aprecian varios cortes paralelos que forman lengüetas vibrátiles; una flauta y otros más, aparte de ceramios finos, de formas variadísimas, zoomorfas y ornitomorfas, de pasta pulida y abrillantada con barnices rojizos. (1).

(1) Visitó también esa cripta el señor Carlos Rogelio Jaramillo, director de la Misión Andina de Imbabura, cuyo testimonio confirma, en parte, el de la Sra. de Leytón, pero respecto de las columnas que, según la versión de la referida señora, formaban un círculo, y de las cámaras funerarias, dijo no haberlas visto, por cuanto habían sido destruídas a la fecha en que estuvo en ese lugar.

Quien llegue a ese sitio y dilate la vista hacia el horizonte, se nos ha dicho, no puede menos de sentirse sobrecogido por la augusta majestad de la naturaleza, que erigiera en aquel paraje andino ciclópeas montañas, de arquitectura atrevida e impresionante, en que se yuxtaponen sobre graníticas bases no afloradas, paralelepípedos de basalto, con ajustes inverosímiles, al parecer, prontos a degalgarse sobre los impresionantes abismos extendidos a sus pies.

El aborigen tiene un sentido agudísimo de admiración de la naturaleza: por lo bello siente predilección su espíritu: hasta para inclinarse definitivamente en la tierra, escogió en los aledaños de su comarca el lugar a donde parece que llegara en la forma más manifiesta el resplandor de la luz de la inmensidad creada.

Toda la provincia imbaya resguarda sepulcros aborígenes ubicados en lugares desde los cuales el observador advierte los más bellos horizontes: lo alto de los collados, lo prominente de las cuchillas de las montañas, todo mirador de la naturaleza, donde la vista explayada sobre valles idílicos y armoniosas colinas, permite un delicado goce espiritual, es sitio preferido para los enterramientos prehistóricos. Preferido, pero no único, pues muchos sepulcros hállanse abismados en anfractuosidades del suelo y en oquedades de limitado o ningún horizonte.

FORMAS DE ENTERRAMIENTO.-Los im-

bayas enterraban a sus muertos colocando el cuerpo en diferentes posiciones: la que parece corresponder a los tiempos arcaicos, lleva una postura tendida de espaldas; en esta misma actitud se han encontrado esqueletos en algunas tolas con pozo, y pocos, rarísimos, en tolas sin pozo. Como simples variantes de la forma antedicha, se reconocen la postura en decúbito lateral izquierda y derecha y la actitud de recogimiento de las piernas, en posición embrionaria.

Huesos humanos calcinados, encontrados en tolas con pozo, demuestran que los aborígenes que se sepultaban en esa clase de tumbas, practicaban la costumbre de la cremación.

En los sepulcros en pozo, sean superficiales o profundos, y en las hornacinas, cuyas dimensiones no permiten colocar un cadáver de pie, ni tendido, sin rebasar la respectiva cámara, la posición común, quizá única es la de cuclillas. En esta misma actitud ponían los cadáveres enclaustrados en grandes cántaros de barro y en sepulcros en pozo de diferente profundidad. Sólo esporádicamente se han hallado en esta postura en las tolas. Algunos de los cántaros de esta referencia tienen un volumen, aproximadamente, de 1 m3. Los campesinos carentes de escrúpulos higiénicos, los utilizan como depósito de cereales.

Las tolas encierran huesos humanos en desorden. A veces, en distintos estratos y en pro-

La colección total de las piezas extraídas de esta tola guarda Monseñor Haro Alvear en el museo del Seminario Menor de Ibarra.

Parece que los imbayas no conocían los procedimientos de la momificación. Relativamente a los Schyris de Quito, no hubo momias, dice González Suárez. Extendiendo el concepto, en tanto la Arqueología no demuestre lo contrario, por concordar con lo hasta el momento observado, afirmamos que los caciques de Otavalo, Cayambe, Cochasquí, Atuntaqui ni Caranqui, fueron momificados. Los caciques estaban investidos de gran autoridad. En su circunscripción eran considerados como reyes. No obstante ello sus cadáveres no fueron preservados contra la natural destrucción. Las tolas descubiertas -que son tantas- lo mismo que los sepulcros en pozo, confirman este testimonio.

FUNDADA EN 1651 QUITO

EL RASTRO ANTROPOLOGICO

Los estudios científicos en que han emprendido varios etnólogos y antropólogos no son completos. Sin embargo, los sondeos realizados aportan elementos positivos en cuya consideración nos detendremos de inmediato. La craneología ha prestado valiosa ayuda para la identificación antropológica de tipos dolicocéfalos, braquicéfalos y mesocéfalos en el territorio ecuatoriano, y en lo que a Imbabura se refiere, la variabilidad craneana que se aprecia en los restos de las tumbas prehistóricas permite confirmar la existencia de tribus antropológicamente diferentes, en los tiempos prehistóricos. No se podría aseverar, por lo tanto, que una raza homogénea se asentó en este distrito territorial, en un período de tiempo aún no bien determinado, pero que se calcula, por lo menos, en unos nueve mil años, siendo moderada esta apreciación,

pues hay evidencias con respecto a la antigüedad en que aparecieron los primeros inmigrantes del continente americano, establecidas entre veinte y treinta mil años.

Los cráneos más antiguos hallados en el Ecuador son: el de Punín, en la quebrada de Chalang, provincia del Chimborazo, por el año de 1.923; los de Paltacalo, en abrigos rocosos, a orillas del río Jubones, en la provincia de El Oro, por 1.908, y los de Alangasí, en los declives que caen al sur del cerrito Ilaló, en la provincia de Pichincha, cerca de Quito, en 1935. Dieron con ellos, en el orden mencionado, E. H. Anthony y G. H. Fate, miembros de una Misión Paleontológica del Museo Americano de Historia Natural; el Dr. Paúl Rivet, médico de la II Misión Geodésica Francesa, que visitó al Ecuador entre la primera y segunda década de este siglo, y el Dr. Franz Spillman, sabio investigador a quién debemos los primeros descubrimientos de tres paraderos de cazadores-recolectores, del paleoindio ecuatoriano, en el Ilaló, prominencia que se levanta en la hoya de Quito, junto al pueblo de Alangasí.

Con su objetividad característica la ciencia ha reparado en los lugares que guardaron los cráneos durante miliares de años y luego ha sometido el material de estudio, las disgregables calaveras, a riguroso análisis, a preci-as mediciones. Esfuerzo excepcional el aplicado por di-

ferentes sabios frente al enigma que comporta cada descubrimiento, no podía ni debía perderse en el olvido; las conclusiones a que llegaron son conocidas y de ellas nos ha hablado, recientemente, en forma magistral, Jorge Salvador Lara (1).

El cráneo de Punín pertenece a uno de los grupos étnicos más antiguos del continente americano, sin que, por este mismo hecho, sea posible señalar su edad; los de Paltacalo, ciento treinta y ocho en total, tampoco han sido fechados, por las dificultades conque los antropólogos tropiezan en esta materia; sin embargo, su descubridor supone que tienen una antigüedad «bastante grande»; y en cuanto a los de Alangasí, éstos tendrían, según el cálculo de Spillman, unos 6.000 años.

Entre los cráneos de Paltacalo, sorprendió encontrar un buen número de dolicocéfalos, del tipo de Lagoa Santa; según el Dr. Santiana (2) la

---

1) Discurso pronunciado por el Dr. Jorge Salvador Lara en el acto de su incorporación como Miembro de Número de la Academia Nacional de Historia. Véase el Boletín de la Institución, Nº 110, de Diciembre de 1.967.

---

2) El Dr. Antonio Santiana fué uno de los auténticos valores científicos del Ecuador contemporáneo. En el campo de la Antropología física jamás se apagó su sed de investigación, cualidad que le permitió destacar-

dolicocefalía e hipsicefalía se denuncian por la cabeza alargada y alta, abertura nasal ancha y órbitas bajas.

Con respecto a la provincia de Imbabura, ya hemos indicado la importancia de los estudios paleoantropológicos realizados por Jijón y Caamaño; a esos estudios se refiere González Suárez (1) calificándolos como corresponde por haberse sujetado a un método rigurosamente científico, «después de haber practicado medidas antropométricas en cráneos y huesos extraídos, con cuidado, de los sepulcros aborígenes». Estas mediciones son muy complicadas, se realizan en gabinete, exigen conocimientos especializados y deben ser tan precisas que cierren espacio al más mínimo error.

Jijón sintetiza así sus conclusiones: «Los cráneos de los constructores de tolas son nota-

---

se en un medio saturado de cultura universitaria, como el que le tocó vivir desde su juventud. Lamentablemente deja inédito lo más sólido de su obra, pero aquello que logró salir de las prensas bajo su vigilante cuidado, «Panorama Ecuatoriano del Indio», «Los grupos sanguíneos de los indios del Ecuador», «Contribución al estudio de la Anatomía», «Contribución al estudio de la Antropología Ecuatoriana, sobre cráneos de Alangasí», «Antropología Fueguina», etc., vale suficientemente como para fundamentar un gran prestigio.

---

1) Antropología Prehispánica del Ecuador.

bles por su gran anchura, pequeño diámetro anterior posterior y notable desarrollo vertical, lo cual autoriza clasificarlos como hipsihiperbraquicéfalos; sin embargo (entre 10 cráneos estudiados) un cráneo de adulto es tan solamente braquicéfalo, y otro mesaticéfalo».

«La otra raza de que podemos hablar en el Ecuador – continúa – es la de los que en Imbabura se enterraban en pozos. Distínguense los cráneos por su gran altura y por lo proporcionado de su desarrollo longitudinal al transversal, así deben calificarse como hipsimesaticéfalos".

El Dr. Antonio Santiana hizo varios estudios antropológicos en las comunidades aborígenes de esta provincia, recorrida por él, en diferentes ocasiones, y como nos agradaran tanto la orientación de sus conocimientos como la honestidad científica de sus investigaciones, en tres períodos distintos le acompañamos en la realización de su trabajo, a la vez que nos fué satisfactorio franquearle el Museo del Instituto del Hombre Americano, frente a cuyos especímenes discurría con la certeza y la austeridad de un verdadero sabio. Bien informado por sus lecturas en el campo de su especialización, las complementaba o rectificaba, según el caso, gracias a su contacto directo con la documentación viva que proporciona el hombre al estudioso de la etnología y la antropología, y con los testimonios del pasado que tanto cuentan para el ar-

queólogo, Santiana no restringió jamás el campo de la investigación.

En las dos últimas veces que estuvo en Otavalo, visitó el referido Museo, juntamente con su distinguida esposa, doña María Angélica Carluci, cuya versación en arqueología americana es reconocida en los círculos científicos del Continente.

De las investigaciones craneológicas del Dr. Santiana, con referencia a los imbabureños prehistóricos, se llega a la siguiente determinación de tipos: predomina el mesomorfo (cráneo intermedio a los braquicéfalos y dolicocéfalos); el braquimorfo (corto y ancho, aplanado en la parte posterior) es bastante común, y existe también, en menor escala, el dolicomorfo (diámetro anteroposterior de la cabeza o cefálico relativamente largo).

Modernamente, J. Gillén hizo estudios en los núcleos vivientes de esta provincia, el de Otavalo y sus alrededores y el de Angochagua, con el siguiente resultado: hipsicéfalos (72, 44) y acrocéfalos (forma cónica de la bóveda craneana), es decir, cabeza prominente y puntiaguda; en todo caso, la cabeza es alta y grande; pero, además, son mesoprosópicos (cara de anchura moderada), eurignatos (de mandíbulas anchas) y mesorrinos (nariz de tipo correcto, con un índice nasal de 81 y 69).

La exploración de las tolas nos ha enseña-

do que quienes fueron enterrados en esos montículos tenían el cráneo deformado. Jijón habló antes que nadie sobre este particular, en los siguientes términos: «Los constructores de tolas deformábanse la cabeza, costumbre, al parecer, desconocida por los que se sepultaban en pozos; esto que a nuestro modo de ver es la mayor diferencia que hayamos constatado entre unos y otros aborígenes, nos impide hacer un estudio comparativo de las medidas tomadas en los cráneos, ya que entre los provenientes de las tolas uno tan sólo es normal y otro poco deformado, habiendo sufrido todos los demás fuertes alteraciones en sus formas» (1).

El tipo de estrangulamiento craneano empleado en Imbabura es el tabular oblicuo, característico, según Stewart, del área caribe; Santiana complementa esta información al reconocer, como lo hace también Jijón, dos variedades del tipo deformativo en el norte de nuestro país, esto es, en Carchi e Imbabura: la modalidad erecta y la forma oblicua.

El descubrimiento de más de un centenar de cráneos braquicéfalos por el Dr. Max Uhle en las tolas con rampa de Cochasquí, y el estudio de Spillman de las particularidades que muestran estos restos, confirman la deformación de

---

1)- «Contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura».

toda una grande serie de cráneos, y como esta característica se repite aún en algunos especímenes desparramados, los antropólogos no debaten sino concuerdan en la tesis ya enunciada. Contrariamente los que fueron a dar en los sepulcros en pozos vivieron muy avenidos con la natural conformación de su cabeza, y no se atormentaron aplicándola las vendas y tablilas que producen las deformaciones.

Resumiendo, por lo que hasta el momento se conoce, en Imbabura vivieron antes de la expansión incásica, dos grupos étnicos de distinta filiación antropológica: los constructores de tolas y los excavadores de tumbas bajo el nivel del suelo. Los primeramente mencionados, parece que eran más altos y más robustos que los que, sin duda, fueron sus predecedores, habilísimos artífices como demostraremos más adelante.

¿Habrá en la compocisión racial de la prehistórica Imbaya más de dos grupos exógamos?

***

La arqueología imbabureña ha sido estudiada, no cabe duda; pero falta el reconocimiento exhaustivo de muchos estratos. No existe casi ninguna información de las tolas con tumbas bajo el nivel del suelo, abiertas de propósito para cubrirlas, luego de la ritual colocación de los restos humanos, no sólo con el material ex-

cavado sino con una airosa cúpula o un bien definido prisma, llamados tolas, que tal es su nombre genérico; tampoco hay mayores referencias sobre el contenido de las cistas o pozos superficiales, carentes de ajuar diversificado, a pesar de que ofrecen las mayores facilidades para entrar en contacto con el material de estudio, mediante la fotografía, el dibujo, el levantamiento de planos, etc.; asímismo no se ha parado mientes en la estructura ósea de los individuos q' enterraban a sus deudos en fosas muy profundas; estas cámaras son de difícil objetividad, pues algunas sobrepasan de los veinte metros, y la materia orgánica, por efecto de la acentuada humedad, muéstrase comúnmente muy destruída.

La publicación de la memoria de las exploraciones de los niveles superior y medio (1) de tres tolas con rampa, de Cochasquí, y de varios cajones, bajo el nivel del suelo, por la Misión científica alemana dirigida por Udo Oberem, de los que obtuvo muchos cráneos y material arqueológico apreciable, llenará un vacío en el

---

1) No tenemos información, ni hemos podido constatar personalmente, si las exploraciones alcanzaron a la base de las tolas; cuando visitamos a Cochasquí con los compañeros de la Sociedad Ecuatoriana de Arqueología, en Setiembre de 1.966, los descubrimientos por el sistema de cortes verticales y la remoción estratigráfica de las capas no comprometía en ninguno de los montículos el nivel inferior. Lo que sí observamos, juntamente con Monseñor Silvio Luis Haro Alvear, es la gran

conocimiento, de los que aún quedan. La referida memoria monográfica conformará o refutará las conclusiones a que llegara otro sabio alemán, Max Uhle, sobre dichos levantamientos y tendría, a no dudarlo, datos cronológicos, si no precisos, por lo menos muy aproximados, y con ellos la verificación de los troncos ancestrales de la raza o razas que levantaron estos montículos mientras vivieron de asiento en esta provincia.

---

cantidad de material arqueológico recogido por los científicos, y a la sazón debidamente clasificado y empacado en un medio centenar de cajas de cartón. Este material salió del país previo acuerdo con el Gobierno, para someterlo a estudio en los laboratorios de la Universidad de Bonn, luego de lo cual debe ser devuelto para su conservación en uno de los museos nacionales.

LA CERAMICA

Las primeras expresiones del arte ceramista de Imbabura se demuestran a través de cacharros toscos, inarmónicos, deficientemente cocidos al sol o en fogatas encendidas a nivel del suelo. Por la mala elección y preparación de la pasta, son sumamente frágiles y permeables. No llevan pintura ni decoración plástica ninguna. Contemporáneas de estos vasos son unas estatuillas rudimentarias, modeladas también en barro, que constituyen una ingenua representación de la figura humana.

Los sepulcros más antiguos no tienen muestras ningunas de alfarería. Al primer horizonte arqueológico de Imbabura corresponden, solamente, conchas marinas, caparazones de moluscos, espinas de peces, huesos estallados, piedras cortantes y contundentes, láminas acuchilladas de obsidiana, cascajo, carbón vegetal, ceniza.

En la segunda estación cultural aparecen los artefactos de tierra, acaso los primeros que fueron elaborados en la región: se caracterizan por sus formas asimétricas, de paredes sumamente gruesas, con dominio de los tipos globulares, subglobulares, aovados y de sueco. Carecen de asas, orejas y de todo relieve decorativo. Dentro de estas formas se registran ciertas variantes de poco valor estético. Una buena parte de tales piezas ha sido secada al sol; su textura es fácilmente disgregable. Además, las que corresponden a la primera fase son acromáticas; las de la segunda, a la que Jijón denomina de los vasos pintados, sin dejar de ser tan rudimentarias como aquellas, muestran una decoración elementalísima de líneas pandas, incisas y de puntos, de ejecución irregular, en veces, combinadas, y que generalmente se aplican a la tosca depresión del cuello.

Ya indicamos que aún la cocción de estas piezas es deficiente a juzgar por las manchas ennegrecidas que asoman en uno u otro lugar de las vasijas, lo que parece obedecer a la aplicación directa de leños encendidos sobre los artefactos colocados a nivel del suelo.

El horno es invención posterior y señala un adelanto notable en el proceso industrial de la cerámica. Gracias a la utilización de este dispositivo y al empleo de desgrasantes, como indicaremos luego, la pasta gana en dureza y en la



OLLAS RUDIMENTARIAS

(Provincia de Imbabura)



VASIJAS TRIPODES

(Provincia de Imbabura)

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM SAPIENTIAE
IMBABURA EN QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

uniformidad de su consistencia. En el caso concreto de los artefactos enlucidos con pastas y barnices, es notorio así el abrillantamiento como la fijeza de los colores.

Superadas que fueron las fases primarias de la vida y la cultura en el área provincial a la que se concreta el presente estudio, adviene un período señalado por la aparición de unas vasijas o tinajas de gran tamaño, denominadas pondones, que se las ha hallado sepultas hasta a quince metros de profundidad, y, en veces, aunque nos atenemos sólo a referencias en este punto, bajo el nivel del suelo cubierto por tolas de poca altura.

Los pondones constituyen el artefacto cerámico dominante en una amplia época en que esta provincia estuvo densamente poblada. Servían de vasos ceremoniales y cofres funéreos, aunque más comúnmente dábaseles uso doméstico, para cubrir necesidades caseras, especialmente para conservar la exquisita bebida de maíz fermentado, llamada chicha, bebida que de miles de años atrás regala el paladar del hombre americano. Cántaros a los que se ha dado este uso, así como otros que encierran esqueletos humanos, han sido extraídos por centenares, especialmente en la zona de Pimampiro, al oriente de la provincia.

Al parecer, con las piezas denominadas pondones advienen las ollas trípodes y cuadrípodes,

de inconfundible origen meso y centro americano. Ollas de igual diseño aparecen también en Tierradentro y en otros focos culturales de Colombia.

En Imbabura hemos hallado en torno de los cántaros funerarios y formando círculos macabros, asidos de su borde por las falanges, hasta cinco esqueletos, en actitud ligeramente doblegada o suplicante. Los imbabureños enterraban en este período a sus muertos, dentro de estas enormes vasijas, o junto a ellas, haciéndolas servir así de cofres funerarios.

Las ollas trípodes y cuadrípodes descubiertas por millares en esta área, generalmente llevan pintura, en negro, siena, ocre, rojo, crema. Algunos vasos han sido toscamente decorados con dos y hasta tres matices. La pintura parece ser una arcilla disuelta, muy líquida, que se aplicaba con espátulas y generalmente recubría toda la superficie externa. Sin embargo, algunas muestran pinturas de varios colores, franjas horizontales, irregularmente trazadas, en la parte globular del artefacto, llamada línea ecuatorial, a la altura del cuello y en el reborde de la boca. La cochura de estas piezas es bastante buena, lo que nos da idea de que para el efecto se empleaba ya el horno.

La figura humana es representada en este período con mejor técnica y, acaso, arte más depurado, aunque con marcadas demostraciones

de aberración sexual. Se reproducen, también, animales o frutos que demuestran cierta sensibilidad para la expresión plástica, de estos escultores ingenuos. Ninguno de estos artefactos de la cerámica aborigen alcanza categoría estética, reveladora de una concentrada potencia artística. Jijón y Caamaño nos enseña que «los idolillos masculinos de carácter sexual, que representan un macho sentado en cuclillas.... no sólo son semejantes sino idénticos a ciertas esculturas numerosas en Costa Rica y Chiriquí... y se encuentran también en Honduras, Nicaragua. Jalisco y Cuba».

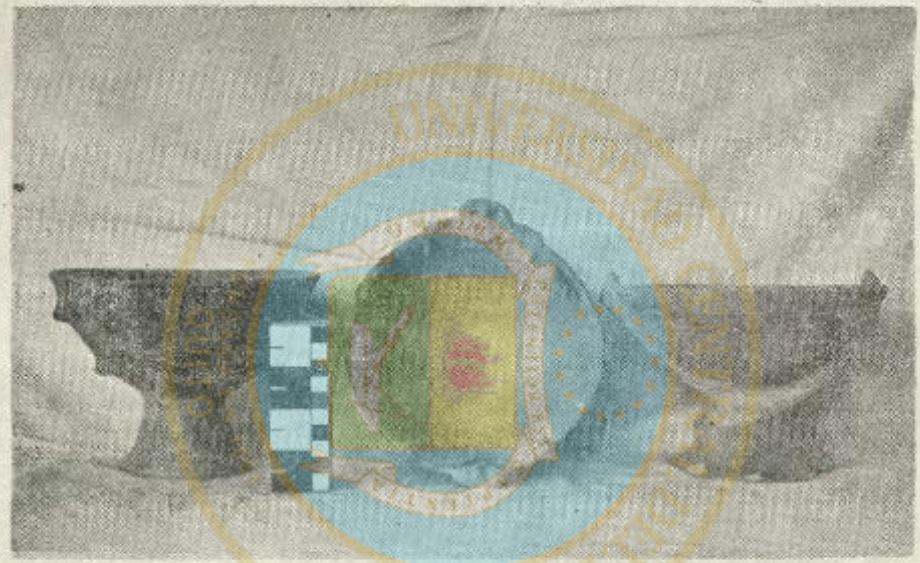
CERAMICA DE LAS TOLAS.-

La cerámica típica, sencilla y fabricada a mano, que recubren los montículos artificiales llamados tolas, en los diversos yacimientos ubicados en distinto nivel estratigráfico, está constituída por platos acazuelados o tazones, ollas globulares con asas y sin asas, ollas con pitorros, vasijas trípodes y cuadrípodes, ollas con pie, cántaros constituídos por dos casquetes esféricos superpuestos, compoteras caliciformes, alcuzas de dos, tres y cuatro servicios, vasijas simétricas dobles y triples que llevan asas comunes y canales de intercomunicación, botellas globulares de cuello alto y angosto, vasos asimétricos, timbales cónicos, torteros. Junto a estos objetos de uso casero, también aparecen en las tolas figurillas hu-

manas y de animales; estos últimos generalmente son silbatos, predominando los ornitomorfos, orugas y otros familiares a la contemplación en la naturaleza.

Jijón advirtió ya, y nosotros hemos confirmado, por nuestras personales investigaciones, la presencia de objetos cerámicos extraños al contenido propio de las tolas. El barro de tales artefactos es de superior calidad, por haber recibido una preparación más esmerada de parte del artífice; el corpus, extraño, y la decoración así en pintura como en grabados incisos y en relieve, superior. De este nuevo tipo de cerámica, en el que luce el movimiento constante de la fantasía, fina y delicadamente pintada o con decoración en relieve, por lo común se halla sólo fragmentos, pero aparecen también objetos íntegros, de los cuales, algunos debían de haberse adquirido por trueque en las etnias vecinas, particularmente con los afamados alfareros que tenían sus talleres en la zona de San Isidro y El Angel en la provincia del Carchi, y otros seguramente fueron recobrados de los sepulcros profundos y colocados en las tolas con posterioridad a la época en que éstas fueron fabricadas.

Las tolas más prominentes guardan artefactos a diferente nivel estratigráfico; el levantamiento de estos montículos que tienen decenas de miles de metros cúbicos de diversos materiales -tierra, cangahua, piedra, arena, cascajo,



COMPOTERAS

Muestran distintos motivos ornamentales y provienen de pozos de 4 m. de profundidad.


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1867
QUITO

ceniza, etc.-debió de haber durado mucho tiempo. La estructura interior de las tolas no es tan sencilla como de ligero se supone; en algunas se han visto construcciones intrincadas de cúpulas, muros, escalinatas, chimeneas, plataformas, taludes y sepulcros. Algo realmente interesante sería fijar la cronología cerámica del largo período en que se erigieron estos monumentos.

CONTENIDO CULTURAL DE UNA TOLA

Una tola circular de dimensiones apreciables -20 m. de diámetro en la base y 9 m. de altura, de la hacienda «La Esperanza» inmediata a la población de Caranqui, fué totalmente demolida, sin más cuidado que el haber reunido el contenido cultural de la misma, cuyo inventario es el siguiente:

1 – Una compotera chica, con engobe rojo.
2 – Un plato intruso, de forma de cazuela, con pintura típica de la cerámica de El Angel.
3 – Una olla globular, pequeña, sin pintura, de cocina.
4 – Una olla chica, con dos asas a la altura del cuello, y engobe rojizo.
5 – Una ollita globular, formada por dos conos invertidos, sin pintura.
6 – Un silbato pequeño, de 0,04 m. de largo, simula un pico de loro, con engobe rojizo.
7 – Una olla de forma de zueco; de barro ordinario y de color negruzco.

8 – Una olla redonda, pintada de rojo.
9 – Una olla de regular tamaño, de cuello recto, enlucida en rojo.
10 – Una olla de forma de saco, rústica, pequeña.
11 – Una ollita con pie, de boca muy abierta, de color rojo claro y pintura negativa de bandas verticales.
12 – Una olla con pie, engobe amarillento, cuello corto; en la linea ecuatorial lleva un cinturón en relieve, en que resaltan cuatro prominencias, equidistantes.
13 – Una ollita de barro negro, constituída por dos casquetes.
14 – Una compoterita de pie pequeño; totalmente enlucida en rojo.
15 – Una compoterita de pie pequeño, en la boca se relievó un doblez hacia el interior,
16 – Una ollita esférica de color crema obscuro en la mitad superior del cuerpo; la mitad inferior, sin engobe, tiene un matiz obscuro.
17 – Una compoterita de barro negro, de boca en que se ha tallado un bisel; pulida y abrillantada con pintura de igual color.
18 – Una ollita de casquetes superpuestos, pintada con matiz rojo claro.
19 – Una compoterita común, con pintura ocre.
20 – Una ollita de cuello recto, breve, y pintura rojiza.
21 – Un plato semiesférico, del mismo matiz.
22 – Una compoterita, con edéntico enlucido.

23 – Una olla tosca, de paredes gruesas y modelado en forma de zueco; tiene huellas de humo.
24 – Una olla enlucida en rojo, con bandas cafés, verticales y apenas perceptibles; de cuello simple y común; el medio cuerpo superior lleva engobe rojo; el inferior muestra el color natural del barro.
25 – Una vasija de cocina, con dos asas, pintada en negro.
26 – Una compotera de pedestal alto; lleva tres perforaciones circulares en el cuello; luce en el pie, un matiz crema, y en el plato, rojo.
27 – Un platito de forma semiesférica, en la boca lleva un cordón en alto relieve, recortado a trechos por incisiones verticales y provisto de dos falsas orejas.
28 – Una olla globular, trípode, cromada en rojo.
29 – Un plato con pie pintado de rojo.
30 – Una compotera de tipo común.
31 – Una compotera de las que atiborran la tolas.
32 – Una compotera con boca acanalada.
33 – Una compotera grande, con el borde interior de la boca o plato, acanalado; pintura café.
34 – Una compotera de tallo alto, sin pintura.
35 – Un pitorro, al parecer, fragmento de una vasija.
36 – Un alisador, cónico.

37 – Una vasija funeraria, de 0,60 m. de alto, ovalada; lleva en el cuello un rostro muy expresivo y bien modelado. Esta vasija fué encontrada en una cámara sepulcral, labrada con bloques de cangahua; se le había depositado frente a los restos mortuorios de un individuo que fué enterado empuñando un hacha caciquil. Nosotros presenciamos el descubrimiento del esqueleto y las dos prendas culturales a que hacemos referencia. (1)

OBJETOS LITICOS

1 – Hacha caciquil, esculpida en piedra fina de color verde, con talón perforado. Artefacto hermoso.

2 – Una figurilla humana empleada como amuleto, con incisiones acostilladas. La piedra es de color plomizo y el tamaño 0,04 m.

3 – Una figurilla humana, de 0,03 m. de largo, magníficamente modelada, con cabeza, tronco y extremidades muy proporcionados; por llevar una perforación en el cuello suponemos que se la empleaba como amuleto o, quizá, como colgante de una gargantilla.

---

1) El inventario que antecede da una idea de la pobreza y limitación que caracteriza a la cerámica de la época de las tolas.

4 – Una copa licorera, lisa, de 0,04 m. de largo; la piedra es de color gris.
5 – Una copa de una pasta petrificada muy semejante al cemento; lleva incisiones geometrizantes, en reticulado.
6 – Tres cabezas de tiradera de estólica, una de las cuales es de jadeíta y las otras de una piedra de color plomizo.

OTROS ARTEFACTOS

A más de las prendas de que hemos hecho mención no se encontró sino un fragmento de caracol marino, de aquellos que el etnólogo Rivet recomendaba coleccionar para tener mayores referencias sobre la antigüedad de los restos orgánicos y prendas culturales que guardan los sepulcros aborígenes. (1)

Todo examen verificado prolijamente de los artefactos cerámicos que constituyen el venero de las tolas, establece para éstos, de modo cierto, su condición inferior, así en cuanto a la calidad del material y a la ejecución como a la variedad de motivos con relación a las dotaciones de los

---

1) Esta entrega de una tola caranqueña que se había erigido en terrenos de la hacienda «La Esperanza», a unos 500 m. en línea recta de la plaza de Caranqui, forma parte de la colección arqueológica que fuera de propiedad de Monseñor Elías Liborio Madera, y que actualmente pertenece al Seminario de San Diego, de Ibarra.

sepulcros en pozo, profundos, donde se encuentra una alfarería de mayor calado estético.

Los constructores de tolas, como ceramistas, ofrecen unos artefactos pobres, una humilde tiestería, de pasta gruesa y líneas sencillas y monótonas. Prevalecen en este período los platos acazuelados, los vasos caliciformes (compoteras), algunos de éstos con gracioso pie tubular, en el que colocaban, en veces, cascabeles metálicos o bolitas de barro, las alcuzas de dos, tres y más servicios enlazados por un asa; los vasos dobles y triples. En síntesis, la riqueza de elementos materiales que las tolas guardan es limitada.

En materia decorativa se conocía la pintura negativa, pero prevaleció la aplicación directa del color al artefacto, unas veces inmediatamente antes y ótras después de haberlo sometido al proceso de cocción. No se desdeña la combinación de pintura y trazos plásticos, así, líneas en zig-zag alternan con series de puntos y con bandas o franjas sencillas; se entrecruzan líneas formando figuras geométricas, como ser triángulos, cuadrados, rectángulos, rombos, círculos, óvalos. Discretamente se emplean protuberancias y muescas así como paneles y franjas modelados.

Piezas íntegras y fragmentos de los trastos descritos atiborran algunas de las tolas. Los artefactos de noble acabado, modelados, dibuja-

dos y pintados con paciente voluntad y destreza de mano, que alguna que otra vez se encuentran en el cuerpo de las tolas, deben ser considerados como foráneos a la cultura que las erigiera.

BRAZOS COSMICOS

Entre tales señalamos dos ídolos antropomorfos, de barro, gemelos y tubulados, de la más bella estatuaria que hemos visto en el Ecuador. Se los encontró en una tola de Caranqui, junto a la plaza Rafael Troya, en la que actualmente se levanta un monumento llamado Templo del Sol y un busto de Atahualpa.

Una ligera descripción morfológica puede ser fuente de conocimiento para quienes no hayan tenido oportunidad de verlos. Insistimos en que por ser perfectamente gemelos, delineado, representado uno de ellos, están descritos ambos.

En el diseño de un brazo humano de 0,44 m. de longitud, doblado por el codo, formando ángulo recto, un artista de inspiración profunda, un Praxiteles americano, esculpió un ídolo íntegramente desarrollado entre el hombro y tres cuartas partes del brazo, dejando libres la cuarta parte restante, el codo, el antebrazo y la mano. En la parte inferior del brazo que no se compromete con la configuración del ídolo, y el antebrazo en toda su longitud, se ha pintado un río

que corre a lo largo de estos segmentos y desemboca en la mano, plegada a modo de concha, como para representar con ella la cuenca del mar. El río aparente corre entre doble cadena de montañas, perfectamente estilizadas, donde se aprecia la cima y la doble vertiente, de lado y lado. En las aguas del río se dibujan cuatro peces de gran cuerpo, en actitud natatoria, formando dos filas regulares, con pintura simétrica parcada y alterna en cuanto a la posición de los peces.

Este complejo escultural, según llevamos dicho, tiene la forma de un brazo. En la parte superior de la extremidad, comprendida entre el hombro y el bíceps, en altorrelieve modelóse una figura humana sentada en cuclillas: la cabeza, muy grande, no guarda proporción con el cuerpo, y se halla totalmente recubierta con un casquete o morrión sin plumaje, que cubre la frente dejando completamente despejado el rostro; por la parte posterior, parece cortado a cincel a la altura del cuello; sobre el casquete se han modelado en altorrelieve las orejas de amplios pabellones, y perforados en semicírculo por donde la simulación del cartílago se junta a la estructura del casquete; los brazos, en altorelieve, son cortos, arrancan directamente de la base de la cabeza y bajan muy ajustados al pecho, flexionados en ángulo agudo, casi recto, terminando en manos de conformación anatómi-



VASIJAS CON PITORROS Y BRAZO COSMICO

(Provincia de Imbabura)



VASIJAS DE FORMAS VARIAS Y UN SILBATO

(Provincia de Imbabura)


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

ca algo irregular, también estrictamente adheridas al tórax.

Las piernas extremadamente largas y delgadas, forman dos arcos ojivales por la posición que se le ha dado al cuerpo, rematando en pies de forma caprichosa.

La espalda, muestra una perfecta modelación anatómica.

Una franja envuelve la cintura del ídolo; de ésta se desprenden dos apéndices, uno adelante y otro atrás del cuerpo; el delantero cubre la parte pubiana.

Un disco que se diseña sobre el codo sirve de asiento a un taburete bajo, de cuatro patas, sin respaldo, y divide, virtualmente, al artefacto en los dos cuerpos, según la descripción hecha.

Finísima pintura positiva, aplicada a pluma o con estilete muy agudo cubre la mayor parte de la superficie del Brazo Cósmico; el resto lleva una pintura aplicada cuidadosamente con brocha. Las figuras dibujadas representan el sol, serpientes, aves con cuerpo de cigüeña y pico encorvado y robusto como el de las carnívoras; peces muy semejantes a las anguilas y los bagres. Complementan los dibujos y los hacen resaltar ciertos trazos geométricas en series: triángulos, rombos, círculos con puntos y núcleos centrales, cuadrados, rectángulos, trapezoides, coronas de puntos, paralelas.

¿Qué representa este vaso escultórico? Cual-

quiera afirmación categórica sería aventurada. Parece una objetivación de las viejas tradiciones mayas según las cuales Dios y la serpiente emplumada crearon, sobre el mar o junto a él, la tierra, y la poblaron de animales, primero, y después de hombres. En todo caso, la cabeza antropomorfizada tiene semejanza con el rostro y el tocado de los egipcios; y el complejo escultórico en conjunto, no tiene influencia ninguna de la cerámica precolombina de las naciones aborígenes ecuatorianas. Nada de cuanto conocemos empareja en estilo y belleza con este artefacto tan extraño, tan disímil a los cánones estéticos de los primeros habitantes de la provincia de Imbabura. Por el cromatismo con su brillante despliegue de colores; por la agudeza de la observación y el impar dominio de la técnica; por la exquisita sensibilidad para presentar estilizaciones perfectas, que hacen del diseño de un antebrazo, un río; de la mano humana, una concha; de la concha, la cuenca del mar, con un pitorro para el desagüe, y de una gran serpiente, el basamento del universo físico, basamento en el que descansan las cordilleras, los ríos y el mar y sobre el que se proyectan en el espacio sideral las estrellas; y, sobretodo, por el genio soberano que supo representar, apropiadamente, el viejo mito, escrito en los Códices, de la creación del mundo, nos acogemos a la hipótesis de que estas preciosas figuras gemelas son de origen mayóideo. Ca-

da una de las figuras es, en nuestra opinión, un brazo cósmico, el brazo que construyó el universo, con la explicación que da la cosmogonía indígena respecto de un problema que tanto interesa al hombre, en cualquiera de los niveles de la cultura.

CERAMICA DE LOS SEPULCROS EN POZO, PROFUNDOS

Diferente del de las tolas se registra un nuevo horizonte cerámico en esta provincia. Es el de los pozos, cuya profundidad es muy variable, al tenor de lo que se ha visto, en cuevas sepulcrales que alcanzan hasta 15 m. de fondo. Estos sepulcros acreditan el mejor ajuar cerámico en la circunscripción imbaya, que se dilata del río de Coangue, modernamente llamado Chota, al norte, al de Guayllabamba, al sur, y de la cordillera Central a la Occidental, penetrando en las zonas de Intag y Lita en el respaldo trasandino de la cordillera últimamente mencionada.

En algunas tumbas ricas de este tipo se han encontrado valiosos artefactos de oro, tumbaga, plata y cobre. El mismo barro humilde se ennoblece por haber sido tratado con técnica superior. Los ceramistas de este período sabían preparar la pasta con el mayor esmero, expurgándola rigurosamente de materias extrañas, con excepción de las añadidas como desgrasante, de

modo que, al modelarle, diera vasos de paredes finas. Las formas nuevas, los dibujos elaborados, abundan, especialmente las ollas de casquetes caprichosos, como unas obtenidas en la zona de Atuntaqui, cuyo cuerpo globular se halla constituído por una sucesión de planos triangulares, cortados por ángulos, bien marcados, uno por uno. Estas ollas llevan magníficos remates antropomorfos en el cuello y en la boca, dando una impresión de conjunto tan bella, tan armoniosa, tan equilibrada, como difícilmente puede encontrarse algo semejante en la cerámica precolombina ecuatoriana.

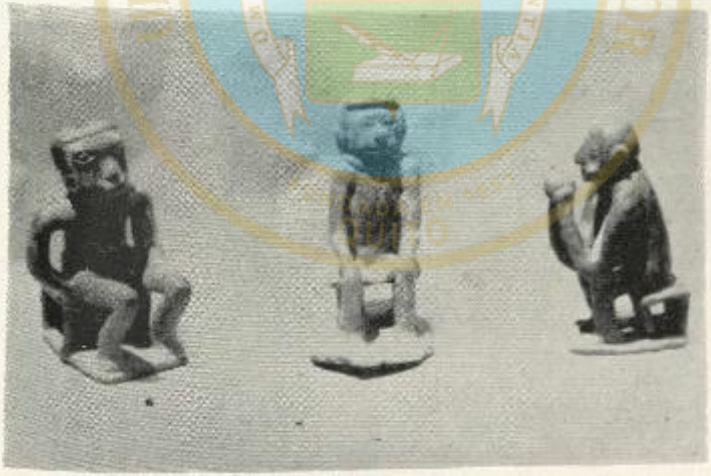
Las vasijas de este período helenista -si se nos permite el calificativo- del arte plástico imbaya, llevan decoraciones ricas, alternadas entre incisas de tipo geométrico y de relieve. La pintura se ha dado con un líquido, en unos casos, y en otros con una pasta de limpio y fulgente matiz y en apreciable variedad de tonos, aunque con predominio del rojizo, el café y el crema; en unos trastos, positiva; en otros, negativa, no faltando la combinación de una y otra. Hay artefactos que llevan doble decoración, en pintura y en relieve, que a la vista produce efectos tan agradables que la fascinación dura largo tiempo.

Los silbatos de este período son primorosos, verdaderas reliquias del arte aborigen. En algunos se modulan voces dulces de ocarina. Los modelaban en pasta fluída, escrupulosamente



VASIJAS CON RELIEVES

(Provincia de Imbabura)



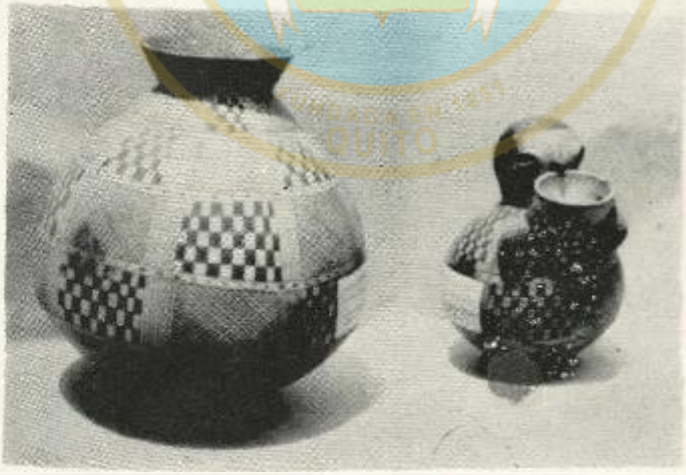
IDOLILLOS

(Provincia de Imbabura)

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO



IDOLILLO MASTICADOR DE COCA (Prov. de Imb.)



CERAMICA DE OTAVALO (Parroquia San Rafael)

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

purificada, dándoles, en veces, forma humana, y más comúnmente, de aves, peces, reptiles, orugas, cuadrúpedos. Los de forma de caracol guardan estrecha semejanza con los del área chibcha, de México y de la Costa del Perú, según Jijón y Caamaño. Manos que el arte había consagrado por su pura virtuosidad, se encargaban de pulimentar y pintar el gracioso artefacto con uno o varios matices.

Abundan en esta etapa de oro de la cerámica imbaya los vasos zoomorfos y antropomorfos, de gracia singular. En bellísimos repliegues del barro, cuya originalidad triunfa sobre lo primitivo rotundamente, aparecen bandas de aves estilizadas en actitud de vuelo, pájaros con copete, ranas, monos, tortugas, lobos, arañas, pumas, peces. Se modelan también vasijas en forma de animales fabulosos y, sobretodo, se decoran con representación del rostro y de la figura humana completa con derroche de gracia, fantasía y belleza, en términos que soporta muy bien la proximidad del más exigente crítico de arte. Estos artefactos, lógicamente, representan valores singulares en la arqueología ecuatoriana.

Líneas más puras en la cerámica sólo hemos advertido en el arte protochimú, del norte del Perú, el cual alcanzó un nivel más alto de perfeccionamiento, sobresaliendo entre las ejecuciones modeladas, las de tipo de «retrato» que por su realismo, dan la impresión de una copia

de las facciones que caracterizaban a los personajes cuya fisonomía y hechos memorables se deseaban perpetuar.

Esta comparación no quita ningún mérito al artífice imbaya que enterraba a sus deudos en sepulcros profundos. Esos artistas de la época de oro experimentaban el inefable placer de crear. La riqueza interior de ideas se plasmaba en la producción de artefactos nobles de líneas y formas clásicas, modelados con metódica justeza y enlucidos con lacas de matices bellos. Estos balanceamientos de la masa o forma, y el esmalte o color, producen una armonía que se traduce en regalo de los ojos y gozo del espíritu.

Modernamente, en los medios cultos se aprecian las prendas indianas tanto o mucho más de la valoración y estimación que debió de habérselas dado en la época en que advinieron como expresión de exquisitez del arte manual aborigen.

Iguales progresos obtuvieron por la época de los sepulcros abismales la metalurgia y la talla de la piedra; ésta se cincelaba primorosamente, a merced del tono general de la vida, mucho más alto que en los períodos anteriores, y de las recíprocas influencias de las artesanías.

No se diga que hay exageración en el tono admirativo con que nos expresamos. La observación del arqueólogo o es objetiva, fría y precisa, o no es científica. El arte, la gracia, la habilidad



SILBATOS EN FORMA DE CARACOL

(Provincia de Imbabura)



SILBATO CON PINTURA POSITIVA

(Provincia del Carchi)

color crema que recubre totalmente la vasija. Sobre esta pintura se aplicaron los siguientes trazos: en la corona, un casquete semejante al solideo, del que descuelgan dos pabellones u orejeras asimétricas, y dos franjas que llegan a la mitad del arco de las cejas: los ojos de relieve bien hecho, son expresivos, apreciándose el globo con su característico color blanco y las pupilas cafés.

El espacio de la cabeza que el solideo no recubre lleva una decoración a rayas horizontales y oblicuas, de color café claro. En la parte inferior del cuello se distingue la pintura de una gargantilla de canutillos.

En la mitad superior del tórax corre una franja con canutillos más largos que los del cuello.

Doce cuarteles bien definidos y divididos de seis en seis por una franja horizontal, se han trazado en el pecho y en ellos se han dibujado líneas formando escaques y paneles alternos, rectangulares y rombóideos, con pintura café.

Entre otras piezas asociadas en el apartamiento sepulcral de San Rafael, a 6 kms. de la ciudad de Otavalo, del que se obtuvo el vaso descrito, se halló también una olla, de pasta tan fina que abulta apenas algo más que el filo de una hoja de acero, y tan bien pintada con brocha y pluma que en tal artefacto el ceramista lució su gusto para dar fondo y hacer trazos de

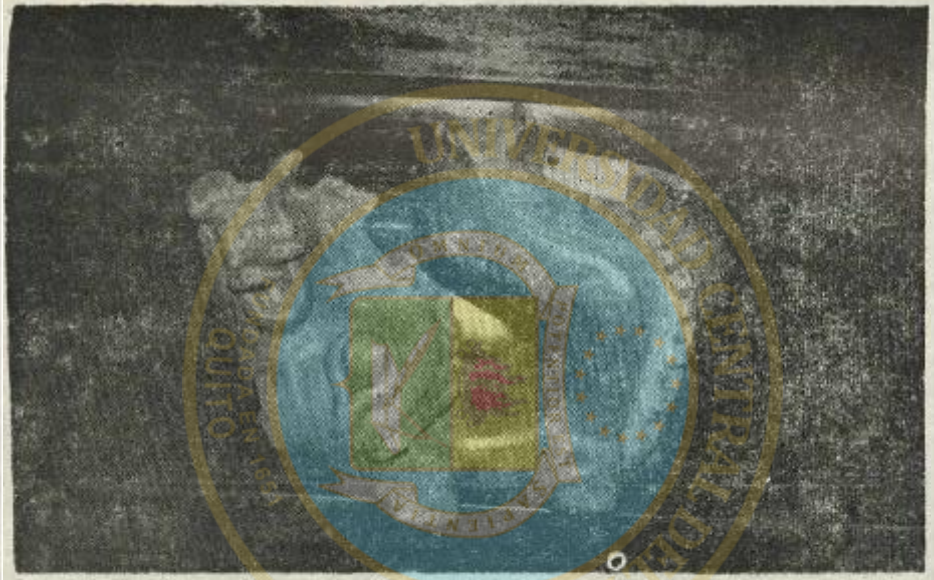


FIGURA DE DRAGON MITOLOGICO

En barro rojizo. Proviene de un sepulcro en pozo, de San Rafael, al pie del Mojanda.


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

bandas y escaques semejantes a los ya descritos en la figura de la que dimos referencia anteriormente.

Otro objeto interesante, entre mil más, es un dragón esculpido con sujeción a las características que atribuyen a este monstruo fantasmal las mitologías. Varios arqueólogos han identificado su contextura con el signo heráltico que hasta pocos decenios llevaba la bandera imperial de China; pero, en realidad, no es semejante. Su aspecto es aterrador: en un cuerpo extraordinariamente robusto de 0,24 m. largo por 0,17 m. de alto y 0,16 m. de espesor, que se contorsiona con la flexibilidad de un ofidio, se aprecian los ojos pronunciadamente desorbitados, los colmillos de maciza estructura, curvados, potentes; el belfo enrollado y el blindaje de dos pares de sierras como orugas, empotradas en el cuerpo, de las manos a la nariz y de las extremidades posteriores a la cola. Tan artificioso especimen tiene semblante de bestia fabulosa. El esmalte que recubre la pieza es rojizo. El dragón proviene de González Suárez, parroquia ubicada al sureste del cantón Otavalo.

Es tan grande la cantidad de elementos reales de valor estético que se obtiene de los pozos tantas veces mencionados, que la referencia descriptiva, en este momento en que ya quisiéramos salir de materia, se volvería interminable. Por ello insistimos solamente en nuestro criterio con-

traído a afirmar que a lo largo de milenios de elaboración activa, recibiendo influencias foráneas y participando a otros de lo que sabían, los ceramistas nativos modelaron una variedad de ánforas, tazas, platos, ollas, bandejas, jícaras, cráteras, jarrones, vasos, copas, sin y con enlucimiento. Los colores favoritos son: ocre rojo, obscuro y claro; rojo, obscuro y medio; siena quemada ocre, ocre amarillo, amarillo claro, crema, sepia, anaranjado, café claro, medio y obscuro; negro, generalmente intenso, aunque hay también en matices plomizo y azulado.

A pesar de los años transcurridos y de la falta de preservación de la humedad, en tumbas y depósitos en general que no constituyen ningún resguardo para la loza nativa, el enlucimiento cromático no ha perdido su brillantez. La pátina ennoblecedora pone en la cerámica precolombina un reflejo de singular distinción.

¿Cómo se daba el enlucido? ¿De qué sustancias extraían los artífices indianos el delicadísimo esmalte que complementa la belleza de las vasijas prehistóricas? ¿Cómo afirmaban el color sobre la forma de arcilla para darle vida?

Dábase el enlucido por el sistema de aplicación con una brocha, de arcillas disueltas, muy finas y líquidas, en su matiz natural, algunas, y coloreadas con subtancias vegetales y minerales, ótras. Las ánforas de lujo antes y después del revestimiento con esta película decorativa reci-

bían una mano de riguroso pulimento, mediante la frotación de la superficie exterior con piedras semipreciosas, hasta que cobraran aspecto fúlgido. Entonces la cerámica pasaba al fuego, que fijaba y abrillantaba los colores, obteniéndose en muchos casos, resultados tan sorprendentes, por la finura y purificación del barro, que las paredes de tales vasos llegan a reflejar la luz. Estas piezas parecen de porcelana.

Para la decoración, los matices arrancados a la flora se emplearon en mayor proporción que cualesquiera otros, hasta donde alcanza nuestro conocimiento. El tono café, por ejemplo, en varias gradaciones, lo obtenían de la substancia pulposa que recubre el cuesco del nogal (Juglans regia); los tonos azulejos, del índigo o añil (gén. Indigófera), usado por los aborígenes como colorante, desde tiempos inmemoriales, según el P. Velasco; los verdes, rojos y rosados, del guarango (Acacia farnesiana), compuesto con sulfatos de cobre y hierro. La flora andina que produce tintes y lacas es rica; citemos por lo menos algunas plantas de pulpa, corteza o frutos tintóreos: molle [Bamelia obtutofolia], carrasquilla (Amelancher vulgaris), genciana (Gentiana officinalis), colca, achicoria, chilca (Eupatorium polystachyum), hierba mora (Solanum nigrun), shanshi, líquenes, encina (Quercus ilex. L), cuya corteza se emplea también como curtiente; frailejón (Espeletia grandiflora), cerote (Ficus mag-

nifolia), algarrobo (Hymenea courbaril), sangre de drago, palo campeche, capulí (Ramnu humboldtianus), bálsamo del Perú, copal (del género Hymenea), carrizo montés [Generium argenteum) y muchísimas otras. Los matices de la flora probablemente eran afirmados con óxidos metálicos, óxidos de sal, sales de cobre, de aluminio, etc.

En la comarca de Pasto se pintan tradicionalmente las jícaras o platos hechos de la calabaza vinatera, «con el barniz más bello y exquisito que produce la natuaraleza», en la observació del Padre Velasco. Los antiguos pastos demoraban en las goteras de la nación imbaya; los antiguos pastos fueron los mejores ceramistas del norte quiteño: tallaban a mano vasijas preciosas, las pintaban con colores hermosísimos e indelebles ¿no habrían enseñado la técnica cerámica que poseían como consumados maestros, a sus vecinos más inmediatos del sur?

Realmente sorprendido el Profesor Dr. Max Uhle de la finura de la pasta y del primor del enlucido o cutícula exterior de las vasijas de tipo mayóideo de Cuenca, y de las ocarinas en forma de caracoles del norte, con las cuales pueden parearse muchísimas vasijas imbabureñas, opinaba en su criterio de sabio que tales artefactos no podían ser sobrepasados en el ámbito americano (1).

1) Conferencias dictadas en la Universidad Central.

Muy pronto se conocerán los resultados de las exploraciones de campo, verificadas en el curso de dos años, en Cochasquí, y los análisis de laboratorio que hará en Alemania el Dr. Udo Oberem, Director de la Misión Arqueológica de la Universidad de Bonn, sobre millares de muestras de cerámica obtenidas, juntamente con otras prendas culturales, en las tolas con rampa y en los sepulcros en pozo de dicho lugar, paraje poblado de monumentos prehistóricos levantados en la vertiente suroriental del nudo de Mojanda y Cajas, por los imbayas. Entonces se podrá hablar con certeza de los tintes, lacas, desgrasantes, mordentes, cochura, etc., empleados y aplicados en la industria aborigen.

DECORACION

Muchos artefactos llevan alguna decoración, en pintura, en incisiones o en relieve, que contrasta con la faz oscura de los que no tienen ninguna. Como tipo decorativo más comúnmente se empleó la pintura; el embellecimiento por modelados o relieves, le sigue por el número de aplicaciones, quedando en tercer plano, cuantitativamente, el grabado inciso.

Predominan los siguientes matices en pintura positiva: café, castaño, rojizo, crema, anaranjado, blanco y negro, formando bandas o listones horizontales, verticales y oblicuos, líneas escaleradas, escaques, triángulos, rombos y otros

cuadrilongos, circunferencias, grecas, estrellas, estampados en zig-zag. Tampoco es extraña la pintura negativa, a uno, dos y tres colores.

Los modelados y labrados en altorrelieve muestran columnas exteriores que aparentan sostener las paredes de vasos finos, hombros angulados que se levantan a mayor altura de la base del cuello de las vasijas, coronas horizontales y verticales de puntos, bordes y franjas horizontales en lo que llamaríamos a la línea ecuatorial o mitad del globo de las mismas. En las más finas se representan la figura humana y la de animales.

Las incisiones se han hecho más frecuentemente en la boca de los vasos, especificando diremos cántaros, ollas, platos, compoteras, fuentes. Cuando interesan no sólo a la boca sino al cuerpo mismo de los artefactos, a las líneas incisas siguen los trazos de la pintura, esto es formando figuras geométricas sencillas.

Las paredes de los ceramios de mejor calidad muestran una pulimentación cuidadosa, esmeradísima, que daban mediante la aplicación de espátulas de hueso y alisadores o bruñidores de piedra finísima, tan compacta que no es posible hallar en tales herramientas una falla, ni siquiera un poro, como podemos demostrarlo en nuestra riquísima colección de artefactos líticos de los aborígenes prehistóricos imbayas.

PIES DE LAS VASIJAS

El empleo de pies estructurales en la cerámica imbabureña parece ser muy antiguo a juzgar por la estructura rudimentaria de las vasijas que en tales soportes se sustentan. La asociación de objetos entre los que aparecen estos cacharros nos lleva, también, a la misma conclusión.

Los pies ornamentales, asas y pitorros son mucho más modernos. En todos los niveles y depósitos se encuentran ollas, cántaros, compoteras, cazuelas con pies, siendo su conformación muy sencilla en el mayor número de casos, como se registra, señaladamente, en las ollas trípodes y cuadrípodes de cocina, cuyos pilotes de sustentación tienen formas cilíndricas o cónicas, alargadas. Algunas vasijas, en cambio, llevan graciosos pedestales que demuestran un criterio de ornamentación que no puede pasar inadvertido al aprecio de los observadores.

Las compoteras caliciformes exhiben toda la gama ornamental de los pies con sus respectivos tallos; en algunos de ellos se recortan unas ventanitas que contornean un claustro, donde el operario dejó encerrados cascabeles de cobre o bolitas de barro cocido que, al mover la compotera, se agitan, produciendo un sonido semejante al tintineo. Hay pedestales verdaderamente artísticos, en que el peristilo ha sido reemplazado por un puma o por un juego de dos, tres y

hasta cuatro pumas, sobre cuyos lomos enarcados descansa el plato de la vasija. En variantes de este tipo, en vez de los pumas aparece estilizada la figura humana, formando un corro.

Un ceramio de trazo más o menos semejante, policromado, y por todos los respectos muy superior a las compoteras imbayas, tuvimos la oportunidad de conocer, hace ya muchos años, en poder del Sr. Modesto Larrea Jijón, quien nos informó que tan notable joya perteneció al patrimonio artístico de un museo azteca. Para nosotros este singularísimo artefacto cuenta entre las prendas de barro más bien logradas del patrimonio arqueológico americano.

El asa es uno de los hermosos dobleces del barro aborigen precolombino. Brinda, también, comodidad para el manejo de las formas, especialmente de las de uso culinario, ollas, cazuelas, jarros. El repertorio de modelos, así como el engarce al cuerpo de la vasija, es muy variado. Hay asas de abrazadera, de oreja, de puente con pitorro; asas anulares, de cuello, del globo o panza; por la forma y dirección, asas curvadas hacia el interior, curvadas al exterior, horizontales, verticales; planas, acanaladas, cilíndricas, enramadas, ornamentales con figuras zoomorfas y con la figura humana; por la superficie, sin pulimentación, bruñidas y labradas; por la simetría, regulares en todo su desarrollo e irregulares, con ensanchamiento sobre todo en los puntos de in-



UNA FAMILIA DE REYES, EN BARRO ROJIZO.


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

serción en el cuerpo de la vasija.

Con toda seguridad nuestras observaciones no alcanzan a describir el juego completo de variaciones en las asas de la cerámica imbabureña; sin embargo, lo que hemos visto tiene notable interés, y las referencias en este estudio consignadas pueden servir a los investigadores de esta materia como una guía para ampliar el horizonte mediante nuevos descubrimientos.

En cuanto a los pitorros es muy poco lo que tenemos que decir. Los llevan algunas vasijas, generalmente uno solo, y, en menor número, pareado. El pitorro aparece, por lo común, en ejemplares cerámicos esmeradamente pintados, si bien de distinta estructura. Unos llevan dirección vertical, otros oblicua y algunos, son curvados a modo de puño de bastón.

ESTATUARIA

Los reyes, los caciques, los sacerdotes, los guerreros fueron modelados con especial tratamiento; sus rostros revelan compostura y dignidad. Los primeramente nombrados llevan, en relieve, los símbolos de su autoridad, cuya expresión constituyen la testa coronada, los amplios collares, los lujosos brazaletes, las nítidas diademas, según la usanza oriental, de la que, al parecer, nuestros aborígenes tenían referencias o, quizá también, alguna reminiscencia.

A los artistas músicos se les representó me-

diante figuras llenas de expresión y de verdad, con un movimiento de la arcilla que trasluce la satisfacción que experimentaba el cincelador al desplegar sus dones admirables para perpetuar la figura del músico, con una efigie digna de este otro cultor del arte. Así la plástica y la armonía musical que son dones de los dioses, se funden en una sola vibración de formas y sonidos.

Sin el esmero antedicho, se cincelaron también rostros de gente común y escenas ordinarias de la vida.

INFLUENCIA INCASICA

El arte de los ceramistas peruanos, universalmente admirado por sus singulares características, ejerció una pequeña influencia, en razón de la limitación del tiempo, de tres a cuatro decenios, en la modalidad tradicional de la alfarería imbaya.

Por esta misma causa no se han descubierto muchas prendas típicamente incásicas, pero sí han aparecido artefactos que denuncian dicha influencia, en forma identificable. Hábiles modeladores de la arcilla, sabios maestros en dicho arte, sus obras constituyen una espléndida manifestación escultórica, digna de equipararse con la alfarería del horizonte clásico de Teotihuacán.

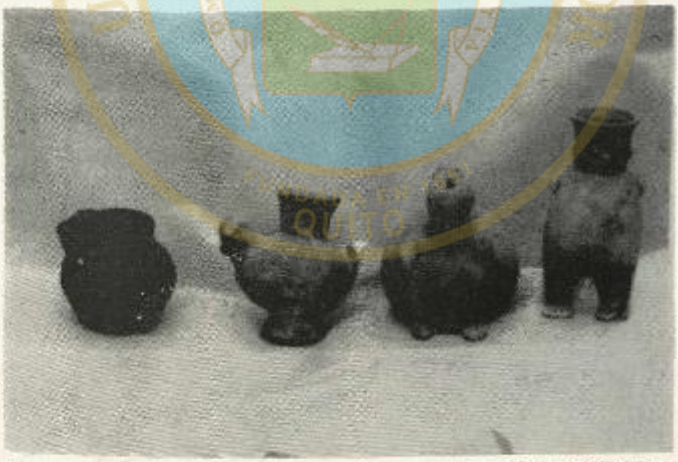
CLASIFICACION

El eminente arqueólogo señor Jijón y Caa-



VASIJAS ANTROPOMORFAS

(Parroquia de Caranqui)



CANTARITOS CON DIVERSAS REPRESENTACIONES

(Provincia de Imbabura)

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

maño estudió detenidamente las características de la decoración de la cerámica imbabureña, ofreciendo como fruto de su trabajo el siguiente cuadro, puntualizado mediante literales, en el que se incluyen con la primera letra del alfabeto, los vasos no decorados:

«A – Vasos no decorados;

B – Vasos enlucidos de rojo;

C – Vasos de color negro;

D – Vasos que representan una fruta, ordinariamcnte una cucurbitácea, mediante depresiones;

E – Vasos provistos de un borde saliente, en su región ccuatorial;

F – Decoración consistente en una corona de puntos en relieve;

G – Puntos en relieve, dispuestos en fajas verticales;

H – Decoración geométrica grabada;

I – Vasos con falsas orejas;

J – Decoración a modo de reticulado, pintada sobre fondo de igual color, pero de diferente tono;

K – Espirales, rombos y triángulos, inscritos unos en otros, ejecutados con la técnica ya descrita en el literal anterior;

L – Decoración consistente en grupos de paralelas, obtenidas con la misma técnica que las figuraciones de la decoración;

M – Decoración formada por grupos de lí-

neas paralelas, que se cortan formando ángulos, obtenidos por igual procedimiento, o por la carbonización de una piutura grasa;

N – Ornamentación pintada con color oscuro sobre fondo claro, consistente ya en rayas, en grecas, dibujos escalerados, escaques u otros motivos geométricos.

O-Decoraciones zoomorfas y antropomorfas en relieve.»

Exploraciones y hallazgos posteriores a la época en que Jijón trazó este cuadro, demuestran que en el cromatismo de algunos artefactos aparecen combinaciones de escaques, triángulos y bandas; de bandas verticales y oblicuas, en matices café y blanco; engobes en color crema y anaranjado, el primero se ve comúnmente en vasijas de paredes delgadísimas, de sorprendente finura; estampados en zig-zag; pintura negativa a uno, dos y tres colores.

En cuanto a la modelación y grabado, se conocen una variedad de incisiones y acanalados en el cuello y en el globo de las vasijas, las fajas dentadas, las columnas exteriores de los vasos, empleadas para dar apariencia de qne sostienen las paredes, los hombros angulados, el movimiento geométrico de las formas, las superficies en relieve y tantas otras expresiones de sutilezas, caprichos y estilizaciones, como que solamente, para ensayar una referencia, no digamos para intentar una exégesis, se necesitaría de una obra completa.

PIEDRAS PREHISTORICAS

Es la piedra uno de los elementos de la naturaleza en el que más ahincadamente aplicó su industria y sus sueños el hombre prehistórico. De la piedra simplemente estallada a la esmeradamente pulida; de la que utilizaba como arma a la que le servía de herramienta; de la que desempeñando el papel de muro o puerta de una caverna, le resguardaba con su masa, al delicado talismán que le protegía con sus símbolos; de la ciclópea, desnuda y limpia de trazos, en unos casos, o primorosamente esculpida, en otros, a la diminuta, repleta de líneas y figuras, cuya significación apenas alcanzamos a columbrar; del petroglifo gigantesco, erguido en una roca de los Andes, con signos extraños a nuestras concepciones y aún a nuestros sueños, a la minúscula y votiva que trasunta anhelos del fuero interno del hombre y es recordatoria de

alguna promesa hecha a la divinidad; de la que hacía de pebetero, para quemar especies olorosas, al ídolo en cuyo homenaje se ofrecía ese tributo; de la que le sirvió de cuna y tálamo a la que empleó como lápida para resguardar sus despojos, de la piedra elaboró el hombre, en largos siglos de su existencia, un prodigioso arsenal de armas, herramientas, utensilios de uso casero, adornos, instrumentos de cirugía y de música, insignias de mando, talismanes y millares de construcciones que cubren las necesidades más importantes de su vida: abrigos rocosos, casas, palacios, murallas, acueductos, pavimentos, fortalezas, templos, sepulcros.

Señaladamente la provincia etnológica imbaya, constituída por una serie de comunidades ligadas por el lenguaje y las costumbres, y asentadas escalonadamente en las tierras señoriales que hemos descrito (1), es rica en dotaciones del artefacto pétreo: las familias aborígenes conservan tradicionalmente, trasmitiéndose de padres a hijos, prendas de la industria lítica precolombina, que le merece un aprecio singularísimo; las colecciones arqueológicas, grandes y pequeñas, con que cuenta la provincia, y las que han salido para enriquecer museos foráneos, exhiben casi tantos artefactos de piedra como de barro, y muchos más que los de hueso, concha,

1) «Imbabura, agua y paisaje» 1.962 - V. A. Jaramillo.

cobre, plata, tumbaga y oro, reunidos; el comercio contemporáneo de joyas líticas, a despecho de las prohibiciones legales, es activo, como lo ha sido desde hace más de un siglo, período en el que varios sabios, hombres de ciencia y viajeros cultos, en general, casi todos extranjeros, recogieron del ajuar prehistórico todo lo que estuvo a su alcance, para llevar a los museos de Nueva York, Wáshington, París, Roma, Londres, Bruselas, Berlín, Santiago de Chile y otras ciudades americanas y europeas. Las referencias sobre este hecho son documentadas, y, algunas como las de Whymper y Rivet, explícitas.

La gran cantidad de artefactos arqueológicos que pacientemente labrara el hombre del neolítico ecuatoriano debe de obedecer a varias causas, que consideramos necesario enunciarlas: mucha población, la que encontraba recursos suficientes de origen vegetal y animal, para afirmarse en el predio imbaya, cuyos factores climatéricos tan favorables, concertados con el enlace maravilloso de la tierra y el agua, multiplican y diversifican al máximo la espontánea producción de los campos; existencia de canteras ricas en las cordilleras andinas y en sus ramales, de fácil acceso, únas, y ótras de arribo difícil; canteras en que alternan menudos guijarros y moles impertérritas; rocas duras y piedras suaves; piedras brillantes, aquilatadas, que atesoran el recóndito milagro de su color como una do-

de continuidad del artefacto lítico, desde qne se halla en un depósito, acusando un trabajo antiguo, al de estrato de ocupación y operación más modernos. Este estudio debe de realizarse paralelamente con el que corresponde a las asociaciones contenidas en el mismo acervo cultural: cerámica, plumajería, tejidos, metalurgia, etc. Así se llega a establecer la cronología de las especies en los tiempos prehistóricos, en forma científica -según detalles que consideraremos luego-, la única que permite aclarar con luz meridiana la faz imprecisa del pasado.

Los hallazgos que nosotros hemos hecho y los artefactos líticos primitivos que hemos visto, algunos de los cuales guardamos en nuestro museo, nos permiten aseverar, y no a humo de paja, que en la provincia imbaya, hace miles de años, se tallaron piedras correspondientes al período de transición entre el paleolítico y el neolítico (1); más aún, se han encontrado piedras simplemente cortadas, en sepulturas casi superficiales que, a juzgar por las asociaciones arqueológicas a que corresponden, puede conceptuárselas como herramientas antiquísimas, quizá provenientes del paleoindio imbabureño.

Un objeto de estas características, hallado

---

1) Entre otros, reconocimiento efectuado por los estudiantes de arqueología de la Universidad Católica, de Quito, y su Profesor Dr. Jorge Salvador Lara.

in situ, es un documento de un valor formidable, algo realmente extraordinario, sobre todo si va acompañado de testimonios fehacientes y de planos y fotografías y de otros recursos que confirmen irrebatiblemente su milenaria antigüedad. En los casos en que no concurren estos elementos, la prudencia aconseja no adelantar ningún concepto sobre su datación, pues la posibilidad de errar en esta materia es vastísima.

Nuestros propios hallazgos de artefactos paleolíticos, y los obtenidos en forma casual, de que tenemos noticia, no reúnen los más elementales requisitos anotados: no han ido acompañados de estudio alguno; no se ha llegado al conocimiento ordenado de tales especímenes, ni se ha formado un cuerpo de doctrina rigurosamente fundado en hechos reales e incontrovertibles: en estas condiciones, un descubrimiento es un dato que puede mover o incitar a estudio, pero que no constituye otra cosa que una simple referencia. En este carácter, sin arriesgar una afirmación categórica sobre el valor de los hallazgos, y solamente para que la ciencia tenga una pista y los estudiosos una vislumbre de lo que podrían llegar a descubrir, apuntamos el hecho que nosotros registramos: en sepulcros superficiales, parvos en dotaciones, aparecen piedras cortadas y otras que llevan alguna señal ejecutada con la mano del hombre, una raya, un dibujo, un canal, etc. ¿Son o no paleolíticas?

¿Constituyen o no prendas de remota antigüedad, que el hombre dejara al término de su vagar en el desierto? ¿Le sirvieron o no como armas para defenderse del sinnúmero de criaturas hostiles que seguían sus pasos, con ánimo de sorprenderle y agredirle? Ni aún acicateados por nuestro entusiasmo de neófitos podríamos asegurarlo. Faltan observaciones sistematizadas; no tenemos un conocimiento cierto de la época y de las condiciones en que el hombre realizó ese trabajo. No hemos hecho aplicar la datación por el carbono 14 en restos orgánicos contemporáneos de la manufactura inquietante.

Distinto es el caso de identificación de un hallazgo con testimonios fehacientes: señalamiento del área o marco geográfico; determinación del estrato o nivel geológico y del arqueológico y su circunscripción mediante cortes verticales, longitudinales y transversales; levantamiento de planos con dibujo de perfiles; registro fotográfico del lugar y de los cambios de estructura o constitución del terreno, así como de todos los hallazgos interesantes, de acuerdo con la posición que ocuparon en el sitio y levantamiento de un inventario de los mismos, sean cenizas, carbón, leños cocidos, piedras con hollín, o huesos, caracoles, conchas marinas, sierras de peces, espinas, obsidianas; sucesión arqueológica con arreglo a la estratigrafía y, de ser posible, a una cronología determinada; conexiones con otros

sitios, ora vecinos, ora alejados y fijación de rutas; en fin, la realización del trabajo en equipo, es decir, con la colaboración de especialistas, geólogos, ingenieros, topógrafos, paleontólogos, naturalistas, petrógrafos, dibujantes, fotógrafos, restauradores de piezas destruídas o semidestruídas, etc. para intercambiar observaciones, experiencias y puntos de vista con espíritus investigadores orientados hacia la misma finalidad. Cumplidos estos arbitrios, el hallazgo o descubrimiento adquiere la estimación correspondiente a la plenitud de su valor.

Por lo que llevamos dicho, adviértese que tal trabajo no lo hace cualquiera ni cualesquiera; el jefe de la investigación y su equipo deben hallarse capacitados para ello, por su versación científica y por la experiencia obtenida en estudios y exploraciones de campo; han de reparar con intensidad y la mayor sutileza en la prenda o prendas descubiertas, así como el lugar en que estuvieron depositadas durmiendo un sueño de siglos.

Es aconsejable sofocar la vehemencia que produce en el espíritu todo descubrimiento de características originales, hasta adquirir conciencia plena sobre el valor del especimen rescatado del confuso rastro que dejara el hombre, en un recodo del tiempo, en que principiaba a utilizar sus facultades en la fabricación de instrumentos y a dominar las fuerzas de la naturaleza.

DATA DE LAS PIEDRAS

A la vista de millares de utensilios debidamente ordenados en nuestra colección lítica, de primer momento se aprecia la movilidad graduada que corresponde al desarrollo de esta artesanía, desde la fase más elemental hasta la expresión artística más elaborada que alcanzaran nuestros aborígenes.

Ya expresamos en páginas anteriores, como hecho incontrovertible, la existencia de objetos no pulimentados que trabajara el hombre -en una de las primeras etapas de la artesanía- al golpe de una piedra dura y afilada sobre otra menos dura. Por falta de referencia científica no se podría afirmar que tales utensilios corresponden al paleolítico y, menos aún, al nivel inferior de este período. Una falacia en esta materia sería censurable. La simple generalización tendiente a establecer un concepto inmutable, irreversible, un absurdo.

Lo que sí podemos demostrar es la existencia de objetos que por sus trazas corresponden al mesolítico. Nuestra colección guarda algunas de tales muestras, de las cuales una en forma de hacha, tallada a grandes golpes de cincel, por una persona que, al parecer, entendía de su oficio y lo practicaba con las herramientas más primitivas que es dable suponer. El artefacto así labrado es una hacha de mano, provista en su

parte superior o talón de unas aletas irregulares, a modo de orejas, de elementalísimo esquematismo. Esta prenda que proviene de un terreno en declive sobre el río Cristopamba, de la finca «San Vicente del Goteroso», en la zona de Intag, puede ser estimada como tipo representativo de una etapa de la amplia edad de la piedra en que el hombre, probablemente superado ya el estado inicial y dueño de una experiencia q' se trasmitía en el clan, de los viejos a los jóvenes, sin solución de continuidad, entraba con pie firme a dar nuevos toques a la piedra, hasta llegar a modelarla con innegable habilidad artística, y embellecerla mediante una esmerada pulimentación.

El lapidario prehistórico debió de haber aplicado a su rudo oficio una serena pero inflexible energía. La piedra no es elemento que se rinde al primer toque: figurar en ella un objeto, un ser, una idea o una imagen, en sus trazos esenciales, es labor harto difícil, aún para el operario que usa herramientas apropiadas -no digamos con primitivas, rudimentarias-. Este trabajo exige paciencia y tenacidad muy acusadas.

Activa y febril, la artesanía lítica cubre amplios períodos de la prehistoria imbabureña; el número de piezas encontradas y, sobre todo, la diferencia en la técnica de la ejecución que evoluciona de lo rudo a lo que podría llamarse sutil, bajo el empuje de la necesidad, del adies-

tramiento, de la concepción de nuevas ideas, etc. vuelve fundamentada esta apreciación.

Sin embargo, la falta de estudios sistematizados que abarquen las fuentes respectivas, no permite conocer a ciencia cierta el fondo arqueológico a que corresponde la iniciación del trabajo de la piedra pulimentada y las alternativas de su evolución. Hemos reunido prendas y restos o fragmentos de todas las edades, pero ignoramos, por lo común, de donde provienen. Piedras punteadas y pulimentadas se hallan en muchísimos sepulcros en pozo, superficiales y profundos, y se hallan, también, en el cuerpo de las tolas, y en las hornacinas excavadas debajo del nivel del suelo sobre el que se levantan estos montículos; una atmósfera evocadora de las edades pasadas se respira en tales aposentos; pero la similitud de piezas que se obtienen en estas búsquedas es tan accentuada, a diferencia de lo que ocurre con la cerámica, según tenemos ya expresado, que la enunciación de un juicio generalizador sería arriesgadísima.

Jijón y Caamaño hizo estudios científicos en varias tolas y sepulcros en pozo, de la parroquia de Urcuquí, del cantón Ibarra. Las observaciones nada dejan que desear en cuanto a la determinación estratigráfica de los fondos explorados, pero el número de piezas líticas encontradas fue tan limitado que, de un conjunto de 123 hachas y cinceles de procedencia imba-

ya, que había llegado a reunir, el sabio arqueólogo clasificó 101 como de época indeterminada; 6, como pertenecientes a la época de los pozos, y 18 a la de las tolas (1). Juzga Jijón q' los constructores de tolas preferían para sus artefactos las piedras flojas de grano grueso, no así los que se enterraban en pozos, que labraban más comúnmente rocas duras.

La observación que antecede debe ser objeto de una verificación muy puntualizada, pues nuestra experiencia investigadora nos ha enseñado que el artefacto de piedra fina y dura, tanto como el de piedra suave, de grano grueso, aparece indistintamente en los veneros arqueológicos. Caracteres originales, disimilitud, heterogenziead, de un nivel estratigráfico a otro, y de un tipo de cripta a otro, no hemos visto.

Recordemos ahora que en el capítulo contraído al estudio de la cerámica, anotamos de paso la variedad de artefactos de piedra, y la calidad de ésta, provenientes de una tola de Caranqui. Todas las piezas líticas adscritas a esa construcción monumental han sido labradas en mineral muy compacto, y, varias, en piedra hermosa, tanto que lucen centelleantes. De una tola de Calpaquí, sitio vecino a la ciudad de Otavalo, se obtuvieron también preciosos artefactos que yacían en común con piedras y manos de

1) El número total de piezas no es 123 sino 125.

moler de inferior calidad. Entre los finos, señalamos una figurita que representa una llama. Las referencias confirmantes de esta observación sobre la existencia en las tolas, de utensilios de piedra bella, podrían ampliarse.

Síguese de esta constatación la necesidad de llevar las investigaciones a nuevas áreas arqueológicas, de modo que los ojos de los observadores se llenen de los descubrimientos; se los registre luego, con santo y seña, esto es en forma clara, cierta, desprevenida, tomando nota de todos los materiales y objetos encontrados, con especificación estratigráfica, como para establecer si existen o no, en las tolas entre sí, superficies o niveles de contacto, quizás transposición de influencias, o, si las manufacturas propias de las tolas se proyectan o no, penetrativamente, en los pozos, o a la inversa. Recoger y clasificar los objetos, formar seriales, estudiar la técnica conque han sido labrados, determinar - si es que aparecen - inyecciones de artefactos extraños, indagar su procedencia y la época en que fueron conglobados con los auténticos: esto es analizar los testimonios, confrontar los fenómenos, tener cuidado de la verdad. En algunos casos pueden advertirse intercambios parciales y distanciados; en ótros, contactos e interinfluencias estrechos de mucha significación para el mejor conocimiento de la etnia estudiada.

Con esto queda dicho que hay mucho por

averiguar, para esclarecer lo confuso, despejar lo incierto, eliminar las penumbras del pretérito, calcular en siglos y en años la vejez de los depósitos rudimentarios y la antigüedad de los veneros ya evolucionados que la tierra imbaya guarda en su seno.

CLASIFICACION DE LOS OBJETOS

La investigación arqueológica que venimos realizando desde hace más de tres lustros, nos ha permitido, primeramente, organizar la mejor colección de artefactos líticos que actualmente existe en nuestro país- la del Instituto del Hombre Americano, cuya sede es la ciudad de Otavalo-, y luego pasar la vista por millares de piezas neolíticas extraídas del inagotable fondo arqueológico imbabureño.

Desde las formas vacilantes y elementales de expresión plástica a las cuidadosa y artísticamente esculpidas, qué grande es la cantidad de piezas y qué delicado el arte conque estos lejanos e ignorados precursores de los Caspicaras y Pampites, tallando y grabando, expresaron su sensibilidad.

Delante de una gran colección de artefactos de piedra, un observador atento valora de inmediato la clase de trabajo que ejecutó el hombre que aplicaba su ingenio a esta modalidad de la artesanía prehistórica. Hay objetos ligeramente tocados por la mano humana, que hizo un

corte en la piedra, o alisó una superficie, o afiló una arista, o agudizó una punta, o taladró un cuerpo. Otros en que se exaltan los volúmenes con objetiva observación y claros arrimos de arte, del modelo que se reproduce: se trazan superficies planas y curvas; se figuran cuerpos geométricos, esferas, ovoides, cilindros, conos, poliedros, con pulimentación en todas sus caras; se esculpen figuras de animales, de aves, de frutos y frutas regionales; se modela la figura humana. Y no sólo que no faltan sino que son abundantes los temas ornamentales, las tallas que demuestran una simplicidad analítica maravillosa, una gracia y hechizo singulares, un significado artístico evidente.

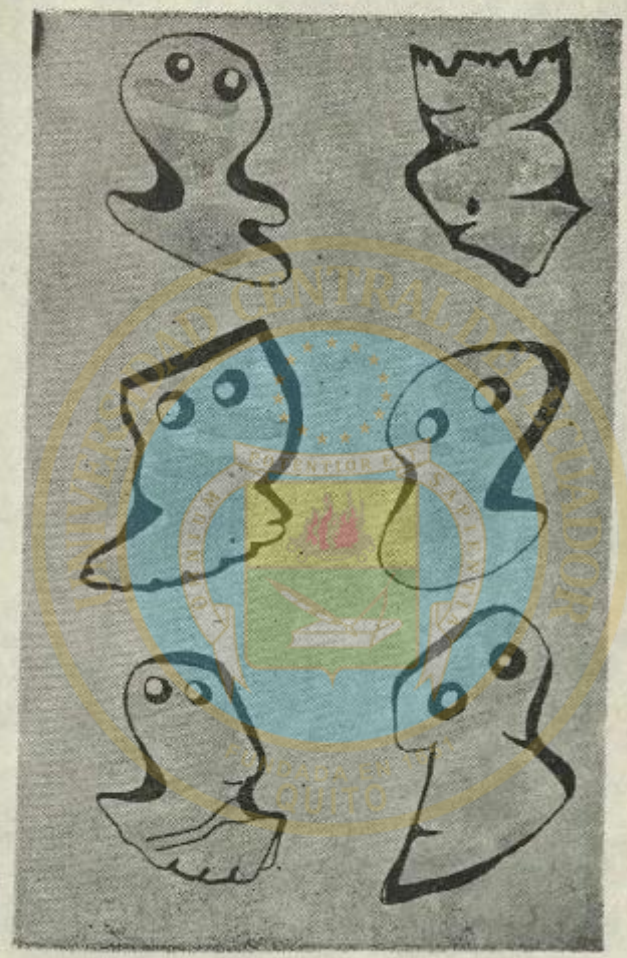
Hemos visto labradas en piedra diademas que constituyen una real lección de belleza, y que debieron de haber lucido en su pecho, como signo de distinción, ora damas de linaje, ora presuntuosos caciques.

Los grandes museos atesoran prendas que testimonian la sensibilidad del escultor del neolítico norandino y del litoral ecuatoriano. Los veneros de Manabí, Esmeraldas, Carchi, Imbabura y Pichincha vienen deparando muchas sorpresas a los investigadores de las culturas que sentaron sus reales entre el mar y las cordilleras de la región antedicha. La evolución de la técnica y el arte conque se trabajó la piedra evocan un capítulo del tiempo en que el hombre,

provisional o definitivamente instalado en esta comarca nos dejara un recuerdo perenne de sus ideas, de su trabajo, de los adelantos logrados en la fabricación de utensilios, armas, adornos para su uso, de la soltura y movimiento alcanzados en la plástica de la piedra.

Antes de afrontar el problema de la clasificación, un criterio honrado nos mueve a reconocer que, con ser la piedra la materia prima que tuvo el mayor número de aplicaciones para satisfacer las necesidades humanas, durante varios milenios, las familias de artefactos, realmente, no son muchas. El obstinado trazo de signos repetidos en utensilios destinados a desempeñar pocos servicios distintos unos de otros lo confirma. En cambio, dentro de cada grupo de prendas, el genio inventor del artista diversificó los rasgos secundarios, muchas veces con tanta destreza que parece haber dejado impreso en el artefacto su magnetismo personal. Así, por ejemplo, entre las prendas labradas para q' sirvieran de adornos femeniles, señalemos los zarcillos.

Como forma dominante de este adminículo del tocado de la mujer se ha modelado el cuerpo de las aves, cuidando de eliminar lo secundario para destacar lo esencial. Con este criterio dióse el artífice trazas para conformar la cabeza, el tórax y, estilizadas, las extremidades inferiores. Las características generales del reper-



ZARCILLOS ESCULPIDOS EN JADEITA


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1826
QUITO



ZARCILLOS ORNITOMORFOS


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1826
QUITO

torio ornitológico son idénticas; mas, entre zarcillo y zarcillo, varía el tratamiento de la cabeza, en la que, las formas no comunes, llevan figurados airosos moños o penachos, picos abiertos, ojos discóideos o representados por puntos. El cuello muéstrase grácil, de finísima elegancia, como de garza real; o lánguido y delicado, como el del cisne, no faltando el cuello corto, representado apenas por una línea que separa la cabeza del tórax. En esta parte del cuerpo, sólo en pocos ejemplares se cuidaron de modelar las alas. Las extremidades inferiores forman un solo cuerpo asimétrico, con predominio de la curvatura oval, en el que se han abierto dos perforaciones que dan el aspecto de ruedas casi unidas, en unos casos al mismo nivel, formando línea recta, y en ótros a desnivel, en línea oblicua.

HACHAS

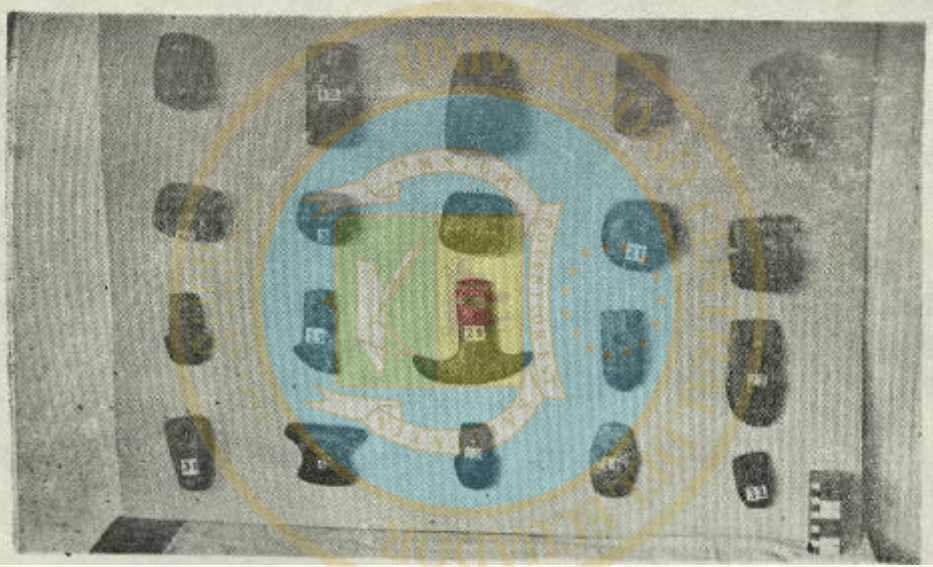
Los imbayas tallaron hachas en mayor número que cualquier otro objeto de piedra. Explicablemente, porque las utilizaban como herramientas, como armas y como insignias.

Los magos y hechiceros emplean actualmente algunas hachas en sus exorcismos. La observación de este hecho estrictamente contemporáneo nos hace presumir que al referido artefacto se le dió una aplición igual en los tiempos antehistóricos. Los aborígenes america-

nos y todos los pueblos primitivos atribuyen a la magia poderes excepcionales, y en cuanto los primeramente nombrados son conservadores de costumbres, como rasgo saliente de su idiosincracia, sin transición alguna ni alteración sustancial han apelado a ese arbitrio dizqué para curarse de enfermedades y conjurar peligros. El mago ha venido manipulando tradicionalmente ciertos utensilios y entre ellos los talismanes de piedra, para dar una supuesta eficacia - lógicamente engañosa - a su labor.

No todas las hachas son semejantes entre sí. Hay hachas grandes, de piedra fina y muy pulimentadas; es rarísimo encontrarlas en las búsquedas que se hacen: éstas, probablemente, las manejaban tan sólo los señores principales de las tribus, es decir, los caciques, curacas, jefes de grupo. Un ejemplar del tipo en referencia se halló junto a un esqueleto que ocupaba una hornacina, al nivel del suelo, en una tola de Caranqui, de cuya excavación dimos noticia en el capítulo de la cerámica. Un vaso ofrendario, de barro, del tipo retrato, habíase colocado delante del cuerpo difunto.

Las hachas grandes, cinceladas en la más dura roca andina, diorita, basalto, con un peso de hasta 4 kilogramos, fueron armas manejadas por guerreros robustos. La contemplación de este artefacto rudimentario, elemental, pero formidable como arma de golpe aplicable en las



FORMAS DEL HACHA IMBABUREÑA


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1681
QUITO



OTRAS FORMAS DEL HACHA LITICA IMBABUREÑA


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

luchas cuerpo a cuerpo, que provienc de las artes e industrias de pueblos antiquísimos, nos pone de presente cómo el culto de la fuerza ha sido preocupación constante del hombre en cualquier nivel de desarrollo en que se halle.

Las hachas insignias, de formas caprichosas, piedra finísima polícroma y acabado del mejor tipo, no son tan abundantes como aquellas que se destinaban indistintamente para que sirviesen de herramientas o como armas.

En nuestra colección tenemos hachitas de varias formas, pulidas no como quiera sino con subidísimo esmero; en las vetas de la piedra juega la luz. Suponemos que se las cincelaba para que tal artefacto sirviera de juguete de los niños. Aún para nosotros, por el contraste que ofrecen junto a las grandes y porque no se cuentan muchas, estas prendas tienen efectivos encantos.

Por lo que dice relación a la forma de las hachas, Rivet y Verneau (1) señalaron algunas variantes, si bien solamente las más comunes, por no haber dispuesto de tiempo suficiente para estas investigaciones; Jijón tuvo oportunidad de ampliar los estudios, en parajes históricos comprendidos en terrenos de su propiedad, en Urcuquí, así como mediante excavaciones realizadas en Yaguarcocha, al norte de Ibarra y en

---

1) Etnografía Antigua del Ecuador.

las cercanías del Quinche, por el extremo sur hasta donde llegaban los constructores de tolas. Jijón y Caamaño elaboró un cuadro que recoge los tipos de hachas que llegara a conocer, involucrando aquellas que fueran estudiadas por los etnólogos franceses ya citados. En esta tabla sinóptica se registran las siguientes formas:

1a.- Simple neolítica, con una variante;
2a.- Con garganta incompleta;
3a.- Con garganta completa;
4a.- Simple perforada;
5a.- Con muesca;
6a.- Con orejas y talón cóncavo;
7a.- Con talón derecho y convexo;
8a.- Con orejas en relieve;
9a.- De corte semicircular, talón derecho, corto y no perforado;
10a.- De corte semicircular, talón corto y perforado;
11a.- De corte semicircular, talón largo.
12a.- De corte semicircular, talón y orejas;
13a.- De ceremonia o amuletos;
14a.- Palas que pueden haber sido usadas como hachas;
15a. Cinceles.

Pasando por alto la similitud o afinidad de las hachas con orejas en relieve y talón acanalado, en las que solamente varía el corte, entre casi recto, ligeramente oblicuo y semicircular, el número de hachas clasificadas, incluyendo las pa-

las y los cinceles, es de 14. Esta cifra de las variedades del hacha de la región imbaya que, en sí misma, ya es alta, casi se triplica en la colectión del Instituto del Hombre Americano, de Otavalo, conforme lo demostramos con el registro siguiente:

SIN PERFORACION:

1).- De grandes muescas, en forma de C, talón plano y corte ligeramente oblicuo;
2).- De garganta completa, talón pequeño, convexo y corte semicircular;
3).- De talón convexo, cuello ligeramente diseñado, cuerpo largo y corte filo a modo de cincel;
4).- De talón convexo, muy pequeño, cuello pronunciado y cuerpo y corte a modo de pala;
5).- De talón recto, con dos prominencias laterales en medio cuerpo, formadas por un doble juego de muescas, y corte amplio, también recto.
6).- De líneas semejantes a la alfanje, con un relieve acordelado a la altura del cuello, sobre tres caras;
7).- Semiovalar, talón recto, provista de orejas diminutas;
8).- De talón convexo, cuerpo curvo con una punta pronunciada en forma de gancho;
9).- Triangular, de talón puntiagudo y corte enérgicamente biselado;

10).- De talón convexo, escotadura alta que forma orejas y corte curvilíneo;

11).- De talón recto, filo ligeramente oblicuo, con muescas muy acentuadas hacia la mitad del cuerpo;

12).- Talón recto, amplios cortes laterales curvos, que se aproximan el uno al otro por la mitad del cuerpo en forma de X, y corte curvilíneo;

13).- De talón oblicuo, flancos disímiles y corte casi recto;

14).- Talón amplio, ligerísimamente cóncavo; paredes laterales simétricas, constituídas por tres movimientos plásticos: oblicuo, recto y nuevamente oblicuo, y corte nítido en forma de media luna. Esta hachita ostenta nobleza eximia, por sus líneas matemáticamente exactas, su forma estética irreprochable, su pulimentación esmeradísima, en piedra negra brillante;

15).- Hacha insignia de cuerpo rectangular, talón breve y recto y corte oblicuo con desarrollo semicircular;

16).- Hacha insignia de talón convexo, cortes laterales oblicuos convergentes al talón y divergentes al filo, y estructura de ancla;

17).- Hacha insignia de talón ligeramente convexo, cuello constituído por dos destajes de estrecha abertura, y corte o filo amplísimo, curvilíneo, ovóideo;

17a).- Hacha insignia de talón convexo, cortes al cuello más amplios que los de la No 17, y filo semicircular. Puede considerarse como una variante de la signada con el No anterior.

CON PERFORACION

18).- Insignia, forma de ancla, muy cerrada en la que las aletas apenas se abren del cuerpo;

19).- Insignia, de talón corto y plano, paredes laterales rectas que comprenden todo el cuerpo; en el frente opuesto a la base un amplio corte curvilíneo, que forma dos puntas pronunciadas;

20).- Insignia, de talón recto y plano, forma trapezoidal, cortes laterales contrapuestos y desconcentrados y filo oblicuo;

21).- De talón amplio, rectangular, muescas acentuadas al nivel de la perforación y corte casi recto;

22).- Insignia, también semejante al ancla, de brazos abiertos;

23).- Insignia, de talón recto, cuerpo trapezoidal con líneas incisas y corte semicircular, que forma aletas; Jijón supone que es más bien un cuchillo.

24)-. De talón ligeramente curvo, una pared recta que comprende todo el cuerpo, y en el frente opuesto se talló la figura de una hoz,

de hoja amplísima;

25).- Hacha – martillo, de talón breve y plano y borde grueso en forma de circunferencia casi perfecta.

Después de la breve descripción tipológica que antecede, de las variedades -probablemente incompletas- del hacha imbaya, queda fuera de toda duda la gran mutabilidad de este artefacto ubicado en la base misma de la civilización aborigen, por este lado de los Andes; en tanto en otras áreas etnológicas parece que los operarios se contrajeron a tallar pocos tipos, sin gustar de su ampliación a nuevas formas, más complicadas o más exornadas; así, por ejemplo, no hay otra etnia aborigen ecuatoriana que haya esculpido cerca de 40 formas de hachas debidamente identificadas.

El Padre Pedro I. Porras G. hizo estudios en los valles del alto Napo, poniendo en juego su capacidad y los recursos disponibles; levantó, clasificó e inventarió los hallazgos arqueológicos, de cuyas características dió razón precisa en su obra intitulada Arqueología e Historia de los valles de Quijos y Misagualli.

Con referencia a las hachas muestra las diversas formas con dibujos esquemáticos (pág 81), en la que cuentan unas 25 tallas distintas. Esta cifra es alta para una sola región etnológica, y, sin embargo, no se aproxima siquiera al número de variedades del hacha imbaya.

Si se repara detenidamente en la forma, la similitud de algunas es manifiesta, tal el caso de las signadas en el libro del Padre Porras con los numerales 10, 11, 12, 13, 14, 15, 17, 19, 20, 22, 23, 24, 25, 26, 29, 30 y 31.

La dispersión de las hachas con orejas en relieve y talón acanalado es amplia en Imbabura; lo mismo con la simple neolítica perforada; estas formas tan comunes en el valle de Quijos son hermanas mellizas de las imbayas. ¿Se podría suponer que en nuestro medio se reúnen y fortifican influencias amazónicas, norteñas, sureñas y del litoral inmediato? La arqueología comparada guarda más de una sorpresa al investigador científico. Por lo demás, Jijón ya anticipó un concepto que va confirmándose con los últimos descubrimientos arqueológicos, respecto de que "la civilización de Imbabura se formó por la superposición de elementos culturales, originarios de otros lugares de América, especialmente de Nicaragua, Costa Rica y Panamá."

Al dilatar la vista al escenario americano los museos no muestran mucha entidad en materia de hachas. En la región de San Agustín, al Sur de Colombia, casi no existe este artefacto; los charrúas del Uruguay, apenas tuvieron 5 o 6 tipos; el gran museo arqueológico de Tiahuanaco, de La Paz, Bolivia, rico en otros especímenes, reúne una colección muy discreta de estos artefactos; el Museo etnográfico de Buenos Aires,

cuyas colecciones totalizan más de 150.000 reliquias solamente arqueológicas, no muestra sino pocos tipos de hachas dentro de la gran masa de material expuesto, y por mucho que éste corresponde a un buen número de culturas básicas de América.

Podríamos ampliar las citas, pero no es del caso, pues hemos hablado por largo sobre el tema. El Instituto del Hombre Americano ha rescatado de una existencia aislada y perdida uno de los signos del arte lítico prehistórico imbabureño. Esto constituye uno de los éxitos de su cometido.

AMULETOS

Dentro del arte menor de la piedra pulimentada, una de las formas en que el gusto decorativo del aborigen imbaya se demuestra aventajado es la de los amuletos. La figura humana en la actitud hierática en que se repliega el hombre cuando ha entrado en contacto con el misterio de la muerte, parece constituír su forma más común.

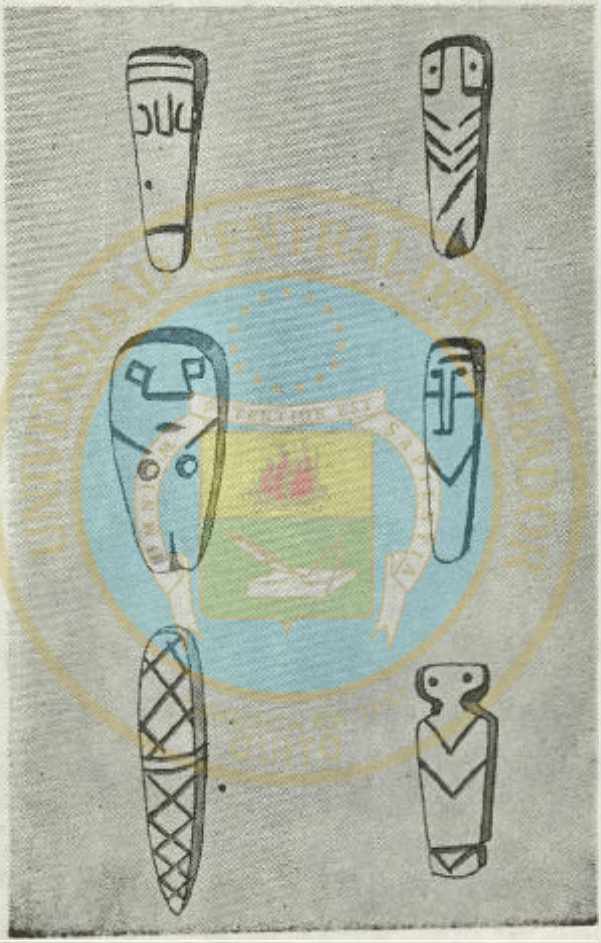
El lenguaje plástico del amuleto demuestra genio escultural, seguridad en la mano, estilización impresionante.

En canteritos o espigas de dos a seis centímetros de longitud y de espesor como de un sigarrillo, de piedra fina, predominantemente de color gris obscuro, aunque también las hay de



AMULETOS DE JADEITA, SERPENTINA Y OTRAS PIEDRAS SEMIPRECIOSAS. REPRESENTAN LA FIGURA HUMANA, ESTILIZADA.


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO



NUEVAS FORMAS DE AMULETOS


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1681
QUITO

color café, plomo, verde claro y verde obscuro, el artista labró la figura del hombre, con escasísimos trazos y contadas líneas. Mientras más acentuada es la simplificación del cuerpo figurado, más hermoso aparece el amuleto, más agil, más fino, más equilibrado, como que el lapidario consigue la expresión anhelada con el menor número de líneas.

La cabeza se demuestra con trazos que conforman la frente, representada por una superficie plana y rectangular, cruzada por una o dos líneas horizontales; los ojos, a modo de cuencas vacías, comúnmente, pero también en relieve, saltados, prominentes; la nariz, configurada por dos líneas paralelas; cuando el artista, afirmando el pulso, ahondó el corte lineal, aparece en relieve; de treinta amuletos que constituyen el material de observación, sólo en cuatro se marcó la boca por una breve rayita.

En el tórax, un juego de líneas que forman ángulo en la parte anterior del pecho, simulan las costillas, habiéndose trazado de uno a tres pares. También sólo en cuatro figurillas se han modelado los brazos, ceñidos al tórax, con las manos juntas a la altura del pecho.

Las extremidades inferiores están marcadas por un corte triangular de la espiga, en cinco amuletos, y en veinticinco restantes, la superficie se muestra llana, de un modo común, aunque también en pocas unidades aparecen de dos a

tres líneas horizontales.

El innato buen gusto del escultor del neolítico imbabureño y su vivacidad imaginativa confirman estas graciosas figuritas, sin defecto alguno de factura que las empañara. Para llevarlas al pecho, suspendidas de un hilo o de una cadenita, el operario taladró el cuello cilíndrica o bicónicamente, de un costado a otro.

IDOLOS

El ídolo aborigen imbaya constituye un punto muerto como expresión artística. No exalta la belleza plástica sino que la anemia, la deprime; no decanta la sensibilidad sino que la embota. Al parecer, los imbayas esculpían sus ídolos sin emoción, con acedia, no como una ofrenda admirativa a las deidades que representan sino como obligado tributo de cumplimiento con ellas.

La uniformidad de los trazos, todos semejantes, casi iguales, sin un chispazo de originalidad o sentido personal del tema, sin un toque alígero que aliviara a la tosca mole de su característica ingravidez, la hierática amovilidad de la actitud, no puede ni debe atribuírse a falta de sensibilidad o de imaginación, sino a cierta lascitud del espíritu que regulaba la ejecución de la obra sin sobrepasar ni la idea ni la forma, es decir, el concepto y la imagen de las divinidades tradicionales.

Hemos visto más de dos docenas de ídolos antropomorfos. La piedra en que están labrados, generalmente ordinaria y porosa, no se ha transmutado en arte. No brinda una visión grata —lo menos que se espera en esta materia—, como ciertamente ocurre al apreciar el mérito de obras de distinta significación. Ni siquiera contiene los relieves más elementales de la figura humana, menos el dictamen de la emoción religiosa en que se funden en un sólo aliento la intimidad cálida de la creencia y la iluminación y el simbolismo propios de la expresión artística.

A juzgar por los característicos trazos embrionarios de estas esculturas, de cuerpo comúnmente cilíndrico, ojos saltones, nariz bocetada, prominente; boca incisa, hundida; brazos flexionados al pecho; manos cuyos dedos abiertos caen bajo el mentón, en actitud suplicatoria; sexo sin recato, deberíamos pensar o puede suponerse que son muy antiguos, pero como se encuentran en todos los tipos de sepulturas, no en templos que, lamentablemente, han desaparecido, y todos los niveles estratigráficos, parece que una vez adoptado el modelo, éste se repetía tradicionalmente.

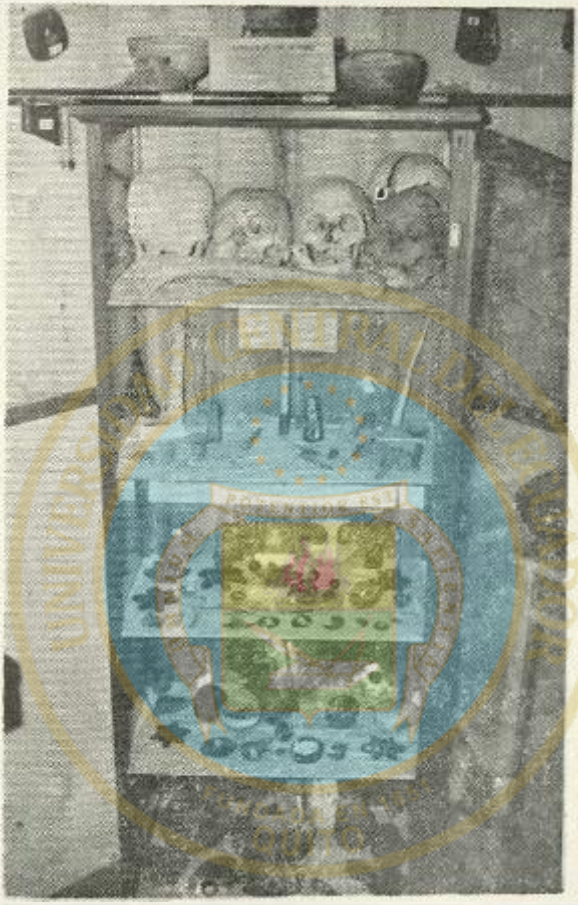
Dado el adelanto de la escultura en el neolítico superior estas efigies contrastan con otras que, sin embargo de no estar dedicadas a la divinidad de representación antropomorfa, son mucho más agraciadas, como el caso de los amule-

tos, con los que se establece una estridente desigualdad.

ROMPECABEZAS ESTRELLADOS

Arma contundente, enmangable, a modo de clava, que se maneja con las dos manos. Es muy frecuente en Imbabura. Generalmente tiene seis puntas alrededor de una perforación central, pero también hay de cuatro, cinco y siete. Los dientes o resaltos no son semejantes en todas las piezas variando de los más puntiagudos a los semirredondos o casi circulares.

Con respecto al origen o procedencia de esta pieza y a la época en que se introdujo en la provincia imbaya, Jijón supone que la trajeron los Incas. No nos ha sido posible confirmar ni negar esta hipótesis, pues en las excavaciones q' hemos realizado, en varios tipos de hornacinas y en distintos lugares, a saber, en Otavalo, Cochicaranqui, Calpaquí, Pinsaquí, Atuntaqui, Caranqui, Pimampiro, Chapí y Selva Alegre, no hemos encontrado el rompecabezas, in situ, para poder hablar, por lo menos de un hallazgo asociado a otros. Sin embargo, es obvio ratificarse en la gran dispersión de esta arma, por haberla encontrado en todas las colecciones, grandes y pequeñas, de artefactos líticos procedentes de la región que estudiamos. La del Instituto tiene más de 60 piezas, de las cuales dos son muy distintas de las demás, por habérselas labrado en piedras



VISTA PARCIAL DEL MUSEO ARQUEOLOGICO

DEL

INSTITUTO DEL HOMBRE AMERICANO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

diferentes de las comunes, café, la una, plomizo claro, la otra; aquella de seis puntas, ésta de cinco, y una y otra con un anillo alrededor de la perforación central, cilíndrica. ¿Estas masas estrelladas serían caciquiles?

Hay también rompecabezas anulares.

CABEZAS DE TIRADERA DE ESTOLICA

También en lo concerniente a este artefacto. Jijón y Caamaño amplió la referencia de los señores Rivet y Verneau que identificaron en esta provincia solamente dos formas de la cabeza de tiradera, la que semeja un pájaro y la que tiene mucho parecido con un yunque. Nuestro ilustre compatriota reconoció tres tipos más, en forma de T, figurillas zoomorfas y modelados de la cabeza humana. Algunas tienen una perforación.

En la colección lítica del Instituto se puede confirmar la existencia de las variedades anotadas por el sapiente investigador señor Jijón.

Un rasgo que merece referencia especial es el cuidado conque se escogió la piedra en que debían de recortarse estas cabezas: el calificativo de semipreciosas les corresponde con justeza. De la horrenda combustión de la materia primigenia que formara los Andes, por obra de la transformación diversificadora que experimenta la naturaleza en todos sus órdenes, cristalizaron millares de piedras y rocas de tonos distintos, las cuales provocan en el hombre que contem-

pla tal maravilla reacciones estéticas de gran intensidad. No son zafiros, ni esmeraldas, ni rubíes, ni ágatas, pero brillan casi tanto como las mentadas piedras preciosas, como que provienen del mismo estuche extraordinario de la madre naturaleza.

La cabeza de tiradera de estólica tiene amplísima difusión en Imbabura. La hemos hallado en varios distritos arqueológicos, distintos unos de otros.

Uno de los corregidores de Otavalo, D. Sancho de Paz Ponce de León, afirma que los indios de su jurisdicción empleaban en sus guerras las estólicas "que son unas tiraderas conque arrojan unas varas". Ya bajo los signos de la conquista, los indios de Otavalo, al parecer, seguían empleando la estólica como arma arrojadiza.

COPAS

Repartida en los alvéolos de las huacas, u olvidada o abandonada en cualquier lugar, inclusive en los basurales, mostrando en todo caso una apreciable irradiación, aparece la copa de piedra, en tres fases bien determinadas de su proceso evolutivo: la inicial, que constituye un cilindro, simple, llano, sellada en la base, de paredes exteriores e interiores lisas; en el borde de la boca se hizo perder el filo, redondeándolo por fricción.

Una vez cortado el bloquecito de piedra en

el que íbase a labrar la copa, se le daba la forma cilíndrica por estregamiento, y luego se procedía a vaciarla, para formar la parte hueca, por doble frotación, a juzgar por las huellas que han quedado, de arriba hacia abajo y circularmente; el espesor de las paredes, generalmente, no es igual en todo su desarrollo.

Este tipo rudimentario recibió ligeras modificaciones en su estructura básica, consistentes en la ampliación o reducción del asiento con respecto a la abertura de la boca, ampliación o también constricción del círculo central del artefacto con referencia a los círculos inferior o de base y superior o de la boca. Estos y otros arrequives pueden ser considerados como manifestaciones de un estado de transición a la segunda etapa, lo que en ningún caso supone que al haberse perfeccionado el tallado de la copa, dejó de fabricarse la de tipo rudimentario, la que, por su factura sencilla, probablemente, se labraba más que ninguna otra, en todo tiempo.

En la segunda fase aparecen grabados incisos en las paredes exteriores del vasito: líneas circulares, paralelas entre sí; verticales, oblicuas, radiadas; decoración incisa, geométrica y artística, en paneles, con motivos diferentes para cada lienzo. Este artefacto, bien decorado y pulimentado, luce mucho, constituyendo una prenda de singular estimación.

La copa con relieves zoomorfos y antropo-

morfos permite apreciar las encantadoras labores artísticas de los aborígenes, cuando ya habían alcanzado un grado de desarrollo compatible con las exigencias decorativas que imponían para su regalo las personas a quienes se destinaban estas prendas. A la vista de tales obras de arte, bien se aprecia la preocupación del operario por lograr una forma hermosa, correspondiente a la nobleza de la inspiración que a tal finalidad conducía.

MAZORCAS DE MAIZ

Generosidad viva y abundante de la naturaleza, el grano de maíz, engarzado en su estuche propio, la mazorca, mereció ser esculpido con subida emoción por los artífices imbayas.

A la finísima percepción del modelo, tan al alcance del lapidario, seguía la réplica del precioso grano, uniendo de modo invariable, a una concepción plástica sobria, un gran estilo. El resultado constituye un símbolo de la fecundidad de la tierra, a la que debía el hombre dones extraordinarios.

Entre las varias piezas que representan con admirable semejanza la mazorca de maíz, del Museo del Instituto del Hombre Americano, una hay, extraída de un sitio contiguo a Puntachil, donde se había erigido el templo del Sol, en Cayambe, que constituye realmente una obra prima, y por su concepción y realización, una prenda

clásica, en su género. Hasta el material no es común, sino singularísimo, por tratarse de una piedra cristalina de color plomo verdoso, en tanto otras están talladas en piedra negra, también brillante, con los granos en relieve, solamente en parte, y en parte esfuminados, y por esto visibles cuando reciben en forma directa la luz solar.

En todo caso, la representación del maíz, formando hileras en la mazorca, realza los valores estéticos del neolítico imbabureño.

MORTEROS

Es otro género del utillaje en piedra que muestra unidades de esmeradísima factura. Tres rasgos distinguen al mortero de esta circunscripción: la calidad de la piedra, invariablemente fina; la simetría que nada deja que desear, por haberse tomado en cada caso medidas exactas, para conformar la media naranja, y la pulimentación que borró todas las aristas, cerró los poros e hizo desaparecer toda protuberancia defectuosa, de modo que las superficies internas y externas tengan un desarrollo fluído.

En cuanto a las aplicaciones, parece que no fueron múltiples, por tratarse de un artefacto con el cual no se da frecuentemente en los sitios de entierro.

ESPEJOS

El hombre primitivo debió de haber segui-

do con inquieta y honda mirada la imagen de su rostro reflejada en el agua tranquila de las fuentes. Una impresión de pasmo, quizá de intimidación, debió de producirle el sorpresivo contacto primero, con su propia faz, medio sumergida en el seno azul de la masa líquida, a la que quizá se habrá asomado, más luego, con alguna frecuencia.

Para tener un utensilio que reflejara su imagen, al alcance de la mano, el imbaya pulimentó las piedras más finas, escogiéndolas entre las q' se diferencian de las otras por su naturaleza cristalizada. Piedras de esta contextura abundan en el Saraurco, elevadísima prominencia de la cordillera Central, al sur del Cayambe.

La superficie de los espejos de piedra se abrillanta aún más, mojándola, arbitrio al cual debían de recurrir -según nos parece-, las personas que utilizaban el espejo, para obtener mayor nitidez del objeto reflejado.

El más hermoso ejemplar de espejo lítico, que conocemos, guarda en su colección el señor N. Benalcázar, en la ciudad de Cayambe. Está biselado y pulimentado por ambas caras, si bien en una de las dos, en el anverso, la superficie brillante, de más o menos un decímetro cuadrado, es mayor que en el reverso.

Este valioso artefacto proviene de un sitio de entierro poco profundo, muy cercano a la población de Cayambe.



Zarcillos, aros, anillos, y botones de brazo alargado de tiradera de estólica, en piedra


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1951
QUITO

ANILLOS

Entre los adornos personales, el uso del anillo lítico no parece que hubiese sido generalizado. Pocos son los aros digitales que hemos conocido en museos y colecciones, a tal punto que los conceptuamos como unas rarezas. Tan cierto es lo que aseveramos que el señor Jijón nada dice con respecto a tal prenda.

De los anillos que figuran en la colección del Instituto, uno fué encontrado por nosotros, en una excavación de tan sólo 0,50 m. de profundidad, de la que obtuvimos también varias piezas de barro, en la finca de San Blas, a 700 m. de distancia al sur del parque central de Otavalo. El hallazgo fué tanto más grato cuanto q' el anillo estuvo engarzado en la falange del dedo anular de la mano izquierda, entre restos óseos femeninos. Presenciaron este descubrimiento dos personas más, el señor Luis Jaramillo y su señora esposa.

En los alrededores de este sitio se han obtenido múltiples revelaciones arqueológicas.

COLLARES

Los collares, adorno del atuendo femenino, corresponden a la operación de egregios artistas. Poseían los tales magistral dominio del dibujo, y el sentido o la técnica o la ciencia de la composición plástica.

Los collares lujosos llevan cuentas caprichosas, en que alternan entre sí graciosas figuras antropo, zoo y ornitomorfas, separadas por canutillos de fina apariencia y esmeradísima ejecución, en piedra limpia y hermosa.

Quien acierta a encontrar un collar de esta naturaleza tiene para su regalo una prenda de lujo, sin igual en el género arqueológico lítico imbabureño, en el que hay tantas cosas soberbias que admirar.

Los que fueron recobrados con la participación del diestro huaquero señor Aparicio Mier, mediante prolijas excavaciones en la zona de las haciendas de la Merced, Pesillo y la Chimba, de la jurisdicción de Cayambe, actualmente, desde la década de 1850 a 1860, y desde tiempos inmemoriales, de Imbabura, son de tan bella factura que refulgen con singular hechizo en las vitrinas de los museos.

MARTILLOS

La Arqueología ayuda a esclarecer el ingente proceso histórico que comporta la evolución del hombre, siguiendo paso a paso, etapa por etapa, las huellas o signos que ha ido dejando de su trabajo, su industria, sus inquietudes, sus descubrimientos, sus adelantos y retrocesos, del denuedo con que transforma sus costumbres, cambia de hábitos, impulsa la civilización, enciende luminarias de cultura.

Dentro de este proceso, la utilización de la piedra en función de martillo, para acrecentar notablemente la fuerza del golpe propinado con la mano, constituye el punto de base, el primero y fundamental, el más rudimentario en el acontecimiento histórico del progreso humano. De allí arrancan los descubrimientos que hará luego, comenzando por el perfeccionamiento de esta misma herramienta, al crear el mango, que alarga el alcance del brazo, y acondicionar en uno de los extremos un cuerpo duro.

«El hombre nació con una piedra en la mano», leemos en una obra que es fiel trasunto de la epopeya de la humanidad (1). El encaje o asentamiento de la piedra en el cuenco de la mano, constituye el primer martillo. Los testimonios son visibles, no figurados o supuestos, mediante sensatas exploraciones arqueológicas y ratificados por el simple sentido común.

El martillo tiene múltiples aplicaciones. Inteligente y activo, el hombre utilizó tal herramienta para hacer muchas cosas. Señalemos compendiosamente las que corresponden a ese nivel, el más bajo del proceso industrial, sin atrevernos a calcular el tiempo que se detiene hasta superarlo: majar terrones, despulpar hojas y tallos, desfibrar cortezas, cascar nueces, rom_

---

1) «Periplo Escandinavo» por Johannes V. Jensen – Premio Nobel de Literatura.

per leños, quebrantar huesos, derribar volúmenes corpulentos. A partir de este descubrimiento, el hombre dilatará inconmensurablemente el ámbito de su dominio intelectual, que es auténtico señorío, sobre las leyes y físicas y el mecanismo del universo.

Los expedientes de nuestro conocimiento sobre el martillo son amplios. La colección lítica del Instituto nos ilustra dilatadamente en cuanto al juego de formas, y las referencias fidedignas sobre el origen de algunas de las piezas, nos permiten conocer varios aspectos de la evolución del artefacto en estudio, en el medio geográfico que cubrieron los imbayas.

Dentro de la sucesión de tipos, el más rudimentario de la colección citada, es una andesita, natural, dura, de forma piramidal y cuadrangular, con notable desgaste en la superficie de golpe por haber sido muy usada como martillo, y en la empuñadura, que se muestra ligeramente cóncava, donde suponemos, se aplicaban los dedos del operario. Un destaje acentuado e intencional se extiende por una de las caras, desde medio cuerpo hasta la base. Este recorte parece hecho con un cincel filo y potente. La piedra descrita es uno de nuestros hallazgos, de los que diéramos referencia en páginas anteriores.

En la extensa serie de la piedra-martillo, q' ha pasado por nuestra vista, en la que se registran desde las formas más elementales a las que

señalan un mayor grado de técnica y elaboración, se puede apreciar una línea ascendente de perfeccionamiento. El rastro evolutivo es indudable; los hilvanes de la serie aparecen bien marcados; las formas nuevas, al comparárselas con las que las precedieron, demuestran la inquietud humana, característica de todo el proceso de desarrollo, para sacudir la rutina, y en las últimas, una larga experiencia, no tanto del individuo mismo en el ejercicio de su profesión, pasando de aprendiz a maestro, cuanto de la clase artesanal que transmitía sus conocimientos de unos lapidarios a otros, sin solución de continuidad.

Al martillo conformado por la naturaleza, y utilizado por el hombre en la etapa primaria, sin o con alguna breve pulsación o retoque, sigue la herramienta de labor, modelada para dicho servicio, según se infiere por haberse cortado una o dos superficies planas, con miras a que el artefacto, al ponerse en movimiento por acción de la mano, dé un golpe lleno.

Las piedras en las que aparece la huella constructiva no han sido tomadas al acaso, sino mediante una selección de aquellas que se acomodan mejor al apretamiento de la mano, habiéndose preferido las de conformación aovada, cilíndrica, cónica, las de cuerpo alargado y las perfectamente redondas. En algunos de estos martillos rústicos, las paredes laterales tienen

depresiones como para que los dedos del operario, encajando en esas cavidades, hallen la sujeción necesaria para que no resbalen o aflojen la herramienta al ejecutar el rudo trabajo.

Algunas variedades muestra la estructura del martillo. Las que en su tipo o forma característica tienen mayor número de ejemplares, son las siguientes:

a)- Martillo-masa, de dos bases planas e iguales y cerco o aro simétrico. Tiene configuración de tambor;

b)- Medio bolillo, de cuerpo cilíndrico, con dos superficies de golpe, amplia la una y pequeña la otra. En ciertos ejemplares varía la curvatura cilíndrica;

c)- Cono recto y truncado; éste lleva dos superficies planas, funcionales;

d)- Cilindro, casi perfecto; en una variante hemos visto una cara plana;

e)- Ovoide, con ranura en medio cuerpo y dos superficies planas, polares, pequeñas. Se diferencia de la boleadora porque ésta no tiene los planos polares de golpe;

f)- Ovoide, con sólo una cara plana, amplia, funcional;

g)- Dos semiesferas, separadas con un corte acentuado, circular;

h) - Cónica, con cabeza y una garganta que le separa del cuerpo. Hay que considerar esta forma como una primera fase de la que,

modernamente, tiene el martillo común;

i)- Hacha - martillo de borde grueso, contundente;

j)- Con este literal señalamos una nueva forma que hemos de ubicarla en más alta esfera, porque se muestra tan evolucionada que, prescindiendo del ojo en el que ensarta el mango, en nada difiere del martillo empleado comúnmente en los tiempos que corren. La ilustración respectiva confirma lo dicho, pero no registra ciertos dibujos de la serpentina que, juntamente con el modelado, configuran la cara de un perro.

Dentro de la parsimonia de nuestra información sobre las características tipológicas de ciertas familias de artefactos líticos levantados del territorio en que asentaron su sede histórica los aborígenes imbayas, la descripción de las hachas y los martillos ha sido más circunstanciada, porque estos artefactos muestran en forma clara su carrera evolutiva, en la que se aprecia la continua aplicación al trabajo de los pacientes y laboriosos operarios del neolítico.

A la vista, para nosotros familiar, de éstas y otras piezas, nos hemos preguntado si experimentó el trabajo en piedra los altibajos que afectan al cerámico, ora siguiendo un proceso ascendente, ora deteniéndose, ora, en fin, testimoniando el estrago que producen de consuno la rutina y el embotamiento de la sensibilidad ar-

tística hasta anular el decoro estético que se aprecia en ciertas fases de su derrotero. ¿Hay en el tratamiento de la piedra un movimiento fluctuante, algo que revelara una vacilación o una declinación en el valor del trabajo? ¿Son o no constantes el impulso creador, la vida y el aliento en el largo recorrido del arte lapidario, cuyo estudio hemos abordado, de mucho tiempo atrás, con toda decisión? Las investigaciones que adelantamos nos permitirán obtener un mejor conocimiento de estos particulares, por obra de la determinación precisa, especificación y confrontación de los hallazgos alcanzados y de los que obtendremos luego, en distintas áreas y a diferentes niveles estratigráficos.

CINCELES

Herramienta de uso constante y casi única en el taller del lapidario, obviamente es la más común en toda colección de artefactos neolíticos. Aunque hay de formas alargadas, con filo impresionante, las más numerosas se identifican con las hachas simples de la primera y segunda forma, aquella de talón más estrecho que el corte, y, ésta de talón tan ancho o más ancho que el filo. En piedras muy duras, diabasa, andesita, asperón, algunas inclusive ferruginosas, se tallaron los cinceles que habían de cortar los cantos y las rocas. Lo propio tenemos que decir, en cuanto a la materia prima, con respecto a los marti-

los, placas y taladros con que se asociaban o alternaba la aplicación de los cinceles en el trabajo.

ALISADORES DE CERAMICA

Estas herramientas, por ser muy sencillas, carentes de una configuración específica, muchas veces pasan inadvertidas de los mismos estudiosos de la arqueología. No así para el ojo avisor, que repara en ellas de inmediato, al constatar la existencia de superficies planas, cortadas y pulimentadas por la mano humana, en piedras naturales, algunas finísimas que, aparentemente, guardan intacta su conformación.

En cualquier hallazgo arqueológico significativo, entre ceramios, tejidos, hogares y restos de cocina, huesos de animales sacrificados por el hombre, artefactos de metal y de piedra mismo, para otros usos, aparecen los alisadores de cerámica, en apreciable cantidad, pues debieron de haber sido herramientas muy manipuladas por los constructores de vasijas de barro, en cuyo acabado, parra borrar las huellas digitales, cerrar poros, corregir imperfecciones de forma, abrillantar las paredes, tal artefacto desempeñaría una función esencial.

Los construídos en piedras fulgentes, probablemente, fueron utilizados para el abrillantamiento de artefactos de hueso, metal y otras especies.

BASES Y MANOS DE MOLER

En el neolítico cultivó el hombre la campiña imbabureña, progresivamente, hasta convertirla en un emporio de sana y, más o menos, equilibrada producción agrícola.

Consubstanciado con la naturaleza una vez que las raíces del regnícola prendieron en los fundamentos de la arcilla imbabureña, aquel advirtió, ya con mayor lucidez, que ésta es el vaso sagrado de la germinación. La experiencia le enseñó, además, que el agua ponía su nota en los campos, como signo de vida e indefectible garantía de su eterna juventud.

Entre la producción, no muy variada, que se levantara airosamente del mantillo terrestre, el maíz, de rubia mazorca y granos suculentos, parecía brotar más lozano que las otras especies; y por eso, suponemos, le consagró la más constante dedicación y la más esmerada labor.

Para sacar la harina del grano de maíz, labró la piedra de moler y cortó y pulimentó la respectiva mano.

La provincia etnológica imbaya rebosa de metates y manos. Hemos encontrado millares de fragmentos en todos los niveles de las tolas y en todos los depósitos arqueológicos, entre restos de carbón, caracoles o churos, huesos de animales domésticos y salvajes, y mantillos de ceniza.

Esta observación nos permite suponer que se comenzó a usar el metate desde hace miles de años, e ininterumpidamente se ha venido manteniendo dicho uso, entre los aborígenes, hasta nuestros días.

Para llegar a tener conocimiento de la materia que tratamos, aparte de las investigaciones propias, efectuadas en el terreno, hemos contado con los magistrales estudios sobre los aborígenes prehistóricos de Imbabura, realizados por Jacinto Jijón y Caamaño, de 1.909 a 1.911, y por este mismo sabio en colaboración con el eximio historiador don Carlos Manuel Larrea, en 1.916.

Luego de los levantamientos estratigráficos, los eruditos arqueólogos procedieron a la clasificación tipológica, entre otros artefactos, de las bases y manos de moler, que es la siguiente, consignada en «Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la Provincia de Imbabura en la República del Ecuador», publicada por Jijón y Caamaño, con interpretación personal, en 1.919.

BASES

1a forma: Placa de piedra, más o menos delgada, ligeramente cóncava en una de sus caras;

2a » : Placa que se distingue por tener un borde delgado bastante pronunciado;

3a » : Canto algo grueso al que se ha dado

la forma de cono truncado, en cuya base se ha formado una superficie cóncava;

4a forma Globular;

5a » Discóidea, con una pequeña depresión en el centro, y

6a » Como una compotera.

MANOS DE MOLER

1a forma: De paralelepípido (trabajaba como percutor);

2a » Larga y maciza, más ancha al medio q' en las extremidades; no es un bolillo cilíndrico sino de corte elíptico para aplicarla por percusión y fricción;

3a » Relativamente delgada, con una cara plana y la otra formada por dos planos que se cortan en ángulo obtuso o convexo. Operaba por percusión y fricción;

4a » Semejante al huso, con corte sensiblemente circular, de roca dura y grano fino.

Son, pues, seis las formas de las bases, y cuatro las de las manos de piedra de moler, obtenidas por los referidos investigadores, casi todas ellas de la tola del Aguacate, de la hacienda «San José» de Urcuquí.

Además de las estructuras antedichas en la colección del Instituto tenemos los siguientes:

7a De plato y platón, que difieren de la de disco por tener, exactamente, en tamaño pequeño y grande, la forma del utensilio en referencia;

8a De cazuela, con canales y altorrelieves en la pared lateral circular;

9a Rectangulares, con reborde u orla en todo el perímetro, y

10a Foliácea, a modo de hoja arriscada.

Algunos metates han sido labrados de mayor a menor, formando series o juegos en que se cuida de la proporcionalidad.

Morteros pequeños con manos muy graciosas que se acoplan con ellos, parece que los utilizaban para moler ají, sal y otros condimentos, como también hojas aromáticas.

También en las manos de metates se registran otras formas que, siguiendo los ordinales, las clasificamos así:

5a Elíptica, alargada, con una cara plana y otra convexa;

6a También elíptica y alargada, con dos caras convexas, que dan al centro mayor espesor que a los extremos;

7a De la forma antedicha, con cortes de superficies planas en los dos extremos, y

8a Torneada o redondeada por las múltiples vueltas que debió de habérsela dado con destreza en la mano del operario, modelándola de tal modo que un extremo es más

grueso que el otro. Semeja un mazo o tarugo.

La mano de moler no luce elementos ornamentales. Bien pudo haberse elaborado este artefacto con más gusto estético, pero los lapidarios se limitaron a cortar las piedras, picarlas o redondearlas, según el caso, esto sí con su característica destreza, con tal soltura que ni en ellas languidece el oficio o se vuelve monótono.

Toda la provincia etnológica imbaya está sembrada de fragmentos de metates y de las manos correspondientes; en la hacienda de Cochicaranqui, a 12 kms. al S de la ciudad de Ibarra, hoy mismo se encuentran, a flor de tierra, centenares de tales fragmentos, que han sido removidos por el arado del sitio superficial en donde los depositara el hombre prehistórico. Practicando excavaciones, los hallazgos son mucho más copiosos.

La enorme cantidad de piezas rotas, entre las que comparecen unas pocas íntegras, nos permite suponer que la fractura la hacían intencionalmente, quizá cumpliendo una función ritual.

CLASIFICACION DE LOS OBJETOS

Procedamos a clasificar los objetos líticos, con arreglo al uso que de ellos se hacía en los menesteres de la vida.

Para trabajar el hombre requiere herramien-

tas; para atender a sus necesidades, enseres, utensilios; para defenderse de sus enemigos, armas; para cultivar el arte, instrumentos; para recrearse, artefactos ingeniosos, juguetes; para embellecerse, adornos; para relievar la autoridad, fuerza y símbolos. Y para invocar a los dioses y atraer beneficios, labró ídolos, esculpió ciertas imágenes; mas también, para precaverse de males, alejar a las brujas, súcubos, fantasmas y otras alucinaciones; para ponerse a cubierto de la idea misma de la muerte y del demonismo que aprieta más duro al ser humano mientras más bajo es el nivel de su cultura, con rendida devoción talló amuletos y talismanes.

Por lo que llevamos dicho, el imbaya acuñó dos géneros de artefactos: los tipos y especies fundamentales, destinados a cubrir necesidades caseras y pragmáticas de la vida, y los que corresponden al despliegue de la fantasía y al mundo de los sueños.

En cada una de estas series se aprecia una escala que va de las formas inferiores, y por esto, rudimentarias, a las superiores. Naturalmente, entre aquéllas y éstas debe de haber una sucesión temporal histórica, aún no determinada, una línea evolutiva que, arrancando de las vacilaciones y dificultades inherentes a toda iniciación, llega con el tiempo a formas avanzadas de expresión artística.

La lucha por la existencia y la inclinación

innata del hombre al progreso, le llevaron a superar estados inferiores, bárbaros, y avanzar en muchos aspectos, coherentemente, a etapas evolucionadas. El ser humano no se contenta tan sólo con remedar o imitar, actitud enjuta que no se compadece con su espontáneo impulso a modificar y crear, rompiendo modalidades al uso y ofreciendo así un valioso aporte que acrecienta, día a día, en todos los órdenes, la complejidad de la civilización.

En los respectivos casilleros, ateniéndonos a la función desempeñada, agrupamos las manualidades de piedra. La vital unidad de uso hermana unas a otras y las diferencia de las que se construyeron para darles distinta aplicación.

Algunas observaciones hemos hecho ya sobre la revolución o variantes de las formas, dentro de cada tipo, por cuya razón no insistimos en esto. Los estudiosos, los investigadores podrán ampliar estos cuadros articulando a cada uno de ellos otros artefactos ya descubiertos, de los que nosotros no tenemos noticia, o que se descubran en nuevas exploraciones.

HERRAMIENTAS.- Raspadores, cuchillos, cascadores, trituradores, cinceles, torteros, palas, buriles; alisadores, acanaladores y acordonadores de cerámica, serruchos, escoplos, taladros, punzones, raederas, pulidoras, hachas, crisoles, palustres, etc.

UTENSILIOS.- Metates y manos de metates,

morteros, platos, cazuelas, pocillos o tazas, cucharas, copas, vasitos, agujas, pebeteros, espejos, pesas, piedrecillas de numeración, etc.

ARMAS.- Porras anulares y estrelladas, hachas cortantes y contundentes; ganchos de tiradera o estólica, puntas de flecha y de lanza, picas, escudos, cervatanas, boleadoras.

INSTRUMENTOS MUSICALES.- Silbatos, flautas, placas sonajeras, pingullos, rondadores.

JUGUETES.- Bolas, hachitas, aros, discos.

ADORNOS PERSONALES.- Prendedores, cuentas de collar: tubulares, esféricas, fitomorfas, zoomorfas y antropomorfas, brazaletes, anillos, zarcillos, diademas, medallones, sellos, bastones de mando, etc.

OBJETOS DE CULTO.- Idolos, amuletos, figuras mitológicas, figulinas que representan los dioses manes, estelas funerarias, objetos votivos.

Este arsenal o tesoro cultural del neolítico imbaya sirvió de medio para la satisfacción de cierto orden de necesidades humanas, a nivel de un grado de civilización aún incipiente. Cada una de las piezas que componen las series de herramientas y utensilios, fueron labradas para brindar comodidad a la vida diaria; las que servían de adornos, para el disfrute personal del que las llevaba; y así las demás, de serie a serie, y también dentro de cada familia, estaban destinadas a usos diferentes. A todos los artefactos concedió el hombre un sentido propio, a todos

los registró con un valor específico, por cuanto su ejecución y aplicación obedecían a una interna necesidad lógica de crear valores de uso o símbolos adecuados a su propio desenvolvimiento.

ROCAS Y PIEDRAS UTILIZADAS

La materia prima en esta zona es abundantísima. En siglos innumerables, de las entrañas o núcleos de las cordilleras, conmovidas y desgarradas por el volcanismo, las corrientes fluviales que se originan en las alturas han denudado las rocas y han arrastrado a los valles, desperdigándolas, grandes cantidades de piedra. En muchas partes, los flancos de las prominencias y aún la superficie de las mesetas aparecen cortados por lechos de quebradas secas que cubren kilómetros de extensión, repletos de este material.

En la misma composición geológica de los terrenos en declive, y de los valles y hondonadas, se distinguen vetas rocosas e hiladas de cantos sueltos, de fácil disgregación, que afloran como consecuencia de los deslaves producidos por las lluvias.

Si se recogiera y clasificara este abundante material, cuidadosamente, con arreglo a pautas científicas, se formaría un museo petrográfico asombroso.

Las colecciones de artefactos líticos arqueo-

lógicos son, a la vez, petrográficas; así la del Instituto del Hombre Americano recoge una ínfima parte de la fabulosa riqueza de rocas y piedras que, en suntuoso acoplamiento, guardan los Andes en su seno.

... Los geólogos han localizado y reconocido las materias minerales no metálicas que afloran en la superficie de la tierra y una buena parte de las que guarda el subsuelo. Entre otros elementos de la naturaleza, el hombre advirtió, desde luengos años, que la piedra, por su composición y estructura, le era sumamente útil, habiendo fabricado de dicho material, con los arbitrios de su industria incipiente, una gran cantidad de objetos que empleara en la vida doméstica, civil, religiosa, militar y artística.»

Por lo que a la provincia de Imbabura se refiere, los estudios de Teodoro Wolf y Walter Sauer, y las colecciones reunidas por Teodoro Whymper y estudiadas por Bonney, indican que las cordilleras que enmarcan el territorio de la provincia y la esquina nororiental de la provincia de Pichincha, en sus diversos afloramientos muestran un mundo petrográfico riquísimo en especies, como se menciona, siguiendo a Sauer, (1) sintéticamente, a continuación: en la región del Chota, pizarras cristalinas; en la cordillera de Angochagua, andesita pyroxénica «como roca

1) Walter Sauer - Geología del Ecuador.

constituyente típica»; en el Imbabura y en los volcanes parásitos Cubilche y Cunro, andesitas pyroxénicas en transición a andesitas anfibólicas; en el Cusín, Mojanda y cerros de la Escalera, exactamente las mismas rocas del Imbabura y, además, dacita anfibólica; en los páramos de Piñán, lutitas pizarrosas, diabasa y porfirita; en el volcán Cotacachi, andesitas pyroxénicas y, en menor cantidad, andesitas y dacitas anfibólicas de color gris, a veces también rojizo; en los declives hacia el poniente de los páramos de Muenala, pizarras arcillosas y, parcialmente, silíceas, de color amarillento, andesitas, diabasa y diorita cuarcífera; en la zona de Intag, pizarras obscuras, lutitas, piedras calizas, diabasa-porfirita; en el Cayambe, hacia el frente opuesto, cuarcita y pizarra otrelítica negra; en el Saraurco, donde parece que comparecieran todas las rocas cristalinas, por constituír realmente un emporio de ellas, anfibolitas esquistosas, gneis albítico, y una gran variedad de esquistas cristalinas. El Saraurco es un batolito, afirma un geólogo.

En la sección de Geografía comparada del célebre Museo de Etnografía de Leipzig (Alemania) se guarda un millar de muestras de rocas que constituyen las colecciones volcanológicas del norte del Ecuador, recogidas entre los años 1.870 y 1.874, por los geólogos alemanes W. Reiss y A. Stübel. Estas muestras petrográ-

ficas de los estratos volcánicos del Antisana, Saraurco y Cayambe fueron sometidas a investigación y analizadas en los laboratorios de Berlín. Aunque el número de rótulos de la colección andina es apreciable, de ninguna manera agota toda la urdimbre de dichas formaciones.

Teniendo el imbaya a la mano esta fantástica variedad de recursos petrográficas, lógicamente tomó las piedras más hermosas, o las más duras, o las más suaves, según el caso, para labrar sus artefactos con sentido utilitario y estético. De basalto, roca negra, compacta y dura, hizo preferentemente herramientas de corte de golpe y trituración, y armas; igual destinación dió a la andesita, roca volcánica muy común en los Andes, de donde le viene el nombre, de color gris o negro, comúnmente compacta, aunque hay también variedades porosas; la diabasa, roca igualmente volcánica de grano grueso o mediano, y de tono verde obscuro, cristalina, tuvo aplicación en multitud de artefactos; por las particularidades de su estructura compacta y pesada, de la anfibolita, roca pizarrosa de color verdinegro, y de sus variedades la diorita y la sienita, fabricó cinceles, taladros, martillos y otros instrumentos aplicables a piedras duras, así como masas estrelladas, hachas y boleadoras de distinto uso; de la porfirita, cuya textura es semejante a la diorita, a cuya familia pertenece, labró, asímismo, los más variados utensilios, y particular-

mente del pórfido granítico y del pedernal, objetos que debían ser sometidos a golpes fuertes; de la fonolita, placas sonajeras; de la roca metamórfica denominada gneis, caracterizada por su color gris, en que alternan capas claras con capas obscuras, la colección del Instituto exhibe muchísimos botones de estólica, copas, boleadoras, hachas y masas estrelladas.

Otras piedras empleadas en el arte al que concierne el presente estudio son la dacita, variedad de la andesita; la serpentina, el jade, (1) la jadeita. Humboldt constató que hay formaciones de estas rocas en el esquisto micáceo que es abundante en los Andes. Además, la alta cumbre de esta cordillera, asevera el sabio, «está por dondequiera cubierta de formaciones porfiríticas, de basaltos, de fonolitas y de rocas verdes".

Gargantillas de lapislázuli se han encontrado, entre otros artefactos, pero se ignora si la materia prima proviene de las canteras comarcanas. Lo propio aseveramos en cuanto al ágata

---

1) Los Mayas alcanzaron en la talla del jade destreza incomparable. Una placa de esta piedra que muestra a un gobernante lujosamente vestido y adornado con todos los símbolos de su autoridad, llevando a un costado de la lámina complicadas decoraciones en altorrelieve, constituye, probablemente, la pieza más bella que se conozca, de cuantas labró en jade el mismo pueblo. La joya antedicha exhibe en sus colecciones el Museo Británico de Londres.

de tan bellas coloraciones. Y menos todavía respecto de la turquesa. Por cierto que los canutillos de gargantillas no se labraban únicamente en piedras semipreciosas y brillantes, de grano igual y apretado, sino también en piedras de textura floja, a través de las cuales pasa el agua.

TECNICA EMPLEADA EN LA TALLA Y PULIMENTACION

El secreto de la trasmutabilidad de una roca en un objeto cualquiera constituye la técnica del lapidario. En las obras pequeñas, quizá humildes, que labrara el imbaya, dejó su huella imperecedera. Ese rastro es el hilo inmaterial, la onda espiritual que nosotros admiramos, casi sin parar mientes en el procedimiento técnico o modalidad de ejecución empleada para tallar y pulir la obra útil o la obra bella.

En un principio, la talla no debió de haber sido otra cosa que un impulso primario, sin gestación pensante, en la soledad del retiro en que vivía el hombre; más tarde, una operación calculada, dirigida por la mente, y luego gobernada por el gusto estético que eleva la operación plástica a niveles dignos de la mayor admiración, por el mismo hecho de provenir de artífices que conformaban comunidades humanas de bajo nivel cultural, tan incipiente que apenas habían salido del estado de selva al de alguna organización civil.

Reparemos, ligeramente siquiera, en el acabado de estos objetos. El corte es, de un modo general, neto, limpio. En los utensilios que tienen caras paralelas, la simetría poco o nada deja que desear; en las hachas se nota la diferencia de anverso y reverso cualquiera sea su clase, por cuanto la superficie principal es convexa mientras en la opuesta la curvatura es más suave, y en algunos casos no existe, mostrándose en su lugar una superficie plana.

Los lapidarios no conocían el compás pero se ingeniaban la forma de tomar medidas precisas, y la operación de la mano, armada de una herramienta primitiva, no defraudaba en cuanto a la exactitud de las proporciones.

A la vista de piedras semiesféricas, durísimas, que muestran un corte tajante y seguro, como si se lo hubiera dado con un cuchillo de poderosa incisión, hemos pensado que quizá se rompieron esas piedras aplicándolas cuñas, en una línea de circunferencia próxima y equidistante de la línea ecuatorial, para separar una fracción menor y luego pulimentar la superficie plana. Si se aplica una regla a esta superficie se constata la coincidencia de todos sus puntos.

Para extraer un bloque de roca de la cantera, más o menos simétrico, se aplicaban poderosos cinceles de piedra a las hendiduras naturales, golpeándolos con pesados martillos del mismo material, hasta abrir canales. Logrado es-

te primer objetivo, parece que aplicaban a lo largo de la garganta cuerdas de fibras vegetales, que halaban de los extremos, alternadamente, dos operarios, ayudando al restregamiento con agua y arena. Los mayas conocían este sistema combinado de cincel y cuerda para cortar las rocas, entre otras, las de jade, de que tallaron sus maravillosas estelas; quizá este procedimiento como tantos otros recursos de trabajo, se propagó ampliamente en la América prehistórica, por las activas migraciones e intercomunicaciones de los pueblos.

Las herramientas más comúnmente utilizadas para trabajar guijarros, eran de obsidiana, roca vítrea volcánica de gran dureza. Cuchillos, punzones y taladros de este material abundan por todas partes, mostrando sus aristas y puntas agudas que operaron sobre piedras suaves y duras, para lograr formas y bellísimas irisaciones, cuyos cálidos destellos, aún hoy, a cientos y miles de años de la operación, deleitan nuestros ojos con sus sorprendentes tonalidades.

Las piedras taladradas enseñan de modo casi único la perforación bicónica que supone el empleo del barreno, primero por un lado, hasta llegar a medio cuerpo y luego por el otro. En rarísimos ejemplares la perforación es cilíndrica, y en más raros, lleva una estela contigua. En una hacha hemos reparado una perforación en forma de tuerca con las estrías respectivas.

Al perforar es evidente que el operario cuidaba de no desviar la dirección de la punta giratoria, lo que es posible solamente cuando concurren un pulso firme y una atención concentrada.

En cuanto a las dimensiones de la perforación se advierte que ésta, en muchísimos casos, no guarda relación con la pieza respectiva. Un gran número de pendientes, zarcillos, cuentas, diademas, hachas de tamaño pequeño, llevan taladros grandes; en cambio, objetos de proporciones grandes muestran canales pequeños. En cuanto a las hachas, aplicadas como armas o herramientas, al parecer, la traza del enmangamiento determinaba las dimensiones del orificio por el que debían pasar, una y otra y muchas veces, las cuerdas sujetantes.

La pulimentación tiene una finalidad ornamental y supone un trabajo esmeradísimo, de suma paciencia, ejecutado con arena y aplicado, generalmente, al artefacto íntegro, con la mira de eliminar corpúsculos superfluos y de borrar o siquiera disimular las fallas producidas al golpe del escoplo. Una vez pulida la prenda, como para que luciese monda, dábanle, como recurso último, una enérgica frotación con piedras abrillantadoras, de fina textura y probada dureza. Por lo común, la piedra es sensible al estímulo de la frotación. Rocas o pedruzcos opacos en su estado natural parece que recibieran una adición

cualitativa de colores, por efecto del frotamiento repetido, trajinoso, de una piedra semipreciosa. Esta misma operación aplicada a piedras de mejor calidad les abrillanta tanto que la masa mineral da la impresión de llevar en su tejido un copioso número de hilos de luz trenzados sutilmente.

Las páginas precedentes demuestran, poco más o menos, cuanto tenemos averiguado sobre el neolítico imbaya.

Hemos detenido nuestra consideración en la órbita visible de la piedra, desplegada ante nosotros, ya al descubrir un venero arqueológico, ya al ofrecérsenos formando cuadros ordenados en la clasificación de los museos, ya, también, a través de los estudios que han realizado notables científicos ecuatorianos y extranjeros.

Por la insuficiencia de las investigaciones hasta el momento realizadas, suponemos que debe de quedar todavía mucho por descubrirse; quizás millares de millares de objetos pemanecen incógnitos en el sinnúmero de depósitos culturales que atestiguan la remota existencia de caudalosos núcleos de población aborigen en estos lares. Entre esos artefactos ¿no habrá algunos de formas desconocidas?

Para regalo del estudioso de esta rama de la ciencia, la provincia de Imbabura cuenta con una muchedumbre de cámaras funerarias y de tolas, aparte de otros tipos de construcción y mo-

numentos que nos llevan a concluír aseverando que en materia de exhumaciones arqueológicas nos hallamos ni a mitad del camino.

Esta misma insuficiencia de estudios, en una materia que de momento suele dar grandes sorpresas (1) no ha permitido que el artefacto de piedra contribuya a marcar o determinar los períodos y etapas arqueológicos. El objeto lítico, desde el que constituye una evidente expresión de arte primitivo hasta el que señala formas avanzadas de concepción y ejecución, se halla tan revuelto con prendas de distinto valor cultural, de barro, hueso, oro, cobre, concha, que confunde al observador. No se advierte este embrollo solamente entre artefactos de diferentes materiales, sino también entre los labrados en la misma materia prima, por comparecer brindando al estupefacto observador asociaciones tan disímiles como una delicada figulina y un tosco trebejo sin gracia ni arte ninguno.

Por tal motivo vuélvese necesario ampliar las investigaciones no sólo del artefacto de piedra sino de todos los elementos que comparecen en los fondos sobre los que discurre la arqueología.

---

1) Los últimos hallazgos de Manta, de cerca de un millar de ídolos de barro, de generosas proporciones, cromatizados, para citar un solo caso.

UTILLAJE DE HUESO

Huesos estallados a golpe de pedernal utilizó el hombre entre sus primeras herramientas. Algunas de estas reliquias de las primitivas civilizaciones, por haber sido colocadas en lugares secos y, por lo mismo, resguardadas de los efectos de la humedad, han podido conservarse intactas, cual si hubiesen querido comparecer entre el parvo utillaje del hombre prehistórico, que descombra la piqueta del investigador.

Agujas, punzones, raspadores apropiados para destruír tejidos fibrosos vegetales, cuchillos afilados y de agudísima punta, alizadores de cerámica, espátulas para vaciar materias suaves y para mezclar elementos utilizables en la industria incipiente, cucharas de varios tamaños; objetos de adorno personal, como ser: sortijas, aros, cuentas, zarcillos, diademas; instrumentos musicales, como el pingullo y la flauta,

canutillos en los que se soplaba para avivar el fuego, he aquí los rudimentarios utensilios cincelados en hueso que se ofrecen a la vista de quienes visitan los museos imbayas, como testimonio de las primeras culturas que tomaron asiento en esta región.

Idénticos artefactos muestran los museos del exterior, de México a la Argentina, provenientes de las naciones aborígenes que poblaron vastas zonas del continente americano, por la meseta del Anahuac, la región de los Andes, de las selvas amazónicas, de las pampas, de la Tierra del Fuego, etc. Esto demuestra que las herramientas y adornos de hueso, arriba mencionados, fueron usuales en casi toda el área del continente.

Algunas joyas de hueso muestran decoraciones circulares pirograbadas.

Cuando el hombre, dueño ya de mejores técnicas, de mayor número de materiales y de nuevos recursos artísticos, quiso poner énfasis en el aspecto decorativo, así propasara al utilitario, labró en este matarial, con gran delicadeza, obras de pequeña escultura, realista e imaginativa, algunas de las cuales cobran extraordinario realce cuando llevan incrustaciones de oro.

Un cuchillo de hueso que muestra dichas incrustaciones en el mango, se encontró en un fondo arqueológico valiosísimo de la hacienda Izacata, de la parroquia de Cangahua, en las úl-

timas estribaciones que dan al poniente de la cordillera Central, al S del Cayambe. El cuchillo de esta referencia ha sido cincelado con finura y tiene 0,30 m. de longitud, inclusive el mango, en el que el artífice excavó un canal y vertió en él, hasta rellenarlo, oro fundido. Esta hermosa prenda formaba parte del ajuar de un sepulcro abierto en el flanco de una prominencia natural llamada "Oroloma", denominación que se le diera, precisamente, por la apreciable cantidad de objetos arqueológicos de oro allí encontrada.

* * *

Gracias a los estudios en colaboración de Jijón y Caamaño y Larrea se conoce a cabalidad el contenido de la tola del Aguacate (hacienda San José, parroquia de Urcuquí, cantón Ibarra). Entre los objetos allí encontrados hubo varios de hueso, que tenemos el cuidado de señalar a continuación: un tupo de forma de paletilla o espátula, que termina en una punta larga y aguda, usado quizá como cuchara o como prendedor; cuatro lesnas, una de las cuales se labró en un hueso de ave de grandes dimensiones, buitre o cóndor; otra, en el húmero de una llama, animal muy común en Imbabura, en la época de los constructores de tolas; una espátula larga cincelada en un hueso de ciervo, que quizá se empleaba como palillo de instrumento de per-

cusión. El hueso que se utilizó para hacer este objeto fué cortado a la altura de las apófisis y partido longitudinalmente por el canal medular; en uno de los extremos lleva una perforación por donde puede pasar una cuerdita sujetante. En la misma tola encontráronse también los siguientes objetos: un instrumento que parece un cincel por haberse sacado filo en un extremo del hueso; por el extremo opuesto termina en una fractura; una flauta, en hueso de llama, que tiene tres perforaciones, dos a un lado y una en el lado opuesto, junto a la embocadura; en la misma tola, tan eximios investigadores hallaron dos flautas más de estructura igual a la ya descrita.

Es interesante la referencia que nos da Jijón con respecto a las flautas elaboradas en hueso y descubiertas, entre otras obras de arte indígena, hasta el año de 1919 en que se publicara su estudio magistral intitulado «Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura». El notable arqueólogo afirma que hasta entonces habíanse encontrado en el Ecuador sólo ocho ejemplares de este instrumento musical, de los cuales uno era de procedencia desconocida, y los siete, de Imbabura; de éstos, cuatro corresponden a descubrimientos en tolas, y tres, a hallazgos en sepulcros en pozo.

El número de flautas de hueso, intactas, ex-

traídas casi todas ellas por el señor Jijón, tanto de tolas como de sepulcros en pozo, es apreciable, en cuanto, en la primera etapa, de 1.909 a 1.911, representa el esfuerzo de un solo investigador, y en la segunda, que corresponde al último trimestre de 1.916, con la colaboración del eminente científico y erudito historiador Sr. Carlos Manuel Larrea.

En nuestras visitas a museos y colecciones de piezas arqueológicas hemos encontrado muy pocas flautas de hueso, provenientes del acervo imbabureño. En el museo del Instituto del Hombre Americano, de Otavalo, hay dos instrumentos musicales de aliento: una flauta pequeña de 0,095 m. de longitud y cuatro perforaciones, tres circulares, equidistantes en un espacio de 0,04 m., y una cuadrada y más abierta, situada junto al borde superior del tubo o cañón; el otro, una dulzaina mucho más grande, pues tiene 0,23 m. de longitud y siete agujeros; seis redondos, de 0,007 m. de diámetro, equidistantes entre ellos, y abiertos en la mitad inferior del artefacto, y uno rectangular de 0,011 m. de largo y 0,004 m. de ancho, en el extremo superior; en el frente de la dulzaina hay dos incisiones en forma de cruz y seis semejantes al signo de multiplicación; en el dorso no se ha grabado absolutamente nada.

La flauta proviene de una excavación de 0,60m para construir cimientos de una casa, en los alrededores de González Suárez, parroquia

rural de Otavalo, y la dulzaina de una tola – vivienda de Atuntaqui. Una y otra han sido labradas en huesos humanos.

En la fantástica colección de instrumentos musicales que constituye el Museo Etno – Organográfico «Pedro Pablo Traversari» de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, llama la atención del observador la gran cantidad de flautas de hueso -treinta y ocho en total- y de estructura tan variada en cuanto al número de agujeros que, mientras uno de dichos instrumentos muestra un solo horado, otros tienen hasta siete, y, en cuanto a la disposición, la irregularidad es muy manifiesta.

Por falta de tarjetas indicativas del origen o lugar de procedencia de tales instrumentos, no pudimos informarnos si corresponden o no, algunas, a focos culturales prehistóricos de Imbabura.

El Museo Etnográfico de la Universidad Central de Quito guarda una flauta pequeña de 0,12 m. y de tres agujeros, procedente de Urcuquí, cantón Ibarra.

En el territorio de la provincia de Imbabura, ocupado en el último período preincásico por los caras, son mucho más numerosos los hallazgos de los demás instrumentos musicales de soplo, si bien no han sido manufacturados en hueso: el caracol o churo, de barro, imitación del caracol marino, llamado también kipa, especie de trompeta; el pingullo, de madera seme-

jante a la dulzaina; la bocina, tubo recto o encorvado, de madera, que produce un sonido áspero, ronco, y según la modulación, también ululante; el silbato de barro, en forma de figuras escultóricas en miniatura, de orugas, felinos, aves estáticas y en vuelo, y otras representaciones realistas. El caracol marino aparece también con alguna frecuencia, en veneros correspondientes a todos los horizontes arqueológicos de la provincia objeto del presente estudio.

* * *

Entre el modestísimo capital cultural que llegaron a adquirir los habitantes de la provincia de Imbabura, ya por su propia invención o descubrimiento, ya por haberlo recibido de los pueblos con los cuales mantenían intercomunicación, señalamos la cuchara, como utensilio cuyo uso fuera conocido de muy antiguo, aunque parece no se generalizó en los dominios de su etnia. Cucharas de hueso y otras labradas en asta de venado, de diseños varios aquéllas, y éstas de estructura primaria, elementalísima, se hallan en algunos fondos arqueológicos. Los veneros más provistos de estos artefactos están ubicados al pie del Cayambe, en la altiplanicie correspondiente a las haciendas de Pesillo, La Chimba, Moyurco, San Pablourcu. Esta región es riquísima, en el aprecio del arqueólogo; de ella se han obtenido cuantiosos tesoros labrados

hace cientos y aún miles de años, por canteros, ceramistas, orfebres, tejedores, cuya actividad pacientísima alternaba con la que, por su parte, entregaban para el sostenimiento de la comunidad los cultivadores de la tierra y los domesticadores de animales.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1827
QUITO



Idolos masticadores de coca y varios artefactos de oro, de la colección arqueológica del señor Humberto Román. Estas valiosas prendas han sido extraídas de veneros encontrados en la parroquia de Pimampiro.


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

METALISTERIA Y ORFEBRERIA

Más rica es la variedad de objetos trabajados en metales, oro, plata, platino, cobre, tumbaga.

COBRE. – Los artefactos cupríferos son relativamente abundantes en esta provincia. Relativamente tan sólo, pues no se podría equiparar por el volumen con la producción cuprífera cañari, región arqueológica en la que se han encontrado grandes depósitos de objetos de cobre, como ser hachas, porras, lancetones, zarcillos, orejeras, tincullpas, máscaras, tupos, cascabeles, etc.

Para apreciar el volumen de los hallazgos verificados en el área en que sienta sus reales la montaña que da el nombre a la provincia, damos a continuación algunas referencias concretas. La tola situada al oriente de la población de Andrade Marín, dentro del límite urbano, y

que ha sido explorada solamente en parte, por haber interesado uno de sus flancos, el que mira al sur, el ramal de la carretera que se desprende de la troncal de Otavalo a Ibarra, para conectar a las poblaciones de Andrade Marín y Atuntaqui, con ésta, ha sido uno de los más ricos depósitos hasta el momento descubiertos, de artefactos de cobre, precolombinos. De allí se ha extraído una apreciable cantidad de sonajas, argollas, cinceles, tincullpas, vasos, copas, etc. que en mínima parte quedan aún en esta provincia mientras las mejores piezas y en mayor número que las que obran en nuestras colecciones, han salido al exterior.

De la extinguida tola que estuvo situada en el ángulo norte de la población de Caranqui, junto a la plaza «Rafael Troya», donde actualmente se levanta el monumento a Atahualpa, en terrenos de los herederos del señor Amador Dávila, obtuviéronse algunas prendas de cobre, una parte de las cuales conserva la colección del Instituto.

Objetos de cobre aparecen indistintamente, también, en los sepulcros cilíndricos en pozo y en los que llevan cuevas u ornacinas laterales, así como en los pozos abiertos bajo el nivel de la superficie sobre la que se erigen algunas tolas.

En uno de los plieges del Mojanda, junto al caserío de la hacienda de Alchipichí- según

referencia de Jijón y Caamaño – se descubrió un sepulcro repleto de objetos de cobre, a saber, hachas perforadas, hachas ceremoniales, tincullpas llanas y con cabeza en relieve, cinceles, cascabeles y palas. Este arsenal de artefactos metálicos constituye, desde el punto de vista arqueológico, uno de los hallazgos más afortunados de cuantos se han hecho en esta provincia etnográfica.

Nuevas referencias que daremos adelante confirmarán el asiduo tratamiento de los metales en el área imbabureña. En cuanto al cobre, Jijón señala el conocimiento de este metal por sus aborígenes desde tiempos remotos, en razón de haber hallado en sus exploraciones diferentes objetos de uso en todos los tipos de sepulturas por él conocidos; sin embargo, el sabio arqueólogo conjetura que los imbayas no lo habían trabajado, debido a la falta de minas en la zona que habitaban, inclinándose a creer que los nativos de la región Caranqui, obtenían las manufacturas por intercambio comercial, con tribus indígenas que poblaban la costa central y sur del Ecuador.

En el Perú y Bolivia se conoció el cobre en estado nativo y se le encontraron aplicaciones antes que en ningún otro lugar de América. Del mismo foco metalúrgico andino procede el bronce, cuando la industria había avanzado.

Sin embargo, la fina observación de Rivet

sitúa al Ecuador en la zona de influencia centroamericana, en cuanto a la técnica que muestran los utensilios de cobre hallados en el país, por ser diferente de aquella que proviene del «lugar donde nació y se desarrolló la civilización incásica».

De ser aproximado el cálculo de 500 años d. C. para determinar la época en que se empezó a usar el cobre en la meseta peruano - boliviana, quizá por los siglos VI, VII u VIII de nuestra era, las tribus indianas del Ecuador ya debían de haberse familiarizado con el conocimiento de las masas y porras de combate, hachas, cinceles, cuchillos, tupos, agujas, zarcillos, brazaletes, y otras armas, herramientas, utensilios y adornos de los metales de esta referencia. La certeza de los cálculos antedichos nos llevaría a establecer la antigüedad de los sepulcros en pozo, de las tolas con cámaras funerarias excavadas en el suelo y de los tolas comunes, en que se encuentran objetos de cobre.

Cuando el hombre americano, ya en un cierto grado de evolución, llegó a poseer la técnica que le permitía tratar los metales para ponerlos a su servicio, buscó ávidamente el oro, la plata, el cobre, el platino, el plomo, el zinc, el estaño. Advino, entonces, en América, como había ocurrido también en el Viejo Mundo, e independientemente de éste, la edad de los metales. El reemplazo de los utensilios de piedra, por

los de metal parece haber sido muy lento, tanto que, ni por los años próximos a la conquista española dejaron de producir instrumentos, herramientas y otros valores de uso, las artesanías prehistóricas, a cargo de obreros especializados. Más aún, por muchísimo tiempo, ceramistas y lapidarios eran los únicos creadores de formas nuevas, en tanto que los broncistas se cuidaban solamente de producir copias.

Por la época en que la metalurgia llegara a su apogeo, sus productos dejaron de satisfacer únicamente las necesidades caseras para complacer las exigencias de las clases dominantes. El trabajo de los metales nobles alcanzó entonces una alta categoría estética, señalándose, aún ahora, a la admiración de las personas que se dan el regalo de contemplar la delicada ejecución, el primor de aquellas manufacturas.

La arqueología prehistórica no puede silenciar su juicio admirativo ante el advenimiento de esta ola de arte, que pulió la mano del orífice indio como para que produjera obras maestras, de maravillosa finura y variedad.

Los adelantos técnicos obtenidos en el arte de trabajar el oro alcanzaron al cobre, que comenzó a tratarse por el período inmediatamente anterior a la conquista española, por los métodos de fundición, martillado, batido, forja, aleación, soldadura, a la cera perdida, etc. Las herramientas empleadas en la nueva industria

eran crisoles de barro refractario, punzones, cinceles, buriles, canales de estiramiento, etc.

Dos aleaciones se le conocen al cobre, mejor que otras, con aplicación a la industria, entre los aborígenes de Imbabura; con el oro, formando el guanín o tumbaga, y el cobre dorado, para trabajos ornamentales de delicadísima ejecución, y con el estaño, formando el bronce, para la fabricación de armas y herramientas de trabajo. En el Perú, los chimúes daban al oro variadas tonalidades, desde el rojizo obtenido mediante la aleación con el cobre hasta el amarillento blanquecino que resulta de la mezcla del oro con la plata. En Imbabura se han encontrado muchos objetos de cobre dorado. De habérselos conservado en un solo museo habría constituído una colección espléndida, de gran valor científico, artístico y material.

Al parecer los aborígenes imbayas llegaron a utilizar monedas. Los metales facilitaban las transacciones comerciales. Los tejos que se empleaban para el objeto son láminas descoidales, de oro, plata o cobre, que aparecen comúnmente en el ajuar de los sepulcros en tolas. Por su poco peso y valor relativamente alto, el pueblo que construyó las tolas, por la época inmediatamente anterior a la conquista incásica, parece que conoció la moneda y la empleó como valor de cambio.

En Pimampiro, muy cerca del caserío de

Pinandro, hay un túnel grande que se llama Cullquijaca. Cullqui, en quechua, significa plata, moneda, dinero; jaga, adjetivo también quechua, se traduce por luminoso, brillante, espléndido. (1). El cambio de la g, original, por la c, bien puede obedecer a la ley de la eufonía; sin embargo, huelga señalar que los indígenas de esta circunscripción emplean la palabra jaca, sustantivo con significación de pozo, túnel, quebrada. En todo caso, cullquijaca debe traducirse como lugar en el que existe plata, moneda.

Los frecuentes hallazgos de objetos arqueológicos de cobre puro y de cobre en aleación con zinc y oro ratifican nuestra apreciación no sólo sobre el uso generalizado de tales artefactos en la zona, sino del trabajo a que sometían la materia prima – que bien podía ser traída de minas distantes – obreros especializados en la fundición y demás conocimientos y técnicas de esta industria.

De una excavación hecha en la plaza del pueblo de Selva Alegre, Polibio Erazo obtuvo 6 patenas grandes, 8 aros, 2 diademas y varios fragmentos de cobre dorado.

Explorando una pequeña tola situada en el pueblo de San Roque, del cantón Antonio Ante, el párroco del lugar Presbítero Luis Placencia

---

1) Diccionario Quichua-Español – Español – Quichua, por Luis Cordero.

encontró dos patenas de cobre, que actualmente se hallan formando parte de la colección de Monseñor Silvio Luis Haro.

El ilustre sacerdote ibarreño Monseñor Elías Liborio Madera animó la búsqueda de objetos arqueológicos en la primera mitad de este siglo, y recogió centenares de prendas con las que formó una magnífica colección. Este tesoro, muy aminorado, pasó a ser propiedad del Colegio Seminario «San Diego» de Ibarra. Entre los objetos que guardan sus estantes los de cobre son pocos: una máscara bien labrada, con ojos ciegos, en altorrelieve, igual que 6 piezas dentales en la mandíbula superior; 7 patenas de las cuales 4 son grandes y 3 medianas, 1 tupo, 2 argollas y varios fragmentos laminados. Algunas patenas tienen como adorno varias circunferencias de puntos en relieve. Por haberse perdido el inventario, nada se conoce respecto al origen de las piezas.

En la colección del Instituto hay 8 porras puntiagudas y estrelladas, 4 hachas de las cuales 2 son ceremoniales y 2 comunes, 1 cincel ancho, labrado; 1 taladro, 56 cascabeles, 2 argollas, un tupo ornitomorfo con dos estrellitas superpuestas, 5 tupos comunes, 1 tupo antropomorfo, 2 narigueras, 3 plaquetas ganchudas, 2 plaquetitas rectangulares y perforadas, un aro, 1 crisol pequeño de forma de peonza, forrado por una capa de barro refractario, una másca-

ra, también ciega, de forma redonda, con un diámetro de 0,20 m., en la que se han figurado en relieve los ojos, uno de ellos, el derecho, con la respectiva ceja; la nariz y 8 piezas dentales; sobre la frente, en la parte que corresponde a la cabeza, lleva adherida una tela de color café oscuro para simular el pelo. Esta es una cáscara ceremonial, con las que se tocaban los indígenas llevándola en la parte posterior de la cabeza.

Hay, también, varios fragmentos de utensilios y herramientas. De esta dotación solamente una de las hachas comunes proviene de la provincia cañari.

En el Museo Antropológico de Otavalo y en la colección arqueológica del Colegio «Otavalo» hay unas pocas piezas de cobre, concretamente cuatro, dos narigueras y dos argollas; estas últimas provienen de una tola de la Hda. Pinsaquí.

El Sr. César Vázquez Fuller ha empleado cuarenta años en el enriquecimiento de los valores culturales de Otavalo, ciudad que por su esfuerzo perseverante cuenta con un gran Museo constituído por las siguientes secciones: Arqueológica, Geológico – Mineralógica, de Arte Colonial, Numismática, Filatélica, Indigenista y Pinacoteca.

Las piezas de metal exhibidas en la Sección Arqueológica del indicado Museo se detallan a

continuación: 4 cascabeles de cobre, 2 cascabeles de plata, 1 cascabel de oro, 2 alfileres de cobre, 1 alfiler de oro, varias cuentas de collar de cobre, 3 aretes de cobre, 1 arete de plata, 3 nariceras de cobre, 1 naricera de plata, 1 naricera de oro, 1 pinza depiladora de plata, 2 espejos de pirita de hierro, 2 espejos de cobre enchapados de oro (fragmentados), 4 patenas de oro, 1 rompecabezas de cobre, 2 rompecabezas de bronce, 1 rompecabezas de bronce enchapado de oro, 2 hachas de bronce, 1 boleadora de cobre, 2 pulseras de cobre, fracturadas. Otras piezas se hallan embaladas y de ellas no se dacuenta por no haberse revisado el catálogo respectivo.

En la ciudad de Cayambe hay dos colecciones de objetos de arte prehistórico; una de ellas ha formado el Colegio del lugar y otra un aficionado; en ambas hay varias piezas de cobre simple, de cobre dorado y de bronce.

Las referencias dan tan sólo una vaga imagen de la copia de artefactos cupríferos hallados en los fondos arqueológicos que enfoca este estudio.

Del acervo total sólo una parte muy pequeña debe de corresponder al período incásico, mientras el fondo mismo es auténticamente imbabureño.

Max Uhle señala con referencia a todo el país el empleo o uso de instrumentos de cobre.

«Se los encuentra -dice- en forma de hachas de diferentes formas y tipos de ornamentos de varias clases, patenas, cascabeles, como instrumentos y armas, etc., frecuentemente dorados. Pero parece que su uso en el país, como en otras partes, no principió antes del siglo cuarto». Si esta apreciación se hubiese hecho solamente para Imbabura, le correspondería con justeza.

ORO.- El metal noble, hecho artefacto paramental, aparece con frecuencia en los fondos arqueológicos. Ya González Suárez señaló este hecho, y más tarde Max Uhle afirmó que los hallazgos de oro, en el Norte son muy comunes. Jijón no participa de este criterio, y aunque admite la fabricación de adornos personales, como ser: bezotes, orejeras, tincullpas y ornamentos frontales, afirma, en cambio, que el oro «parece era bastante escaso y es relativamente raro, el encontrar objetos de este metal en Imbabura». En otro capítulo de su valiosa obra «Los aborígenes de la provincia de Imbabura» asevera que los moradores comarcanos durante el segundo y el tercer período prehistórico «se suspendían del pecho, placas de oro o de cobre dorado.....»

Nuestras investigaciones nos enseñan lo siguiente:

1º- La existencia de minas y lavaderos de oro en el suelo de la provincia y en las zonas inmediatas, y.

2º- El asiduo hallazgo de prendas auríferas

en varios tipos de sepulturas aborígenes.

Documentos coloniales referentes a la explotación aurífera en el propio territorio y en las vecindades de la región imbaya nos dan la certeza de que el precioso metal discurría abundantemente en manos de los aborígenes, que lo extraían de placeres ubicados al oriente de Cayambe, hacia el Aguarico, y de Pimampiro, en la cuenca del Cofanes; al Norte del río Chota, en la zona de zona de San Isidro, y de los lavaderos del sistema fluvial del Santiago hasta donde avanzaban los caranquis, otavalos y cayambis, por la vía de Malbucho.

El Corregidor de Otavalo D. Sancho de Paz Ponce de León, en documento de 1.582, dice: «Hay en el distrito de mi Corregimiento algunas quebradas que tienen oro, y porque yo le he mandado sacar antes que fuera Corregidor, lo declaro ansí y es oro que se puede seguir y labrar».

El Padre Velasco, que recorrió detenidamente el territorio imbabureño, a mediados del siglo XVIII, asevera que las provincias del norte son riquísimas en minas de oro, casi tanto como las de Popayán, si bien mucho menos que las de Zitará, Nóvita, Chocó, Raposo y Barbacoas, en la actual República de Colombia. La Provincia de Ibarra - dice el referido historiador- obtenía el rey de los metales de la llamada Cordillera del Oro, donde nace el río Aguarico, afluente del

Napo.

En carta del Oidor Dr. D. Juan Barrio Sepúlveda dirigida al Rey de España, y fechada en Quito el 3 de Marzo de 1.598 se le informaba que la zona de Lita, correspondiente al corregimiento de Otavalo, «es tierra rica donde hay minas de oro, huacas y otras riquezas». (1)

De los malabas, selvícolas que habitaban en las márgenes del río Mira, el comisionado del Oidor Barrio Sepúlveda, Hernán González de Saá, por enero de 1.599, asentaba que dichos bárbaros «andan vestidos y traen oro labrado en gargantillas, brazaletes, narigueras y orejeras, lo que da señal de la riqueza que ellos tienen y que poseen minas muy finas». (2)

Al promediar el siglo XVIII, los marinos españoles D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, escribieron la «Relación Histórica del Viaje hecho a las Colonias de la América Meridional», de orden de S. Majetad el Rey de España. En dicha memoria, bajo el numeral 1031, se asienta textualmente lo que sigue: «Passando a examinar los Partidos de Otavalo, y Villa de San Miguel de Ibarra se encuentran a la primera vista los territorios pertenecientes al pueblo de Cayam-

---

1) El Convento de la Merced de Quito de 1.534-1.617 - Padre Fr. Joel L. Monrroy.

2) Los Religiosos de la Merced en la Costa del Antiguo Reino de Quito – Tomo I – Fr. Joel L. Monrroy.

be entre las Faldas y Cordilleras del Cerro Cayamburo, las memorias y antiguas noticias de haber allí unos Minerales de mucha riqueza, que tuvieron labores en tiempo de la Gentilidad, y se sacaban de ellos mucha copia de Metal.....» Los ilustres viajeros pasan luego a dar referencias de otras minas y lavaderos de oro en áreas territoriales vecinas a las que ocupan los aborígenes de Imbabura.

En 1.602, el Rey de España pedía a la Audiencia de Quito, indagara las causas por las cuales habían empobrecido los indios de Otavalo, desde que se les obligara a pagar sus tributos en plata, pues mientras pechaban en moneda de oro, las recaudaciones eran normales.

En tiempos de la gentilidad el templo del Sol de Caranqui lucía no solamente la imagen del astro – rey figurada en un disco macizo de oro del que se desprendían en torno lancetas del precioso metal, a modo de rayos luminosos, sino que sus paredes interiores, estaban revestidas de placas de plata bruñida. Los vasos para el servicio religioso eran también de oro y plata.

El Cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo nos refiere que el conquistador Sebastián de Benalcázar, en su primera expedición llegó a Caranqui y desolló las paredes del templo que las encontró revestidas de láminas de plata.

El templo de Caranqui era no sólo uno de los de primer orden del Reino de Quito sino de los más ricos, pues según el Padre Velasco sólo el de Tomebamba fué más famoso, y entre los de segunda categoría, el mismo historiador pone en primer puesto al de Cayambe, cuya imagen del Sol era de oro, y de plata «todas las planchas de puertas y paredes».

De la riqueza de Caranqui da también elocuente testimonio el primer cronista de Indias Cieza de León.

González Suárez califica de famosos y ricos a los monumentos dedicados al culto del Sol en Quito, Cayambe, Caranqui y el Quinche, de los cuales sólo el primeramente nombrado queda fuera de la comprensión imbaya.

Cuando Benalcázar llegó al Quinche su primer cuidado fué desmantelar el templo, alzándose con toda la plata labrada que conformaba los entapizados de las paredes, los cántaros y los vasos ceremoniales.

Otavalo tuvo un templo dedicado al culto del Sol, en el lago de San Pablo. ¿Sería rico este templo? Nada dicen al respecto los Cronistas de Indias, pero dada la importancia de tal santuario dedicado a la máxima divinidad de los aborígenes, y del lugar mismo donde estuvo erigido, cortos andaríamos al no suponer que debió haber sido tan suntuoso y rico como los otros.

El sabio historiador González Suárez esti-

ma que «el lago de San Pablo pudo ser un lugar sagrado para los aborígenes de Imbabura, un sitio de enterramiento para los régulos de la tribu». El templo erigido en un lugar tan bello, junto a un lago fulgente, engastado como joya preciosa en el bronce de las montañas, y escogido por reunir estas características como el lugar donde se enterraban los señores de la comarca, debía de ser si no un monumento fundamental de la amplia provincia, por lo menos tan bien dotado en riqueza y decoraciones como los demás.

Otro templo hubo en Pimampiro, en el sitio denominado Chimabí, a 3 kms. al oriente del actual. Todavía se conservan las ruinas de ese monumento: las paredes están en pie y tienen 100 m. de largo por 4 y 5 m. de alto y 2 m. de espesor. La mayor parte de la fábrica ha sido labrada de cangahua y el resto con barro aplicado a mano, formando paredes. Una sola puerta, abierta hacia el lado oriental, daba acceso al templo, a juzgar por el vano nítidamente recortado, de forma rectangular.

Como la Arqueología es una ciencia en la que cuando no se contemplan directamente las cosas, hay que intuir, suponemos que el templo de Pimampiro, situado en el lugar más inmediato a las minas de oro de la Cordillera Central, en un pueblo de febril actividad comercial en el preincario y que, andando el tiempo, llegó a

ser la primera parroquia del Obispado de Quito debió haber tenido riquezas como para que los dioses fueran propicios.

Al margen de la copia de objetos de oro y plata de los templos, los indígenas principales tenían en sus casas ídolos de menores proporciones si bien de los mismos materiales, considerados como dioses lares. Varias de estas efigies fueron recogidas afanosamente por los españoles, tanto como las demás prendas valiosas que estuvieron a su alcance, en los días de la conquista y en los primeros años de la vida colonial. Algo que escapó a la codicia conque los conquistadores pillaban los tesoros de los aborígenes, debía de haberse enterrado por éstos, en actitud defensiva, conservacionista. Esas piezas salvadas de la voraz recolección por despojo en que emprendieron los foráneos, comparecen de vez en cuando, alternando con los descubrimientos de entierros precolombinos, en mérito de la busca de los huaqueros, ya que casi no se han registrado ni se registran exploraciones rigurosamente científicas.

Los sepulcros propiamente prehistóricos que guardan objetos de oro generalmente son muy hondos. Los de la hacienda Pinandro, de Pimampiro, explorados por el señor Aparicio Mier, variaban entre 8 y 13 metros medidos desde el nivel del suelo. En Caranqui se sacaron huesos humanos y ciertas prendas culturales de un po-

zo de 50 metros de profundidad.

Descubrimientos de prendas elaboradas con el metal precioso en la hacienda San Nicolás, hoy Pinandro, cuando era de propiedad del señor Víctor Elías Borja, acrecentaron la riqueza arqueológica de Imbabura. Los objetos encontrados, según la referencia que nos diera el señor Mier, son los que puntualizamos: una máscara, una corona, dos sombreros, varias totumas, veinticinco prendedores, sesenta patenas, cuarenta cintas, ochenta anillos, cuatro medialunas, collares, narigueras, pulseras, recipientes, cinturones repujados con figuras simbólicas, un precioso ídolo sentado en un bloque del mismo metal, a modo de trono, y provisto de un rondador en actitud de ejecución del instrumento; un buen número de cuentas, pectorales, diademas, hojas ornamentales y algo más que no pudo precisar el informante.

La simple referencia deslumbra como un cuento oriental nuestra imaginación. Este hallazgo constituye, hasta el momento, por el número y calidad de las joyas, así como por su valor arqueológico, el más sustancial y clasicista de los que corresponden a la orfebrería india ocultada en pozos abismales. (1)

---

1) La referencia del Sr. Mier fue confirmada por el señor Víctor Elías Borja, a quien le interrogamos sobre la veracidad de este hallazgo. Sin embargo, parece

El señor Humberto Román ha reunido alrededor de unas 400 piezas arqueológicas de la zona de Pimampiro donde tiene sus propiedades agrícolas. El trabajo de exploración lo ha hecho en Santa Rosa, Mataquí, Chugá, Yunquilla, San Miguel, Sigsipamba, Cebadal, Chimabí, donde hay vestigios de casas de fábrica circular, que formaban poblaciones, de zanjas de piedra, acueductos, un templo, cercados a modo de Coliseo y huellas y testimonios de diversas artesanías.

Algunas joyas de oro enriquecen la colección del señor Román: son patenas, aretes y pectorales; todos finamente labrados, y éstos con relieves en que se han figurado caras de pumas, como una muestra más del genio artístico de los aborígenes imbayas.

Al lado opuesto de la provincia, en la zona selvática que riegan el Llurimagua y sus afluentes, en la plaza de la población de Selva Alegre

---

que no toda la colección fué de oro, sino, en parte, de cobre dorado. Doña Lola Gangotena de Ponce Enríquez vio un buen número de estas piezas y advirtió que de algunas de ellas se desprendía en forma notoria una película de oro, con la que los artífices habían recubierto las esculturas de cobre para darles una apariencia más hermosa. En el museo arqueológico de la Sra. de Ponce Enríquez se conserva un valioso collar de cuentas de oro, comprado al Sr. Borja, de la colección descubierta en Pinandro.

hizo una excavación con mucha suerte el señor Polibio Erazo, habiendo obtenido de un pozo de 12 m. de profundidad, 16 patenas de oro y una preciosa diadema del mismo metal, de quilataje más alto. Nosotros le explicamos al señor Erazo que el oro no aparece en rasurados de superficie sino a buena profundidad, cuando se buscan entierros hechos en pozos, y por el estímulo moral que le brindáramos para que no abandonara a medio excavar la exploración, recibimos como obsequio una parte del hallazgo consistente en collares de cuentas calcáreas, de varios metros de longitud, en que se entremezclaban sonajas y argollas de cobre y conchas de mar.

El pozo descubierto había tenido varias hornacinas en el fondo.

Muestras luminosas de orfebrería india se obtuvieron de modo casual en la hacienda de Izacata, cuando este inmueble pertenecía en propiedad a la señora Adela de Zapata. La referida hacienda se halla ubicada en la parroquia de Cangahua, al oriente de la población de Cayambe, en una meseta lindante con el valle por donde corre el río Pisque, afluente del Guayllabamba.

El afortunado hallazgo consistió en una urna de filigrana de oro, que contenía en su interior un puño de cetro, una corona y una banda del mismo metal, demostrativos de un refinamiento artístico superior al nivel cultural que

quizá por desconocimiento o subestimación- se atribuye a los imbayas y, en general, a los aborígenes del Ecuador antehistórico.

El encontrón fue sorpresivo, por haberse producido consólo remover con un instrumento agrícola la capa superficial arable del terreno. Al hacer una exploración detenida pero empírica en el mismo sitio, no se tomó ningún cuidado para recoger los artefactos asociados, por considerárselos de escaso o ningún valor. Ni siquiera una datación aproximada del tiempo a que correspondió este depósito ha podido establecerse, si bien por la técnica y la gracia con que se labró este metal hay que atribuir el trabajo a un período avanzado de la civilización precolombina.

Al trabajar los terraplenes del ferrocarril Quito – San Lorenzo, en la sección de Agualongo, en el tramo que da al cantón Antonio Ante, se hallaron diademas de hermoso diseño plástico, dijes, cuentas de collares, patenas, un pequeño cetro, tupos calados y varios otros artefactos que demuestran un extraordinario vuelo de la fantasía de los operarios.

Estas prendas se vendieron en Otavalo, Ibarra y Quito.

Objetos de oro provenientes de la misma área y de territorios contiguos hacia el norte guarda en su poder el señor Miguel Angel de la Fuente. Nosotros constatamos en su pequeña co-

lección arqueológica la existencia de una pulsera, cuatro patenas de tamaño y labrado igual de dos en dos; un ídolo adorador, con las manos juntas, de 0,10 m. de largo, grabado en una lámina de oro de 25 quilates que se enrolla formando un cilindro perfecto, sin que haya habido necesidad de soldar la costura. Del lado frontal, hacia el pie, muestra unas franjas en relieve, y en el reverso, un corte de forma rombóidea y seis pares de perforaciones equidistantes.

El Sr. de la Fuente tiene también dos pectorales de tumbaga, dos idolitos de cobre dorado, una jícara del mismo material, dos barritas a modo de paletillas, fragmentos de tupos y una hermosa máscara ornamental de 0,12 m. de diámetro, de cobre rojizo.

En lo que podría considerarse como el núcleo geográfico de la Hoya de Ibarra, por donde delimitan el cantón de este nombre y el de Antonio Ante, en el sitio que se conoce con el nombre de Bellavista hay un juego de pequeñas elevaciones, una de las cuales se llama actualmente Loma del Sol y antaño Ladera del Inca, denominación que, probablemente, se debió al número de yacimientos arqueológicos allí descubiertos, de los que aflora, como no ocurre en ningún otro lugar de esta zona, cuando las lluvias son recias, por obra de la precipitación de las aguas por el flanco semiarenoso de la ladera, una apreciable cantidad de fragmentos de oro,

en forma de láminas y de pepitas cinceladas como granos de trigo. Mucha gente de Bellavista y aún de San Antonio de Ibarra ha recogido el precioso metal proporcionado por la erosión. En el vecindario de la Ladera del Inca se habla de hallazgos mucho más significativos.

La constatación de este hecho asociado a la existencia de huecos y tolas excavados por el señor Norberto Zumárraga, que han contenido orfebrería de oro (1) permite establecer una franja arqueológica aurífera que se extiende de oriente a occidente, de las faldas del viejo Imbabura al cauce del río Ambi, y de sur a norte, de Agualongo a Bellavista y Chorlabí. Las ciudades de Otavalo y Cotacahi quedan marginadas, no así Ibarra que cuenta con yacimientos culturales de oro en Caranqui y Socapamba, uno y otro a 3 kilómetros de la ciudad.

Socapamba es un sitio muy interesante, situado en las cercanías de la laguna de Yahuarcocha. En ese lugar, el indígena Ignacio Tixilima, haciendo excavaciones a una profundidad variable entre 8 y 12 m. obtuvo dos idolitos macizos, de cobre dorado, de 0,05 m. de alto, que

---

1) Nosotros hemos visto en poder del señor Zumárraga algunas prendas, entre ellas, cuatro patenas de 22 quilates, con un peso total de 79 gramos. En dos de estas patenas se apreciaban relieves de ranas finamente estilizadas, en tanto las otras eran láminas lisas.

representaban cada uno de ellos un varón sentado en actitud de tocar un churo; un cuenco de cobre dorado, de 0,07 m. de diámetro; 4 libras en cuentas de oro, del tamaño de los granos de trigo; dos flautas – dulzainas, de oro, de 0,30 m. de largo; doce anillos gruesos y de 0,03 m. de alto, del mismo metal y una pulsera también de oro.

Socapamba y Caranqui son focos en los que el genio metalúrgico de los imbayas ha dejado comprobaciones irrefutables. Un inventario más o menos completo de lo hallado en las últimas décadas es difícil hacerlo, porque quienes han tenido la suerte de encontrar ajuares funerarios ricos los ocultan tímidamente y niegan hasta los datos ante la idea de perderlos o ser objeto de sanciones por acción del Estado.

En Caranqui, en una tola de la señora Antonia Vásquez v. de Clerque se encontró la máscara de oro que adquirió el señor Jijón y Caamaño y actualmente pertenece al Museo Arqueológico de la Universidad Católica de Quito; Luis Proaño halló en otra tola pequeña del mismo lugar un disco de forma de un plato, de paredes de 0,01 m. de espesor, y 0,20 m. de diámetro, también de oro, que lo vendió en una joyería de Quito por precio irrisorio; Carlos Farinango obtuvo varias patenas al abrir los cimientos de la casa residencial de la quinta denominada Villa Olguita, de propiedad del Dr. Mariano Acosta;

en Santa Lucía al sureste de Caranqui, un trabajador en la industria de fabricación de ladrillos halló tejuelos en una tola. Al señor Luis Cifuentes, tejero del mismo lugar, se le atribuye el hallazgo en una gran tola, ahora casi totalmente demolida, de una barreta de oro macizo de 0,80 m. de longitud, que se dice la vendió al Sr. Ulpiano Ochoa, vecino de Caranqui. Ambas personas manifiestan que tal versión es sólo un cuento; pero asímismo hay testigos que afirman haber visto la barreta al momento de sacarla y uno que dice tomó la medida del canal que, al levantar la valiosísima prenda, había quedado en la tierra suave de la tola, antes que el vecindario, atraído por la noticia del fantástico hallazgo, invadiera la propiedad y se pusiera a remover febrilmente las capas contiguas al lecho donde yacía el tesoro.

Un indígena de Manzanal, de apellido Carlosama, encontró esferas de oro, del tamaño de las bolas de billar, en la tola más bien provista de riquezas arqueológicas que se ha conocido en la provincia de Imbabura. Este monumento se levantaba hasta hace pocos años a la vera oriental de la Avenida «Pichincha» que parte de Ibarra a Caranqui, junto a la plaza «Rafael Troya». De allí se obtuvieron dos ídolos de barro, en forma de brazos, cromados con mucho arte, en cada uno de los cuales está modelado Pachacámac, o la deidad creadora del universo con sus

sus símbolos representativos; con muchas prendas de cobre, láminas de plata circulares como monedas y una cantidad indeterminada de oro labrado. Una parte de ese acumulamiento permitió que una modesta familia de tejeros, instalada en dicho lugar para ganar salarios, subiera verticalmente al disfrute de la riqueza y, como es explicable, abandonara en forma súbita la empresa de trabajo estableciéndose en la ciudad de Quito.

Un corazón formado por dos láminas delgadísimas de oro, cuyos bordes cerraban herméticamente, sin suelda ninguna, resbaló de una tola de Caranqui, de propiedad del señor Antonio Espinosa, al desarraigarse un árbol de naranjo, por efecto de las lluvias. La mencionada joya, de una pulgada de tamaño, adquirió un Padre Mercedario de apellido Rueda.

*
* *

Si a los datos obtenidos a principios de este siglo por los maestros de la investigación prehistórica, González Suárez, Jijón y Caamaño, Carlos Manuel Larrea y otros, se hubiesen añadido los que constan de esta referencia, tan objetiva como nos ha sido posible, y en todo caso estrictamente ceñida a la verdad, y otros que no incluímos tan sólo por no sobrepasar la paciencia de los lectores, probablemente habría sido distinto el criterio que sobre la riqueza metalífera

de la región dejaron sentado tan conspicuas autoridades. Hay que señalar, además, como causa del agotamiento de los veneros constituídos por joyas, ornamentos y útiles de metal empleados en la vida doméstica, religiosa y política, la recolección de tributos en dinero impuesta por el Real Consejo de Indias, que los nativos satisficieron, con mayor o menor dificultad, a lo largo del período colonial. Esos tributos fueron cuantiosos, como lo demostraremos documentadamente en su oportunidad, y se los estableció precisamente cuando buena parte de las prendas fue depredada por los soldados de la conquista, para resarcirse de las costas, trabajos y sufrimientos que les ocasionara la empresa, y luego también porque requerían metales, en particular cobre y bronce, utilizables en las armaduras y en los arneses o guarniciones necesarios para adelantar los descubrimientos, verificar las conquistas y mantener sojuzgados a los aborígenes.

En fin, ante la evidencia de lo descubierto ¿será arriesgado aseverar que entre los incontables sepulcros aborígenes diseminados en el subsuelo de la provincia, habrá muchos que guarden en sus registros prendas valiosas de oro, quizá vasos, ídolos, insignias y trofeos de subido mérito artístico?

ARTE TEXTIL

EL VESTIDO.— Aunque es evidente que los imbayas cultivaron el algodón en Salinas, Tumbaviro, Urcuquí y otros lugares y que hilaron la preciosa fibra y con ella tejieron sus vestidos, desde tiempos inmemoriales, no sabemos a ciencia cierta qué grado de perfeccionamiento llegaron a alcanzar en este arte. Los restos de tejidos extraídos de los sepulcros, muy poco nos informan sobre la calidad de los mismos, por hallarse, de modo general, en estado de descomposición. Sin embargo, se ha advertido que los imbayas, a más de la fibra de algodón, utilizaban en sus tejidos, la de lana extraída de llamas, alpacas y vicuñas, animales indígenas de las mesetas andinas, domesticados por nuestros aborígenes con gran sentido de aprovechamiento de su rica pelambre. Huesos de tan útiles cuadrúpedos aparecen frecuentemente en las tolas.



VISTA PARCIAL DEL MUSEO ARQUEOLOGICO

DEL

INSTITUTO DEL HOMBRE AMERICANO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

A la llegada de los españoles, los indios se cubrían el cuerpo con mantas teñidas de achiote, elemento vegetal con el que también se pintarrajeaban la piel, según asevera el cura beneficiado de Pimampiro, Padre Fr. Antonio Borja, en documento del año de 1.582.

Un autor anónimo que conocemos por referencias del Corregidor de Otavalo D. Sancho de Paz Ponce de León, atribuye a los imbayas, durante la dominación incásica, el uso de «una camiseta sin mangas, tan ancha de arriba como de abajo, los brazos y piernas descubiertos, encima de la camiseta una manta cuadrada de vara y tres cuartos de largo, ésta sirve de capa».

El benemérito Ponce de León explica que la usanza descrita por el autor anónimo, era extranjera, en tanto el vestido vernáculo exterior de los indígenas de Otavalo consistía en «una manta de algodón grande que le daba dos vueltas al cuerpo» Al parecer la diferencia entre la manta que llevaban los aborígenes de esta provincia, bajo la influencia de los incas, y la propia de los imbabureños, se establecía solamente por el tamaño, siendo más grande la manta nativa, a tal punto que alcanzaba a dar dos vueltas el cuerpo.

En tanto al vestido que llevaban nuestros aborígenes en épocas más remotas con respecto a la referencias contemporáneas de la conquista, poco nos dicen las figuras de represen-

una dignidad.

En la colección que fué del Dr. Francisco Humberto Moncayo y ahora pertenece al Instituto Otavaleño de Antropología hallamos cuatro ídolos de barro con pintura rojiza, sentados en bancos sin respaldo; tres de los cuatro muestran el característico pronunciamiento de la mejilla por efecto de la masticación de la coca. Todos llevan cubierta la cabeza por un casquete o gorra, según la usanza tiahuanaquesa y nazca; prenda que pasó al vestuario incásico, difundiéndose más tarde entre las civilizaciones de la zona interandina de nuestra Patria.

Dos de aquellos ídolos lucen hermosas bandas, decoradas con rectángulos incisos, que cruzan el pecho diagonalmente, del hombro a la cintura; las vergüenzas van cubiertas, en el dibujo plástico, con paños de honestidad.

Una figura de mujer, del fondo arqueológico antedicho, exhibe con gracia muy femenina, un manto que cubre la mitad de la cabeza en el sentido anteroposterior y al caer sobre la espalda, protege los hombros dejando al descubierto los brazos. El femenil atavío de esta estatuilla se completa con un collar de cuentas irregulares.

Observando con la ayuda de una lupa, un amuleto de piedra de la referida colección muestra un camisón que envuelve el cuerpo del cuello a los pies; sobre la cabeza puntiaguda que

simula las deformación intencional, se dibuja una gorra, prenda característica del altiplano perú-boliviano; en la espalda se prende un sapito maravillosamente modelado.

De tres estatuillas que personifican los masticadores de coca, la más grande, procedente de una tola de Pimampiro, lleva en la cabeza una coronilla, la misma que se prolonga en forma triangular por la parte posterior del cuello hasta media espalda; la parte anterior del cuello muestra un relieve a modo de faja, ésta se echa para atrás y remata en la espalda en un abultamiento en forma de bolsa, la que debían de llevar repleta de coca los trabajadores, peatones, soldados, chasquis y más personas obligadas a mantener por largo tiempo grande esfuerzo físico; el resto del cuerpo asexual – como todos los de esta representación – aparece completamente desnudo; la mediana, extraída del patio del caserío de la hacienda «La Violeta», ubicada cerca de Ibarra, muestra un gorro semejante a los ya descritos en reglones anteriores, que cubre la parte eminente de la cabeza; el saquillo para la coca sobre la espalda y un paño de honestidad que desciende de la cintura al bajo vientre y tapa el pubis; la más chica (1) representa una figura casi completamente des-

1) Carchense, de Pioter, semejante a las descubiertas en la provincia de Imbabura.

nuda, por cuanto tan sólo lleva un cordoncito que da una vuelta a la cintura y emite una prolongación hacia el pubis. Las tres figuras enriquecen el fondo arqueológico del Instituto del Hombre Americano.

En un cántaro antropomorfo ceremonial, de nuestra colección, que proviene de un sepulcro en pozo de Caranqui, hallamos el diseño de un pañuelo que protege el pelo dejando descubierto solamente el rostro.

Un fragmento de cántaro barnizado, de propiedad de la familia Peñaherrera Egas, de los renombrados cementerios de Agualonguito, lleva en el cuello un modelado perfecto de cabeza de mujer: una manta recoge en sus pliegues, graciosamente, la cabellera, toque artístico que permite se destaquen las líneas finas del rostro; de las orejas penden zarcillos pequeños y en el cuello grácil lleva dos cintas de cuentas filiformes. Este fragmento sumariamente descrito es parte de uno de los vasos más bellos de la cerámica imbabureña. Por todas las características de la preciosa vasija, así como por la referencia que se nos ha dado de los elementos extraídos de la estación cultural que entregara el cántaro, entre ellos una hacha de piedra polícroma, como probablemente no se conoce un artefacto de su género que le compita, llegamos a la conclusión de que la citada reliquia es de origen incásico. En un Museo Arqueológico de Lima he-

mos visto cántaros muy semejantes, del incanato.

En el Atlas Arqueológico de González Suárez se insertan diez láminas pertinentes a objetos hallados en las tumbas de los bravos Caranquis; entre ellos hay silbatos antropomorfos e idolillos, algunos desnudos, y ótros, con vestidos figurados, que representan un sombrerito, una gorra, unas cintas, un manto a modo de chal. Todas las figuras que no corresponden a un riguroso nudismo, llevan adornos en relieve: collares, pulseras, zarcillos, plumas, los que, al parecer, fueron muy del agrado de hombres y mujeres en los tiempos preincásicos.

Más de una vez nos hemos referido a la magnífica colección de Monseñor Elías Liborio Madera en cuyos estantes registramos una estatuilla que representa el símbolo más puro del amor humano: una madre que amamanta a su tierno hijo. El artista que la esculpió reprodujo plásticamente el vestido, consistente tan sólo en una falda que llega a la rodilla.

Esta misma colección cuenta con otra estatuita de barro que figura un hombre con carga a la espalda. Ninguna pieza de cuantas hemos visto exhibe tan marcada prodigalidad de adornos: un mantillo cuyas últimas pliegues rozan los hombros, orejeras que avanzan hasta el pecho; un collar de triple vuelta, con un colgante; brazaletes y manillas; en la cintura se dibu-

ja una faja que sujeta un lienzo en el que se ha esculpido la imagen del sol. Las piernas van ceñidas con cintas.

Otro ídolo, sentado en un taburete, muestra una gorra que cubre media cabeza y un taparrabo, en altorrelieve. Este precioso artefacto antropomorfo luce en pintura una franja que atraviesa el pecho.

También hemos visto en el fondo arqueológico de Mons. Madera una máscara con tocado; esta máscara enseña en cada uno de los pabellones de las orejas tres perforaciones; igualmente, se advierten caras con tocas que simulan peinados, con tatuajes de pintura muy fina en ángulos y rombos.

Indudablemente queda mucho por estudiarse en materia del vestido precolombino de los imbayas. Sin embargo, cuanto hemos visto nos lleva como de la mano a confirmar el criterio expuesto por los historiadores, sobre las variaciones del vestido, en cada período prehistórico, según la dignidad de la persona, la función social, el sexo y la edad.

Los reyes fueron modelados con magnífico tratamiento; pero aparte de los símbolos de su autoridad, que se expresan en la testa coronada, como la llevaban los Luises de Francia o los Estuardos de Inglaterra, y los amplios collares, y los lujosos brazaletes, cuajados de pedrería, y las nítidas diademas -según la usanza oriental-,

no hemos visto en la estatuaria representaciones que lleven los atavíos propios de su señorío.

El uso de trajes especiales en las ceremonias parece haberse hallado muy difundido, a juzgar por las reminiscencias que nos trae el folclore provincial, con sus danzantes, yumbos, pendoneros. El folclore otavaleño cuenta con un personaje típico, el coraza, que revive mucho mejor que cualquier modelado, el atuendo de los ropajes reales: en las flecaduras de oro, en las golas flotantes, en las bandas que envuelven el cuerpo, cruzándolo a distinta altura y en diferentes direcciones, y en la reverberante copia de joyas que materialmente recubre las prendas del vestido: el casco de gala, empenachado de vistosas plumas, semejantes a los morriones que lucían los jefes del ejército quiteño que acompañaban a Atahualpa, el día de la rota de Cajamarca; la cotona de tul, verdadera librea, de áureas flecaduras; la gola circular, a modo de capita, con hermoso airón de oro o de plata; los pantalones de greca, de cuyo remate inferior, a la altura de los tobillos, penden cordones tejidos con hilos del precioso metal. No faltan en el coraza ni la reminiscencia de las máscaras de empleo muy común en las ceremonias indígenas, en el albayalde y el carmín conque se pintan la cara, y el agua con chicha conque se rizan el cabello; ni la del cetro, símbolo de realeza,



FOLCLORE OTAVALEÑO:

EL CORAZA


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

que el coraza lleva en la diestra enguantada, a la usanza española, representado por un ramo de flores.

Los vestidos de sacerdotes y magos eran muy diferentes del tocado que correspondía a los demás miembros de la sociedad: los turbantes, las túnicas y las amplias capas daban a tan altos personajes un aire de solemnidad compatible con los prestigios de su sabiduría.

La gente del llano o el pueblo se ataviaba la cabeza con gorras y sombreros, o tocados, según fueran varones o mujeres; los hombres vestían una camisa sin mangas, la cushma, que llegaba a la línea de la cintura y «una manta grande de algodón que daba dos vueltas al cuerpo», de los riñones para abajo, es decir, como un anaco; el calzón o calzoncillos que comenzaron a usar mucho después de la conquista, indudablemente, es prenda impuesta por los españoles. Las mujeres llevaban una manta a modo de camisa, sin costura, que cubría el cuerpo de los hombros a las rodillas, sujetándose en los hombros con unos prendedores de plata o cobre, y en la cintura «con una faja de algodón muy labrada y pintada de color que le da seis o siete vueltas al cuerpo, y sobre esta manta traen otra más pequeña, cuadrada, prendida con otro prendedero, y esta manta pequeña llaman lliella los indios, y la grande llaman anaco y los prendederos llaman topos, y este es el hábito que agora traen

estos indios», según observó Paz Ponce de León, jefe administrativo de los aborígenes de Otavalo, por el año de 1.582.

A la época de la conquista española, los miembros del ejército y el séquito imperial de Atahualpa vestían trajes muy hermosos. Asombrado el Cronista de Indias, D. Francisco de Jerez, ante el despliegue de lujo de la comitiva y el ejército del mencionado Emperador, el día de la celada de Cajamarca, no vaciló en afirmar que «la ropa es la mejor que en las Indias se ha visto»; los jubones de algodón que llevaba el grupo de choque; las libreas de colores a modo de escaque de la multitud de lacayos que barría el camino «limpiando aun las mínimas pajas»; el vestido diferencial y hermoso de las escuadras que avanzaban lentamente, cantando y bailando; las armaduras y planchas de oro de la reluciente litera; las piedras preciosas incrustadas en ese trono portátil de invalorable riqueza en que iba el Inca, llevado por los grandes señores, todo esto produjo una deslumbradora impresión en el ánimo del docto Cronista, impresión que le llevara a consignar en sus memorias el juicio consagratorio de la elegancia con que vestían los sodados del ejército de Quito.

El lápiz de Guamán Poma de Ayala (véase «Nueva Crónica y Buen Gobierno»-París- Institut D' Etnologie -1.936) es aún más preciso en el señalamiento de los detalles de la indumen-

taria en uso al tiempo de la conquista española. Al efecto, reparemos cuál era el traje militar de Quisquis, general quiteño de homérica bravura. Este soldado muestra en la cabeza un casco de forma romana, llano, del cual penden dos patenas, a modo de orejeras, destinadas a proteger el cráneo al nivel de los pabellones cartilaginosos, de las lanzas adversarias; sobre el casco, de parietal a parietal, cruza un cordón grueso, que remata en el centro en un amplio lazo. En el mismo casco, al lado central, sobre la frente, se destaca una insignia en forma de escudo rectangular. Cubre el cuerpo con una cushma listada, a fajas verticales, que cae hasta la parte superior del muslo. En las piernas lleva una manta de tejido llano, sujeta a la cintura por una faja de 0,06 m. de ancho, aproximadamente, adornada con reticulados romboidales, a relieve, que alternan con ótros en forma de Z. En el pecho esplende un medallón circular, de 0,10 a 0,12 m. de diámetro, sostenido por un cordón trenzado q' cuelga del cuello. Las piernas hállanse recubiertas por polainas, en las que se relievan flecaduras a modo de ligas, de unos 0,08 m. de ancho, provistas de cordones para su aseguramiento tanto bajo la rótula como a la altura de los tobillos. Protegen el pie oshotas o sandalias de tiras con fajas para la sujeción respectiva.

Este insigne guerrero está armado, en el mencionado dibujo, con una gran hacha enman-

gada, cuyo conjunto alcanza una longitud en poco inferior a la altura del cuerpo.

El vestido de Calicuchima, otro de los bravos quiteños, si bien semejante al ya descrito, no es enteramente igual; en el casco se levanta un penacho de plumas y un escudo de forma circular, semejante a la diadema que llevan las divinidades aztecas que representan a la aurora y a la estrella matutina; la camisa o cushma baja hasta las rodillas. No lleva cinturón ni tampoco más signos distintivos.

* * *

El indumento más común —según los dibujos de Poma de Ayala—, usado por los peruanos y con ligerísimas variantes por nuestros indios, sometidos a su influencia por el hecho de la conquista incásica, constaba de una camisa sin mangas, la CUSHMA o UNCU, la manta rectangular, cuya longitud de más de dos metros permitía que a la altura del hombro se hiciera un doblez, de 8 a 10 centímetros, pespuntándose al costado, desde bajo la axila hasta la rodilla. Esta prenda tenía una abertura que permitía pasar la cabeza, e iba ceñida al talle, con una faja, generalmente muy ornamentada, angosta en el vestido del varón y ancha en el de la mujer. Completábase la vestimenta masculina, unas veces, con un poncho, y otras, con una manta pendiente de los hombros que cubría

el pecho y la espalda.

El femenil atavío peruano, sumarísimo, consistía en una camisa larga que llegaba hasta los pies, confeccionada con dos lienzos de tela, pespuntados a la altura de los hombros, con tupos, como usan actualmente, manteniendo la tradición que recuerda su origen de mitimáes, las indígenas de San Rafael, en el cantón Otavalo. Ceñíanse la cintura con una faja ancha, alianza de colores y dibujos. Sobre los hombros caía un chal, cuadrado, llamado LICLLA, sujeto a la altura del pecho por un prendedor. Otro chal, de una vara en cuadro envolvía la cabeza, dejando lucir el peinado y enmarcando el rostro entre donairosos pliegues.

La gente distinguida calzaba sandalias o ushutas, de cabuya, y en veces de cuero, y en uno y otro caso, primitivas y rudas. En los tobillos eran muy usados los flecos, según detalla el advertido lápiz de Poma de Ayala.

Resumiendo cuanto llevamos apuntado sobre el vestido precolombino en Imbabura, establecemos lo siguiente: los ídolos provenientes de la inmensa cantidad de sepulcros que pueblan el recinto de la provincia nos dan una idea del vestido, comenzando por el sumarísimo taparrabo para seguir con un juego de bandas, cinturones, mallas y redes, gorras, tocas, sombreros, turbantes, sayas, faldas, camisetas, mantas y túnicas. Pero sería aventurado ateniéndonos solamente

a esta fuente de consulta, el hablar del proceso evolutivo del vestido, a partir del período inicial correspondiente a los cazadores – recolectores, y luego en las estaciones culturales denominadas formativo temprano y tardío, de desarrollo regional y de integración, porque la mayor parte de los hallazgos de las esculturas que representan la figura humana han sido casuales, sin base alguna de dirección y estudio, y luego porque se carece de fechas, de exámenes comparativos, etc.

Fragmentos de telas se han encontrado en pozos y en las tolas. El de un tejido de punto, de hilos enrollados varias veces, con ténica sencilla, adquirió Jijón y Caamaño, proveniente de un pozo de la segunda época; en una máscara de cobre de la colección del Instituto del Hombre Americano, que se obtuvo de un pozo de Atuntaqui, a 2 m. de profundidad, se simuló el pelo con una tela de hilo de algodón, torcido y delgado, de una sola hebra, de urdimbre y trama como de tejido de costal, de color café obscuro, tanto que con el paso del tiempo semeja musgo de la misma tonalidad.

Otras telas son de tejidos más complicados, en cuanto a la trama, y los hay, también, con bordaduras.

El hilo se preparaba, luego de carmenar la lana o el algodón, mediante un huso de sigse, junquillo de tallo liso y flexible, al que se ajus-

taba en un extremo un botón o anillo de barro, o madera, el tortero, y se lo movía en torno con una mano mientras la otra ayudaba a producir la hebra.

No se puede aseverar si el telar usado por los indígenas es creación de su ingenio o un legado asiático. En el Japón se conoció esta máquina en su estructura más rudimentaria 9.000 años a. de C. En el México precolombino empleábanse telares primitivos, verticales y horizontales. La urdimbre se disponía amarrando hilos gruesos de icxotl, mientras que para la trama se utilizaban hilos delgados de algodón, de ichtli o de pelo de conejo, entrelazándolos en la urdimbre con el recurso de una reglita chata empleada como lanzadera, que se impulsaba manualmente, de derecha a izquierda y viceversa, de un extremo a otro del telar.

El telar indiano antehistórico de Otavalo y de toda la provincia de Imbabura se conserva aún, con mínimas variantes del primitivo. De estructura elemental, la armazón básica está constituída por cuatro soportes verticales de madera, afirmados por traviesas frontales y laterales, colocadas a distinta altura; de un atravesaño frontal, alto, cuelgan unas cuerdas llamadas campanas donde agarran dos marcos verticales, denominados lizos, que llevan hilos fuertes extendidos en la misma dirección. Estos hilos, que a cierta altura se hallan amarrados con dos nu-

dos separados entre sí por un espacio de un centímetro, poco más o menos, llamado «huaraca», dan paso a la urdimbre, conjunto de hilos extendidos paralela y horizontalmente en el telar, hasta el peine. El número de lizos es variable, de dos a ocho, y concordante con el de los pedales que los accionan, mediante un sistema elemental de palancas.

El peine es un aparato de forma rectangular, que lleva una serie de dientes, por entre los cuales pasa la urdimbre; está conectado al travesaño posterior y alto del telar, pero no sujeto porque al realizar el trabajo se mueve hacia adelante y hacia atrás, golpeando por un lado a los lizos y por otro al tejido para apretar los hilos de la trama entre sí, volviendo compacto el tejido. Una o varias lanzaderas, según el caso, llevan el hilo de la trama en una canilla que puede ser un canutillo de madera o de sigse, acomodado en su interior, donde va envuelto el estambre.

Al tejido elaborado en esta máquina rudimentaria debió de haber precedido el trenzado, que acaso constituyó al principio un acto de recreación, un desgaste de la energía sobrante, un juego, en suma. Seguramente trenzaban a mano cordones y redes, por ejercitar el ingenio, por distracción, lejos aún de llegar al esfuerzo penoso que comporta el trabajo. El reconocimiento posterior del carácter utilitario del tejido jus-

tifica la aplicación del esfuerzo humano para ir mejorándolos constantemente, en fases sucesivas, a partir de su origen muy lejano.

A la nueva aunque indiscutible utilidad del arte textil debió el hombre prehistórico de esta región agregar valores estéticos, comenzando por teñir los hilos. De la flora silvestre obtuvo tintes, los mismos que el tejedor imbabureño sigue utilizando circunstancialmente en nuestros días, extrayéndolos del nogal, el arrayán, el capulí, el campeche, el guarango, el agave de hojas carnosas llamado penca negra, la hierbamora, la chilca, la caparrosa, la ñacshasisa, la mocochaglla, la guallúa, el marco, el chímbalo, la rodojigua, el shanshi, la tsetsera y otras, para obtener toda gama de colores. Algunas de estas plantas de nombre quichua y colorado no cosntan con su denominación vernácula en los índices botánicos.

La destreza que en materia de tejidos caracteriza a los indígenas de Otavalo tiene raigambre milenaria. De padres a hijos, sin solución de continuidad, vienen demostrando buen gusto en la elección y combinación de los tintes para preparar el hilo; seguridad, destreza suma en el movimiento de manos y pies en el telar; máximo aprovechamiento del repertorio de posibilidades para tejer telas hermosas, sentido imitativo sorprendente, complementaria del libre juego de su fantasía creadora, cualida-

des estas que singularizan al tejedor otavaleño como experto en el ramo, más que cualquier otro en el territorio nacional, tanto que sus tejidos circulan sin competencia ninguna en las plazas de venta en todo el país, y aún salen al exterior en apreciable volumen. Los maestros tejedores otavaleños ejercen la docencia de este arte de su predilección en varias metrópolis de América.

Como una supervivencia del período Formativo (1) se sigue produciendo en esta provincia cestillas de zuro, modernamente pintadas en los más variados colores; tapices de totora, lla-

---

1) En el Formativo (2.500 a. de C.) en la Costa y por la secuencia cronológica más moderna en la Sierra), según estudios de C. Evans y B. Meggers (1.954), en el sitio llamado «La Chorrera», junto al río Babahoyo, confirmados más tarde, en 1.956, por las investigaciones de Emilio Estrada y de los ya mencionados arqueólogos Evans y Meggers, en Valdivia, localidad de Santa Elena, y también en el mismo año, por los descubrimientos en San Pablo, al S. de Valdivia, obtenidos por Zeballos Menéndez, Huerta Rendón y Olaf Holm, «vivía en la región central de la costa ecuatoriana un pueblo que practicaba una agricultura rudimentaria, molía los granos, buscaba moluscos marinos, hilaba el algodón y hacía sus prendas de vestir. Adornos cubrían el cuerpo. Surgía ese pueblo a la vida colectiva y sus creencias eran de naturaleza mágico – religiosa.» Antonio Santiana y María Angélica Carluci: «Dos horizontes nuevos en la prehistoria ecuatoriana». - Humanitas (Boletín Ecuatoriano de Arqueología II : 1 – 1.960.)

mados esteras, en las áreas lacustres, especialmente en los contornos del lago San Pablo; canastos y canastillos de carrizo, con agarradera; canastas del mismo material y cestos de mimbre para diferentes usos, de modo más común para transportar a la espalda pequeñas cargas. A través de estas expresiones del trabajo, el pasado se proyecta en los tiempos que corren, casi sin variante ninguna.

En el Perú, el Formativo se denuncia con posterioridad a su aparición en el Ecuador; uno de sus núcleos principales, Guañupe, situado en el litoral norte de ese país, muestra evidencias de la influencia ejercida por la cultura de Valdivia, en la serie de utensilios, herramientas y tejidos semejantes, pero de datación más reciente que la de los focos originales de la Costa ecuatoriana.

Los tejidos correspondientes a este período son todos de algodón, de factura sencilla; llevan como adornos franjas y cordoncillos conocidos en la nomenclatura textil con la denominación de sargas.

La cultura Mochica (0-600 a. después de C.), de las más avanzadas del continente americano, utilizó telares manuales para tejer algodón y lanas de llama y vicuña, de urdimbre muy apretada, con trazos decorativos de figuras geométricas, y otros fito y zoomórficos mucho más hermosos.

Los de la cultura Nazca (600 – 1.000) a. antes de C.) son quizá los mejores de todo el continente americano. Sobresalen por la técnica y el colorido. Aquella, común para la cerámica y el arte textil, toma como motivos ornamentales trazos geométricos: rombos, cuadrados, zigzags, reticulados, etc; figuras de aves marinas y terrestres; peces, felinos, el temible miriópodo llamamado ciempiés, cabezas humanas; frutos de la tierra, como maíz, yuca, etc. y los exalta con un colorido brillantísimo en rojo carmesí, azul prusia, ocre y amarillo cadmio, verde, etc., según lo establece José Alcina Franch. (1)

La Chimú I (1.200 a. después de C.) y la Chimú II (1.300 a. después de C.) no solamente elaboraban telas sino bordaduras, tapicerías y brocados de uso ampliamente generalizado entre las clases superiores.

Los Incas cubren en el Perú la última etapa de las edades semioscuras del continente (1.438 – 1.532). Al ampliar sus dominios hacia el N llegan al Angasmayo, imponiendo su señorío relativamente por poco tiempo, en la provincia objeto de este estudio. Las fechas señaladas en que se desenvuelve el imperialismo cuzqueño, corresponden a una época de referencia histórica, sobre todo las contemporáneas de la

---

1) Manual de Arqueología Americana. – Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid (España) 1.965

conquista española. Cuando se ha remontado en los análisis de las culturas aborígenes el curso de los siglos, marcados por largos períodos en que viviera el hombre sin dejar nota escrita, que nosotros conozcamos debidamente, de los acontecimientos fundamentales del devenir histórico, la presencia de los Incas en el Reino de Quito, a fines del siglo XV y primeras décadas del XVI, no puede ser considerada sino como suceso contemporáneo, del que dan noticia cierta y en forma atractiva y aún docta los Cronistas de Indias.

Los Incas fueron excelentes tejedores. Tanto perfeccionaron el arte de la combinación de los hilos, que el tejido peruano precolombino se cuenta entre los más primorosos. No sin razón se exhiben mantas incásicas de vicuña en los Museos de Arte de los Estados Unidos.

Como maestros de los imbayas, los Incas les enseñaron los mejores expedientes para tejer telas finas, de algodón y lana de vicuña, en que ya estaban iniciados nuestros aborígenes, y a decorarlas con primor, en sencillos telares de pie, como el que lo hemos ya descrito.

En cuanto a la vestidura, la de los Incas, según Cieza de León, realmente no varía de la que llevaban los nativos de Otavalo y de Quilca, en las postrimerías del siglo XVI. Hasta entonces los hombres se cubrían medio cuerpo, de los hombros a la cintura, con una manta cuadrada a la que daban sujeción amarrando dos pun-

tas sobre el pecho. Esta capa recibió una adaptación española consistente en una abertura del paño, en la parte central, de dimensión mayor que la circunferencia de la cabeza, por donde pasa la prenda para descansar en los hombros, descendiendo por el pecho y la espalda algo abajo de la cintura. Esta manta se conoce con los nombres de poncho y ruana; en México le llaman sarape y lo tejen con tanto gusto y tan llamativos colores que se le considera como una obra de arte popular, especialmente la prenda que reproduce en sus labores los motivos ingenuos conque los nativos mejicanos adornaban sus telas.

El uso del poncho se generalizó rápidamente en la población indígena y mestiza de la América española, siendo más común el llevarlo en las zonas de clima frío y templado.

En la provincia de Imbabura es prenda inseparable del vestuario del varón indígena. Hasta hace poco todas las personas que tenían posibilidad económica para adquirir dos unidades, lo llevaban pareado, mas ahora en que el vestido de los otavaleños en particular, se ha mixtificado totalmente, y en que se prefiere confeccionar el poncho de un paño de fábrica con máquinas modernas, llevan uno solo, de dos caras, de color plomo o gris, a cuadros.

Hasta la generación inmediata anterior, el matiz preferido para el poncho era el rojo es-

carlata, llameante, con franjas de varios colores, que le daban aún mayor vistosidad.

Esta última generación también consideró anticuado el uso del sombrero de fieltro que llevaron sus antecesores. Este era redondo, de copa semiesférica y amplia ala, arriscada y tiesa. Ponía en el rostro de los descendientes de los «huambracunas» (1) una nota de viril elegancia.

El bello sombrero de reminiscencia mejicana está a punto de desaparecer, aventado por la moda, cual si fuera una antigualla, no obstante haber cincelado en el paisaje imbabureño, por más de cuatro siglos, la arrogante cabeza de nuestro indio, dándole un aire de altivez rotundamente viril.

El vestido indígena que correspondía a la base misma de su civilización, va sufriendo transformaciones radicales, con manifiesta tendencia a identificarse con el que lleva la población mestiza y «blanca».

---

1) Palabra quichua que aplicó Huaynacápac, en una recia frase desafiante, dirigiéndose a los niños hijos de los legendarios defensores del territorio imbaya, a raíz de la inmolación en Yaguarcocha.

ARQUITECTURA

Búsqueda incesante la nuestra de ruinas arqueológicas, viviendas, templos, palacios, poblaciones, acueductos, que aún no hubiesen sido identificados como tales; pero aunque no hemos tenido la suerte de hallar todo lo anhelado, en una provincia en que se encuentran restos de todas las edades, luego de haber recorrido por largo campos y poblaciones, llanuras y montañas, páramos y selvas, en una tierra que no reta al hombre sino que le halaga y atrae, consideramos compensado nuestro esfuerzo al reconocer la existencia de alvéolos de viviendas, terrazas, escalinatas, murallas, empalizadas, lozas, mojones, caracoles y millares de tolas, más algún ajuar que el hombre dejara abandonado en su erranza por los caminos y poblados, o colocado junto a los venerandos restos de sus antecesores.

Donde adelantan trabajos iniciados hace

mucho tiempo de exploración arqueológica, como ocurre en México, Perú, Guatemala, Colombia y otros países, los hallazgos son más valiosos y, sobretodo, frecuentes. En el Ecuador buena parte de los descubrimientos han sido casuales, y si bien despertaron algún interés inmediato en el mundo científico y en las instituciones que tienen el deber de promover y ayudar las investigaciones de esta naturaleza, muy pronto se olvidó de ellos. Allí están Cochasquí, santuario de los Caras ubicado en una bella terraza natural que mira al cañón del Guayllabamba; Cuasmal, uno de los importantes centros para el estudio de las tribus que poblaron la provincia del Carchi; Chordeleg, núcleo cultural valiosísimo de la vieja etnia cañari; Ilumán, foco señalado por Jijón, henchido de reliquias milenarias, rezumante de prehistoria imbabureña; el Inca, en el Ilaló, donde Robert E. Bell, Wylliam Mayer – Oakes y María Angélica Carluci reconocieron la existencia de un asiento de una tribu de cazadores-recolectores, que demoró en esa zona 8.000 años a. de C.; en fin, Jubones, y tantos otros proclamando nuestra incuria en punto al conocimiento de algo tan noble como la Prehistoria de la Patria, vale decir, de los primeros tiempos de nuestra nacionalidad.

Los más calificados investigadores de los tiempos legendarios nos enseñan que muchas tolas de la región Caranqui sirvieron de base de

modestas viviendas. Y como de tolas materialmente rebosa el territorio poblado por los Imbayas, del Chota al Guayllabamba, y de cordillera a cordillera, incluyendo los declives occidentales de la que mira al mar, allí tiene que buscar el arqueólogo los rastros de habitaciones construídas por el hombre; quizá también de algunos templos, en tanto que las de las fortalezas habrá de encontrarlas de preferencia en los collados y en los agrestes peñascos de los Andes.

Stopel y Jijón y Caamaño nos refieren haber hallado unos muros de piedra bruta, en los que se empleó barro como argamaza, y sobre los cuales se levantó una de las tolas de la hacienda «El Hospital», en Urcuquí. Al parecer, estos muros constituyen uno de los pocos restos de vivienda, conocidos, del hombre prehistórico. Por la disposición de las líneas de la fábrica, coligióse que la habitación debía de ser de forma rectangular.

Otras ruinas que pasaron bajo la mirada de personas tan entendidas en las materias de que hablaron, como D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, son las del templo de Cayambe, construído en forma circular, sobre una tola que le servía de pedestal. Esta tola se levanta aún, se llama Puntachil y está ubicada tan sólo a poco más de 200 m. del parque principal de dicha población, hacia el oriente.

Amplio fue este edificio pues el aprecio de su capacidad dieron los marinos españoles en

dieciocho o diecinueve varas de diámetro y sesenta varas de circunferencia. Erguíanse las paredes, a la época de la observación antedicha- mediados del siglo XVIII,- firmes a pesar del transcurso del tiempo y del sacudimiento provocado por cataclismos geológicos, a una altura no menor de cinco varas ni mayor de seis; el espesor era de una vara y dos tercios, y el material de construcción, adobe, que los arquitectos indígenas supieron sentar, en una parte con barro, y en ótra, con una argamaza «como si fuera piedra». Una sola puerta y no grande, daba acceso al interior.

CASAS.- Las relaciones que nos dejaran los Cronistas de Indias no paran mientes en describir el tipo corriente de las casas de vivienda de los indígenas de Imbabura. No así la que dejó Paz Ponce de León, a quien debemos, entre otras valiosas informaciones, la referente a la estructura de los bohíos de los indígenas del Corregimiento de Otavalo, de sencillez arcaica si se considera la forma circular, de cubierta cónica y pajiza, con paredes de palos entretejidos, en los que se embutía barro por dentro y fuera. Los grandes señores, es decir, los caciques y curacas, tenían casas de la misma traza que la gente común, si bien más amplias y provistas de una viga central que permitía la mejor sustentación de la cubierta.

Bohíos circulares de este tipo rudimenta-

rio construían también algunas tribus indígenas norteñas, como los chibchas, quimbayas, pijáos, páeces, quillacingas y pastos.

Es curioso notar cómo la observación de Ponce de León con respecto a la vivienda de los caciques del Corregimiento de Otavalo es en todo coincidente con la de Ernesto Restrepo Tirado, al afirmar que «las casas de los caciques de la nación quimbaya, sólo se distinguían de las del vulgo por sus mayores proporciones y por una alta barbacoa que se levantaba a su frente».

No tenemos información ninguna respecto de otro tipo de casas, de piso rectangular o cuadrado, y de cubierta a una o dos aguas, en edades tan lejanas como las que se columbran a través de estas notas. Bien pudo haber habido casas de esta traza pero lo que no variaba sensiblemente en los pueblos aborígenes de América eran los elementos estructurales de la habitación aún entratándose de culturas tan avanzadas como la Maya. «El hogar indígena consiste en una casa -enseña Fabían S. Ymeri- (1) de una habitación que le sirve de dormitorio, cocina y de troje o bodega para el maíz que guardaan durante el año, en hoja, sin desgranar, para que se conserve bien. La casa es de horcones de madera con techo de paja, paredes de caña, especialmente de

1) «Antropología, Cultura Autóctona de Guatemala y Civilización Maya».

caña de maíz, o de bajareque, lodo de tierra entre la caña, y unas pocas de adobe y techo de teja».

PALACIOS.- De cuantas viviendas construyeron los aborígenes de esta provincia, por las referencias de los Cronistas de Indias, sabemos que la mejor, la más suntuosa fué el palacio Real de Caranqui. Cieza de León afirma haber servido este edificio de morada de los Incas, refiriéndose a Huaynacápac y a su hijo Atahualpa; en su fábrica, según dicho Cronista, se emplearon «grandes piedras galanas», «muy sutilmente asentadas, sin mezcla.....» Daba este edificio frente a una pequeña plaza y tenía en su interior «un estanque hecho de piedra muy prima».

Cuando el P. Velasco visitó a Caranqui, por el sexto decenio del siglo XVIII, el Palacio Real estuvo totalmente destruído, tanto que tan sólo pudo reconocer «algunos cortos fragmentos y vestigios» de la gran mansión.

Más de cien años después, tiempo durante el cual el territorio imbabureño fué sacudido por dos terremotos, González Suárez encontró aún dichos vestigios.

No así el templo de Caranqui que subsiste todavía, en parte, pues el ábside de la actual iglesia parroquial «no es sino un pedazo de construcción aborigen, de forma exagonal, hecha de piedras muy grandes, sin labrar, unidas median-

te una mezcla de barro y arena (1). Sobre esta referencia concuerdan los criterios de González Suárez, Jijón y Caamaño y Monseñor Silvio Luis Haro Alvear (2).

Reconstruyó el templo actualmente en servicio el Dr. Alejandro Pasquel Monge, Obispo que fué de Ibarra, conservando una parte de los muros y cimientos del templo incásico del Sol, y es tradición que este monumento religioso se levantó sobre las bases del que los Caras habían erigido al mismo astro.

Lo que subsiste del palacio incásico de Caranqui son unas paredes que forman un ángulo recto del lado nororiental de lo que parece fué el edificio, en el centro de la población; aún este vestigio, por lo derruído que está, lleva camino de desaparecer en muy poco tiempo, si no se hacen trabajos conservacionistas.

Los muros son de piedra, y en la actualidad están cortados por derrumbamientos que precipitarán la ruina total de no defendérselos de la incuria, inmediatamente. Las dos líneas murales cubren una longitud aproximada de 140 m., su altura es más o menos de 4 m. y el espesor de cerca de 1 m.; de no tener la cara

---

1) Jacinto Jijón y Caamaño.— Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la Provincia de Imbabura — Págs. 114 — 115 Quito — 1920

2) «Atahualpa Duchicela», Imp. Municipal Ibarra Pág. 37.

que mira al exterior ligeramente convexa, diríase que la piedra empleada es bruta; el abombamiento es perceptible casi en la longitud total de las paredes, en las que, de trecho en trecho, aparecen columnas, y para levantar éstas se tuvo el cuidado de acopiar piedras de tamaño más o menos igual y de bases superior e inferior casi planas; entre una columna y otra se hizo el relleno con cantos irregulares, que se asentaron, lo mismo que los alineados en la estructura básica, con un mortero de barro, disgregable con una ligera presión de los dedos, y empleado, según hemos constatado, y bien lo dice González Suárez, en poca cantidad.

Hacia el interior del edificio las paredes muestran siete hornacinas o nichos, de 0,60 m. de largo por 0,40. m.de ancho y 0,30 m. de profundidad, y un enlucimiento con un estuco de color café rojizo, muy compacto, casi pétreo.

Los actuales dueños del inmueble donde se mantienen en pie estas reliquias, manifiestan haber demolido dos paredes, paralelas entre sí y con la que aún existe y lleva la dirección de oriente a occidente, así como el haber encontrado en el terreno allanado luego de la demolición, restos óseos humanos y varias piezas y fragmentos abundantes de cerámica.

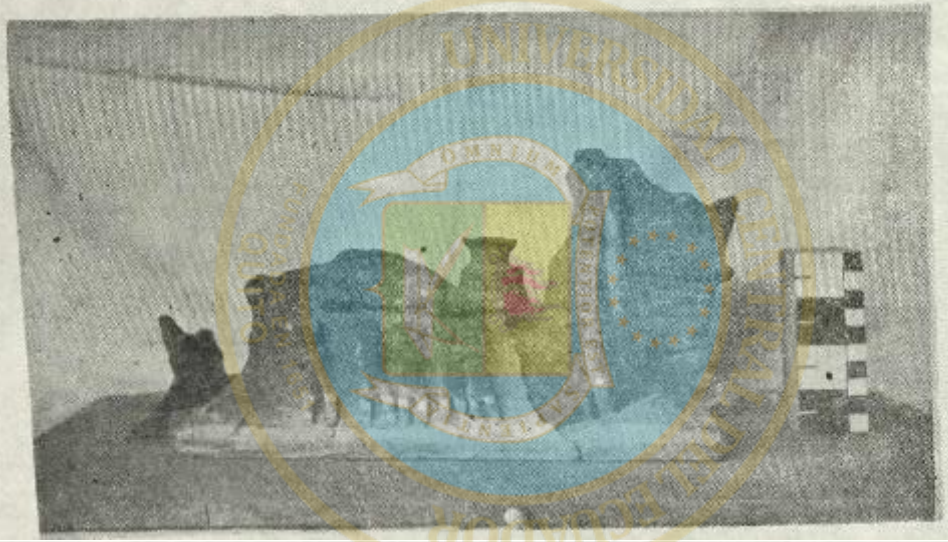
En cuanto a la ubicación de la casa o monasterio de las Vírgenes del Sol nada cierto se conoce. Algún documento colonial es confuso,

quizá por defecto de redacción, y el rastreo arqueológico nada ha descubierto sobre el particular.

Ningún edificio incásico fué de más de una planta, afirma González Suárez. Probablemente, esta aseveración se refiere a las casas levantadas por los invasores del Sur en lo que actualmente constituye el territorio ecuatoriano, pero en Machu – Picchu, la legendaria Vilcabamba o la Ciudad perdida de los Incas, su descubridor Hiram Bingham encontró edificios construídos con bloques de piedra finamente cortados y pulidos con esmero, de un piso y medio y aún de dos pisos y medio, «como la casa del sacerdote».

Una hermosa maqueta de barro cocido, con algún alisamiento de las paredes, en las que se han pintado rayas de color café, a distinta altura, representa un edificio de dos pisos, de originalísimo diseño.

Sobre una esquina de una plataforma rectangular, mantenida la proporción, de poco más o menos 50 m². de superficie, se levanta un edificio de dos pisos, éstos perfectamente definidos por un reborde sujeto a la pared por amarres que figuran ser de piedra, fijados en la misma a modo de ganchos; una puerta rectangular da acceso al edificio, en cuyo interior se ve «algo como un tálamo», según apreciación de Monseñor Haro, con la cual estamos de acuerdo, mientras en una de las esquinas se levantan dos



MAQUETA DEL PALACIO DEL CACIQUE DE CAYAMBE


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

columnas, una perpendicularmente al piso y otra, oblicua, con una separación en el pie, con respecto a la primera, de 0,80 m., mientras a la altura máxima de la construcción, se juntan.

En otro lugar de la plataforma se alza otro edificio, de forma acampanada, ancha en la base, en tanto el remate constituye una trompetilla taponada por el interior y abierta al exterior; franquea el paso al interior una puerta amplia, también rectangular, dos veces mayor que la del edificio principal, abierta entre dos soportes paralelos entre sí y ligeramente oblicuos con respecto a las jambas. Al frente tiene una muralla, con un reborde a la misma altura del que muestra el cuerpo principal del edificio, asímismo amarrado a la pared por ganchos que no pueden ser sino de piedra, para darle la debida sujeción; adosados a la muralla, del lado exterior, asoman cinco hombres que quizá conforman una guardia. De éstos, dos muestran gorras y los demás llevan la cabeza destocada. Todos tienen las piernas en ángulo y los brazos recogidos a la altura del pecho y no se ha figurado, con excepción de los gorros, otra vestimenta.

Hacia el fondo del patio cercado hay un redondel, al parecer, una cocina, a juzgar por las cuatro ollas allí representadas.

Unas rayas de color café, paralelas, adornan la planta baja del edificio principal de esta construcción y la base del segundo piso.

El aprecio de la superficie que cubre el castillo proviene de la relación entre la altura de los hombres que conforman la guardia, más o menos de 1,65 m. a 170 m., y la longitud y la anchura del terreno circunscrito por las paredes de uno de los edificios y los muros de cerramiento.

Esta maqueta estuvo sobre el nivel del suelo bajo la cubertura de una tola. Constituye, muy posiblemente, un testimonio de cómo fué la casa solariega de los caciques de Cayambe, en cuya circunscripción y cerca de la población actual, se encontró la pieza, habiéndose también hallado otra, semejante, aunque más pequeña, en la misma zona, por cuya razón nos es dable pensar que sus constructores no fueron los Incas sino los Caras, a quienes se atribuye el levantamiento de montículos, y por lo que estas maquetas expresan con mudo lenguaje, sabían hacer para sus curacas edificios de dos pisos.

TEMPLOS DEL SOL.- Referencias de personas autorizadas nos dan a conocer de la erección de cuatro templos bajo el techo comarcano imbaya, por la época en que los Caras señoreaban en esta tan hermosa como dilatada región. Esos santuarios al Astro – Rey estaban situados en Caranqui, laguna Chicapán, la que luego se llamó Imbacocha y modernamente San Pablo, en Cayambe y el Quinche.

Del templo de Caranqui, augusto recinto

de un lugar históricamente famoso, abundan los comentarios, de modo especial los que reparan en la grande riqueza que atesoraba, de la que se ha hecho cabal exégesis.

El relato, real o exagerado, nos deja absortos; pero cuando sube de punto el encomio o la ponderación de su valía por el cúmulo de obras artísticas de oro y de plata allí guardadas, cual ocurre en la pluma del P. Las Casas, necesitamos recobrar el sentido de la realidad a través de las páginas eximias de Cieza de León, para quien en Caranqui «había antiguamente templo del Sol»... «Esta casa del Sol era en tiempo de los señores ingas tenida en mucha estimación, y teníanla muy guardada y reverenciada, llena de grandes vasijas de oro y plata y otras riquezas.»... «tanto que las paredes tenían chapadas de planchas de oro y plata...» (1) o del Cronista Oviedo, que ratifica o confirma esta referencia al hablar de Caranqui «donde se halló una casa del Sol chapada de oro e plata por dentro e fuera», es decir, con riqueza tanta, guardada en todo caso la proporción, como los templos de Pachacama, Collao y el Cuzco, los cuales, al decir de López de Gómara (2) «esta

1) «La Crónica del Perú», primera edición popular para la COLECCION AUSTRAL, pág. 123 Buenos Aires, 1945.

2) Historia General de las Indias-Volumen I- Obras Maestras-Pág. 210 -Talleres Gráficos Agustín Núñez B. A.

ban forrados por dentro por tablas de oro y plata, y todo su servicio era de lo mismo.»

TEMPLO DE LA LAGUNA.- El sabio neogranadino, Dr. F. José de Calvas, dirigiéndose por una carta al famoso científico español José Celestino Mutis, le dió a conocer las características arquitectónicas del templo erigido al Sol en las orillas de la laguna de San Pablo, muy cerca del Asiento de San Luis de Otavalo, en los siguientes términos: «Remito a usted un monumento de los antiguos peruanos que he hallado en las orillas del lago de San Pablo, y que creo se ha escapado a las investigaciones de Ulloa..» «Es un edificio circular de piedra bruta, labrada únicamente por el frente, y unida sólidamente con una argamaza en la que no ha entrado la cal. Está en gran parte arruinado no por los temblores, ni por el tiempo, sino por la mano bárbara del cura de Otavalo. Este eclesiástico ha creído útil deshacer este monumento precioso, capaz por sí solo de darnos luces sobre la arquitectura, y sobre los ritos de este pueblo, el más célebre del nuevo continente, y con su material construir una mala capilla, que no excitará en lo futuro sino la indignación y las críticas de todos los que tengan algún gusto en el arte de edificar; tiene 46 pies de rey de diámetro interior; el grueso del muro 4 pies, la altura 14 pies. No existe sino una sola puerta, y los indios me han asegurado había otra diametral-

mente opuesta y, en efecto, hay una abertura en este lado. Véase el plano. Seguramente conocieron el plomo, pues lo está la parte que existe. Parece que no llegaron a conocer el arte de las bóvedas o cañones, pues aún cuando daban esta figura a sus puertas no colocaban las piedras en la dirección del radio, sino que buscaban las piedras chatas y largas, enlazándolas del modo que manifiesta el diseño, y llenando las cavidades que dejaban, con la mezcla de que he hablado.»

De la descripción de las ruinas del templo de la laguna no se colige, necesariamente, sea un monumento erigido por los Incas. Verdad que muchos elementos de su estructura eran afines con los peruanos, mas unos pocos no guardaban estricta correspondencia, y en esto nos basamos para suponer que el pétreo templo fuera más bien una construcción de los Caras, y de mayor antigüedad que las levantadas por los cuzqueños en nuestro suelo.

Las construcciones incásicas son de carácter uniforme. Humbolt halló en ellas tres signos bien definidos: sencillez, simetría y solidez. He aquí toda la expresión arquitectónica de su mundo sicológico y de su concepción estética. ¿Reunía estas características el templo erigido en los tiempos gentiles, en las orillas del lago Chicapán? Al parecer, sí reunía. Un monumento de forma circular, de paredes llanas de piedra bru-

ta, labrada únicamente por un lado, es sencillo, de austera dignidad. No habla el sabio neogranadino de la existencia de columnas, cariátides, capiteles, molduras, arquivoltas, cúpulas, artesonados, nichos, ni de otros adornos arquitectónicos que, por cierto, entonces no se conocían ni en Quito ni en el Cuzco. Además, al tenor de las referencias, el templo demuestra tener dimensiones proporcionadas: a 46 pies de diámetro, la pared conservaba una altura de 14 pies, habiendo sido, con toda seguridad, más esbelta, pues la observación de Caldas sobreviene cuando ya el proceso de demolición había, fatalmente, comenzado. El muro de 4 pies de espesor, para el edificio pío de las dimensiones señaladas, en el que los bloques se habían asentado con un mortero, y quizá también haciendo uso de la plomada, no puede menos de darle una solidez extraordinaria.

Sin embargo, la coincidencia de estos signos no constituye base suficiente para afirmar, en forma rotunda, que el templo fuera obra de los antiguos peruanos. El análisis debe considerar en forma amplia el material empleado y la técnica, a través de los cuales halla expresión la sensibilidad artística del pueblo constructor. En el Perú y en Quito, en los siglos inmediatamente anteriores a la conquista, se levantaban fábricas monumentales de adobe poliédrico y de piedra tosca o pulida. De adobe se erigió el tem-

plo de Puntachil, en Cayambe, monumento que se atribuye a los Incas. En el templo de la comprensión de Otavalo, erigido en un paraje provisto de canteras, de agua fresca, en el que el hombre goza de un clima saludable y de un horizonte de perturbadora belleza, el material de construcción es noble y firme, la piedra, labrada solamente por una cara. El ajuste de los cantos es perfecto. Muchas obras arquitectónicas cuzqueñas presentan esta característica, en andenes, zócalos y murallas. De piedra labrada, asímismo por una cara, con esmerado cuidado, se levantaron templos y fortalezas. Las ruinas que hasta ahora se conservan en el Perú, con justificada veneración, particularmente las de la capital del Incario, de Ollantay y de Machu Picchu, ciudad cumbral, de la que en muchos siglos no se tuvo la menor noticia, dan testimonio fehaciente de cuanto llevamos dicho.

Los Cronistas de Indias, los arqueólogos y millones de turistas que se han recreado en la contemplación de los más antiguos monumentos peruanos, dícennos que los grandes templos no fueron de planta circular. El de Huiracocha de Cacha, tenía forma rectangular, con cubierta a dos vertientes; el de Coricancha, suntuoso templo del Sol, en el Cuzco, el más afamado de todos, de herradura; las imponentes ruinas del templo de Machu Picchu tiene un trazo semicircular. Sin embargo, en el período epigonal

del Imperio se adoptó la forma circular, y desde mucho antes se conoció la falsa bóveda, caracterizada por el desplome de sucesivas hiladas de piedra, signo que llevaba la casa dedicada al culto religioso, a orillas de la laguna.

Por cuanto llevamos dicho, muchos elementos estructurales afines con los peruanos se advierten en la edificación que fuera destruída, a principios del siglo pasado, por la mano del hombre, y no por obra del tiempo ni por acción violenta de la naturaleza. Sin embargo, unos pocos no guardaban estricta correspondencia con los módulos clásicos foráneos. Así, las paredes habían sido trazadas a plomo, y no, únicamente, al ojo del alarife, por entrenado que fuese. En las construcciones incásicas los muros no son perpendiculares sino ligeramente inclinados hacia dentro, de modo que la superficie de la base es mayor que la correspondiente al nivel superior. Al parecer, los Incas no conocieron el uso de la plomada.

Las jambas del edificio de la laguna se erigieron verticalmente, en forma que el dintel y el umbral eran de la misma anchura. En las construcciones incásicas la base de la puerta es más ancha que la abertura del dintel, de modo que el vano tiene forma trapezoidal.

Otros rasgos diferenciales son la altura del vano, chata en los edificios de los shirys y algo esbelta en los de los quechuas.

Una última consideración creemos del caso consignar. Se refiere al mortero con que asentaban las piedras. Este mortero, según Caldas, no aglutinó entre sus elementos la cal. ¿De qué materiales elaboraban los constructores aborígenes la argamasa que, a veces, empleaban en la plástica de sus edificios? No sabemos, a ciencia cierta. Parece que conocían un aglutinamiento que se perdió con la conquista española. El análisis de laboratorio hecho con material de piedras cementadas, precolombinas, del área caranqui, descubiertas en tolas, establece la existencia de partículas de arena y de varias rocas, cuyo elemento de compactación, aún no bien establecido, se supone es una melaza.

Los palacios y moradas que los Incas levantaron en Caranqui fueron hechos de «grandes piedras galanas y muy sutilmente asentadas, sin mezcla, que es no poco de ver» en la penetrante observación de Cieza.

El templo de la laguna parece haber sido edificado con esmero. Sus trazos revelan una modesta perfección arquitectónica que supieron darle los alarifes autóctonos, y no los cuzqueños, según nuestra presunción. No podía tener características estructurales inferiores, habida cuenta del sitio acertadamente escogido para su erección: el más bello paraje andino del Ecuador, donde se conciertan, en hechiceros matices, la luz y el color azul del cielo y del agua

con la deliciosa suavidad y pastoril dulzura de los campos circundantes.

TEMPLO DE CAYAMBE.- Hemos reparado ya en las características arquitecturales del templo de Cayambe, al tenor de la referencia de los científicos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, transcrita en este capítulo, de «Noticias secretas de América», en que corre inserta. Réstanos tan sólo indicar la conformación del lugar arqueológico, denominado Puntachil, en donde se levantó el templo, en el corazón de un valle de extraordinarios rasgos geográficos, por lo dilatado de él, por la regularidad de la superficie tan contrastada con los mil repliegues de las cordilleras y nudos andinos, por el verdor de sus dehesas naturales o cultivadas, y, singularmente, por lucir en el flanco oriental el espectáculo maravilloso del Cayambe, cubierto de inmensos estratos de nieve, que tanto cautivan la atención del hombre.

Los indígenas bien enterados de ciertos particulares de la naturaleza, admiradores de la soledad de las alturas y en particular de la entrañable sugestión que ofrece la nieve acumulada en caprichosas formas en la inmensidad de la montaña, para apreciar a ésta y venerar al sol que asoma precisamente por ese lado, como a deidad inefable, benigna y poderosa, levantaron un templo en Puntachil, aprovechando la subestructura de la más grande de sus tolas. Estas

y aquél fueron construídos, indudablemente, por los Caras, debiendo deshecharse la tesis de que el edificio religioso fuera obra de los Incas.

El montículo base del templo cubre una superficie de 110 m. de largo por 70 m. de ancho y tiene 20 m. de altura; por sus dimensiones, domina en un conjunto de cuatro tolas contiguas, situadas como igual número de puntas de una estrella, conformando con sus terrazas un anfiteatro. Hacia el levante, despegadas, hay también otras tolas, en un espacio bastante amplio denominado Puntachil.

La tola que sirviera de base del templo fué explorada hace más de diez años por un extranjero de apellido Puchs, en colaboración con varios vecinos de Cayambe. Estos hicieron un corte horizontal de más o menos 40 m. de longitud y un vertical de unos 15 m., con la idea de llegar con el primero, de lado a lado, y con el segundo, de alcanzar a la base, pero fueron frustrados porque la tola, afectada por los dos cortes, se agrietó y resquebrajó tanto que los operarios no pudieron sostener el peso de la enorme estructura con andamios y puntales, razón determinante del abandono de la empresa.

Por cierto que la exploración no constituyó un fracaso total; Puchs, persona instruída, tomó nota de la conformación arquitectónica de la tola, hizo mediciones, levantó planos, fotografió detalles importantes, sacó dibujos de las ca-

pas con indicación de su contenido cultural, analizó los restos óseos, reparando en la estructura de los huesos y la condición de los dientes para apreciar la edad de las personas allí sepultadas; entre otras novedades halló un cráneo que conservaba la totalidad de las piezas dentales, pero cada una de éstas tenía completamente destruída la corona, por desgaste, lo que permite suponer que el individuo a quien correspondía el cráneo había fallecido de más de cien años.

En el nivel superior encontró, revueltos en tierra vegetal, fragmentos de cerámica, luego hiladas de bloquecitos de cangagua, de igual espesor, más o menos isoédrica, lo que indica cierto perfeccionamiento técnico para formar el paño de los muros; bajo las capas de cangagua aparecieron muchos sepulcros, a juzgar por la profusión de huesos humanos enclaustrados en hornacinas; en el nivel inferior del tramo descubierto hubo abundante ceniza vegetal. A 7½ u 8 m. de profundidad dióse con la boca de una gran chimenea, de 12 m. de diámetro y 4 m. de profundidad; tenía las paredes recubiertas de una gran capa de hollín y apareció bastante ceniza en la base. Explorada ésta, a 1 m. de profundidad, poco más o menos, se encontraron varios fragmentos de patenas de cobre, de unos 0,20 m. de diámetro, con protuberancias y perforaciones circulares.

Mucho quedó por reconocerse de la tola de

esta referencia, cuyo perímetro hemos recorrido varias veces, habiendo constatado, por la revelación de los cortes que se han hecho, la existencia de hileras de cangagua superpuestas de modo semejante a las sillerías poligonales y la incrustación de millares de fragmentos de cerámica y obsidiana. El cuerpo de la tola de Puntachil muestra actualmente taludes, zanjas y tapias de factura moderna. Cuando su núcleo sea desvelado por la Arqueología entregará abundante información sobre el grado de cultura alcanzado por sus constructores.

TEMPLO DEL QUINCHE.- No lejos del templo cristiano que concentra tanta vida espiritual, se hallan el emplazamiento y los vestigios del que los Caras erigieron al Sol, en la población del Quinche, cercana, también por el sur, como la de Cayambe, al Norte, de la línea equinoccial. Como bien anota Don Carlos Manuel Larrea, todo el territorio cruzado por la referida línea «debió ser un centro de atracción para los pueblos heliólatras, y bien sabido es que el culto del Sol era practicado por la mayor parte de las gentes que habitaron en tiempos prehistóricos esta región del mundo» (1).

Humildes son estas ruinas y casi anónimas;

---

1) Carlos Manuel Larrea. «El misterio de las llamadas Sillas de Piedra de Manabí.- Boletín de la Academia Nacional de Historia- Nº 90 -Quito.

el templo del que constituyeron la base no tiene historia famosa. Debía de haber sido de los de tercer orden, según la clasificación que por el volumen de la fábrica o suma de edificios y por las riquezas que guardaban, hizo el P. Velasco. «Los de tercer orden – dice – que eran muchísimos en los pueblos particulares de las Provincias, nunca tuvieron nombre ni fama por arquitectura ni por riqueza (1). En cuanto a ésta, la que halló Benalcázar en el Quinche, al realizar su primera exploración al norte de Quito, no fué del volumen que ambicionaba, por haberse limitado, según el Cronista Antonio de Herrera y Tordesillas (2) a diez cántaros de plata y dos de oro de subida ley, dato éste del Cronista que alza González Suárez al nivel de testimonio histórico.

PLAZAS DE ARMAS Y PUCARAES.- Acumuladores de grandes cantidades de tierra, con la que formaban montículos destinados para distintos usos, los Caras construyeron también Plazas de Armas aplicando este mismo recurso. La mayor de todas, según el Padre Velasco, construída en la provincia de Otavalo por los primeros Shirys, se hallaba en Atuntaqui, lugar central, amplio y de hermoso horizonte, como

---

1) Op. citada.

2) «Historia General de los hechos de los Castellanos en las Indias y tierra firme del Mar Océano».

para que fuera punto de convergencia de las fuerzas imbayas correspondientes a las circunscripciones o distritos de Otavalo, Cusín, Cotacachi, Caranqui, Pimampiro y del propio Atuntaqui, más las que eventualmente podían llegar, como en efecto llegaron, para consagrarse con la solemnidad del heroísmo y la muerte, frente a los invasores cuzqueños y a los de todo el Tahuantinsuyo, procedentes de Cochasquí, Pesillo, Cayambe, el Quinche, etc., por el Sur, y de los Pastos que ocupaban la actual provincia del Carchi, por el Norte.

La Plaza de Armas de Atuntaqui, por sus dimensiones, era muy grande, tanto que podían hallar cabida de cinco a seis mil hombres; por su forma, cuadrangular; tenía dos terraplenes de acceso, a modo de rampas, y escalas levadizas, con algún artificio para nosotros desconocido, a la superficie cimera, que parece no tuvo compartimientos, como que fuera una réplica de la llanura en la que se le erigiera.

La referencia del jesuíta riobambeño lleva ese sentido suyo propio de relievar las calidades de las cosas, y que nosotros acentuamos: la Plaza de Armas de Atuntaqui fué la mayor de cuantas tuvo el Reino de Quito. Esta Plaza constituye una demostración evidente de la energía material de la nación Cara, cuyo pasado esplendoroso en determinados aspectos, aún no es suficientemente conocido.

Los pucaráes son fortalezas construídas por los Incas. Entre otros Cronistas Cieza de León confirma este hecho, lo mismo que la edificación de aposentos reales contiguos, para que allí permaneciesen, en actitud vigilante, capitanes y gobernadores.

Sobre el empleo de los pucaráes como lugares de resguardo o atrincheramiento de tropas, el mismo Cieza, tan docto como bien informado, nos habla en forma sugestiva: «Y los de Otavalo, Cayambi, Cochasquí, Pifo con otros pueblos, habían hecho liga todos juntos y con otros muchos, de no dejarse sojuzgar del Inca, sino antes morir que perder la libertad y que en sus tierras se hiciesen casas fuertes, y ellos ser obligados de trabajar con sus presentes ir al Cuzco, tierra tan lejos como habían oído. Y hablando entre ellos esto, y tenido sus consideraciones, aguardaron a el Inca, que sabían que venía a darles guerra; el cual con los suyos anduvo hasta la comarca destos, donde mandó hacer sus alambradas y cercas fuertes, que llaman pucaráes, donde mandó meter su gente y servicio. Envió mensajeros a aquellas gentes con grandes presentes, rogándoles que no le diesen guerra, porque él no quería sino paz con condiciones honestas, y que en él siempre hallarían favor como de padre, y que no quería tomalles nada, sino dalles de lo que traía. Mas estas palabras tan blandas aprovecharon poco porque la res-

puesta que le dieron fué, que luego de su tierra saliese, donde no, que por la fuerza le echaban della; y así, en escuadrones vinieron para el Inca, que muy enojado, había puesto su gente en campaña; y dieron los enemigos en él de tal manera, que se afirma, si no fuera por la fortaleza que para se guarecer se había hecho, lo llevaran y de todo punto lo rompieran; más, conociendo el daño que recebía, se retiró lo mejor que pudo al pucará, donde todos se metieron los que en el campo no quedaron muertos, o en poder de los enemigos, presos.»

Entre las dificultades y vicisitudes que ha tenido que afrontar el hombre en el decurso de los tiempos se cuenta la defensa de la vida ante la agresión a mano armada, para cuyo efecto y una vez que alcanzara cierto nivel de desarrollo, ha venido adoptando determinados arbitrios estratégicos, entre los cuales, refiriéndonos a los naturales americanos, señaladamente mencionamos las fortalezas.

Las plazas fuertes o albarradas de los Caras y los pucaráes de los Incas cumplen esta finalidad, en un grado mayor o menor de eficacia, según la característica y la disposición de los elementos empleados para garantizar el resguardo de las tropas.

Cuando los Incas, que habían hecho de la guerra una ley de su naturaleza, lanzaron su ardor belicista contra nuestros aborígenes, ora

a las órdenes de Túpac-Yupanqui, ora a las de Guayna-Cápac, con el designio de someter a su mando a todos los pueblos que componían el Reino de Quito, creyeron muy del caso sembrar de pucaráes el actual territorio ecuatoriano, los erigieron de preferencia en las gargantas de nudos y cordilleras, y en los collados de difícil acceso que tuvieran vista a distintos frentes.

Las defensas por lo común formaban un sistema y el construirlas demandaba mucha aplicación y trabajo esforzado. Taludes, varias hileras de zanjas y de cercados y muros y puertas de encierro, troneras para el escape y túneles para recibir refuerzos y abastecimientos, constituían los pucaráes, hacia donde se replegaban los combatientes, en los momentos de aprieto. Huayna-Cápac salvó su vida, luego de haber hecho acto de presencia, en fuerza de circunstancias, en una zona de inmediato peligro, al verse acometido por un ataque armado, frontal, de los bravos milicianos de la Confederación del Norte, quienes no pudiendo destruir todas las líneas de defensa del Pucará, antes de que llegaran refuerzos al Inca, por lo menos le obligaron a retroceder desesperadamente y a mantenerse en vigilia durante varios días y noches consecutivos.

Las fortalezas más conocidas son las que miran a la laguna de San Pablo entre la vertiente lacustre, en su flanco occidental, y el valle de

Otavalo, y la de Yaguarcocha, del lado norte, hacia la garganta de Aloburo. La primeramente nombrada es visible desde todo el perímetro del lago y zonas inmediatas. Sin intención interpretativa forzada, sino sencilla y lógica, bien puede afirmarse, a juzgar por la acertada ubicación y la estructura aún visible de la terraza en que remata este complejo arquitectónico, que no debió de haberse empleado solamente con finalidades castrenses sino para que en ella se cumplieran ceremonias religiosas con participación de millares de personas.

Los sitios señalados para las concentraciones religiosas son muchos en esta provincia y se los reconoce por algunas peculiaridades o caracteres de evidencia: en unos casos lo dilatado del horizonte o su belleza sugestiva; en ótros, la voz humana hecha murmullo, canto o grito, devuelta nítidamente en el eco; aquí, el paraje austero, propicio al recogimiento y la meditación; allá, un gustoso e idílico remanso, que mueve a gustar estéticamente de la naturaleza y las mil cosas creadas, siempre y cuando al rastro físico que aspiran a enmarcar las características apuntadas, siga la constatación de la costumbre aborigen de llevar presentes a los dioses, según viejos ritos totémicos, o a los símbolos que los representan. El lechero plantado en la cima del Pucará de la laguna, alrededor del cual los indígenas colocan sus ofrendas, es tes-

timonio elocuente de lo que sobre este particular llevamos dicho.

En lo alto de las tierras comunales de la parcialidad indígena de Agato por donde se abre entre los contrafuertes del Imbabura una grieta profunda, hay un sitio consagrado a ceremonias religiosas, que se cumplen al pie de una piedra lisa, enorme.

LAS TOLAS.- Un recorrido por la provincia de Imbabura permite al observador conocer la existencia de un sinnúmero de montículos, de forma y dimensiones variadas, distribuídos a lo largo y ancho de la circunscripción, aún en zonas hoy deshabitadas y recubiertas por espesas selvas, que indudablemente fueron pobladas miles de años antes de que aparecieran por aquí los colonizadores españoles.

Esta simple observación demuestra en forma evidente el poblamiento humano de todo el cuerpo territorial de la provincia en el período prehistórico, debiendo haber sido bastante dilado el tiempo en que señorearon aquí los constructores de estos montículos conocidos en las lenguas vernáculas Cayapa y Colorado con el nombre de tolas.

Las tolas constituyen una fuente viva de enseñanzas: allí se encuentran restos humanos con los que discurre la antropología física; allí, los cacharros con que cuenta de modo casi seguro la cronología, para establecer épocas y períodos;

allí, los vestidos o por lo menos, sus despojos, las prendas de adorno, la quincallería ingenua y primitiva, las joyas de valor, los instrumentos musicales, las armas, los objetos empleados en las ceremonias mágicas o religiosas, los testimonios fehacientes de las costumbres funerarias de nuestros aborígenes. Cada tola – sepulcro es un emporio de vida levantado paradójicamente en torno de la ceniza helada de los muertos.

Las tolas del área imbabureña han sido exploradas en mínima parte, por González Suárez, Rivet, Verneau, Jijón y Caamaño, Max Uhle y Udo Oberem, este último, en la zona de Cochasquí, comprendida en la misma provincia etnológica. La exploración de un número mayor de los montículos y el levantamiento del inventario estratigráfico de su contenido cultural, entregarían un valioso bagaje de conocimientos a quienes se dedicaran a tan importante tarea, en una región virtualmente sembrada de este tipo de construcciones.

El tesoro arqueológico guardado en el subsuelo de Imbabura está casi intacto: por todas partes aparecen urnas sepulcrales; no se hace una excavación en que no se encuentren restos humanos entremezclados con el ajuar que acompañaba a los indígenas en el viaje al más allá. Y por lo que a las tolas se refiere, basta echar una mirada por el horizonte de esta provincia para constatar su presencia, unas veces aisladas

entre sí; ótras, formando hileras rectas o curvas, y las más en grupos arreglados con cierto ordenamiento. En todo caso, las tolas constituyen zonas de luz que aclaran el misterio de la vida de los pueblos que las erigieron.

Tan grande es la cantidad de tolas que casi no hay lugar en que éstas no aparezcan. Solamente en la hacienda de Pinsaquí y su anexa denominada Chichabo, al N de Otavalo, hay más de cincuenta; en Caranqui, donde sufren el asedio de los buscadores de tesoros, quedan algunas, si bien no puede saberse cuántas habían habido; en Cochicaranqui, al SSE de Ibarra, un número muy alto; en Zuleta, sobre una explanada cuya altitud es más o menos de 3.000 m., cerca de un centenar; en Pesillo, la Chimba, Muyurco, en las cercanías del nevado Cayambe; en Cochasquí, Cusín, la Compañía de Cotacachi, en las llanadas de San Martín y de Asama; en todo el magnífico valle de Atuntaqui, en donde denuncian su prosapia insigne las más altas y hermosas colinas artificiales; en la zona de Pimampiro y los territorios aledaños; en Mariano Acosta y su circunscripción; en Imantag, Quitumba y El Hospital; en Urcuquí y las haciendas aledañas, entre las cuales debe mencionarse especialmente, a San José, donde al conjuro de las investigaciones de un sabio se overon, si se nos permite la imagen, las voces claras de siglos remotos, en la diversidad de informaciones que toma

la ciencia; en todo el flanco inferior y medio de la cordillera Occidental, por los alrededores de Cahuasquí, Pablo Arenas y Buenos Aires hasta los dilatados páramos de Piñán; y todavía con mayor profusión en la vertiente trasandina de la provincia, por el cañón del Asabí y sus afluentes, del río de Intag con sus tributarios, y del Lita con los suyos.

Un resplandor de alba se desprende de estos montículos: no hay duda, con procedencia del mar por allí entraron en el altiplano, hace varios siglos, los constructores de tolas, habiéndose detenido mucho tiempo en la selva, tanto que solamente en la orilla izquierda del Llurimagua o río Grande de Intag, esto es, en la zona de Selva Alegre y Vacas Galindo, dejaron más de cuatro mil de estas eminencias. En la margen opuesta del mismo río, grandes masas de operarios trabajaron, según puede colegirse, con afán denodado, propio de quienes empleaban todo su tiempo en estos menesteres, como que su esfuerzo comportó el levantamiento de millares de montículos.

Las tolas no son amontonamientos informes de tierra, levantados, como quizá pudiera suponerse, sin disposición alguna, sino estructuras que, no obstante su elementalidad, demuestran diferente composición, ya por los materiales empleados, ya por su acomodamiento, además de que tienen distintas formas geométricas y volu-

men desigual. Varía la estructura interna según el uso para el cual se las destinó, y, en cuanto a la forma, se las ha clasificado así:

a) Construcciones como el templo del Quinche, conformadas por un arriate o terraza de 3 m. de alto, por término medio, en cuyo centro se levanta el edificio propiamente dicho; desde éste se aprecia una amplia excavación en contorno, que remata en dos taludes; varios muros y tapias cortan o cierran la superficie, dividiéndola en tres patios, uno de los cuales tiene 220 m. de largo por 56 de ancho, mientras el muro de mayores dimensiones mide 280 m. de longitud, 15 de alto, 30 de espesor en la base y 10 en la parte superior; este muro declina suavemente, 40 m. adelante hacia el N, en forma de rampa;

b) Construcciones del tipo del templo de Cayambe, por nosotros descrito en el capítulo respectivo;

c) Montículos como el de Pailatola, en forma de T, en Atuntaqui;

d) Tolas con rampa como la gigantesca de Zuleta y muchas de Cochasquí;

e) Con doble rampa, de las cuales se conoce solamente una, en Cochasquí;

f) Tolas – terrazas, de estructura semejante a una ubicada en la hacienda «El Hospital», en Urcuquí, de 200 m. de largo, 5 de ancho en la base y 2 de altura;

g) Elípticas;



CROZCOTOLA

Hermosa colina artificial ubicada en Andrade Marín. Se la conoce tradicionalmente como la tumba de Cacha, Rey de Quito.


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1681
QUITO

h) Piramidales, éstas son numerosísimas,
i) Tolas que ocupan áreas circulares, de curvatura semiesférica, las más abundantes en todos los lugares de la región.

La mayor parte de las tolas que aún existen conservan intacta su forma: no han sido desfiguradas. Algunas, las de poca altura, semejantes a terrazas, pasan inadvertidas, por creerse se trata de formaciones naturales.

Para preservar las tolas de las profanaciones y de la demolición sería conveniente organizar una Junta de Monumentos Nacionales, en esta provincia, con filiales en cada cantón, que recibirían el encargo de levantar inmediatamente un inventario de las mismas con la respectiva clasificación.

Las tolas constituyen monumentos de vetustez augusta; algunas son de ciclópea grandeza (1) y aunque no tienen ningún signo arquitectónico apreciable, que pudiera indicar buen gusto o delicadeza de artífices, sin embargo, son valio-

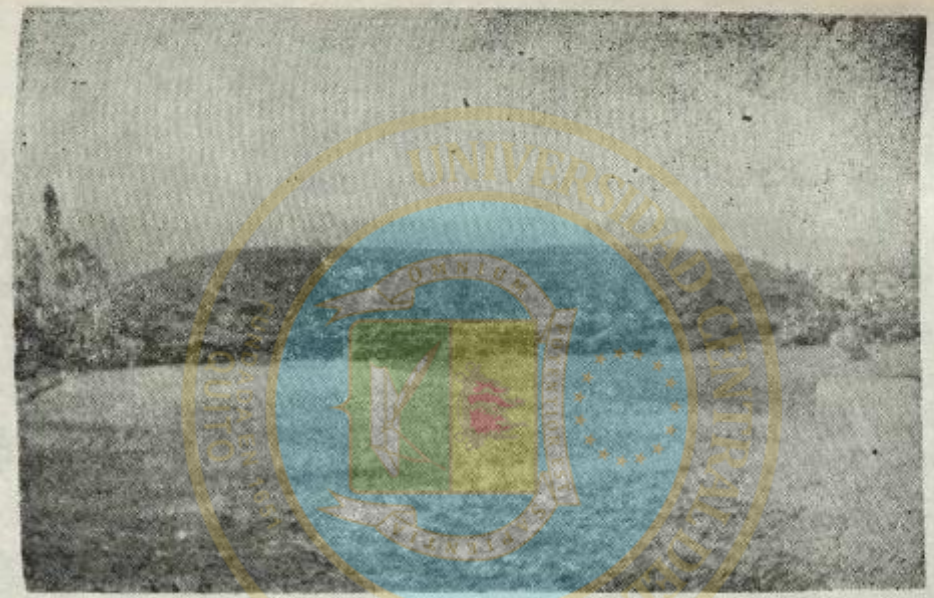
---

1) Orozcotola se levanta a 40 m. de altura; 150 de largo el lado mayor de la base, 120 el menor, 97 y 75 los lados de la plataforma superior; Pupotola, 30 m. de altura; las otras medidas son: 120 y 110, 75 y 70, respectivamente: la de Zuleta, de forma de pirámide truncada, tiene 30 m. de altura, 90 de lado en la base y 45 en la plataforma. Proyecta, además, una rampa de 40 m. de largo y 30 de ancho en la base. Datos de Jijón y Caamaño.

sísimas en cuanto contienen como cofres casi intacto el caudal histórico-arqueológico del pueblo imbabureño durante un amplísimo período de su vida.

¿Quiénes edificaron las tolas? Los que conformaron un pueblo dominado por un formidable alarde de trabajo, por un gran fervor constructivo, aunque de visión restringida, que ceñían las obras a un criterio monocorde, sin mayor diferenciación en las ideas ni en las estructuras, por lo cual se parece tanto una tola a otra tola. Con esto decimos que las tolas son semejantes unas a otras, pero, realmente, no son iguales. Las hay ideadas como adoratorios; ótras, como monumentos funerarios, que contienen muchas celdas sepulcrales; varias de ellas, recubiertas por coronas de piedra en niveles escalonados, muestran diferentes etapas de construcción y ocupación; las hay que son única y exclusivamente amontonamientos de tierra para que sirvieran de base de edificios de rústica sencillez, oscuros, incómodos, primarios. En la arquitectura de la vivienda aborigen lo postcolombino no ha adelantado, significativamente, a lo precolombino, a pesar de la influencia foránea y del notable desarrollo de las artes de la construcción.

Los grupos de tolas que se complementan con escalinatas labradas con bloquecitos de cangagua parecen ser adoratorios, como los de Cochasquí; sobre un grupo debidamente escalona-



PAILATOLA

Para la glorificación inmensa de los héroes, los Caras erigieron en Atuntaqui este túmulo, que constituye una parte del testimonio que ha quedado de su cultura.


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

do de estos montículos, que demuestra, como tantos otros, la inconmensurable paciencia de nuestros indígenas, se levantaba, en el valle de Otavalo, la prehistórica población de Saranci, cuyo nombre se cambió por el que llevaba toda la comarca, iniciado ya el período colonial. Las tolas de Saranci han sido en parte demolidas, y servían, a la vez, de moradas y de tumbas sobre las cuales se cerraba la piedra para cubrir los despojos, según observación de las urnas funerarias descubiertas a nuestra vista en dos de ellas.

Montículos artificiales prehistóricos existen, a más de los que hallamos en la provincia de Imbabura y en la zona norte y occidental de la de Pichincha, en las provincias de Esmeraldas y Manabí, en toda la cuenca del Guayas y en la provincia de El Oro.

El Padre Pedro I. Porras G. nos habla de la existencia de tolas de forma elipsoidal en el valle del Quijos, afluente del Napo, en la provincia de este nombre, y las define como «montículos artificiales, más o menos elevados, construidos por los primitivos ya con fines utilitarios (habitación, defensa, cultivos, etc.) ya como monumentos fúnebres o simplemente ceremoniales y mágicos» (1). Estas tolas aparecen, según el

1) «Contribución al estudio de la Arqueología e Historia de los valles Quijos y Misagualli (alto Napo) de la Región Oriental del Ecuador S. A.»

autor citado, junto a grandes terrazas megalíticas.

Fuera de nuestro país, en Guatemala, en territorios que ocupaban por la época de la conquista española los reinos de Quiché, Cachiquel y Tzutopil, estos últimos desmembrados de la antigua nación Quiché, cuyo origen maya y nahoa es incuestionable, existen túmulos artificiales que guardan huesos y trastos de toda clase de la primitiva industria indígena.

Podrían aumentarse las referencias de pueblos americanos que, por tener como los imbayas, el gusto común de levantar colinas, cubrieron muchos sitios del Continente con una sucesión ondulante de estas elevaciones, antes del arribo de los inmigrantes europeos, pero como no viene al propósito específico del presente estudio, vale más indicar que las primeras tolas imbayas fueron erigidas en el período llamado de Desarrollo Regional, al que se le atribuye una antigüedad comprendida, más o menos, entre los 500 años antes y 500 después de Cristo, cuando los pueblos que habitaban en lo q' hoy es el Ecuador, superadas las etapas Precerámica y del Formativo, conocían la agricultura, modelaban y esmaltaban el barro, eran ya lapidarios notables y habilísimos orfebres. Los hermosos artefactos de piedra esculpidos por desgaste hasta darla delicadísima suavidad, que se hallan en las tolas de Imbabura, y las prendas de oro, fun-

dido, repujado y en filigrana de las tolas de la Costa, como una de Balao, de la que obtuvo la mayor parte de las piezas que guarda el Museo del Oro, de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, avaluadas en más de dos millones de sucres, demuestran que la cultura de esta cita alcanzó un alto grado de desarrollo. Hasta mil años después, es decir, por el siglo XV de nuesta era, en la que concluyó el período de Integración, los imbayas seguían levantando tolas cual si cumplieran con una especie de liturgia del trabajo comunal. En el mencionado siglo, ante la mirada estupefacta de los Incas, para contrastar las adherencias forasteras con las obras originales, los Caras construyeron en el valle de Atuntaqui, las tolas más esbeltas y lozanas de la región, y en la más hermosa guardaron el corazón de un héroe.

PUENTES.- Cieza de León nos refiere haber visto en la Provincia de Quimbaya (Colombia) varios puentes hechos de «cañas atadas fuertemente en bejucos recios árboles que hay de una parte del río a otra». El de Brenuco, sobre el río Cauca, donde ya es caudaloso, era de la misma fábrica.

Este fue, por lo demás, el tipo común de puentes en regiones selvosas.

Los quillacingas empleaban maromas grandes para pasar los ríos, en la observación de Cieza, a quien también debemos la noticia de que

todos los ríos, que cruzan el territorio imbaya, en que estaban asentadas las poblaciones de Caranqui, Otavalo, Cochasquí, Guayllabamba y otras tenían sus puentes bien hechos, como que su construcción se debió al mismo pueblo que hizo «grandes edificios y muchas cosas que ver, por acortar escriptura, voy pasando por ello».

Décadas más tarde, en el mismo siglo XVI, el Padre Beneficiado de Pimampiro, Antonio de Borja, refiere que los aborígenes de ese sector nororiental de la Provincia habían construído sobre el río de Coangue – hoy río Chota –, cuatro puentes de cabuya, uno de ellos de más de cuarenta brazas de largo, y otro, si bien corto, tendido sobre un vórtice de más de trescientos estados. De la solidez de estas construcciones se hace lenguas, afirmando que son recias y anchas, con sus barrotes y varandillas de seguridad.

La cordelería tuvo amplio desarrollo en el Ecuador precolombino. La materia prima empleada comúnmente fué el algodón; a seguidas, la cabuya, y, en menor escala, la lana. La fibra de cabuya empleaban los pueblos antehispánicos de Imbabura en la confección de calzado, sogas, jáquimas, cabestros, cestillas, redes para cazar pájaros, hondas y mantas de vestir, estas últimas las llevaban a falta de las de algodón y lana. La referencia de la aplicación de cordeles y soguillas de cabuya en la armadura de puentes,

concretamente, en lo que corresponde a esta provincia étnica, no hemos hallado sino en la memoria escrita por el Padre Antonio de Borja.

En las interesantes relaciones de viaje que hacen los funcionarios de los corregimientos de Otavalo e Ibarra, que tuvieron activa y arrojada participación en la exploración y construcción del camino de Ibarra a la Mar del Sur, se habla varias veces de la existencia de puentes colgantes de bejuco, bien trabados a árboles gigantescos, así en el río Lita, afluente del Mira, como en otros que corren por la selvática región esmeraldeña. Para surcar ríos caudalosos, de corriente más o menos tranquila, los indígenas empleaban balsas.

Puentes colgantes, de factura similar a la imbaya, tendían los quechuas, aplicándolos en soportes de mampostería seca.

UBICACION DE LOS POBLADOS

Millares de cabañas repartidas en la campiña imbabureña daban albergue a la numerosa y activa población aborigen asentada en estos lares. Los imbayas formaron también poblados, esto es, concentraciones de viviendas en lugares convenientemente elegidos, por las facilidades q' brindaban para la provisión de agua, de leña y de alimentos. Entre éstos no se desestimaba la posibilidad de hallar en las inmediaciones del sitio elegido, caza abundante de varias especies.

Hace millares de años el boscaje brindaba al imbaya por doquiera sombra dulce y protectora. El murmullo de los manantiales debía de ser antes, más acentuado que ahora, en esta tierra paradisíaca. Por la frescura del ambiente, por el verdor indeleble de los campos, por la suprema bondad climatérica propicia a la vida del hombre y de los animales, cualquier lugar de la

risueña comarca era adecuado para la localización de pequeños o grandes poblados. Sin embargo, el sentimiento de seguridad ante el riesgo de sufrir ataques por sorpresa de los enemigos, inducía a los imbayas a levantar sus poblaciones en lugares prominentes, y por si esta precaución no fuera suficiente para garantizar la defensa corrían en su torno líneas de cercados o trincheras, que guardaban sorpresas a los invasores.

Una de las razones determinantes de la fundación española de Quito en el mismo lugar en que fuera reedificada por los Incas, después de la destrucción a que la sometió Rumiñahui, incendiándola, es que «allóse una fuerza allí de cercas hechas a mano de los naturales, para defensa de los indios de guerra, y así por esto como por haber muchos tambos y casas y muchas pallas y indias ofrecidas al sol», según cita de Jijón y Caamaño.

Dado lo sumarísimo de las construcciones, levantadas como palomares sobre collados naturales y artificiales, una población indiana debía de haber tenido el aspecto de un campamento.

Entre los pueblos imbayas de mayor desarrollo a la época de la conquista incásica, huelga señalar a Otavalo, Caranqui, Cochasquí, Atuntaqui, Cotacachi (1) Cayambe, Pimampiro. Su

1) Cotacachi, comarca de los indios «cotaczchis»,

vecindario conocía las industrias de la paz y de la guerra: los tejidos, la metalurgia, la agricultura, la plumajería, la cerámica, la armería. Para Cieza, el aposento de Otavalo había sido y seguía siendo, a la época en que lo visitó, muy principal. Caranqui y Cochasquí fueron aposentos reales; en el primero se asegura nació Atahualpa, según noticias que se suponen verídicas, confirmadas por la autoridad del Padre Velasco; en los palacios del segundo, entre templos y fortalezas, advino la última Reina de Quito, hija de Cacha Duchicela y de la bellísima Huallara, Pacha, esposa de Huayna – Cápac y madre de Atahualpa.

Cayambe era el foco de la industria lapidaria en tiempos prehistóricos: la arqueología señala tal centro como el más ricamente abastecido de artefactos líticos; Atuntaqui mantenía su señorío en la amplia llanura donde el rico grano de maíz, como en ningún otro paraje de esta región, rinde centenares de granos por uno, y en estado de sazón toma un hermoso tono amarillo de oro. Al centro de la espaciosa planicie de Atuntaqui, los Caras erigieron la mayor plaza de Armas que tuvieron los Reyes de Quito, según los

---

nombre vernáculo, según un documento «autógrafo de puño y letra del conquistador español Capitán Diego de Vacas», al tenor de la afirmación del notable músico y escritor señor Segundo Luis Moreno, en su obra intitulada "Cotacachi y su Comarca".

Cronistas de Indias y nuestro primer historiador. En el retirado levante, Pimampiro descollaba en la actividad comercial gracias a su cercanía al Oriente, inagotable en el abastecimiento de coca, oro, plumas de colores, productos de la farmacopea, etc., que atraían a lo largo del año constantes y copiosas caravanas mercantiles.

La ubicación de los caseríos indianos era más o menos la que actualmente tienen las poblaciones de su nombre, con excepción de Pimampiro que cambió de sitio, en bú-queda de horizonte más dilatado y mejor clima. En Otavalo, el trazo del asiento español hízose hacia el lado sur del lugar donde se levantaban los bohíos sarancis. Al nuevo centro fueron reducidas, cuando promediaba el siglo XVI, las poblaciones de Imbaquí, situada en la explanada de Agato, al pie del Imbabura, donde tradicionalmente ha habitado una de las comunidades indígenas de más noble abolengo, y Gualsaquí, a la orilla izquierda del río Blanco, en la meseta que desciende de los páramos de Muenala y Cambugán, en la contrapuesta dirección astronómica, con respecto a Agato.

Algunos poblados imbayas desaparecieron durante el período colonial, en el primer siglo de la dominación española. Tales son; los dos Quilcas, situados cerca de Lita, al occidente de Cahuasquí; dos pueblos llamados Lachas, (1) en

1) Transcribimos la referencia que sobre el pueblo

la cordillera de Chilluri, ramal que se desprende de la cordillera occidental, y se dirige al noroeste, siguiendo durante gran trecho una ruta paralela al río Mira, por su flanco izquierdo.

También estuvo a punto de desaparecer el pueblo de Lita; sin embargo, no se consumó el hecho, gracias a la intervención de Joan León de Avendaño, vecino de Ibarra, quién acometió la empresa de reducir a los aborígenes tanto de Lita como de Cahuasquí a los respectivos pueblos, habiendo confirmado, por el año de 1.609, la autoridad de Cacique y Gobernador de Lita en la persona de Alonso Gualapiango, cacique y señor principal de las tribus cayapas, lachas y malabas. Para ese entonces, la reducción de Lita contaba con unas mil quinientas almas.

Otros pueblos lamentablemente desaparecidos son los siguientes: Puratico, al que Cieza

---

de Lachas, da el sabio Caldas en una relación de su viaje a las Costas del Pacífico, entre Julio y Agosto de 1.803: El 25 (Julio de 1.803) partimos para Malbucho (situado de Cuajara hacia la montaña), pero a pesar de nuestros esfuerzos, apenas pudimos arribar a Pilchiguaico y hacer seis leguas y media de camino.. Al paso hemos visto las ruinas de Lachas. No queda otra cosa de este pueblo que algunos árboles frutales, que enseñan al viajero el lugar [en] que existió. Sus indios en pequeño número, se hallan dispersos a lo largo de las orillas del Mira; y semejantes al judío, pueden decir: no tenemos ni patria, ni templo, ni pastor»... «Ibarra y sus Provincias» por Juan de Dios Navas.

de León le llama Poritaco, cuya ubicación exacta se desconoce. Paz Ponce de León habla de esta población y dice hallarse situada al sur de Otavalo, a ocho leguas de distancia de este asiento y a cuatro de Quito. Por la vecindad a esta ciudad parece que se la deslindó del Corregimiento de Otavalo, al cual pertenecía, según la referencia del mismo ilustre Corregidor.

Tampoco sabemos donde estuvo ubicado el pueblo de Collaguazo, citado por Cieza de León, con referencia poca precisa, y también desaparecido.

Cochasquí, al sur de Tabacundo, se despobló rápidamente por acción del conquistador; sus vecinos tomaron asiento en los caseríos aledaños de Tocachi y Malchinguí. Tocachi se llamaba, probablemente, Toacachi, en la acertada observación del notable profesor e indigenista señor Reinaldo Murgueytio.

Coangue, situado en la región del Chota, cercano a Ambuquí y Pimampiro. Carlos Emilio Grijalva asevera que la desaparición de este pueblo debió de haberse producido por los años de 1571, cuando el Dr. Pedro Hinojosa le redujo a Pimampiro, a la vez que a otros tres pequeños caseríos.

Chapí, pueblecito de montaña, al oriente de Pimampiro; por su ubicación constituía un verdadero puerto de acceso a la ubérrima región de los quijos. Su despoblamiento se produjo en

los últimos decenios del siglo XVII.

Gualzaquí, en la terraza occidental que declina desde los páramos de Muenala y se abate en el río Blanco.

Cachambitze, mencionado en varios documentos coloniales, lamentablemente, sin determinar su ubicación.

Atzangaro, pueblo que probablemente estuvo situado en el valle de Guayllabamba, pues el Pbro. Docampo, en su «Relación y Descripción del Obispado de San Francisco de Quito», lo menciona conjuntamente con los pueblos de Puéllaro y Perucho, explicando que todos éstos quedan comprendidos en las cinco leguas de Quito.

De propósito hemos dejado a Imbaquí para mencionarlo al último. Población matriz de la etnia que ha poblado y animado en el decurso de milenios este santuario de belleza, Imbaquí, en la remota perspectiva del tiempo, constituye uno de los primeros focos culturales que establece el hombre en este ambiente, deteniendo su porfiada y arisca erranza, con ánimo de acariciarla, sembrarla y hacerla fructificar a voluntad. De allí irradiará una fracción de la ola humana a la provincia, la ganará y dominará completamente, arrebatando sus secretos, entendiendo el sutil significado de las cosas que aperan, con tanto primor, el escenario geográfico.

Una vez afirmada la población en el precioso solar, docilizado el fuego, iniciada la agri-

cultura, apare cen tímidos los albores artesanales, con el primer doblez del barro, con la primera trenza del blanco capullo del algodón, con la inicial fricción de la piedra que llevaba designios inteligentes de embellecerla.

Imbaquí debe de reconstruirse simbólicamente, allí donde estuvo hace milenios, en uno de los cuarteles de la falda arcádica del Imbabura, en Agato, por donde corre rumoroso y radiante de encanto el riachuelo de Peguche. No se necesita erigir todo un pueblo; importa tan sólo tener unas casitas símbolos, de paredes de vara en tierra, techado pajizo, suelo cubierto de hojas de totora a medio entretejer, varios maniquíes que representen hombres, mujeres y niños de una familia matriarcal, junto a un rústico fogón. Y en el suelo, tirados distraídamente, las primeras herramientas agrícolas, piedras, y manos de moler, pieles raspadas de venados, lobos, zorros, conejos; peines confeccionados de huesos planos, agujas de espinos, en fin, el elementalísimo y sumarísimo ajuar que utilizó el hombre en su amanecer cultural. En los alrededores de las viviendas, bosques y prados que demuestren el aliento poderoso de la naturaleza virginal andina, entre los 2.500 y los 3.000 m. de altitud. A los pies, el murmullo cantarino, dulce y ferviente del riachuelo en cuyas linfas aletean las garzas del lago imediato.

Nada más hemos podido averiguar con res-

pecto a la existencia y ubicación de pueblos en los tiempos prehistóricos. Las puntualizaciones literarias en esta materia son muy escasas. Las referencias de los historiadores de Indias, sucintas y muchas veces con francas equivocaciones; (1) los informes emitidos en las primeras décadas del coloniaje, sumarísimos; los archivos donde pudieran obtenerse citas de primera mano, descabalados. El Corregimiento de Otavalo debió haber tenido el más rico archivo colonial, en el norte de nuestro país, pero no tiene; los documentos notariales anteriores a 1.606, incompletos y todo, no se conservan en Otavalo, sino en Ibarra, por haberlos llevado, cual si hubiesen

---

1) El Inca Garcilazo de la Vega, quizá porque no llegó a conocer esta región sino por referencias, yerra al dar la ubicación de Otavalo, pues dice que Guayna-Cápac pasó adelante de Quito y llegó a otra provincia llamada Quillasinga; de allí a Pasto y de Pasto a Otavalo.

Sarmiento de Gamboa afirma que las fuerzas del Inca Guayna Cápac, antes de tomar por asalto la fortaleza de Caranqui, resolvieron conquistar los alrededores y así «entraron destrozando hasta Angasmayo y Otavalo», lo que permite creer a quienes no conocen la región que, en dirección sur – norte, y a partir de Quito, primeramente se encuentra el río Angasmayo – muy conocido por haber constituído el límite norte del Imperio Incásico, y luego se halla Otavalo.

Cieza también sufre equivocación al dar la ubicación de Cayambe con respecto a Otavalo, hacia el poniente.

sido de su propiedad, el notario D. Pedro Carvallo, a la época en que, presionado por el Cabildo de la Villa, fijó definitivamente su residencia en dicha población.

* * *

La arqueología no ha llegado a descubrir ruinas de ciudades en este territorio, tal vez porque no existieron mismo en ninguna época, o porque de haber habido algún conjunto apreciable de casas, de mayor significación que un pueblo, con tal o cual edificio de mejor ornamento, con tal o cual templo, quizá desaparecieron en tiempos inmemoriales. Sin embargo, dada la importancia de la región, por la variedad climática, la fertilidad del suelo, la abundancia de agua que brinda tanta facilidad para su aprovisionamiento, y a juzgar por el desarrollo alcanzado por las industrias lapidarias y del tejido; luego también, por las evidentes conexiones con las culturas centroamericanas y del sur de México, constructoras de ciudades, bien pueden hallarse bajo capas de tierra poblaciones, santuarios, centros ceremoniales de los que hasta el momento no tenemos ni la más nebulosa referencia.

TOPONIMOS Y ANTROPONIMOS

No es un capítulo de semántica referente a la lengua o lenguas habladas en lo que constituyó la provincia etnológica imbaya, antes de la venida de los Incas. Tal estudio lo iniciaron González Suárez, Otto von Buchwal y Carlos Emilio Grijalva, y lo ampliaron, magistralmente, Jijón y Caamaño en «El Ecuador Interandino y Occidental», Tomo I, y el Profesor Aquiles Pérez en su obra erudita «Quitus y Caras», de la colección «Llacta».

Los mencionados autores han investigado pacientemente en el árido campo de la filología; han reunido centenares de términos, voces o palabras que han quedado de las lenguas preincaicas que se hablaron en esta comarca y aunque la compilación no es completa, permite hacer ciertos análisis para conocer, relativamente siquiera, el genio de dichas lenguas en que ex-

presaron su pensamiento los pueblos que asentaron reales, hace miles de años, en la región tutelada por el Imbabura.

Explicable que en el estudio de la estructura material de las palabras de lenguas poco conocidas, aunque se realice con el auxilio de la filología comparada, no siempre haya un acuerdo total entre los tratadistas de la materia; por esta circunstancia, algún yerro en la interpretación que se deslizara en el trabajo de los maestros y en el de los compañeros de estudio, es rectificado de unos a otros, lamentando que no siempre se haya guardado la debida delicadeza entre quienes ennoblecieron su inteligencia a la misma luz de la investigación científica.

Los rastros que aún quedan de las lenguas desaparecidas se circunscriben a nombres de pueblos, sitios, lagos, fuentes, ríos y montañas; animales, árboles y plantas, y a centenares de antropónimos, muchos de los cuales, como también los topónimos, presumiblemente no son exactos, no se han conservado incontaminados, por su vulnerabilidad fonológica y morfológica.

Los nombres de lugar, y los apellidos que originalmente fueron nombres de familia o clanes y también totemísticos, cuando constituyen las únicas fuentes que han quedado para el estudio de una lengua, no permiten dilatar y menos aún profundizar su conocimiento; pero si aparte de estos elementos, aún se hablan di-

chas lenguas, así sea por grupos marginados de población, o se cuenta con vocabularios más completos, con genealogías y etimologías y gramáticas antiguas, con referencias acerca de la forma de composición, derivación y algún otro cambio funcional de las palabras, entonces el filólogo amplía el campo de su investigación, y bien puede hacer estudios de raigambre científica, como los de Jijón y Caamaño con respecto a las lenguas aborígenes del Ecuador.

Los toponimios y antroponimios vernáculos, al ser traducidos a una lengua moderna, esclarecen determinados episodios del acaecer histórico; constituyen una impronta del arribo y establecimiento de los pueblos o de su paso por una región; indican particularidades o características físicas de la misma; recuerdan nombres de personajes célebres, que de otro modo habrían sido olvidados; dan noticia de contactos e interinfluencia de clanes que hubieron de separarse luego, en el constante acomodamiento del hombre para vivir mejor, más seguro, en distintos lugares de la tierra.

* * *

Por la influencia del quechua, lengua de los Incas, conquistadores del Reino de Quito, allá por los últimos decenios del siglo XV, se desvirtuó primero y desapareció después la lengua hablada por los aborígenes de esta provin-

cia, a tal punto que, de no confinarse en los topónimos, habría desaparecido totalmente. Sin embargo, la misma toponimia sufrió mixtificaciones, ya por la sustitución con palabras quechuas de aquellas otras propias habladas por los primitivos aborígenes, cuyo repertorio es bastante apreciable, ya por el hibridismo bastardo, como en el caso de la laguna conocida actualmente con el nombre de San Pablo, primitivamente designada con el de Chicapán, palabra ésta de origen Páez, a la que los Incas le bautizaron con el de Imbacocha, tomando la raíz *imba* de la misma lengua Páez y la terminación *cocha* del Quechua.

Producida la conquista española se operan nuevas transformaciones de las palabras topónimas, por cambios fonéticos, u ocurren sustituciones de los nombres tradicionales por castellanos, fenómeno que redujo más aún el número de voces originarias de los idiomas Colorado, Cayapa, Páez, Aymará, Atacameño, Kuayker, Jíbaro, y del mismo Quechua, que dejaran su impronta, en mayor o menor proporción, en la nomenclatura indiana.

*
* *

En la base de todo vocabulario se hallan los nombres de las cosas. El reconocimiento de éstas por su denominación interesa a todos los grupos sociales de una comunidad. Los objetos

frecuentes o de uso corriente y los accidentes más bien marcados de la naturaleza, deben de haber sido, sin duda, los primeros en recibir sus nombres y en generalizarse en la lengua hablada por cada grupo étnico. El anhelo de entendimiento entre la gente a través de la palabra, es uno de los signos de la solidaridad que vincula a la especie humana. Los nombres entran así en el mecanismo del lenguaje, volviéndose muy pronto materia corriente por la facilidad conque se los adopta, ante la necesidad de identificar los objetos con su propia denominación.

Fijado un nombre, concretamente un topónimo, por lo común se lo respeta y perpetúa.

Del valor que tienen la mayoría de los topónimos de una región, por su antigüedad, nace el interés de conocerlos bien, analizarlos en forma sutil, delicada, científica, de estudiarlos por su origen y significación, y de recomendar a los pueblos, gobiernos, instituciones culturales, etc. que por ningún concepto los sustituyan con términos nuevos correspondientes a las lenguas modernas.

Por el reconocimiento de una sola letra, la L, en dos nombres propios, Ptolomeo y Cleopatra, grabados en sendos textos egipcios, en piedra, comenzó a desvelarse el misterio de los jeroglíficos, tras ingentes investigaciones que culminaron haciéndole hablar a la esfinge. De aquella época a nuestros días la lengua del Egipto

antiguo no guarda para la ciencia ningún secreto. Esta sumarísima referencia valga para encarecer el valor de los topónimos con su poder de evocación de los tiempos casi perdidos en las tinieblas de la prehistoria. El origen o genealogía de los topónimos y de los onomásticos constituye uno de los elementos conque se reconstruye la arquitectura de una lengua, así haya dejado de ser hablada hace mucho tiempo. Un sólo topónimo, no digamos una serie, puede constituir un rastro precioso para descubrir analogías lingüísticas que permiten ampliar los conocimientos, ya de carácter filológico, ya de otros órdenes científicos, hasta llegar a la dilucidación del origen de un pueblo, hasta conocer el grado de desarrollo de su cultura y civilización, la época en que demoró en un lugar determinado, las influencias recibidas y las que, a su vez, ejerciera con respecto a otros pueblos; en fin, si no se llegara a conocer la historia completa por lo menos se obtienen amplias referencias de su vida. Con razón Humboldt reconocía que «un nombre es muchas veces un monumento histórico, y el estudio anatómico de la etimología de las lenguas, desdeñado por ignorantes, es fecundo».

Ante esta consideración que nos penetra profundamente, recogemos en estas páginas finales las voces de nuestra toponimia, los elementos glotológicos que es lo único que va quedando de las viejas lenguas aborígenes del mun-

do imbaya que, no obstante constituir, como toda lengua, uno de los signos más nobles del espíritu humano, lamentablemente no conocieron la forma de expresión escrita.

Quien recorre esta provincia así no sea en misión antropológica, advierte de inmediato la existencia de muchos pueblos, caseríos, comunidades aborígenes y algunos accidentes geográficos, cuyo nombre lleva la terminal *quí*; vayan unos ejemplos:

Alchiquí	Ambuquí	Apaquí
Araqui	Cabuasquí	Calchiquí
Calpaquí	Calunquí	Caluquí
Caranqui	Cochasquí	Coñaquí
Cochicaranqui	Conraquí	Chiquí
Cuambaquí	Cuambuquí	Cumbaquí
Chunchuquí	Gualsaquí	Culchiquí
Guambaquí	Guataquí	Guaraquí
Gualaquí	Iltaquí	Guaranquí
Inraquí	Itaquí	Imbaquí
Mamaquí	Mataquí	Lulunquí
Parinbaquí	Pataquí	Patalquí
Pingolquí	Pinsaquí	Picalquí
Pixalquí	Puctaquí	Pitalquí
Puranquí	Pushiquí	Pucarquí
Tontaqui	Tuarriquí	Pulunquí
		Quinchuquí

Urcuquí, Usuquí, Yambaquí

La final *ki* (escríbese quí) proviene del Colorado, que se hablaba en Imbabura, entremez-

clado con el Cayapa y el Coayquer, inmediatamente antes de la invasión incásica. ¿Por qué palabra castellana se traduce el sobredicho monosílabo? Buchwald nos dice que las partículas *ki, ke, gi, ge,* indistintamente, significan pueblo, caserío, terreno, comunidad.

Jijón reconoce con mucha propiedad la sílaba *ki* como final del nombre de ayllos o clanes, y luego de rastrear su origen tanto en el Colorado como en el Cayapa y el Coayquer afirma que este segmento significa *hacer.*

Pérez lo traduce unas veces por *población,* del Cayapa, y otras por *hacer,* del Colorado. Cuando va articulado con sílabas o palabras generalmente apocopadas del Cayapa, significa *población,* y si se enlaza con dicciones o términos del Colorado, la traducción irreversible es *hacer.*

La variante de *ki* en *gue* y en *gui,* con pronunciación suave de la consonante *g,* se halla en unos pocos nombres imbabureños: Congue, Coangue, Tupiangue, Cayangui, Guaranguí, Malchinguí, etc.

Más numerosos son los topónimos cuyo final es el disílabo *buela.* Tan propio de la lengua Caranqui como el *quí,* se repite en voces como Natabuela, Imbabuela, Carabuela, Pangobuela. A más de las palabras generalmente conocidas por haber permanecido intactas a través de tantos clanes, culturas y generaciones que han pa-

sado en centenares y quizá en millares de años, en los documentos de archivo hay muchísimas con las que hemos perdido contacto, por no haberse mantenido el nombre primitivo de ciertas comunidades o accidentes de la naturaleza a los que se los aplicó para reconocerlos, para individualizarlos, diferenciándolos de otros.

A continuación recogemos en orden alfabético los topónimos registrados en los estudios de Jijón, Grijalva y Pérez:

Alambuela	Alobuela	Ajumbuela,
Amambuela	Ambuela	Anrabuela,
Arabuela	Archibuela	Cachibuela
Carabuela	Ciepuytubuela	Colimbuela
Comatabuela	Cuchimbuela	
Chaquipurobuela	Chaulabuela	Guambuela
Guañubuela	Guaramisicambuela	
Icaimbuela	Imbabuela	Itubuela
Lacchibuela	Mitababuela	Mollebuela
Mullibuela	Narchibuela	Natabuela
Nuntacpubuela	Nutubuela	Pachimbuela
Paltabuela	Pangobuela	Peribuela
Pichibuela	Pilchibuela	Pisitubuela
Puchaepacabuela	Puchambuela	Puchimbuela
Putumbuela	Quinchibuela	Quitobuela
Siepuitubuela	Tababuela	Tatabuela
Tubuela	Tumbibuela	Tutumbuela
Tutambuela	Ulloespisibuela	Utubuela
Yalambuela	Yamagigachubuela	Yumbuela.

De nuestras investigaciones de archivo hemos obtenido algunos otros:

Alcarrambuela Ashambuela Cicambuela
Monobuela Mumbuela
Mitabuela Perugachibuela Singubuela
Suigubuela Tumbibuela Yuechimbuela

Puela constituye una variante de *buela*, como se aprecia en:

Abisipuela Abisupuela Apuela
Carpuela Carpuelas Cuampuespulnopuela
Enchapuela Egadpuela Imbapuela
Ninguapuespulnopuela Pugarpuela
Pugadchugapuela Tutiambespuela
Yugaracpuela

Muchísimos otros topónimos terminados en buela y puela yacen olvidados en los legajos coloniales. Un registro de éstos, por un investigador, encontraría nuevas palabras conque se forme un cuerpo más completo que facilite el estudio de la toponimia regional.

¿Cuál es la traducción exacta de *buela*? No tiene razón Grijalva, que en otros análisis es tan sesudo y tan acertado, cuando afirma que el significado propio de esta palabra es el de «cauce natural de los riachuelos o ríos menores»; *buela* procede de la voz del idioma Colorado *wele*, con que se expresa *bosque*, y da idea de la relación existente entre las cosas y los nombres que las representan. Ya en otro capítulo del presente

estudio señalamos apreciativamente la gran extensión del boscaje en el territorio imbabureño; nosotros mismos alcanzamos a ver, por los años de nuestra infancia, cubiertas de bosques muchas tierras que hoy son campos de cultivo y que llevan nombres con la final *buela*, como Imbabuela, *bosque de los Imbas*, es decir, de la tribu fundadora o clan primigenio.

Grijalva indicó la significación de *buro* como altura geográfica, en el idioma imbabureño. También esta partícula final se repite en muchos nombres, como se puede apreciar en la nómina siguiente, que consulta voces ya estudiadas por los tratadistas mencionados y unas pocas que incluímos, por haber dado con ellas en los documentos coloniales de nuestra consulta:

Aloburo	Añaburo	Camburo
Camburo-pisci	Caraburo	Cayamburo
Colimburo	Cullaburo	Cuniburu
Cunimburo	Chachimburo	Gualimburo
Iraburo	Malchimburo	Michiburo
Mindaburo	Natsiburo	Paniburo
Payaburo	Piguburo	Pilchimburo
Pinamburo	Pinsiburo	Quituburo
Tambiburo	Urcachimburo	Utuburo
Yambaburu	Yamburo	

Hasta el siglo XVII todavía se la llamaba *Imbaburo* a la montaña central de esta provincia; el cambio de la *o* final por *a* corresponde a

los tiempos posteriores.

Cuando en la estructura de una palabra del idioma imbabureño se combina una raíz, que representa la individualidad o sustantividad de cada curso de agua con la sílaba *bi*, que la define como tal, por aplicarse si no a todos los ríos, por lo menos a la mayor parte de ellos, se tiene el nombre propio de cada uno. Algunos ríos conservan hasta ahora el que recibieron hace muchísimos siglos, cuando el hombre, impulsado por la curiosidad de conocer los elementos de la naturaleza en la que iba a vivir, identificaba con su nombre a los seres y las cosas de su comprensión.

Los riachuelos y los ríos de final *bi* que aún subsisten son los siguientes:

Ajabí	Alambi	Ambi
Asabí	Cachabí	Calabí
Cambi	Cubí	Curubí
Chimabí	Chinchibí	Chinchubí
Chorlabí	Chorlabí	Gualabí
Guambi	Irubí	Itambi
Jutsabí – che	Nangulbí	Pantabí
Pastabí	Perlabí	Piacusabí
Pichaví	Pitsambi – tse	Quitubí
Tumbi-bucho	Tumbi-bitse	Tungabi-che

En la provincia de Esmeralas algunos ríos llevan nombre terminado en *bi* o con la grafía *vi*:

Cachaví	Chillaví (estero)	Cuchiví

Chuchuví Palabí Piguambí Tulubí

En Colorado *pi* significa río y se antepone en algunos nombres de corrientes de agua, como Piganta, Pitura, Pitara, etc.

Con mucha frecuencia se halla en los topónimos y en los antropónimos del idioma Caranqui la partícula *chi*, ora como final, ora en posición intermedia, ora constituyendo la primera sílaba de las palabras. Del estudio de la estructura de éstas se deduce que unas veces entra en la composición de los términos independientemente, es decir, sin combinación con otra sílaba; pero en otras, pierde el carácter monosilábico por estructurar, juntándose a otra partícula, un disílabo, cuya colocación en el cuerpo de la palabra compuesta varía tanto como el monosílabo.

Chi, en Cayapa, significa *el árbol, la madera*; en Colorado, el pronombre posesivo *nuestro*; cuando proviene de *shi*, de este mismo idioma, tradúcese por *cosa larga y cilíndrica*; si del Cayapa, su significado es *quebrar*; si se lee *shũ era*, lo quebrado es cosa esférica; en la composición *chil*, del Cuayker, se traduce por *cielo*.

En el Vocabulario Cayapa compilado por el Instituto Lingüístico de Verano, se registran cincuenta voces diferentes cuya inicial es la partícula *chi*; y en el Colorado, en la compilación del mismo Instituto, cuarenta y seis. Menos fre-

cuente que la sílaba *cha* de este idioma, lo es, en cambio, más repetida en el Cayapa, y como de uno y otro vienen un gran número de voces al Caranqui, es explicable la frecuencia del uso y la variabilidad de la flexión que demuestra esta partícula en los topónimos y en los onomásticos imbabureños, como lo demuestran los cuadros que van a continuación:

Alagachi	Alchipichí	Ambabachi
Ayachachi	Cuchinchi	Cuvinchi
Chiche (i)	Chichi	Chinangachi
Chinchi-loma	Chitaloma	Guatachi
Itulcachi	Lalacachi	Lalchipichí
Mulagachi	Oyacachi	Oyagachi
Palagachi	Púragachi	Peguchi
Perugachi	Pianchichi	Pibarinchi
Puenalchi	Puruchi	Quinche (i)
Tocachi	(probablemente	Toacachi)
Tumanchi	Tumbibiche	Tupigachi
Tulcachi	Uragachi	

Chi, primera sílaba, en los siguientes nombres:

Chibiga	Chicaiza	Chicango
Chicapán	Chico	Chicota
Chichabo	Chichinto	Chilispi
Chilluri	Chimabí	Chimiloma
Chinangachi	Chiquí	Chiquín
Chiquisimba	Chisimbo	

Como sílaba intermedia bien puede decirse que son innúmeros los sustantivos que con

ésta se estructuran, y sólo a guisa de ejemplo citamos algunos:

Al*chi*quí	Ar*chi*bulo	Ar*chi*buela
Ca*chi*buro	Ca*chi*buela	Ca*chi*muel
Ca*chi*quí	Cul*chi*gacho	Cul*chi*quí
Lal*chi*pí	Lal*chi*pichu	Lan*chi*cuta
Mi*chi*buro	Nar*chi*buela	Na*chi*buro
Peguan*chi*la	Pil*chi*buela	Quin*chi*buela
Quin*chi*guango	Tal*chi*gacho	

Aparece también en los topónimos la sílaba *chi* conglutinada con las consonantes *m*, *n* y *c* que siguen al sonido vocal *i*, según se demuestra en el cuadro que va a continuación:

Cha*chim*biro	*Chim*ba	*Chim*baloma
*Chim*burlo	*Chin*quiltima	Lan*chim*ba
Nal*chim*baquín	Pu*chim*buela	Tuabun*chic*
Urga*chim*biro	Uya*chim*ba	

Formando sociedad con los topónimos, sobre los cuales omitimos mayores referencias, encuéntranse numerosos onomásticos en el idioma imbabureño, que asímismo dan su luz en el dintel, que de otro modo sería más oscuro, de la prehistoria ecuatoriana.

La necesidad de poner nombre a las personas es de aquellas que no admiten dilación. El nombre puede ser genérico o particular. Algunos nombres americanos revelan la ingenua y dulce poesía aborigen; otros tienen altas sig-

nificaciones; los hay que expresan ideas o principio de autoridad y mando, así como también son identificables con los que se aplican a las fuerzas de la naturaleza, a los animales, a las plantas y a los minerales; tal o cual nombre corresponde a los mitos, a las creaciones y fantasías del espíritu humano.

Como insinuante punto de apoyo para entrar en el estudio de los tiempos que pasaron, remontándose a la época misma en que, según las leyendas y tradiciones, se fundara, por decirlo así, nuestra nacionalidad, algunos apellidos aborígenes y ciertos nombres geográficos, de lugares, de ríos, de fuentes, de montañas de esta provincia, nos recuerdan sus orígenes, precisamente porque llevan el de la persona o personas que los han suscitado.

Viene así al caso recordar el nombre legendario de *Tumbe o Tumba*, cacique poblador de *Sumpa*, en la península de Santa Elena, y padre de dos hijos varones, *Quitumbe*, el mayor, y *Otoya*, el menor. *Quitumbe*, a la muerte de su padre, fundó en su memoria a *Tumbes*, y lo pobló. Más tarde, en busca de mejor estancia para él y sus súbditos, y temeroso de un posible ataque de unos gigantes que, al tenor de la leyenda, habían llegado a Sumpa, donde cometieron todo género de atrocidades, pasó a la isla Puná, un tanto seca y desértica, en la que no se avino a permanecer mucho tiempo, tomando entonces

rumbo al norte hasta la provincia de Esmeraldas, a esa altura de la costa cambió la dirección sur norte que había llevado por la de occidente a oriente, penetrando a un sector de la sierra, hermoso, fértil y acogedor, en las faldas levantinas del volcán Pichincha, donde plantó sus tiendas. Quedaba así fundada la ciudad de Quito.

Quito, para los ecuatorianos, es un nombre que tiene un valor de solemnidad y grandeza, equiparable a lo religioso. En la plenitud de su significación, Quito es el augusto símbolo de la ecuatorianidad. Hacia Quito polarizan y de allí irradian todos los valores de nuestra nacionalidad. Encarnación y célula vital de la Patria en la inocencia de su amanecer, hoy no es solamente el centro espiritual sino también el centro político y administrativo de la nación ecuatoriana. «La Provincia de Pichincha, dice el erudito historiador D. Carlos Manuel Larrea (1) «ha sido desde remotísimos tiempos, centro de atracción de emigraciones prehistóricas, crisol donde se han fundido primitivas oleadas humanas venidas de diversas regiones originarias y lugar donde se formó y floreció una interesante cultura vernácula, modificada hasta cierto punto por la invasión incásica y luego profundamente por la conquista española».

---

1) «La Cultura Incásica del Ecuador» – Instituto Panamericano de Geografía e Historia – México, D. F. 1.965

Colindando por el norte de la provincia de Pichincha está la de Imbabura. Las migraciones foráneas que llegaron a una de estas provincias evidentemente se extendieron a la ótra. Así se explica que algunos topónimos y antropónimos imbabureños apuntalen, como una raíz viva y firme, la hermosa tradición del quipocamayo Catari, recogida, entre otras, por el P. jesuita Anelio Oliva, sobre el origen de Quito, ciudad fundada por Quitumbe allá en los tiempos del período Formativo, hace unos 2.500 años, como enseña Jorge Salvador Lara. (1)

Los topónimos y antropónimos de esta referencia correspondientes a Imbabura no son muchos, pero en todo caso se registra un número mayor de voces en esta provincia que en Pichincha, como se aprecia en las compilaciones siguientes:

IMBABURA:

Quito, apellido aborigen; *Quitobuela*, lugar en Pimampiro; *Quitominango*, apellido aborigen; *Quitubí*, quebrada en Imantag; *Quituburo*, elevación en el Mojanda; *Quitugo*, lugar en Cotacachi; *Quitumba*, hacienda en Imantag; *Quitumbita*, hacienda en Imantag.

Los apellidos *Quitacama* y *Quitaimba* parece que alteran la vocal *o* por la vocal *a*, en

1) «Posibles referencias al Formativo en leyendas aborígenes» – «Humánitas»- Vol. VI – Quito 1.966

cuyo caso la raíz no es otra que *Quito*.

A continuación presentamos algunos nombres en que es evidente el empleo del onomástico *Tumba*, con una variante en *Tumbi* : *Aloquitumba*, apellido. Pedro Tasiguano, hijo de Pablo Tasiguano y de María *Aloquitumba*, fué bautizado en El Jordán de Otavalo el 13 de Abril de 1.806, habiendo sido Madrina Manuela Sánchez; *Tumbafara*, prominencia en Angochagua; *Tumbapuela*, lugar en Cotacachi; *Tumbatu*, sitio en Caguasquí; *Tumbatú*, tierras en San Gabriel (Carchi); *Tumbaturgo*, tierras de Conrogal; *Tumbaviro*, pueblo vecino al valle de Salinas; *Tumbibichi*, quebrada en Atuntaqui; *Tumbibichi*, quebrada en Cotacachi.

PICHINCHA :

Iñaquito, llanura situada en las goteras de Quito, del lado norte; *Quito*, ciudad capital del Ecuador; *Quitoloma*, pucará en Casicahua; *Quitu*, nombre del último monarca de la dinastía fundada por *Quitumbe*; *Quitu*, tribu prehistórica que sentó reales en la provincia de Pichincha y en la de Imbabura; *Quitumba*, apellido de Pifo; *Llaymaytumbi*, apellido de la provincia de Pichincha; *Suitumba*, apellido de Pichincha; *Tumbatú*, sitio de la misma provincia.

No se necesita una indagación crítica amplia para suponer, a través de la constatación del rastro lingüístico, que el movimiento migra-

torio al que se atribuye la paternidad de la fundación de la ciudad de Quito, se extendió en aquellos tiempos legendarios a la provincia de Imbabura, o pasó de ésta a la de Pichincha, luego de haber dejado testimonios irrecusables de su asentamiento en el suelo imbabureño. Quizá también pudo ocurrir un establecimiento simultáneo de fracciones del mismo clan, a su arribo a estas comarcas, en Imbabura y en Pichincha, lo cual bien pudo depender solamente de la potencialidad numérica de los recién venidos, entendido que en uno y otro flanco del Mojanda les era fácil encontrar los medios necesarios para la subsistencia.

Un estudio a fondo, de carácter antropológico comparativo, y el consiguiente análisis de carácter cultural, llevados adelante, con sutileza y objetividad, de los estratos sometidos a la investigación, quizá vendría a confirmar el lógico supuesto de imbas y quitus prehistóricos, estrechamente entrelazados por el doble vínculo de la tierra y de la sangre, allá en las primeras épocas de la nacionalidad, a juzgar por las reliquias que han quedado y que deben conservarse con viva veneración.

IMBAS, ANGOS Y QUILAGOS

En el período que antecedió inmediatamente a la conquista incaica, demoraba en el habitad tantas veces mencionado y meticulosamente demarcado en este estudio, un pueblo que levantaba tolas, para resguardar sepulcros, para dar bases de sustentación a sumarísimas viviendas de estructura liviana y tipo uniforme, para erigir adoratorios y puestos de observación sobre valles, mesetas y collados, en una época alejada ya de la cruda barbarie y no carente de ciertos valores espirituales y simbólicos, pero también constreñida, como en todas las etapas de la cultura, de peligros y amenazas.

Ese pueblo se llamaba *Imbaya*, y aunque este nombre no cubría totalmente a los distintos grupos humanos de la circunscripción, y de modo particular a los que habían tomado asiento en la periferia, rigiéndose para su vida inter-

na con gobiernos independientes unos de otros, por esa denominación le reconocieron los Incas y más tarde los Cronistas de Indias.

La montaña central de la provincia lleva un nombre de la misma raíz, *Imbabura*. Esta imponente y maciza elevación anuda y aprieta a las colectividades humanas que a través de los siglos se han arrimado a sus faldas. Por ello, sin duda alguna, en el aprecio de la raza aborigen, el Imbabura es el sillar eterno de la tierra, al que, generación tras generación, de modo invariable, le consagra la ofrenda de su amor. Puestos los ojos en el panel inmenso de la montaña, y el pensamiento en lo alto, los indios le tributan de milenios atrás un culto ferviente, que parece contagiar inclusive al hombre blanco un sentimiento de veneración panteista a este semidiós telúrico.

Imbaya e *Imbabura* llevan la misma raíz, *imba*, que en lengua *Páez* significa «tribu fundadora» (1). Los *Páez* habitaban en la Región de Tierradentro, al noreste del Departamento del Cauca, por donde se señalan, entre otras hoyas hidrográficas, las del Páez que desagua toda la enmarañada cuenca, del Naya, del *Timba*, del *Pisimbalá*, etc.

---

1) «Quitus y Caras» por Aquiles Pérez- Colección «Llacta» que publica el Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía. Quito, Julio de 1.960.

Los *Páez* o *Paeces* constituyen un grupo lingüístico de la familia Chibcha que aportara como consecuencia del movimiento migratorio de los pueblos prehistóricos por el territorio imbabureño, numerosas palabras que, asociadas a las del Colorado, Cayapa, Kuayker, Atacameño, etc. forman el *Caranqui*, idioma que se hablaba en Imbabura en el período anteincaico.

Fundación de los *Paeces* debió de haber sido *Imbaquí*, pueblo al que los españolos le denominaron *San Juan de Imbaquí*, nombre con el que se le conoció sólopor muy pocos decenios, por habérsele reducido a Otavalo en el último tercio del siglo XVI.

El Topo es una comunidad indígena ubicada en uno de los flancos del *Imbabura*, cercana al lugar donde se hallaba *San Juan de Imbaquí*. Trescientos años después de la desaparición del pueblo clásico de los *Imbas*, las investigaciones filológicas realizadas en esa zona establecen la existencia de decenas de familias de apellidos *Imbaquingo* y *Cacuango*, casi las únicas que demoran en ese paraje.

Los *Imbas* constituyen, sin lugar a duda, un gran grupo migratorio, proveniente de un medio de mayor densidad demográfica y que había alcanzado cierto grado de cultura, establecido en el período de Integración, (500 – 1500 años después de Cristo), antes de que este milenio promediara.

La toponomástica de la región, antigua y moderna, muestra cuán densa fue la precipitación de la sangre *imba* en los clanes ya asentados, como núcleos miliarios, desde las primeras etapas del poblamiento. Casi ningún destello de luz, en el terreno de la filología, llega de tan remota antigüedad. Lo único averiguado hasta el momento, y de lo que se tiene certeza absoluta, es que en Imbabura se habló durante el período de Integración un idioma común a los pueblos de Otavalo, Caranqui, Atuntaqui, Pimampiro, Lita, Lachas, Intag, Cayambe y Cochasquí. Esta lengua hermanó a los referidos pueblos y a todos aquellos que demoraban desde Mira, en la vega derecha del Chota, al norte, hasta el Quinche, Puembo, Tumbaco y Pomasqui, en las goteras de Quito, al sur. Llamábase esa lengua *Caranqui*, y era distinta del *Panzaleo*, hablada en los distritos que se extienden al sur de Quito, en el valle de Machachi, en Latacunga, etc., y diferente también del *Pasto*, idioma propio de la gente que habitaba en el recuesto central y nórdico de la actual provincia del Carchi. La misma ciudad de Quito, según Jijón, parece que era bilingüe, porque, deductivamente, debía de hablarse allí el Caranqui y el Panzaleo.

De la numerosidad – perdónese el término un tanto anticuado – de la gran familia *imba*, habla el siguiente cortejo de apellidos, todos ellos imbabureños, que deja bien afirmada la proce-

dencia de la tribu fundadora:
Imba, Imbacuán, Imbago, Imbango, Imbajingo, Imbapuento, Imbaquín, Imbaquingo, Imbasa, Imbiango, Imbipas, Imboquina. Los de final *imba* son más numerosos:

Anchimba, Anraimba, Calchimba, CARAIMBA, Colimba, Cubaimba, Chimba, Chaquimba, Chiquimba, Ibadimba, Iguilacimba, Lanchimba, Nachimba, Nalchimba, Nalsimba, Nasimba, Nauchimba, Perachimba, Peralchimba, Pillaquimba, Pusimba, Quilcaimba, Quilimba, Quilzaimba, Quimbía, Quitaimba, Salchimba, Silimba, Taquimba, Tolaquimba, Tondaquimba, Tondatimba, Tomtaquimba, Yagchimba.

Entre afijos, intercalada, a veces con alteración de la vocal *a*:

Asimbaya, Cubaimbaquín, Chimbolema, Lalchimbaquer, Lalchimbaquín, Malchimbaquín, Parimbaquí, Parimbaquín, Quimbiurcu.

Los topónimos refuerzan la aseveración respecto de la presencia del pueblo *imboya* en forma irredargüible:

Chimbalucu, Chisimbo, Imbabuela, Imbapuela, Imbaquí, Imbaquín, Imbaucu, Imbayasel, Imboquina, Olimbas, Quilsaimba, Yacuchimba, Yumbaquí.

Un antropónimo debe ser especialmente señalado, porque resume, por así decirlo, en cuatro sílabas un lapso inmenso de la prehistoria imbabureña. Ese antropónimo da una idea, al

parecer exacta, del movimiento de los pueblos en la marea de la historia de esta región. Nos referimos, como seguramente ya se ha advertido, al apellido CARAIMBA, ancestral por mil títulos y dinástico en superlativo. En su limitación reducida a dos raíces, enlazadas entre sí, sin nexo filológico ninguno, encierra una grandeza desmesurada: nos habla de dos grupos, dos clanes, dos subrazas que probablemente proceden de un tronco común lejano, y que en épocas distintas se inscriben como vecinos de esta tierra maravillosa. CARAIMBA, he aquí un apellido que trasunta la realidad de la ocupación de esta provincia por los *Imbas*, al parecer, en primer término, y más tarde por los *Caras*. Los primeros fundaron a *Imbayá* y a *Imbaquí*. Los segundos, al establecerse en *Imbayá* la rebautizaron con el nombre de *Carangue* o *Caranqui*. CARAIMBA, apellido de esta comarca, más que un antropónimo es una llamarada de luz en el plafón de los tiempos.

Pocas son las reliquias que aún quedan con la raíz o terminal *Cara*, en la toponimia, según puede apreciarse por la siguiente referencia: *Carabuela*: comunidad aborigen, que demora a 5 kms. al norte de Otavalo; *Caraburo*, llanura ubicada en la provincia de Pichincha, por los aledaños de Yaruquí, al noreste de Quito; *Carapungo*, planicie cercana a Quito del lado norte, colindante con un brusco declive del terreno en

cuyo fondo corre el río Guayllabamba; *Caranqui*, población de los *Imbas*, a la q' dieron nueva denominación los *Caras*, a tres kms. al sur de la ciudad de Ibarra, célebre por sus templos y palacios prehistóricos y más aún por ser la cuna de Atahualpa; *Carianchi*, fuente de agua y riachuelo que corre por la ribera izquierda del Ambi, en territorio cantonal de Cotacachi, muy cerca del lugar donde se han instalado los generadores de luz de Atuntaqui; *Palacara*, río que nace en la cordillera Occidental, al norte del Cotacachi, y desemboca en el Mira, allí por donde se abre la brecha de la cordillera que le permite la salida al mar.

El Caranqui tiene una gran cantidad de palabras así de raíz *Cayapa* o *Chachis* como de origen *Colorado*. Evidentemente, los *Caranquis*, y con este nombre abarcamos a todo el gran número de pueblos establecidos en el callejón interandino del Ecuador, entre los ríos Chota y Guayllabamba, hablaban un dialecto *Cayapa*, como deducción lógica de los estudios de Jijón, Pérez y otros filólogos, entre los cuales mencionamos a Piedad Peñaherrera y a Alfredo Costales Samaniego (1).

La final en *ango* es muy común en los apellidos imbabureños. Con ingeniosa deducción el erudito filólogo Otto von Buchwald nos da a co-

---

1) Llacta Runa – Llacta Nº 12 – 1.961

nocer que las voces *quichuas ancu, angu*, que significan *soga de cuero* se transformaron en *ango* como un signo de decadencia del idioma Caranqui ante la imposición del *Quichua* como lengua oficial en el Tahuantiusuyo; *Ango*, dice, es término que se dió al que «castiga, hace justicia», es decir, al cacique.

* *
*

A tono con los siglos que se extinguieron hace ya mucho tiempo, demoraba en Imbabura la dinastía de los *Ango*. No se podría asegurar, a este nivel de las investigaciones antropológico – etnológicas, si los *Ango* vinieron del sur de México o Guatemala, a Imbabura, o quizá fracciones tribales de esta denominación partieron del Equinoccio hacia el norte y acamparon en territorio mexicano – guatemalteco, donde es tan constante la terminal en *Ango*, ya en apellidos, como ocurre en Imbabura, y en menor grado en el sur de Colombia, ya también como topónimos, característica que apenas ha hecho pie en esta provincia. Por la falta de identidad en este aspecto de los dos focos étnicos bien definidos a que nos hemos referido, se supone que los *Ango* vinieron al territorio lacustre imbaya en una de las emigraciones de los mayas, sin que podamos fijar si fué premayóidea, mayóidea propiamente dicha, protomayóidea o submayóidea, por carecer de los registros del carbono 14. De estas emi-

graciones de Guatemala hacia territorios imbabureños y carchenses nos habló hace medio siglo, con toda autoridad en la materia, el eminente arqueólogo Dr. Max Uhle.

Según autorizadas opiniones el término *Ango* es dinástico en cuanto parece corresponder únicamente a jefes de ayllos y a sus descendientes. El ayllo de *Pangobuela*, en el cantón Cotacahi, al tenor de un documento de 1.646, vierte luz clarísima sobre esta materia, según puede consultarse en el archivo de la Notaría Primera de Otavalo, actualmente a cargo de su titular señor Guillermo Jaramillo Páez. Fué principal del ayllo de *Pangobuela*, por los años de 1.646, D. Blas Amocoango de Olmos Gualaquilingo (*ingo* es variante de *ango*), este último sujeto a D. Lorenzo *Ango* de Salazar, cacique principal del Repartimiento de Otavalo (1). Don Blas Amocoango fué casado con Dña. Juana Guaguilago, tronco familiar del que proceden muchísimos des-

---

1) Don Lorenzo Ango de Salazar fué hijo del famoso corcobado Capitán Rodrigo de Salazar y de madre indígena, y hermano de María de Salazar. D. Alonso colaboró en las reducciones que verificara, por el año de 1.571, el Oidor de la Real Audiencia de Quito, D. Pedro de Ortegón, para establecer de modo firme el pueblo de Saranci que después se llamó Otavalo, tomando el nombre tadicional de esta comarca.

Don Lorenzo Ango de Salazar fué hermano de D. Alonso Ango de Salazar, cacique desde la época de D.

cendientes varones que llevan los siguientes apellidos: Tucumbango, Ulcuango, Farinango, Guaringuango, Cuchifaguango, Pincacango, Cacoango, Ulcuango, Cabascango, Quingoango, Caguascango, Pichaguango, Chichaguango, Muenango, Tabango, Pusaguango, Pachambango, Quinchuango, Cofarnango, Quicuango, Farnango, Farinango, Pusacango, Quilumbaquinango, Matango, Gunchugoango, Toanango, Quinango, Apoango, Tuctango, Cusucango, Gualapiango, Pinango, Guagalango y Moenango, citados en el orden en que aparecen en la respectiva numeración.

La terminal en *lago* corresponde únicamente a mujeres del mismo linaje, y se advierte un menor número de variantes en la estructura del apellido: Guaguilago, Anranquilago, Cofarinquilago, Arraquilago, Farinquilago, Cusilago, Quanquilago, Coxilago y Puraquilago.

Por cierto que no todos los miembros del ayllo de esta referencia llevaban la terminal de su apellido en *Ango*, si corresponde a varones y en *Lago*, a mujeres. Los de distinta genealogía, si bien miembros del mismo ayllo de Pangobuela, tenían distintos apellidos: Gualaguamán, Quilumbaquem, Anraguán, Oyagata, Ramos, Cova-

---

Gonzalo Pizarro, según testimonio del documento más antiguo que nosotros hemos registrado en los archivos de la Notaría Segunda del Cantón Otavalo, correspondiente al año de 1.590.

paz, Asayo, Imbaquín, Aldayo, Catagua, Cuchuquí, Aguamba, Otavalo, Quispi, Calchigota, Cubaimba, Potosí, Calafaqui, Tutullusta, etc. Entre los topónimos, que no son muchos, señalaremos como simple demostración a *Ango*chagua y a P*ango*buela.

México y Guatemala han hecho vivir hasta nuestros días la terminal patronímica *Ango* en multitud de apellidos, y, además, como final de topónimos, de los cuales entresacamos los siguientes: Zampango, Tenango, Huanchinango, Durango, Quezaltenango, Chichicastenango, San Antonio de Ilotenango, Colotenango, Huehuetenango, Jacaltenango, Mazatenango, Monostenango, Chimaltenango, Acatenango, Tuxpango, Cacalotenango, Apango, Ilicalango, que constituyen nombres de Departamentos, Distritos, Municipios, ciudades, lagos, cascadas, ríos, volcanes y otros accidentes geográficos. Queda así demostrado, sin representación imaginativa ninguna, el patrimonio lingüístico toponímico-antroponímico común de imbabureños y mesoamericanos; además, los unos y los otros eran tenaces constructores de tolas, habiéndolas erigido en tal número que aún ahora, cuando millares de ellas han sido demolidas, las restantes forman una sucesión ondulante en los respectivos territorios, y en lo que a Mesoamérica se refiere, concretamente en los que ocuparon los reinos de Quiché, Cachiquel y Tzutopil, cuyo origen

maya y nahoa es incuestionable.

Nuestras tolas y las centroamericanas son de estructura idéntica, y unas y otras, guardan al par de restos humanos, variados y similares artefactos de la prehistórica industria aborigen.

Entre estos artefactos los tallados en piedras finas, como la jadeita, son variadísimos y tan semejantes en los motivos y en la técnica de la elaboración y del acabado, que nadie puede dudar que las tallaron así, primorosamente, lapidarios que tenían las mismas ideas, que poseían igual carga de sugestiones, que habían alcanzado el mismo alto grado de destreza, que muy poco difiere de la glíptica. Además, en ambas zonas y dondequiera que llegaron a establecerse las migraciones mesoamericanas, demostraron por este género de artefactos más aprecio que por el oro, como que ni aun a los muertos les privaron de su acervo (1).

De una similitud más debe dejarse constancia al hablar de los entroncamientos raciales mesoamericanos en Imbabura. Nos referimos al vestido, especialmente al femenino, que parece dictado por un mismo gusto artístico, en la calidad

---

1) – Un catálogo de artefactos precolombinos de jade, costarricenses, muestra algo más de un centenar y medio de figurinas idénticas a las acumuladas en las ricas dotaciones del Instituto del Hombre Americano, de Otavalo, que han sido extraídas en su mayor parte de tolas imbabureñas.

y tipo de las prendas, en los adornos que las resaltan y hasta en la gracia con que llevan tales atavíos. Entre otras prendas, la camisa bordada con primorosos dibujos de lindo colorido muy semejantes en los motivos del adorno y en el estilo, confirman hasta la evidencia la aseveración sobre su parentesco. El chal que las indígenas llevan como tocado de la cabeza, es también muy semejante si bien el mantillo guatemalteco muéstrase más hermoso por su característico cromatismo, mientras el de Imbabura va desapareciendo, lamentablemente, en las comunidades indígenas aculturadas.

* *
*

Sin seguir paso a paso a ninguno de los historiadores que han enfocado problemas de etnología y de arqueología concernientes a nuestro país, a los cuales hemos citado en este estudio en todo cuanto conceptuamos como uno de los aciertos de sus investigaciones; sin que tampoco tengamos la pretensión de formular como si fueran propias nuestras, tesis que han sido sostenidas, de alguna manera, por autores eminentes, o que simplemente han sido enunciadas por estudiosos de la valía del académico Dr. Jorge Salvador Lara, con respecto a una necesaria revisión de los períodos que se han venido atribuyendo a las culturas carchenses y sus conexiones con las imbabureñas, nos permitimos afir-

mar que las últimas migraciones mesoamericanas que adquirieron carta de ciudadanía en Imbabura, el sur de Pichincha y el norte del Carchi, llamáronse a sí mismas de pueblos *Caras*.

Esto es concluyente, quizá definitivo. El poderoso impulso conque llegaron estas corrientes migratorias les permitió dilatarse de Manabí a Esmeraldas, y tomando luego la dirección de la ruta por donde sale el sol, como quien va a su encuentro, subieron en canoas por las aguas del río Esmeraldas y a pie por las selváticas riberas de su curso, y luego por las de sus afluentes hasta tramontar la cordillera y alcanzar las fértiles mesetas interandinas, ya ocupadas por los imbas, y que en razón de no haberse hallado en condición de baldías, probablemente las iban ganando para sí a ritmo lento, sin que desde luego se descarten los actos de fuerza, al tenor de la mecánica de toda conquista, con tanta mayor razón cuanto que no encontraron a los imbayas en un estado regresivo, y menos aún de aniquilamiento.

Los *Caras* tomaron asiento en la provincia de Imbabura durante varias centurias, pero no por este hecho fueron eliminadas las peculiaridades de la vida y la relativa cultura de los Imbas. Es de suponer que su carácter, sus costumbres, la fisonomía externa de su civilización, y más aún su vida íntima religiosa, moral y social debieron de haberse mantenido con alguna

asimilación de la cultura foránea.

Las características supervivientes de la civilización material de los pueblos conquistados expresadas en su industria, han embrollado en verdad los veneros arqueológicos, a tal punto que muchas veces comparecen formando parte de un mismo ajuar del tipo de ofrendas o dones que nuestros aborígenes dedicaban a los difuntos, atribuídos a una cultura, artefactos de diferente procedencia y que pueden ser o no contemporáneos entre sí, elaborados con técnica dispar, y, sin embargo, de gran valor para una reconstrucción histórica, porque en veces son los únicos testimonios directos que han quedado de etnias o naciones ya desaparecidas. No pocos enseres, armas, vestidos, adornos, herramientas, se obtenían también por pillaje, practicado a lo largo de los grandes recorridos que verificaban los pueblos conquistadores. El historiador está llamado a recoger dichos elementos, a restaurarlos si han sufrido algún deterioro, a clasificarlos con rigor objetivo, a datarlos con la mayor aproximación posible (carbono 14, deshidratación de la obsidiana); a reconocer influencias recibidas admitiendo que no pocas veces los pueblos conquistados han tenido más alta cultura material que los conquistadores; en fin, a acumular pruebas y sacar deducciones que le permitan sostener tesis inobjetables.

Antes del arribo de los *Caras* a la región in-

terandina de la provincia debieron de haberse detenido mucho tiempo en la anteandina, especialmente al pie de la cordillera Occidental, donde construyeron millares de tolas, trabajo penoso y lento, si se consideran los primitivos recursos empleados para remover y transportar la tierra y más material estructural de la fábrica de tales elevaciones. Una inspección de campo por las zonas de Meridiano, Palma Real, Selva Alegre, el Quinde y Pamplona del cantón Otavalo; de Intag, de Cotacachi, y de Mindo, Gualea y Nanegal, del cantón Quito, nos permite no sólo suponer sino asegurar lo antedicho.

Hacia el norte, la invasión *Cara* cubrió territorios de la actual provincia del Carchi hasta las goteras de Tuza (hoy San Gabriel) y levantó sus construcciones específicas, las tolas, también profusamente. En la parroquia de San Isidro, en terrenos de la Cooperativa Agropecuaria de este nombre, situados a varios kilómetros de distancia, al occidente de dicha población, hay multitud de tolas, unas dosientas aproximadamente.

Por el número de estas construcciones que se despliegan en un amplio frente longitudinal, al norte del río Chota, y en apreciable profundidad, no puede pensarse en que la presencia de los *Caras* en el territorio de los *Pastos* fuera precaria. Al amparo de esta política de aproximación a los vecinos del norte, ocupando sus propio dominio, apellidos y topónimos de la nación

invasora, como lo demuestran los de final en *ango*, alcanzan a territorios *pastos* y *quillacingas*, que actualmente pertenecen a Colombia: *Mango*, *Caguascango* y *Tabango* son patronimios de los distritos de Puerres, Pastás y Guaspud; *Andango*, *Mandiguango*, *Taminango* y *Guarango*, son topónimos de los distritos de La Unión, Sandoná, Guachavés, y el último, que se repite, corresponde a un sitio en el Municipio de Pasto (1).

Gente de temple animoso, los *Caras* extendieron su dominación hacia el sur, al parecer hasta Quito mismo, donde su influencia política tuvo efectos duraderos y realmente trascendentales para la nación ecuatoriana, por las conquistas y alianzas que determinaron su configuración prehistórica.

*
* *

De los cinco períodos que hemos reconocido en la prehistoria imbabureña, quizá aproximándonos a la verdad, correspondientes a los *Cazadores-Recolectores*, *Quitus*, *Imbas*, *Caras* e *Incas*, el último, por haber sido el más corto, a pesar de la intensa presión que ejerció el Imperio dominante sobre los pueblos sometidos, no

---

1).- Sergio Elías Ortiz «Estudios sobre Lingüística Abcrigen de Colombia». – Biblioteca de Autores Colombianos – Bogotá.

logró concomitantemente imponer su cultura, extendiéndola y enraizándola en la nación subordinada.

De haber permanecido los incas mayor tiempo en la provincia de Imbabura, el impacto cultural habría sido decisivo.

Toda la fuerza del Imperio tendía a la unificación de los pueblos conquistados, entendiéndose por tal no sólo el acatamiento a la autoridad del Monarca, y a la que representaban sus súbditos inmediatos, los Gobernadores, la obediencia a las leyes acentuadamente restrictivas; la imposición del quechua como lengua oficial del imperio para subsanar la inaccesibilidad de las diferentes lenguas y dialectos locales; el culto del sol modificado del que practicaban los *Caras* y el culto del Inca, en cuanto éste se consideraba una persona divina; la aceptación de la obligación del régimen del trabajo y del calendario de fiestas y conmemoraciones que regulaban la vida de los ayllos en la inmensa extensión del Tahuantinsuyo.

Al margen de estas regulaciones claves del gobierno y administración de los *Incas*; aparte, también, del grado bastante estrecho de dependencia política, en su sentido más específico, la actividad común seguía su curso, sin rectificaciones considerables ni en la técnica del trabajo corriente, ni en la concepción y ejecución de las obras de arte, ni el manipuleo de las herramien-

tas propias de artesanías y las que se aplicaban para el laboreo de la tierra. Por ello, junto a la producción característica del genio y cultura de los *Incas*, restricta en su volumen por el reducido número de operarios de las congregaciones de mitimáes, aunque en algunas ramas, como la cerámica, el tejido, la metalurgia, sorprendentemente bella, la producción vernácula de los *Caras* seguía su curso con la misma fluidez, con el mismo despliegue dinámico de su actividad, mostrándose, con respecto a la peruana, no propiamente de tipo superior, pero sí más amplia y más diversificada. Sobre esta base, y con el debido conocimiento de la materia, el exímio historiador Sr. D. Carlos Manuel Larrea asevera que «la influencia de la cultura incásica se ejerció con muy diversa intensidad en el territorio del Ecuador y que no absorbió, ni mucho menos, las culturas aborígenes a las cuales conviene distinguir cuidadosamente» (1).

1). «La Cultura Incásica del Ecuador», op. cit.



PUPOTOLA

Grandioso monumento prehistórico levantado por los Caras, al pie del Imbabura, en el corazón del valle de Atuntaqui.


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

CONSIDERACIONES FINALES

El período paleoindio o precerámico, como también podría ser denominado, es, indudablemente, el de más larga duración, en cuanto se extiende, al tenor de indagaciones realizadas científicamente, por lo menos desde hace 9000 años en que se calcula el primer asentamiento paleolítico de El Inca, por un movimiento tribal que avanzaba de norte a sur, hasta hace 4.000 años señalados por el carbono 14 para la ocupación más moderna del territorio por tales hordas (1).

Al paleoindio sigue en el Ecuador, el período cerámico, que en la Costa comienza con *Valdivia*, cultura descubierta en 1.956 por Emilio Estrada, y que, se ha dicho, tiene la cerámica más antigua de nuestro país. Un registro del carbono 14 de

---

1).- Robert E. Bell – 1.965. – «Investigaciones arqueológicas». Prólogo de Carlos M. Larrea.

elementos orgánicos encontrados juntamente con los cacharros determina una antigüedad de 2.493 años a. de C. La cerámica de *Valdivia*, aún la del período más remoto, es ya evolucionada, lo que demuestra que se trajo la técnica de fuera en tanto que en Imbabura los pozos poco profundos, más o menos de 0,50 m. a 1,50 m., con respecto a los niveles actuales del suelo, tienen artefactos de tal rusticidad que permite atribuirlos a la expresión primaria de tal industria. Si en realidad la cerámica de los primeros paraderos de *Valdivia*, en el NO de la provincia del Guayas, es la más antigua del Ecuador, con sus fechados de 4.500 años, la imbabureña, siendo más moderna, demuestra una faz regresiva, y tanto ésta como la correspondiente a otras etapas no tienen fechas. Se la extrae de depósitos culturales que contienen lascas, martillos, machacadores, pulidores, palas, metates y manos de moler de piedra, así como algunos objetos de hueso, de concha y cucharas de cuerno de venado.

¿Se podría atribuir a los *Quitus* estas artesanías incipientes? ¿Fueron ellos los que se establecieron en hora temprana, con carácter sedentario, en esta región? ¿Conocían los *Quitus* la agricultura, la domesticación de animales, la industria cerámica en su primera etapa y por el mismo nivel la del tejido o trenzado a mano, la cordelería, la curtiduría? Parece que sí.

Del tipo de pozos poco profundos hay mu-

chos cuyo contenido es,o idéntico, o muy poco distanciado de unos a otros, pues casi no tienen variaciones que exceptuar, por lo que presumimos que los abrió una misma etnia, quizá a lo largo de siglos, tiempo en el cual mejoró ligeramente su anémica capacidad artística y sintió la necesidad de aumentar también el número de utensilios.

Los que se enterraron en pozos profundos son enteramente distintos: difieren antropológica y culturalmente. Jijón (1) supone que un pueblo radicado en territorio *Pasto* conquistó a Imbabura, y atribuye a este pueblo la construcción de los pozos donde quedó la cerámica más fina, la que alcanzara la mayor plenitud técnica en esta región, de pintura negativa como la de Puchúes. Según la autoridad mencionada los *Pastos* con los *Cuayqueros*, *Muellamés* y *Colimas* son *Chibchas* del Grupo Occidental. También lo son los *Páez* o *Paeces*, añadimos nosotros, es decir, los *Imbas* del Ecuador, pueblo bastante evolucionado, al cual lo conquistaron los *Caras*. Los *Imbas* dejaron a la posteridad riquezas y valores de uso relativamente notables. El constante aumento de las colecciones que se levantan de grutas sepulcrales y de sarcófagos, con fervor, en esta provincia, confirma la aseveración antedi-

---

1).- Jacinto Jijón y Caamaño. «Antropolcgía Pre-hispánica del Ecuador».

cha.

Las «tolas» son construcciones de los *Caras*, quizá las únicas que aún quedan juntamente con los pucaráes, y aquellas son tantas que en muchos lugares alteran la topografía del terreno. La cerámica es positiva, y los testimonios de la orfebrería y la industria lapidaria, muy semejantes a los de los *Imbas*.

*

* *

Con honradez confesamos que nos asaltan dudas sobre la sucesión de los pueblos prehistóricos más antiguos en este territorio, por mucho que adelantan las investigaciones y va haciéndose una realidad el estudio comparado de las culturas americanas, con el concurso de varias ciencias auxiliares de la Historia. Pese a todo ello, suponemos que durante mucho tiempo todavía no se saldrá del campo de las hipótesis en lo que se refiere a los pueblos legendarios que vivieron en esta provincia, hace millares de años.

Más todavía, cuando a fuerza de investigar los testimonios mudos que han quedado en las tumbas se constata la existencia de rastros culturales disímiles de los que constituyen los depósitos característicos de cada una de las etnias clásicas, se establece y afirma la comparecencia de pueblos en tránsito, algunos de los cuales dejaron grabados en piedra alegorías y símbolos, como testimonio de sus saberes y guía del rastro de sus sueños.

BIBLIOGRAFIA

Bell, Robert E.

1965 Investigaciones Arqueológicas. Quito. 1 vol.

Carluci de Santiana, María Angélica

1960 El Paleoindio en el Ecuador. I. Industria de la piedra tallada. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Plan Piloto del Ecuador, Sección de Antropología, pp. 1 – 43. México.

Cieza de León, Pedro de

1495 La Crónica del Perú. Buenos Aires. 1 vol.

Cordero, Luis

1955 Diccionario Quichua – Español – Español – Quichua.

Estrada, Emilio

1959 Las Culturas preclásicas, formativas o arcaicas, del Ecuador. Guayaquil. 1 vol.

1961 Nuevos elementos en la Cultura Valdivia. Guayaquil. 1 vol.

1962 Arqueología de Manabí Central. Guayaquil. 1 vol.

Franch, José Alcina
1965 Manual de Arqueología Americana. Aguilar, S. A. de Ediciones. Madrid. 1 vol.

Friede, Juan
1963 Los Quimbayas bajo la dominación española. Bogotá. 1 vol.

González Suárez, Federico
1890 Historia General. de la República del Ecuador. Quito. Tomo Primero. 1 vol.
1892 Atlas Arqueológico. Quito. 1 vol.
1908 Los aborígenes de Imbabura y Carchi. Quito. 1 vol.
1944 Obras Escogidas. Quito. 1 vol.

Grijalva, Carlos E.
1937 Prehistoria de Imbabura y Carchi. Quito. 1 vol.
Toponimia de las provincias del Carchi, Obando y Túquerrez para el estudio del idioma de los Pastos. Quito. 1 vol.

Haro Alvear, Mons. Silvio Luis
1965 Atahualpa Duchicela. Ibarra. 1 vol.

Huerta Rendón, Francisco
1967 Historia del Ecuador. Guayaquil. 1 vol.

Humánitas
1958–1968 Boletín Ecuatoriano de Antropología.

Instituto Lingüístico de Verano
1964 Vocabulario Cayapa. Compilado por

Jhon N. y Carrie A. Lindskoog. Quito. 1 vol.

1966 Diccionario Castellano – Colorado – Colorado – Castellano. Bruce R. Moore. Quito. 1 vol.

Jijón y Caamaño, Jacinto

1914 Contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura. Madrid. 1 vol.

1919 Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura. Separata del Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos. Quito. Vol. IV – Núms. 10 y 11.

1941 El Ecuador Interandino y Occidental antes de la Conquista Española. Quito. 4 vols.

1952 Antropología Prehistórica del Ecuador. Quito. 1 vol.

Larrea, Carlos Manuel

1965 La Cultura Incásica del Ecuador. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Plan Piloto del Ecuador. Publicación 258. México, D. F. 1 vol.

López de Gómara, Francisco

1954 Historia General de las Indias. Barcelona. 1 vol.

Moreno, Segundo Luis

1966 Cotacachi y su Comarca. Quito 1 vol.

Monrroy, Fr. Joel L.

1938 El Convento de la Merced de Quito de

1.534 – 1617.
1935 Los Religiosos de la Merced en la Costa del Antiguo Reino de Quito. Quito. 2 vols.

Navas, Pbro Juan de Dios
1934 Ibarra y sus Provincias. Quito. 1 vol.

Ortiz, Sergio Elías
1952 Estudios sobre Lingüística Aborigen de Colombia. Bogotá. 1 vol.

De Paz Ponce de León, Sancho
1879 Relación y descripción de los pueblos del Partido de Otavalo -Relaciones Geográficas de Indias. Tomo III. Lima.

Peñaherra de Costales, Piedad y Costales, Alfredo
1961 Llacta Runa. – Quito. 1 vol.

Pérez de Barradas, José
1943 Arqueología Agustiniana. Bogotá. 1 vol.

Pérez, Aquiles R
1960 Quitus y Caras. Quito. 1 vol.

Porras G., P. Pedro I.
1961 Contribución al estudio de la Arqueología e Historia de los valles de Quijos y Misaguali (Alto Napo) en la Región Oriental del Ecuador. Quito. 1 vol.

Santiana, Dr. Antonio
1947 Los Grupos Sanguíncos de los Indios del Ecuador. Quito. Anales de la Universidad Central.

1964 Contribución al estudio de la Antropología Ecuatoriana. Craneología de los Indios de Imbabura. Archivos Chilenos de Morfología.

1966 Nuevo Panorama Ecuatoriano del Indio. Quito. 1 vol.

Salvador Lara, Dr. Jorge

1966 Posibles referencias al Formativo en Leyendas Aborígenes. Humánitas. Vol. 6º

Sarmiento de Gamboa, Pedro

1942 Historia de los Incas. 1 vol.

Sahuer, Walter

1965 Geología del Ecuador. Quito. 1 vol.

Uhle, Max

1929 Estado actual de la Prehistoria Ecuatoriana. Quito. Oficina de Información y Propaganda del Estado. 1 vol.

Velasco, Padre Juan de

1946 Historia del Reino de Quito. Quito. 3 vols.

Verneau, René y Rivet, Paul

1922 Etnographie Ancienne de l'Equateur. París. 1 vol.

Wolf, Teodoro

1822 Geografía y Geología del Ecuador. Leipzig. 1 vol.

Ymeri, Fabián S.

1955 Antropología y Cultura Autóctona de Cuatemala y Civilización Maya. Guatemala, C. A. 1 vol.


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1.826
QUITO

Introducción *I - XII*

PAGINA

El Marco Geográfico 5

Datos Geológicos 19

Horizonte Paleontológico 35

Presencia del Hombre 44

La Obsidiana, un hito en la Ruta ... 56

Sepulcros y su Clasificación 76

El Rastro Antropológico 89

La Cerámica 99

Piedras Prehistóricas 133

Utillaje de Hueso 193

Metalistería y Orfebrería 205

Arte Textil 233

Arquitectura 256

Ubicación de los Poblados 296

Topónimos y Antropónimos 306

Imbas, Angos y Quilagos 326

Consideraciones Finales 345

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST SAPIENTIA OMNIUM
FUNDADA EN 1651
QUITO

"REPERTORIO ARQUEOLOGICO IMBAYA" por Víctor Alejandro Jaramillo Pérez se terminó de imprimir el 25 de Agosto de 1.968, en la Editorial "Cultura", de Otavalo, siendo Regente el Sr. Oswaldo H. Dávila R.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
FUNDADA EN 1826
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIBUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1681
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1654
QUITO